Arrugas en el alma

Arrugas en el alma

Jimena Cirujano

El ojo de Poe

El ojo de Poe

hola@elojodepoe.com
www.elojodepoe.com
En Facebook: www.facebook.com/elojodepoe
En Twitter: @elojodepoe

Composición, diseño y maquetación: El ojo de Poe
Imagen de cubierta:
© 2017, Jimena Cirujano
© 2017, de la presente edición: El ojo de Poe

El ojo de Poe

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Primera edición: diciembre, 2017.
ISBN: 978-84-947629-5-6
D.L. : J 642-2017
Impreso en España

"Cuando el hombre deje de ser explotado por el hombre, el respeto sea tu bandera y la tolerancia, tu religión, el mundo llegará a ser un lugar casi perfecto"

Jimena

Capítulo 1

A Magy le invadía la angustia cuando llamó al timbre de la puerta de su casa. En realidad, esa sensación no le había abandonado desde el mismo instante en que la voz apenas perceptible de su madre le rogara por teléfono su vuelta a casa —*lo antes posible*, dijo— dado el *gravísimo* estado de salud en el que se hallaba su abuela. La rotundidad del eufemismo que su madre había manejado del *gravísimo*, por el de *muerte*, le partió el corazón. Escondiendo su tristeza y a paso titubeante, entró en el salón de la residencia donde en aquel momento celebraba con unos compañeros el final de su máster en la Universidad de Harvard. Tenía una sensación de vacío en el estómago, pero realmente quería despedirse de ellos. Se encaminó a su habitación sin prisa y maldijo al destino que le iba a privar, después de dos duros años de trabajo, de la alegría de celebrar con su abuela una magnífica experiencia.

Esa angustia no la había abandonado ni siquiera en el recorrido en taxi que, desde el aeropuerto de Ba-

rajas hasta la puerta de su casa, le hizo el taxista sin dejar de hablarla y mirarla por el espejo retrovisor. Sin duda, la había confundido con una turista deseosa de conocer la noche y ella, en su actual estado emocional, no se atrevió a sacarle de su error. Le permitió, pues, hacer de cicerone en una ciudad que no solo era "su ciudad", en la que había nacido, sino de la que además tenía amplios conocimientos.

Como un eco le sonaba la pomposa voz del taxista informándole, mientras ella contemplaba todo a través de la ventanilla, del paisaje urbano que se sucedía monótono frente a sus ojos. En ese momento pasaban por una de las arterias más importantes de Madrid.

Le encantó la imagen de su ciudad, los claroscuros que se proyectaban en los altos edificios laterales con sus haces de luz desordenados. Su natural fantasía convertía los puntos luminosos que proyectaban sus ventanas, en fantasmas multicolores jugando al escondite. Ahora me encuentro en el primer piso, ahora en el sexto para, acto seguido, aparecer en el noveno. El crepúsculo invadiendo la noche y las luces descolocadas en las viviendas de esos inmuebles alimentaron su imaginación, dotando a ese fugaz instante de un hipnotismo cromático fascinante.

Le molestó que, por unos segundos, hubiera sido capaz de desconectar del sufrimiento real y le entró la necesidad de volver morbosamente a su estado emocional anterior, que no era otro que el reconocimiento más íntimo de que la muerte de su abuela la dejaba desoladamente huérfana y que, además con ella, desapa-

recían algunos de sus proyectos más anhelados; como el de marcharse a Polonia, la patria de Bogna, a vivir los tres juntos; un sueño que venían acariciando desde hacía un par de años; más o menos el tiempo que Magy sentía que su amor por el conserje, realmente, había dejado de ser *un mero capricho*, como lo calificaba su madre, para convertirse en un sentimiento consistente. Y vaya que estaba dispuesta a luchar por él… No pararía hasta derribar esos convencionalismos trasnochados con los que su progenitora no dejaba de martirizarla.

Ahora, la muerte de su abuela la dejaba sin el apoyo, tantas veces buscado y necesitado, para enfrentarse a una de sus pesadillas más recurrentes: su madre. Siempre contó con el respaldo de su abuela aunque éste le llegara de manera silenciosa. Daba igual la forma que tomara. Era un auspicio constante que la fortalecía para defender su apasionado amor por el portero.

Su madre no ocultaba su malestar por esa r*elación impropia y descabellada*, palabras con las que solía desnaturalizar Luz ese sentimiento cuando se refería con desdén al último *capricho* de su hija. No perdía la ocasión de hacer esas declaraciones en presencia de algunas amistades, incluso delante de Lea. Pero se cuidaba mucho de no proferirlas en presencia de su madre y mucho menos de su hija. Era notorio que le disgustaba esa relación que no entendía y que le irritaba, pero no era capaz de hablarlo con Magy; evitaba cualquier confrontación con ella. Temía los prolongados silencios de su hija. Sobre todo con los que últi-

mamente la obsequiaba. Luz quería preguntar a Magy por sus sentimientos, pero existía una *barrera* que se lo impedía. Una *barrera* de temores tan penetrantes que le cortaba hasta la respiración cuando le venían a la mente. Y no era capaz de vencerla, simplemente, teniendo un comportamiento normal con su hija; algo tan sencillo como interesarse por sus sentimientos.

¿Por qué no se atrevía a tener con ella un diálogo sincero? Es cierto que se oponía a esa relación. Y también lo era que la joven era bien consciente de ello, lo que contribuía a separarlas aún más. Pero Luz estaba al día de todo por lo que su hija estaba pasando y le hubiera gustado ayudarla, ella misma se trataba de autoconvencer… Y, sin embargo, cada vez que lo intentaba, no encontraba la receta que le permitiera anular los temores que la corroían. Temía abordar con su hija cualquier tema que la contraviniera. Y el del *conserje* —como Luz despectivamente llamaba a Bogna— especialmente.

Tenía claro que al *polaco*, otro epíteto con el que íntimamente calificaba al *amorío* de Magy, no le podía aceptar como futuro miembro de la familia. A veces se preguntaba si realmente eso, la diferencia social, la que podía pesar tanto en su animadversión.

—¡CABRÓÓÓN! ¡Perdón, señorita! ¿Se ha asustado? —La voz desarticulada del taxista la sacó de sus recuerdos de manera violenta— ¿Ha visto usted lo que ha hecho ese cabestro? ¡Es que la gente no sabe conducir y el insensato ese casi provoca un accidente! ¡Y encima se pone chulo!

El taxista, muy alterado, no paraba de hablar y de maldecir al supuesto cabestro ignorando la presencia de la joven. Ella no encontraba el momento de decirle que, efectivamente, se había asustado mucho, pero que no importaba, que ella comprendía su enfado. Estuvo segura de que decírselo o no, le hubiera traído al fresco después de constatar que su presencia no era un obstáculo para que el hombre siguiera desfogándose.

Magy, dejando al taxista monologando con su irritación, volvió a sus recuerdos.

No le costó ningún esfuerzo empatizar con los sentimientos de su madre, sintiendo en su piel la zozobra y los miedos de los que ésta últimamente estaba presa. Por eso, por el curso que iban tomando los acontecimientos, en su familia cada vez había resultado más difícil, a su abuela y a ella, convivir con la presencia casi permanente de Tina.

Pero había algo más a lo que Luz tenía miedo. Por nada del mundo estaba preparada para escuchar de boca de su hija lo que tantas veces había leído en sus ojos. ¿Era odio? ¿ Acaso asco? Desde aquella tarde que se perdía en el tiempo, Luz vivía intranquila; fingiendo una serenidad, totalmente ausente, y que la delataba cuando mostraba la necesidad de saber cuánto y de qué forma le había afectado a su hija lo que pudo ver... ¿Lo pudo ver?

Una vez más le faltó valentía y decisión para aclarar con Magy la metamorfosis psíquica y física por la que había pasado desde que su marido decidiera separarse

de ella y dejara el domicilio conyugal… Arrestos eran lo que le faltaban, también, para hablar con ella sobre la compleja realidad en la que se había convertido su vida. Ir a la raíz del conflicto, analizar el momento en el que empezó a resquebrajarse su existencia cuando apareció en ella su amiga Tina arrasándolo todo como un *ciclón* y transformando su día a día con una extraña cotidianidad.

Al fin y al cabo, su marido había rehecho su vida al lado de una mujer bastante más joven que ella y este hecho, aunque al principio le molestó, después, y con la deriva de los acontecimientos, llegó a perder importancia. Raúl Martos era una buena persona. Era y había sido siempre un buen padre. Y había sido también un buen marido. Aburrido —reconocía Luzinda—, pero generoso y sensible a los problemas familiares.

Estaba claro que, por algún motivo, a ella se le había pasado su rencor hacia él. Sufrió mucho cuando aquella noche le comunicó su marcha. Pero se vio recompensada con la entrada en su vida de Tina. Sobre todo porque él nunca había hecho dejación de sus deberes como padre estando siempre a su lado… Y, si era justa, tenía que reconocer que habían sido muchas las veces que había solicitado su ayuda para enderezar las conductas indómitas de sus hijos varones.

Volvió a sobresaltarle la voz del conductor haciéndole descruzar de inmediato las piernas aunque, en esta ocasión, de manera diferente.

—Ya hemos llegado, señorita —anunció el taxista con voz contundente—. Espero que, a pesar del susto, le haya resultado agradable el viaje.

Magy se le quedó mirando unos breves segundos sin, en un primer momento, comprender a qué susto se refería. Inmediatamente recordó el incidente y un "¡Ah! No se preocupe" dejó tranquilo al taxista.

Pedro, el nuevo conserje del edificio, se acercaba solícito para ayudarle a meter la maleta al portal, saludándole titubeante.

Entraron en el ascensor administrando disimuladamente el tenso silencio que flotaba en el recinto. Estaba claro que el portero no se atrevía a darle el pésame ante la incertidumbre de si estaba enterada de la muerte de su abuela. Dejó el equipaje de la joven en la puerta de la casa y, tras recibir las gracias de ésta, volvió a su lugar de trabajo.

Pero, cuando Lea apareció en la puerta, no hizo falta que dijera nada. Su rostro contristado y su encorvamiento, confirmaron lo que ya le resultaba una certeza.

— ¡Lea! —Dijo la joven abrazándola dulcemente— ¡Ay, Lea!

— ¡Magy! ¡Pero qué bonita estás!

—He venido en cuanto he podido. Pero… ¿cómo…?

—Creo que ha muerto en el momento que ha considerado más oportuno —dijo Lea en un tono aparentemente sereno aunque sus ojos enrojecidos la delataban.

— ¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, cariño. Tu abuela se ha cansado de contemplar la vida desde su aislamiento. Anda, pasa, pasa que ya tendremos tiempo de hablar, se te nota cansada.

No, no estaba cansada. Estaba desorientada, llena de dolor, de incertidumbre: *quizá si no me hubiera marchado, si me hubiera quedado aquí...*, pensaba, y lo decía en alto; como en una reflexión íntima mientras fijaba su mirada imprecisa sobre el perchero del *hall. Pero ella fue la que me animó a marcharme.* Ahora se dirigía a Lea tras sacar de un bolsillo un llavero repleto de llaves que, de manera mecánica, enseñaba a la doméstica. *Ojalá hubiera tenido yo esa oportunidad* —me decía continuamente—. *Márchate, Magy. Márchate y vive la vida. Eso sí* —me pedía en tono burlón—, *me la tienes que contar como tú sabes hacerlo, para que la pueda vivir yo también; aunque sea a través de tus ojos*. Y se reía Lea... Se reía con ganas.

—Sí, cariño, te lo decía de corazón. Para ella, el que tú te formaras y vivieras otro tipo de vida era esencial. Las cosas… Ya sabes... han cambiado bastante desde que tu padre nos dejara. Para tu abuela no había nadie más importante en el mundo que tú, pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —Lea se lo decía frotándose las manos sin parar de moverse y sin comprender por qué Magy actuaba como una niña pequeña enseñándole un llavero—. Por cierto, que te voy a dar un sobre que me dio para ti —bajó la voz convirtiéndola en un susurro apenas perceptible—. No sabes lo pesada que se puso

insistiéndome una y otra vez en la importancia y en lo conveniente de hacértelo llegar sin que nadie se enterara —y, volviendo a recobrar el tono normal de voz, añadió—, pero, bueno, eso será más tarde. Dame tu maleta —dijo quitándosela de la mano con su habitual energía al tiempo que se rascaba la cabeza nerviosa y se aseguraba, a través de la mirilla, de que el portero no escuchaba detrás de la puerta y había vuelto a sus quehaceres— y ve a verla —le ordenó dulcemente.

— ¿Dónde está, Lea?

—En el salón, mi niña. Tu madre y tu hermano están con ella.

Magy entró en el salón después de recorrer el pasillo en un íntimo estado, últimamente olvidado, de levitación. Un estado que la retrotraía a su infancia, a su adolescencia, a la conflictiva convivencia con la familia; como si al pasar un par de años fuera de casa hubiera servido no solo para aprender inglés y literatura, sino también para hurtarle aquella maravillosa capacidad inherente en su personalidad y que marcaría su infancia.

El salón estaba irreconocible. Las cortinas de un blanco difuminado ondulaban obedeciendo a la ligera brisa que se colaba a través de las ventanas entreabiertas, dotándolas de una vida espectral de movimientos suaves y rítmicos. Habían convertido el salón en un lugar casi majestuoso. Los cuatro cirios gruesos, altos y blancos enmarcando el ataúd, eran como columnas jónicas custodiando un templo.

¡Y aquel olor tan especial!

Magy no podía describir sus sentimientos cuando se encontró con el cuerpo inerte de su abuela. Se acercó a él tratando de incorporarla hacia ella con su brazo derecho, mientras sus labios besaban una y otra vez todas las partes de su cara, de su pelo. Aspiraba con deleite el olor a canela que impregnaba su boca, su cuerpo, el aire.

Cuando su rigidez le hizo comprender lo inútil del gesto, fue cuando se percató de la tersura de su rostro. ¡No tenía arrugas! Era cierto. Su mano la tocaba una y otra vez tratando de sentirlas, rozando suavemente con sus dedos la cara tantas veces acariciada. Y ahora le sorprendía no sentir en su tacto esas "asperezas" tan familiares. Su imagen se le ofrecía casi desconocida, bellísima como siempre, pero al tiempo había algo que la hacía diferente. ¡Y le hablaba! Notaba su aliento acariciando su oído cuando le decía... ¿Ves, Magy? Tú eres el milagro. Tú has traído la serenidad a mi espíritu.

¡Pero no entiendo...!

El grito mudo y desgarrador de sus entrañas hizo que se desvaneciera momentáneamente. Al recobrar la cordura, pudo observar con más detenimiento la serenidad de aquel rostro. Magy se quedó extasiada al comprobar que, por primera vez desde que tenía uso de razón, la piel aterciopelada de la cara de su abuela estaba en perfecta sintonía con sus delicadas facciones.

Fue entonces, en ese instante, cuando tuvo consciencia de que no se encontraba sola en el salón. No

sabía cómo había ocurrido ni el tiempo que había pasado a los pies del ataúd, pero lo cierto es que su madre y su hermano se habían incorporado y se encontraban a su lado.

— ¡Magy! ¿Estás bien? ¡Dinos algo, por favor!

Las voces de su madre y hermano le sonaban a eco. A una quietud insonora. Pero un calambrazo le hizo volver a la realidad. Al verlos tan cerca, observó cómo el volumen de sus caras desaparecía haciéndolas planas, escrutando cierta alarma en sus miradas. Claramente su actitud algo demente, según le confesaron más tarde, les había hecho temer. Y al tiempo que le comunicaban sus temores, intentaban arroparla con sus brazos. Ese abrazo de su hermano le enterneció, por insólito. Acostumbrada a sus constantes burlas, agradeció el gesto protector que le estaba brindando y sin pensarlo, refugió su dolor en ellos.

También los de su madre los percibió con ternura. Las muestras de cariño en ella no eran habituales. En los veinte años de convivencia no era algo a lo que le tuviera acostumbrada, por lo que se dejó acariciar disfrutando del gesto. Y fue en esa cercanía, por un instante, en una mezcla de pena y miedo cuando se dio cuenta del deterioro físico, tanto del de su madre como del de su hermano.

Reaccionó como pudo y les rogó que la dejaran un momento a solas asegurándoles que se encontraba bien y que necesitaba espacio. Serían unos minutos..., les pidió quedamente, en un tono ligeramente suplicante. A lo que accedieron sin vacilación.

También fue en ese instante cuando se percató de la presencia de Tina que, con absoluta humildad y silenciosamente, seguía los pasos de Luz hacia la salida del salón. Tina, con una chaqueta fina sobre los hombros, había evolucionado poco en su aspecto físico, aunque sí en su mirada. Siempre provocadora ahora, con la cabeza agachada, parecía evitar encontrarse con los ojos de Magy. Sin embargo, la joven sí aparentaba tener esa pendenciera necesidad. Quería confrontar su pesadumbre cuando sus miradas se encontrasen. ¿Era posible que una persona a la que había odiado tanto, no le despertara en ese momento ningún sentimiento de animosidad? ¿E… Incluso otras emociones?

Magy se les quedó mirando fotografiando el instante en su retina. Parecía que estuviera asistiendo a una procesión de fantasmas flotantes, envueltos en la luz mortecina que en aquel momento atravesaba los cristales del salón y que, fundiéndose con los cirios encendidos, confería al ambiente de un aspecto lúgubre.

Lentamente volvió con su abuela para descargar su dolor en forma de reproches; a su abandono. ¿Acaso no tenían el proyecto de vivir juntas? ¿Quién defendería sus lances en el futuro? ¿Y por qué esa desconsideración de morirse en su ausencia? Se lo repetía una y otra vez con la anhelada y loca esperanza de que, a fuerza de insistirle, ella reaccionara. Y miraba entonces aquella boca esperando una respuesta a sus súplicas. Sus lágrimas empezaron a fluir, mansamente, deslizándose sin prisa, pero con densidad suficiente como para cubrir los párpados cerrados de su abue-

la, salpicando sus manos y percibiendo el alivio que el llanto proporcionaba y que hasta ese momento no había sido capaz de brotar.

—Niña, ven con nosotras, por favor... Tu madre está preocupada por ti —Lea, que había entrado en la estancia de puntillas, le suplicó abriendo un par de veces la boca como para tomar aliento, y añadió: deja que te preparare algo para comer.

—No quiero comer, Lea.

—Está bien. Te haré un batido de frutas. Estás muy pálida, cariño —se lo decía al tiempo que, cogiéndola por la cintura, se le escapaba un *ah* de dolor cuando la ayudaba a levantarse del suelo en el que parecía estar clavada—. Espero que no caigas enferma.

La joven, al ponerse de pie, fue consciente de la debilidad de sus piernas. Se agarró con fuerza a la mano de Lea y, apoyándose la una en la otra, recorrieron el pasillo que las conducía a la cocina.

Magy, al pasar por la puerta cerrada que custodiaba el dormitorio de su abuela, tuvo que asirse casi con violencia al brazo de Lea para no caer al suelo; volvió a sentir esa sensación de desvanecimiento, la misma que hacía unos minutos había sentido al contemplar su cuerpo inerte.

Se paró entonces y, de un modo instintivo, alargó la mano hacia el pomo de la puerta. En ese gesto diario tan habitual en toda su convivencia con ella.

El intento de abrir la puerta sacudió su memoria haciendo que los recuerdos, los acontecimientos de su

niñez, toda su adolescencia volvieran con fuerza a emborracharla con una nitidez asombrosa.

Sobre todo aquellos del día del gran descubrimiento....

Capítulo 2

Por entonces, Magy debía de tener unos diez años...

La puerta cedió en cuanto presionó el picaporte y Magy quedó petrificada. Ahí estaba su abuela, ataviada con una bata de satén malva, medio abierta, por la que se entreveía parte del camisón que cubría su delgado cuerpo. Se encontraba sentada frente a su secreter, flanqueada de estanterías llenas de libros escritos en diferentes idiomas. En su dormitorio había más que en el resto de la casa (sin contar con la biblioteca de su padre, que también era extensa; aunque en ésta las historias correspondían más al conocimiento que a la imaginación). Se sentía orgullosa de que su abuela supiera leer en francés y en inglés. Había muchas historias escritas en estos idiomas que constantemente le relataba; aunque la niña nunca la había visto leer ninguna.

Cuando una vez Magy le preguntó interesada por su autor favorito, ella le respondió.

—No tengo muy claro quién es mi favorito. O favorita. Simplemente me gusta leer. Disfruto haciéndolo. Y en muchas ocasiones siento que me convierto en la protagonista de la historia. Lo mismo que te pasa a ti, ¿no es cierto, cariño? Por eso, aunque tengo predilección por algunos, no suelo hacer distinción entre escritores y escritoras. Sí te digo, que en estas estanterías hay tantas vidas encerradas que, a día de hoy, te lo puedo asegurar, todavía no me han permitido aburrirme ni un solo minuto. Bueno, eso era cuando veía bien —le aclaraba a su nieta intuyendo cierta sorpresa en su cara—. Ahora ya no puedo…

— ¿Sabes qué, abuela? —Dijo un día Magy con un tono de voz como si lo que fuera a decir tuviera una importancia extrema y acompañando el gesto con unos ojos increíblemente despiertos.

—Dime, cariño —le contestó Doris demostrando interés por lo que le tenía que decir su nieta—, ¿qué tengo que saber?

—Pues… pues… Que yo te leeré las historias que tú quieras y así yo también las viviré contigo. Y, además, aprenderé inglés y francés como tú.

—Me parece una propuesta interesante, solo que tienes que estudiar un poco más, ¿sabes? Porque algunas lecturas son algo complicadas —Doris trataba de dialogar con su nieta de manera adulta ocultándole la gracia que le hacían sus ocurrencias—. Pero la verdad es que me parece buena idea —concluyó divertida.

— ¡Por favor, Lea, déjame un poco más! —Magy le hizo la súplica a la domestica volviendo al presente y

forcejeando con su amiga por frenar el tirón del brazo con el que ésta trataba de llevársela a otro lugar. Se recompuso y, con la voz más sosegada que pudo, le suplicó —Por favor, déjame disfrutar de mis recuerdos. ¡Los tengo aprehendidos en mi memoria!

—Pero… ¿No crees que ya tendrás tiempo de…?

— ¡Ahora, Lea! Necesito que sea ahora —suplicaba Magy con la mirada febril y moviendo impulsivamente las oscuras pestañas queriendo amortiguar la tensión del momento—. ¡Por favor!

Lea suspiró pacientemente dejando a Magy sumergida en sus recuerdos, en aquella conversación y, sobre todo, volviendo a contemplar el gesto de incredulidad de su abuela cuando hizo aparición en su dormitorio. Fueron solo segundos. El allanamiento, invadiendo su intimidad, hizo que ésta se le quedara mirándola como si estuviera presenciando la aparición de un extraterrestre. Observó cómo algo que sostenían sus manos emprendía una especie de pirueta en el aire. Sin duda, el asalto, inesperado e imprudente, fue la causa de que la pluma con la que escribía en unos folios emprendiera una cabriola en el vacío y que, rodando con rapidez, pareciera esconderse en un pliegue de la alfombra, a los pies de su escritorio, como si su atrevimiento hubiera llenado de vergüenza al artilugio.

La abuela estaba realmente sorprendida de que hubiera accedido a su habitación sin que le hubiera dado permiso para entrar y descubriera de esa manera parte de su secreto...

Magy no entendía…

El gesto de llamar a su puerta antes de irse a dormir se había convertido desde que tenía uso de razón en una rutina diaria y deseada. Siempre le tocaba esperar a que su abuela con paso titubeante abriera la misma y, con la mejor de sus sonrisas, le diera las buenas noches al tiempo que le formulaba el deseo de poder compartir un rato de lectura con ella. La mayoría de las veces aceptaba. A ella también le agradaban esos ratos de intimidad con su nieta —según se lo manifestaba en cuanto tenía ocasión—, decía que le rejuvenecían.

¡Eran unos momentos maravillosos!

Le encantaba leer con ella a Agatha Christie. *Los diez negritos* le permitieron instalarse en la misteriosa mansión, sita en la isla de Devon, por donde recreaba su infantil, aunque desarrollada imaginación, cientos de veces.

Su interés por lo detectivesco era una seña de identidad en su incipiente personalidad. Había conseguido convertir a Lea (la persona encargada de las tareas de la casa y amiga íntima de su abuela) en su más fiel aliada. Cualquier signo misterioso, chismorreado por Lea que se producía en la vecindad era motivo de conjeturas conspiratorias. Y era ahí cuando entraba en escena la doméstica; olfateando infatigable como un profesional sabueso para poder compartir con Magy, a la salida del colegio, cualquier signo sospechoso que diera pie a poder pasar a indagaciones más profundas, si es que la pequeña, lo estimaba necesario. Les en-

cantaba conspirar juntas jugando a los detectives. En aquellos momentos, se aislaban del ajetreo de la casa de tal manera que ni la música atronadora que salía de la habitación de los gemelos, ni el abrir y cerrar puertas que acompañaba a los taconeos nerviosos de Luz, eran capaces de distraerlas de la responsabilidad que se habían auto impuesto.

Y de aventuras. Los libros de hazañas y romanticones también le gustaban mucho; pero siempre por ese orden. Cuando abría uno de sus favoritos, *Los tres Mosqueteros*, y se sumergía en la magia y romanticismo del personaje de Constance Bonacieux, viviendo su amor por D'Artagnan, se transportaba al siglo diecinueve y, según decía su abuela, ni el mismísimo Dumas le transmitía las emociones con las que lo hacía ella, al leerlas en voz alta.

Debía de ser verdad porque notaba la fuerza de su abrazo al tiempo que sus preciosas manos acariciaban su cara dibujando sus facciones suave, pero firmemente, en un gesto que ella interpretaba como el deseo de querer grabarlas en su memoria. Lógico gesto si tenemos en cuenta que su visión era escasa.

Bueno… Eso es lo que le habían hecho creer siempre. Y lo cierto es que su abuela, con su actitud, lo corroboraba diariamente. No salía a la calle nunca. Magy siempre pensó que era la mala visión la que se lo impedía. Pero ese era, al parecer, uno de sus pretextos. El motivo principal era el padecimiento de una enfermedad llamada "agorafobia". Una enfermedad difícil de tratar y a la que su abuela no estaba dispuesta a

poner remedio pues, según le dijo un día su madre, se negaba a ponerse en manos de psiquiatra alguno alegando la peregrina excusa de "que lo mismo que le había venido se le iría". Al parecer, los síntomas de esta enfermedad empezaron a aflorar cuando era ya mayorcita. Algo que produjo extrañeza en la familia.

Fuera por la razón que fuese, la realidad es que la abuela se había negado sistemáticamente a salir al exterior. Siempre estaba en casa y eran contadas las ocasiones en las que salía de su dormitorio. Un dormitorio que había dotado de unas comodidades adaptadas a su gusto y necesidad: un baño propio y un pequeño gabinete donde el regio secreter, estilo español, era el protagonista y en donde, sentada frente a él, fue sorprendida por su nieta.

De una de las paredes pintadas en un azul grisáceo colgaban tres litografías en las que se reproducían escenas del Madrid de mil ochocientos. Un reloj de péndulo estilo inglés decoraba la pared que separaba los dos balcones de la estancia mientras una tela sujeta a una madera con un cristal protegiendo las imágenes de un precioso calendario azteca muy antiguo servía de confrontación temporal desde la pared de enfrente. Un par de espejos enmarcados a la moda florentina y los óleos de Joan Brotat Vilanova y de Daniel Vázquez Díaz, a los que su abuela tenía especial cariño, terminaban de decorar la confortable estancia —dormitorio, que a la vez, le servía de refugio.

También tenía la costumbre de arreglarse siempre desde por la mañana con esmero, como si en cual-

quier momento tuviera que salir a cualquier evento, o fuera a visitarla alguien inesperado. Aunque de origen humilde, poseía una elegancia natural que no pasaba inadvertida para nadie. Se decantaba por los colores neutros a la hora de elegir vestidos, gusto raro en una persona que supuestamente veía poco. Los tonos *beige* eran sus favoritos. Peinaba su cabello castaño claro en un moño bajo que dejaba despejado el óvalo perfecto de su cara. Unas hebras plateadas en su pelo, lejos de envejecerle, le conferían un toque rejuvenecedor a pesar de sus profundas arrugas.

— ¡Hija, ten cuidado con la abuela! No le hagas andar deprisa. ¡No te das cuenta de que apenas puede ver! —Le recomendaba su madre— ¡Ten cuidado! —Chillaba.

—No te molestes en enseñarle nada. ¡No lo ve!

Le decía el padre en las escasísimas ocasiones en que se encontraba en casa antes de las diez de la noche y comprobaba la ilusión con la que Magy se acercaba a su abuela para enseñarle el dibujo que había pintado. Magy lo sabía. Sabía que su abuela apenas veía y que además oía poco. De hecho, cuando maniobraba el picaporte de la puerta para intentar entrar en su dormitorio, lo primero que se oía era el tintineo de la campanilla que sus padres habían mandado conectar en el pomo para asegurarse de que escuchara sus llamadas.

— ¿Pero por qué cierras tu puerta por dentro? —Le había preguntado la niña un día en tono intrigante. Vamos, en el tono con el que solía abordar las

situaciones poco comprensibles, aunque en aquel momento Magy hubiera deseado que su voz no temblara, haciendo que sus palabras tropezaran unas con otras. Por cierto, como les estaba ocurriendo a sus pies, que lejos de levitar, se pisaba el uno al otro poniendo en peligro su estabilidad.

—Verás… es una costumbre que me viene de lejos —le contestó su abuela con la voz envuelta en un halo y que a Magy le pareció triste y misteriosa tras su penetrante mirada.

Aquella mirada interrumpida de ojos melancólicos actuó de espoleta para que Magy pusiera en marcha sus dotes investigadoras e indagara preguntando a su madre por la vida de su abuela. Pero su madre, como casi siempre que le hablaba, parecía más sorda que la abuela debido al poco tiempo y escaso interés que le dedicaba.

No paraba de andar de un sitio a otro de la casa. Ahora arreglaba esas flores, ahora colocaba los cojines del sofá, daba instrucciones a Lea, miraba su agenda… Mientras, Magy detrás de ella no paraba insistentemente de formularle pregunta tras pregunta, a las que casi nunca contestaba. Algunas tenían que ver con sus hermanos, o con cosas del colegio, pero la mayoría eran sobre su abuela. Y cuando preguntaba sobre la abuela Doris, Magy creía notar un cierto nerviosismo, un mirar hacia el techo con un gesto de fastidio y sobre todo un afán de terminar cuanto antes, de cortar la conversación. Bueno, más bien el monólogo, dejándole claro a su hija con su actitud que ciertas preguntas

la incomodaban. A esa creencia contribuía el hecho de que siempre que su interés se centraba en el pasado de su abuela, Luz, su madre, cambiaba inmediatamente de tema para terminar con el mismo latiguillo; "¿cariño, has terminado con tus deberes del colegio?".

Por eso, un día que Magy creyó ver en ella un hálito de tranquilidad, le preguntó a bocajarro.

—Mamá, ¿yo nací por accidente?

— ¿Pero qué dices? ¡Desde luego, hija, qué preguntas más tontas haces!

La verdad es que la palabra *accidente*, refiriéndose a su nacimiento, no la había escuchado nunca en su entorno, ni siquiera la había escuchado de sus hermanos, siempre dispuestos a molestarla. Posiblemente la pregunta estaba influenciada por su compañera de colegio, Leonor, que solía contar lo desgraciada que le hacían sentir en su casa por haber nacido por "accidente" en una familia donde ya tenía tres hermanas.

— ¡Figúrate! —Le comentaba a Magy en tono lastimero—. A mi madre siempre le he escuchado decir cuando venían sus amigas a casa, que ya no quería tener más hijos. Que tres hijas era más que suficiente… Que lo mío fue un accidente. Eso y la cantinela con la que siempre terminaba. ¡Y si al menos hubiera sido un niño!

Se lo contaba con un sentimiento mezcla de pena y culpa que le dejaba pensando e inmediatamente somatizaba la pesadumbre de Leonor. Bueno, lo de somatizar por lo visto en ella era tan normal como el co-

mer. Tenía esa cualidad, según decían sus profesores, de ponerse siempre en el lugar del otro. Una cualidad rara en los niños, una "cualidad" que Magy había tenido que consultar en el diccionario. Y era cierto que ese atributo la convertía en una estupenda compañera. Pero no tenía la seguridad de que fuera tan beneficiosa para ella, pues ya empezaba a notar, a pesar de su corta edad, los estragos emocionales que esa peculiaridad producía en su vida cotidiana.

Por eso, como ella había venido al mundo a los cuatro años del nacimiento de sus dos hermanos gemelos y varones, cabría pensar que la llegada de una niña al hogar de los Martos, por demás familia acomodada, tenía que haber sido un acontecimiento de lo más festivo. Y posiblemente lo fue. Sin embargo, no sé de dónde le venía a ella la sensación de que su existencia no tenía la valoración que a su juicio debería tener. Precisamente —Magy se hacía esa reflexión— porque había sido niña después de dos varones y era la pequeña, y según decían muy graciosa y espabilada, dotada de una inteligencia poco común —su madre no se cansaba de presumir de ello delante de sus amistades— y por todo eso, creía que tenían que comportarse de otra manera, de alguna forma que la hicieran sentir *especial*. Y francamente, Magy no solo no se sentía *especial*, sino que no se sentía ni querida. Tenía la amarga impresión de que era más bien un estorbo e incluso, en muchas ocasiones, invisible.

Con su abuela era diferente. Ella la abrazaba cuando corría solicitando su ayuda después de que sus

engreídos y vagos hermanos le hicieran rabiar con comentarios de mal gusto y mala idea que le hacían llorar. Por cierto, que verla llorar sacaba de quicio a sus padres —más a su madre, ciertamente— que arremetían contra ella para que dejara de ser una histérica mimada, caprichosa, y algunas perlas más con las que no tenían ningún reparo en obsequiarla.

Esta reacción, a cualquier juicio desproporcionado, provocaba en Magy el efecto contrario al deseado pues no solo no contribuían a calmarla, sino que el caudal conjuntivo y los hipos convulsos aumentaban alarmantemente en la misma proporción que aumentaban los epítetos *cariñosos* con los que su madre le bombardeaba sin ningún miramiento.

Era entonces cuando corría a refugiarse en los brazos de su abuela. Solo la profusión de cariño que le trasmitía a través de sus manos al acariciarla tenía el efecto balsámico deseado.

¡Su abuela era su mundo!

Aquel día era por la tarde. Tenía que comunicarle algo sorprendente que no podía esperar. Y cuando la puerta cedió a la misma presión que desde hacía unos años y de forma mecánica venía practicando todas las noches, cuando mágicamente se abrió, Magy se quedó quieta, petrificada, como si un golpe de viento helado le hubiera convertido de repente en una estatua, inmovilizándola y sin atreverse a dar un paso al frente.

¡Fue un instante eterno!

Y sobre todo, cuando la descubrió recogiendo con nerviosismo los papeles que estaba escribiendo —vio

perfectamente cómo lo hacía— e intentar torpemente guardarlos en el cajón de su escritorio. Magy se quedó pegada al suelo y sin, ni siquiera, poder levitar.

— ¡Por favor, Lea! Déjame un poco más —le suplicaba Magy, otra vez a su amiga volviendo al presente y completamente traspuesta delante de la puerta del dormitorio. ¡¡No entiendo por que te empeñas en sacarme de mis recuerdos!!

Se lo decía angustiada mientras forcejeaba con ella. Lea terminó por ceder y dejo que Magy se desasiese de su brazo. Al mismo tiempo levantó la mano para cubrirse con ella los ojos, y con una voz llorosa, pronunció una disculpa balbuceante y difícil de entender: está bien, bien, perdona.

Magy, ajena al azoramiento de su amiga, se sumergió de nuevo en sus recuerdos y revivió de nuevo con angustia la vergüenza que sintió aquel día por haber violentado de esa manera a su abuela.

Le había sorprendido —pensaba ahora con los años transcurridos— cual vulgar ladrona hurgándole en las entrañas para descubrir los secretos que con tanto ahínco y tan tozudamente por su parte intentaba averiguar y que, por razones personales y en todo su derecho, su abuela guardaba con celo y que, bajo ningún concepto, quería que ella, precisamente ella, se enterara.

Nítidamente en su memoria, evoco el temblor incontrolable de sus piernas. Recordó cómo apenas la sostenían. Sintió con inquietud aquel fuerte calor en su cara, la sensación de que sus mejillas eran dos glo-

bos candentes a punto de explotar. Y también en ese momento le vino a la memoria la sensación que tuvo al escuchar la queda, pero firme voz de su abuela. Con el tiempo supo definirla y siempre sintió la misma vergüenza. Fue como si un látigo de emociones la despertara del letargo de su deshonor, de su confusión. Y a pesar del tiempo transcurrido, nunca se recuperó de aquella bochornosa sensación. Se visualizó en el dintel y cómo al tiempo que escuchaba su sorprendida voz, levantaba la mano en un gesto claro de invitarla a entrar; la incitaba a que pasase y cerrara la puerta. Así lo hizo; no recordaba cómo, pero de pronto se encontró frente a ella preguntando… más bien balbuceando ¿Pero... abu... ela… Si tú casi no ves? ¿Cómo… puedes escribir?

Dorotea se tomó su tiempo antes de contestarle.

En esos segundos eternos de silencio, Magy recordaba todo lo que pasó por su infantil cabeza. Tenía la certeza de que se enfadaría muchísimo —se lo merecía— pensaba mientras su mirada no se apartaba de los ojos de Dorotea, esperando ver reflejado en ellos el reproche legítimo a su atrevimiento, a su desconsideración. Todas estas reflexiones también se las hizo Magy con el tiempo porque, naturalmente, en aquel momento lo único que invadió su ánimo fue la sensación de que le esperaba una reprimenda monumental.

Sin embargo no hubo reprimenda, ni regañina alguna; ni cambios en su comportamiento ni en su mirada. Ésta seguía siendo indulgente, penetrante, sere-

na como siempre. Su voz tenía el mismo matiz dulce y sosegado que empleaba cuando hablaba con su nieta. Sorpresivamente, no denotaba ningún tipo de alteración. Aún hoy, Magy se preguntaba por el estado de excitación en que debió encontrarse porque, por más esfuerzos que hacía, no le venía a la memoria cómo había atravesado la estancia hasta llegar a ella. Solo recordaba que se encontró en su regazo haciéndole la misma pregunta con la mirada que momentos antes le había formulado con la voz.

Su abuela le pasaba los dedos por el pelo con la misma suavidad con la que se acariciaría la cabeza de un bebé, temerosa de destruir los bonitos rizos, esos que tanto le gustaban, para seguidamente contestarle:

—Es que mis manos no escriben a través de mis ojos. A mis manos las dicta el alma.

—No te entiendo, abuela. ¿Es la misma alma que te ha marcado las arrugas en tu cara? Cuando el otro día te pregunté que por qué tenías esas arrugas tan profundas, tú me contestaste que eran profundas porque las había esculpido el sufrimiento, porque procedían del alma. ¿Es la misma que dicta tus manos?

—Sí, cariño, supongo… Que sí —le contestó Dorotea dubitativa y en tono misteriosamente abatido— sospecho que sí.

Magy se quedó mirándola inquisitiva. Quería vislumbrar, a través de los surcos que adornaban la cara de su abuela, algo parecido al alma. Estaba hecha un lío. ¿Por qué la trataba como si tuviera cinco años? ¡¡Como

si el alma tuviera el poder de sustituir la vista!! No lo entendía bien y necesitaba una explicación más larga. Magy calló, pensando que ya había preguntado bastante y aguardó, a ver, que le revelaba ella al respecto.

Mientras esperaba una aclaración, que no llegó, a Magy le vino a la memoria el día que desentrañó el parecido del rostro de su abuela, con un juego chulísimo que le habían traído por reyes. El juego consistía en rellenar de contenidos diferentes los dos contornos, exactamente iguales, dibujados en dos cuadrados de plástico transparentes y que, al superponerlos, coincidían exactamente, dotando a la figura resultante de imágenes unas veces de personas mayores y otras de divertidas caras juveniles. Dependiendo siempre de cómo fuera capaz de combinarlas su creativa imaginación. Pues eso le pasaba a su abuela. Lo configuraban dos rostros distintos.

En uno resaltaban unos labios gordozuelos, sensuales, que, al sonreír, dejaban al descubierto unos dientes blancos, algo desiguales por tener las dos paletas centrales más grandes que el resto; pareciera que, al igual que les pasa a los niños cuando les empiezan a salir los dientes, éstos habían crecido más rápido que el resto forzando una desigualdad que, lejos de afear, aportaba un aire de perenne juventud. Su nariz parecía complacida en mitad de unos pómulos no demasiado prominentes que, a modo de guardianes celosos, custodiaban unos ojos despiertos, cambiantes de color, del verde pardo al negro rapaz, donde su mirada franca, directa, cohabitaba con la marea de agua en calma asomada a unas pupilas en total armonía.

El otro estaba exento de facciones. Solo la silueta de una cara perfectamente delineada donde la piel exhibía las rugosidades propias del calendario del tiempo.

Entre esos dos dibujos se encontraba el rostro de su abuela: por un lado sus juveniles facciones y por otro sus impropias y chocantes arrugas, más pertinentes en una persona nonagenaria.

—La misma, hija —repitió Doris con aquel tono de ausencia interrumpiendo sus infantiles interrogantes—, la misma.

— ¿Y… Puedo leer lo que escribes?

—Ahora mismo no. Eres demasiado pequeña. Bueno, demasiado pequeña no. Diría algo joven… —Y emitió una sonora carcajada— Pero lo leerás, seguro.

— ¡Pero, abuela, tengo diez años! Mis padres dicen que ya soy mayor cuando me reprenden por un montón de cosas. Y para ti soy pequeña para leer lo que escribes… Me gustaría ser vieja mañana misma... Me siento desgraciada en esta casa. No me gustan mis hermanos. Son vagos, engreídos y me tratan mal... y encima, mi madre les consiente todo. Son rebeldes, malos estudiantes y maleducados —Magy, mientras decía todo eso, no paraba de moverse por la habitación como si bailara al ritmo de una música insonora, existente solo en su cabeza; moviendo los brazos dando una importancia extrema a su enojo y dibujando con las manos la indignación que le producía el comportamiento de sus hermanos—, traen a casa a unas chicas que son unas mal educadas. No paran de masticar chicle inclu-

so cuando hablan —estaba roja de cólera cuando se sentó en el suelo con los brazos cruzados y vociferando la última frase— ¡y no entiendo lo que dicen!

— ¡Ah! ¿De verdad? No las conozco —contestó Dorotea tratando de dar normalidad a su voz, e intentar calmar a la pequeña.

—No, ya lo sé. A ti tampoco te conocen; nunca hablan de ti... y a mí tampoco me dejan estar mucho con ellos, no creas… El otro día me preguntó la amiga de Gus que si no tenía amigas. Le dije que sí, que tenía una amiga que se llamaba Leonor y una súper amiga, que además era mi abuela, que se llamaba Dorotea. Tenías que haber visto cómo se puso Gus de enfadado cuando su amiga Tati, creo que así la llaman, se quedó extrañada por desconocer que su *adorado Gus* no le hubiera hablado nunca de que tenía una abuela viva.

Magy se puso de pie dando un salto. Era evidente que había recuperado fuerzas y seguía muy excitada. Su abuela, con gesto solemne, no le quitaba ojo —no quería que su nieta pensara que no se tomaba en serio su indignación— a las gesticulaciones que la niña hacía con las manos, con los brazos, poniendo la máxima atención cuando ésta seguía relatando:

—Entonces Gus se levantó, me cogió del brazo violentamente y clavándome los dedos con fuerza, me sacó del salón donde estaban merendando y, poniendo una voz horrible, me dijo: *¡mira enana no vuelvas a abrir la boca en presencia de mis amigos!...*

… ¡Abuela, tenías que haber visto con qué furia me lo dijo! También estaba Álex y no me defendió —Magy

continuó exponiendo a su abuela la humillante escena—. ¡Y todo, todo se lo conté a mama! ¿Y sabes lo que me contestó?

—No, dímelo.

—*Pues que tenía que ser respetuosa con mis hermanos. Y si ellos no habían hablado de ti era porque no querían y era algo que yo tenía que respetar* —esta frase la pronunció con voz impostada, en un tono que denotaba una forzada cursilería—. ¡Como si ellos supieran lo que es el respeto!

—Y así debe ser, cariño —contestó su abuela ignorando su última frase—. El respeto es muy importante.

— ¡Pero, abuela! Yo sé que mi madre te quiere. Aunque… Tampoco estás cuando vienen sus amigas… ¿Verdad?

—Mira, cariño, yo veo poco y oigo menos. Y además, te olvidas de mi enfermedad. Para mí salir de mi habitación es un suplicio. En las contadas ocasiones que no tengo más remedio que hacerlo, sufro bastante.

—Bueno, si es por tu agora... esa, está bien ¡Pero tú ves y oyes! ¿Por qué quieres engañarnos?

—Verás, bonita, ¿tú no has oído decir nunca que no hay mayor ciego que el que no quiere ver ni mayor sordo que el que no quiere oír? Pues yo hace algún tiempo que decidí ser ciega y sorda. ¿Por qué tomé esa decisión? Pues seguramente por egoísmo. Por comodidad. No tuve la fuerza o la tolerancia de afrontar

de cara los acontecimientos que en ese momento se estaban desarrollando en esta casa y opté por tomar la postura del avestruz. Ya sabes; la de esconder la cabeza en la arena. Pero tú, por favor, no lo hagas nunca —concluyó su abuela en tono de advertencia y dibujando una media sonrisa—. Después... vino lo de mi enfermedad... Se desarrolló de manera rápida e inesperada; nunca hasta entonces había tenido miedo a los espacios abiertos. Todo lo contrario. Ya sabes que me crié en el campo...

— ¿Pero mis padres lo saben? ¿Saben que oyes y ves? —La voz de Magy interrumpiendo a su abuela sonaba ahora completamente quebrada ¿Lo saben?

—Lo ignoro... —informaba Dorotea— Tus padres han aceptado, creo que generosamente, lo que yo he querido hacer con mi vida. Y por mi parte tampoco he tenido mucho interés en darles explicaciones. La única certeza que tengo es que lo sabes tú. Y me gustaría proponerte un trato —dijo en tono solemne—. Es algo serio, ¿sabes?

—Dime, abuela —contestó orgullosa Magy de que su abuela le confiara un secreto—. Palabrita del Niño Jesús de que no se lo cuento a nadie.

—Mira, yo pensaba descubrirte mi secreto cuando pasara algún tiempo. Te considero demasiado joven para que puedas entender ciertas situaciones. De hecho, cuando me has sorprendido escribiendo, lo hacía en una especie de diario donde hago un relato biográfico lo más preciso para que sea leído por ti el día de

mañana. Cuando físicamente no esté a tu lado y cuando seas lo suficientemente madura para comprender las situaciones, digamos algo anómalas, que me tocó vivir. Entonces lo leerás.

— ¿Qué son anómalas, abuela? —Le interrumpió la niña

—Pues son situaciones raras que se dan en la vida —le contestó Doris—. Muchas veces pasa eso, ¿sabes?

— ¡Ah! Perdona, sigue contándome.

—Te decía que me reconforta la idea de que sea así. Tengo la completa seguridad de que seré comprendida, de que no me juzgarás. Siento que, aunque nuestras caricias no se puedan materializar en la manera y forma que lo hacemos ahora mismo, siempre estaremos vinculadas con el nudo imperecedero de la memoria. Con nuestro gran amor y nuestra gran complicidad. Te veo, Magy, sorprendida de no conocer a tu abuela, al menos no a la abuela que ves a diario, torpe, casi ciega, casi sorda y muchas veces muda que permanece encerrada en su habitación a la espera de las noticias y chismes que me trae Lea que, ciertamente junto con los tuyos, constituyen mi sustento anímico más preciado. Así, cariño, y entre paréntesis, nunca me convertiré en el estorbo fantasmal en el que suelen convertirse las personas mayores —y soltando una carcajada continuó, pero cambiando completamente el tono—. Quiero que conozcas a Dorotea con todas sus miserias, con alguna grandeza, con muchos sueños rotos. A la Dorotea sin infancia. Me la arrebataron sin mi permiso, Magy, y me la tuve que

inventar para poder vivirla, aunque solo fuera en la nebulosa de mi imaginación, donde me refugiaba cuando la crueldad de los mayores amenazaba con convertirme en un muñeco manejable para cualquiera que quisiera jugar con él. ¡Ah, Magy! Qué poderosa arma es la imaginación si sabemos usarla. La imaginación te puede destruir, sumirte en el más profundo de los abismos, hacerte vivir episodios dolorosos donde los remolinos del miedo te arrastran a las profundidades de la miseria. Pero también te puede hacer soñar, elevarte por encima de las mezquindades, darte fuerza para vivir la vida que anhelas. Flotar como si estuvieras meciéndote en los cálidos brazos de cualquier viento— ¿a quién hablaba Dorotea completamente traspuesta antes de darse cuenta de que quien la escuchaba era su nieta?—. Sí, niña, espero vivir de nuevo en tu memoria. Y además creo que tendré la suerte de revivir otra mucho mejor pues, por muy bien que te quiera contar todo por lo que he pasado, tú siempre la vas a aderezar con la particular y maravillosa especia de tu imaginación...

En ese momento, Dorotea cambió el tono solemne de la conversación, el matiz de los detalles olvidados a los que sistemáticamente los somete el tiempo y volviendo a la realidad, le dijo a su nieta.

— ¡Bueno, eso espero y... ! —Y esto último no solo lo pronunció en tono burlón, sino que lo acompañó con una pícara sonrisa—… Deseo.

— ¿De verdad? —Magy le hizo esa pregunta con los ojos muy abiertos y la boca abierta también por la que, claramente, se le escapaba la emoción.

—Sí, cariño, de verdad. Mira, yo quiero muchísimo a tu madre, a tus hermanos y también a tu padre, por supuesto, aunque ni él me entienda a mí, ni yo le entienda a él. Quizás nos haya faltado conversación, interés mutuo. No sé, Magy, de verdad... Creo que los dos somos responsables de la falta de comunicación. Pero lo que siento por ti, cariño, traspasa los sentimientos que una abuela normalmente siente por un nieto. No creo que pueda explicar el porqué, pero así es... ¿Sabes que tus primeros balbuceos fueron a-b-u? Es verdad que los pronunciaste con nueve meses. Y es verdad que para entonces, tu primera visión del día solía ser mi cara contemplándote. Yo creo que tardaste tanto en balbucear por eso, porque querías llamarme a mí la primera —y emitió otra carcajada—. Porque es un hecho que los bebés suelen pronunciar un "papá" o un "mamá" hacia los seis meses aproximadamente. Menos tú, cariño. Todavía recuerdo emocionada el escalofrío que me recorrió el cuerpo con nuestro primer contacto cuando sentí tus arrugadas manitas entre las mías. ¡Ese momento lo sentí como mi auténtico parto!

—Magy, por favor, ¿estás bien? —La voz de Lea volvió a sacar a la joven de su ensimismamiento—. Me preocupas —le dijo limpiándose nerviosa las manos en el paño de cocina que llevaba colgado a la cintura, prendido en el delantal, y que Magy había observado cómo de vez en cuando, y de manera mecánica, se lo llevaba a los ojos a modo de pañuelo.

—Sí, Lea, estoy bien. Son los recuerdos... que están ahí... vivos. Tengo muchos, pero quizás el que mi

abuela me contara cosas de su infancia... de su padre... de los juegos que compartía contigo y vuestro amigo Martín... La verdad es que he tenido muchos momentos especiales con ella... pero aquel... ¿Te acuerdas de cuando te pregunté por la infancia de mi abuela? Siempre pensé que tenía que haber sido atroz.

—Recuerdo perfectamente lo que te contesté —dijo Lea—. Te conté la verdad, Magy. Solo la verdad. Que más que sufrir en la infancia, cuando lo pasó mal fue en la adolescencia. Sí, cariño, su infancia, como la mía, fue dura, pero era lo normal en la mayoría de los niños españoles de aquella época. Vivíamos una posguerra en uno de los cientos de pueblos sometidos a la tiranía de los llamados "vencedores". Recuerdo, bonita, que no te quería contar demasiado, temía que tu abuela se enfadara conmigo si te relataba algo que te hiciera sufrir. Eras muy pequeña. Sin embargo, tenía la necesidad de no engañarte y por eso solo te conté detalles como, por ejemplo, que, según ellos, no importaban nuestras penas, nuestros miedos ni nuestras humillaciones porque, a cambio, nos hacían el favor de dejarnos serviles. De cómo se hinchaban de satisfacción como si fueran sapos, cuando nos veían inclinarnos delante de ellos para lavarles sus mierdas; a cambio, nos dejaban criar cuatro gallinas y nos concedían el privilegio de sembrar trigo en sus campos permitiéndonos quedarnos con una cantidad pequeña, muy pequeña, para que pudiéramos elaborar una miserable ración de pan que, junto a los huevos que ponían las cuatro gallinas y la matanza de un cerdo al año, nos

permitía solamente no morirnos de hambre; lo cual, por cierto, no se cansaban de recordarnos.

— ¡Que sepáis que en Madrid hay mucha gente pasando hambre! ¡Pero hambre de verdad! Sí, sí —nos repetían—, eso era lo que estaba ocurriendo en el mismísimo Madrid.

Era cierto. Magy recordaba cómo le preocupó entonces la forma de hablar de Lea ya que nunca hasta entonces la había visto tan alterada, tan dispuesta a resucitar aquellos desagradables episodios de su vida.

—Parecían pavos reales —continuaba Lea— recordándonos la suerte que teníamos y lo agradecidos que teníamos que estarles a los señoritos. Por no hablarte de la obligación que teníamos algunas mozas —jóvenes y menos jóvenes— de calentar sus asquerosas camas.

—Lo siento, Magy —añadió Lea volviendo a la realidad del momento con la cara congestionada—, pero recuerdo que ese último episodio te lo conté muy arrepentida de habértelo confesado. Quizá fue tu expresión la que me conmovió y me hizo darle la razón a Dorotea por su silencio. ¡Eras demasiado pequeña para comprender todo lo que te estaba contando! Por eso intenté rectificar diciéndote que ya llegaría el día en que te pudiera explicar muchas cosas. ¿Te acuerdas?

—Bueno… Sí, vagamente. Tengo la impresión de que en esta casa, con el pretexto de mi edad, me habéis ocultado demasiadas cosas —le reprochó la joven—. Demasiadas. Y en todos los sentidos.

—Lo que pasaba era que ni tu abuela ni yo quisimos empañar tu infancia contándote historias tristes, pero totalmente ciertas, ¿eh? No lo dudes nunca.

— ¿Por ejemplo, Lea, tú sabías que mi abuela escribía un diario?

La pregunta de la joven dejó algo descolocada a la doméstica aunque contestó con prontitud.

—Pues claro, niña. Llevaba muchos años haciéndolo. Eras muy pequeña cuando empezó a escribir y estoy segura de que en el sobre que tengo que entregarte te contará historias interesantes de muchas de sus experiencias vividas. Yo fui testigo de algunas por lo que si, después de leerlo, necesitas que yo te amplíe, me lo preguntas y todo lo que te pueda aclarar...

— ¿Pero entonces tú sabías que no era tan ciega como nos hacía creer? ¿Ni por supuesto tan sorda? O sea, que tú y yo… ¿Hemos convivido con el mismo secreto?

—Claro, Magy. Entre tu abuela y yo había pocos episodios desconocidos. Por no decirte que casi ninguno. Porque, claro, yo supongo que alguno habría... De todas maneras, estoy segura de que, cuando leas su carta, o diario o como quieras llamarlo, ella te despejará muchas dudas. Y repito; si tienes alguna y te la puedo aclarar yo...

—Sí, mi abuela en aquella conversación me anticipaba algo... —le contestó a Lea perdida en su memoria y obviando sus palabras— Estaba claro que me quería contar cosas, pero no creyó que el momento fuera el adecuado.

Le inundaron las imágenes y se recordó dando un paso adelante y asegurándose, con rapidez, de que la puerta estaba cerrada. Mientras su abuela, sentada en su butaca, no solo había cambiado su postura, también la mirada hacia ninguna parte había sido sustituida por otra más confidencial. Sí, su abuela quería seguir hablando y ella dispuesta a escuchar.

—Perdona, me estoy poniendo de un trascendental... Pero bueno, como te iba diciendo; quiero que seas la depositaria de mi secreto. Por eso escribo, plasmo en papel mi vida con la esperanza de que algún día puedas leerla y comprendas que las arrugas de mi cara, esas que a ti tanto te intrigan, me salieron después de haber vivido ciertas situaciones. Momentos en los que yo no decidí ocultarle al mundo nada y otros decidieron por mí. Tapar el cruel ultraje al que fui sometida. ¡Qué ironía! Créeme si te digo que a estas alturas no juzgo aunque tampoco perdono. Aquellos momentos eran durísimos y quizás por vergüenza... Aunque en realidad yo no tenía que haberla sentido. Por eso el tiempo se encargó de indultar ese sentimiento al tener la certeza de que yo no tuve la culpa de nada. Otros eran los culpables. Otros fueron los miserables —trataba de seguir hablando con naturalidad aunque la gravedad de los recuerdos le agarrotaban la voz obligándole a carraspear de vez en cuando y usando un modo de expresarse que jamás había manejado hasta entonces para calificar ciertas conductas.

Al mismo tiempo —seguía contando y acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza en

señal de duda—, intenté mandar a las profundidades de mis entrañas, al *almacén de mis olvidos*, el delito, *mi delito*, lo suficientemente grave como para pagar un precio altísimo y por el que, si yo fuera creyente, tendría que haber pedido, más bien rogado, a Dios todos los días su perdón—. Estaba nerviosa. Absorbía los secretos guardados y padecidos retorciéndose las manos. Magy apreció cómo humedecía sus labios con la lengua para poder continuar— bueno eso creía yo. Que había conseguido mandar al almacén de mis olvidos tanta rabia, amargura y frustración acumulada. Pero eso no es así, Magy —la manera que tuvo la abuela de mirar a su nieta antes de pronunciar esa frase dejó a la pequeña con los ojos sin pestañear, *no es así*—; el espejo refleja tozudamente y a diario mi cara. Y, en ella, mis profundas arrugas en las que, como si de una partitura musical se tratase, yo interpreto los avatares de mi vida. Aunque creo que en estos momentos, casi estoy segura de ello, no le doy demasiada trascendencia porque ¿sabes una cosa, cariño?

—Dime, abuela.

—Que, afortunadamente, casi conseguí que fuera solo sufrimiento físico. Sí, solo físico cuando, como te digo, veo reflejado en ese cristal un rostro cansado que yo procuro amortiguar con escasa luz. Y entonces me pregunto ¿por qué a mí, por qué tuvo que amanecer aquel fatídico día; por qué destruyeron mi infancia? En una palabra, mi querida niña, las arrugas de mi cara conforman el mapa de mi existencia. Pero he tenido que luchar mucho con esas otras arrugas o cica-

trices que no están a la vista. ¿Sabes? Por eso digo que *casi* lo conseguí. Porque no es cierto del todo. No soy tan buena como crees y tengo muchas miserias que esconder.

Magy asistía al espectáculo de ver a su abuela completamente traspuesta. Quizás era pena lo que traslucía su sonrisa. En su mirada estaban suspendidas sus emociones. Y para gozo de la niña, no paraba de hablar y hablar…

…Te lo repito, me tranquiliza la idea de pensar que el día que yo falte, tú leerás estas páginas donde desnudo mi alma y vomito recuerdos que, aunque yo he querido anestesiar, la realidad es que me hacen sufrir, pero que, sorprendentemente, al plasmarlos en mi diario y volverlos a revivir, al confiarlos a un ser tan querido como eres tú, siento que mi espíritu se apacigua, se calma produciéndome un bienestar desconocido. Mira, voy a ponerte un ejemplo para que tú lo entiendas. Es como si todos estos años hubiera vivido con una mochila llena de piedras atada a mi espalda, a mi estómago y de pronto, sin proponérmelo, hubiera llegado al destino y lugar donde poder volcarla y sentir maravillada el bienestar que me produce el contártelo.

Se hizo un silencio prolongado y al final, tras un suspiro aspirado e inmediatamente espirado, Magy se atrevió a decir.

— ¡Abuela, cómo me gustaría conocer tu historia! ¿Cuántos años tengo que tener para que pueda leerla?

—Bueno, no es cuestión de años —contestó Dorotea emitiendo una carcajada—. Me temo, Magy, que hasta que físicamente no me encuentre en este mundo no será posible y por supuesto, antes de que eso ocurra, no me gustaría que leyeras nada de lo que estoy escribiendo.

— ¡Jo! Entonces prefiero no leerla nunca.

—Eso es imposible. La leerás. Y me tienes que prometer que mantendrás controlada tu curiosidad hasta entonces. Y que cumplirás tu promesa. Es muy importante para mí que lo hagas. Es muy importante para mí oírtelo decir porque conociéndote y sabiendo de tus aficiones sherlockianas... No me fío mucho, la verdad.

—Te lo prometo, abuela.

Un golpe seco, como la caída de un plato o un vaso al suelo, hizo que Magy volviera a la realidad del momento; estaba literalmente clavada delante de la puerta del dormitorio de su abuela en el pasillo y apoyándose en Lea que, consciente de los recuerdos de la joven, no paraba de empequeñecerse ante el dolor. El suyo y por el que intuía que estaba pasando Magy.

—Y cumplí mi promesa, Lea. Me costó trabajo, pero la cumplí —dijo Magy mirando fijamente a su amiga—. Bueno, la verdad es que no tuve más remedio. Con mi madre lo intenté de mil maneras posibles, pero no hubo forma. ¿Y contigo? ¿Cuántos años llevo tratando de sacarte algo? —Esa pregunta fue acompañada del gesto de apretar, cariñosamente, entre sus

manos la cara de Lea y que al momento soltó con desánimo para decirle— ¡Y ha sido imposible!

—Mira, estaba claro que a mí no me ibas a sacar nada —dijo Lea colocándose el delantal; dando por sabido su congénita discreción y empinándose para darle un sonoro beso en la mejilla—. En cuanto a tu madre... no creo que le haya interesado nunca conocer la verdad, ten en cuenta que para ella sus verdaderos padres fueron siempre Aurora y Bernabé.

—Calla, calla, que ya sabes lo que mis hermanos me han martirizado toda la vida con el mismo argumento —fijó Magy levantando la mano indignada—. Han aprovechado cualquier momento, cualquier mínima ocasión para meter sus pullitas... Saben que a mí me duele profundamente y además no es del todo cierto. La abuela Doris es la madre de mamá, ¿no es así? —Esa última frase, una vez más, necesitaba de la confirmación de Lea— Dime, ¿no es así, Lea?

—Mira, joven, pues claro que tu abuela, desde luego, es la madre biológica, sí; pero la verdad es que Aurora y Bernabé fueron muy buena gente —aclaró Lea con tono de docencia—. Se comportaron como unos verdaderos padres. Y además con dinero, que para tu madre todos sabemos la importancia que tiene. Que con eso no quiero yo decir que a tu abuela Doris no la quisieran —matizó Lea con retintín—, pero que nunca le ha interesado conocer detalles de su pasado, eso es seguro. ¡Porque tiempo ha tenido de sobra! —Y a modo de profecía, concluyó—. Seguramente intuía que iba a encontrar algo que no le iba a gustar. Y a ella,

ya se sabe, nunca, nunca, le ha interesado cultivar ese huerto porque, conociéndola como la conozco, tu madre siempre ha preferido meterse en otros jardines.

—Eso que dices es duro, Lea —respondió Magy con voz recriminatoria—. ¡Muy duro!

—Pero es verdad, bonita —la reacción de Lea fue coger a la joven por los brazos obligándola a mirarla e inmediatamente dulcificó la voz—. No quiero hacerte daño, cariño, a fin de cuentas comprendo que estamos hablando de tu madre.

—Sí, Lea. Yo entiendo lo que quieres decirme —Magy, con un movimiento de cabeza, quiso dar otro giro a la conversación—, pero en este momento no quiero hablar de mi madre. Prefiero rememorar las conversaciones con mi abuela. Tengo esa necesidad, ¿me comprendes? Me acuerdo del día en que me contó una historia preciosa de su infancia. Tenía mucho que ver la imaginación, ya sabes lo importante que era para ella. ¡Y cuánta razón tenía! Parece que la estoy viendo levantarse de un salto y tomar mi cara entre sus manos para decirme: ¡hale! Por hoy se acabo. Yo proteste con ganas ¿sabes? Pero no me sirvió de nada. Ella pretendía cortar con el dramatismo de sus recuerdos y me propuso otro tema de conversación.

Parece que estoy viendo el cambio de expresión en su cara. Se esforzó por transformar su rostro ampliando la sonrisa de su boca. Le chispeaban los ojos cuando me propuso terminar con sus nostalgias y conversar de temas más alegres.

— ¡Bueno, vale! —Protesto Lea cortando los recuerdos—. Si lo que quieres es recordar, entremos en el dormitorio y recordemos. Este trago lo pasamos juntas y santiamén —concluyó la doméstica llevándose el pañuelo a la nariz y emitiendo un sonoro ruido.

Entraron en el dormitorio sin necesidad de explicarse la añoranza. Con la mirada de luto. Magy, con un escalofrío, ordenó en su memoria los objetos de su abuela. El reloj de pulsera, su agenda y el álbum de fotografías entreabierto encima de su escritorio. Los cuadros, el reloj de pared sin determinar una hora precisa, y los espejos venecianos colgados del tabique le devolvieron a Magy una imagen tan pálida como si ella también estuviera muerta. Se sentaron. Más bien se dejaron caer encima de la cama. Lea, con el sudor en forma de gotas amenazando su frente y estrujando la mano de la joven, esperó con infinita paciencia a que ésta volviera a sus recuerdos. No le costó ningún trabajo a Magy volverse a sumergir en ellos y retomar el momento en el que su abuela le dijo.

— ¡Bien! Pues en ese caso.... ¿Qué historia quieres que leamos hoy?

—Hoy me gustaría que me hablaras de tu infancia. De tu hermano. ¿Te hacía rabiar?

—Apenas tuve trato con él. Me llevaba doce años y se fue al servicio militar muy joven. No le recuerdo como alguien cercano —a decir verdad, Dorotea tuvo que confesar con cierta pena que el recuerdo de su hermano le resultaba confuso—. Creo que tenía un carácter... huraño y en eso se parecía mucho a mi madre.

— ¿Y amigas, abuela? ¿Tenías amigas?

—Sí, Lea, y también un amigo: Se llamaba Martín... Era un par de años mayor que yo. Juntos explorábamos la era. Corríamos detrás de los ratoncillos que trataban de esconderse asustados en los montones apilados de heno. No sabían de nuestra pericia, claro. Los agarrábamos por el rabo mientras sus patitas se movían nerviosas y sus cuerpecillos ondulaban en el aire tratando desesperadamente de asirse a nuestros dedos —nuevamente las imágenes de su infancia inundando su memoria se materializaron en una amplia sonrisa y el chisporroteo de sus ojos antes de seguir contando— y era entonces cuando los guardábamos en un bote de hojalata que teníamos preparado y cuya tapa previamente habíamos agujereado; no quisiera que pensases que éramos demasiado crueles —aseveró la abuela— pues, cuando habíamos reunido tres, nos alejábamos del heno unos metros y los soltábamos. ¡Apostábamos cuál de los tres llegaría a esconderse el primero! ¡Era tan divertido!

— ¡Uf, qué asco abuela! ¿No te daban asco? ¿Y miedo?—La joven terminó descomponiendo su cara en una rara mueca—. Yo no hubiera podido jugar a eso.

—No, cariño, te aseguro que ni una cosa ni otra —Dorotea sonrió al ver el gesto deformado en la cara de su nieta

— ¿Y qué os apostabais? —Magy hacía esa pregunta sentada en el suelo con las piernas cruzadas y mordiéndose los labios—. Dime, abuela, ¿había algún premio?

—No, no había premio, pero… ¡Si carecíamos de todo...! Nos apostábamos tonterías de niños...

En aquellos tiempos no nos podíamos permitir ciertos remilgos. Otra de mis diversiones favoritas consistía en subirme al trillo cuando mi padre faenaba en el campo. Como Lea, Martín y yo casi siempre estábamos juntos, los tres nos subíamos a la vez en la parte trasera donde estaban las cuchillas, algo que no gustaba mucho a mi padre, y sentíamos un cosquilleo maravilloso en nuestras posaderas que nos hacía reír y reír… Entiendo que a los niños de la ciudad os puede parecer un juego tonto, pero te aseguro que para nosotros era un buen entretenimiento.

— ¿Y qué es un trillo, abuela?

— ¡Ah! Disculpa, se me había olvidado que en la ciudad no se usan —aquí, a su abuela, la risa casi le impedía continuar, pero se sobrepuso y siguió informando a su nieta—. Pues es una herramienta que los agricultores manejan para separar el trigo de la paja cuando el grano está maduro para su recolección. Es curioso, pero tampoco recuerdo a mi hermano trillando... —en ese momento su pausa fue algo más larga, estaba claro que intentaba bucear en el pasado buscando alguna imagen precisa del hermano— lo que, bueno... francamente, si te soy sincera, no le recuerdo haciendo ninguna faena en la era. Mi padre era el que siempre se ocupaba de los trabajos del campo. —Dorotea hizo otro silencio y un ademán con el cuerpo que la niña malinterpretó. Ésta tuvo la impresión de que daba por terminado el relato y se levantó del suelo

pegando un salto con las manos juntas y la voz implorante—. ¡Ah!, abuela, sigue, ¡por favor!

— ¡Está bien! ¡Vale! —Dorotea sonreía complacida ante el interés despertado en la pequeña y se dispuso a llenar un vaso de agua dilatando estudiadamente el tiempo antes de continuar—. Pues verás. Cuando nos subíamos en el trillo, yo me imaginaba a mi padre erguido como un romano en su cuádriga tirada por esbeltos y alados caballos con las crines multicolores, brillantes… Bueno, eso es lo que a mí me interesaba creer, lo que yo quería ver, ya sabes, Magy: la imaginación... La realidad no tenía nada que ver con mis sueños, era la magia del cine la que disparaba mi fantasía ¡Cómo me embelesaba contemplando al protagonista de la película de rigor! Te diré que casi siempre se trataba de una de romanos. En el pueblo, con motivo de la celebración del día de la Virgen, tenían la costumbre de montar una especie de pantalla con una sábana blanca sujeta a dos postes de madera donde se proyectaba una película al día.

A mí las que más me gustaban eran esas, las de romanos. Bueno, tampoco es que hubiera mucho donde elegir. A decir verdad, era casi el único tema. Romanos y todo con un fondo argumental religioso. *La Túnica Sagrada* la vi tantas veces que me adelantaba, de un año a otro, a las escenas y era capaz de acertar, con la distancia de todo ese tiempo por medio, dónde la censura había cortado la película. Algo muy habitual en aquellos tiempos. Quiero decir que la censura cortaba la película por donde le daba la gana. Sobre todo si había besos.

— ¿Besos, abuela? —Dijo la niña sorprendida.

—Sí, hija, besos en la boca. ¡Eso es que los ponía de los nervios! Y, como generalmente los censores eran personas muy poco documentadas, ocasionaban situaciones lamentables entre los protagonistas. ¡Ya te contaré alguna anécdota!

—Y naturalmente, estaban también las que ensalzaban la heroicidad patriótica de los protagonistas —comentaba Dorotea irónicamente—. ¡Cómo iba el poderoso régimen a dejar pasar cualquier ocasión de hacer propaganda! *Juana de Arco*, con Ingrid Bergman y *Nobleza Baturra* con Imperio Argentina como protagonistas eran un ejemplo a seguir por la mujer española que se preciara de buena católica, excelente patriota, etcétera.

Magy, sentada en el suelo de la habitación, no paraba de mover las piernas obligando a la abuela a preguntarle en un par de ocasiones si le cansaba su relato. La niña, mirándola con los ojos muy abiertos, le contestaba rápido.

— ¡No, por favor, continúa! Me gusta lo que cuentas.

—Bueno, pues volviendo a mis andanzas por la era, te diré que nada tenían que ver los escuálidos caballos propiedad de mi padre que a duras penas podían tirar del trillo; y los mismos que hacían girar lentamente la noria con los ojos vendados contra la monotonía, con los alados corceles que tiraban de las cuádrigas romanas. Solo se igualaban en las gotas de sudor que resbalaban por ambos. Claro que ya te he

dicho que por las crines de los maravillosos caballos romanos esas gotas eran de colores transparentes. Se desprendían de sus lomos con la velocidad con la que las impulsaban sus anatomías, haciéndolas rebotar en el suelo como si fueran estrellas centelleantes y que me dejaban con la boca abierta, transportándome al paraje del espectáculo, haciendo el milagro de que yo pudiera vivirlo con la misma intensidad del protagonista. No te puedes imaginar, Magy, lo que yo disfrutaba. Y sufría al mismo tiempo... pues comparaba esas gotas brillantes que rebotaban en los lomos de los poderosos caballos romanos con las agotadas gotas de sudor que caían de los famélicos lomos de los caballos de mi padre. En esas gotas de sudor, te puedo asegurar, no había belleza alguna. Eran la consecuencia del cansancio propio de la vejez, de la escasísima alimentación y seguramente, si hubieran tenido la facultad de hablar, también de la tristeza por tener que estar, con la edad que tenían y en la mala situación que se encontraban, tirando aún de la pesada carga.

—Abuela, ¿qué es famélico?

—¡Oh! Pues… Son caballos muy delgados —aclaró la abuela—, extremadamente delgados. Y sí, efectivamente los dos tenían gotas de sudor… Y a los dos se las producía el esfuerzo… —Explicaba didácticamente Dorotea—. Pero las gotas de los vigorosos corceles de los héroes romanos eran gotas de orgullo insultante por la manifestación obscena de fuerza. Gotas de belleza equina de saberse una raza superior. En defini-

tiva, eran las gotas del esfuerzo supremo, un esfuerzo que al final se vería recompensado con las mieles del triunfo.

Y puestos a comparar —continuaba la abuela pensativa como si hablara para ella—, tampoco se podían equiparar los conductores. Había que tener una imaginación como la mía para no ver esas bolsas cenicientas bajo los ojos de mi padre; la figura tan escuálida como la de sus animales, con escasa armadura ósea, algo encorvada, que daba la impresión de que en cualquier momento caería por la poca sujeción que aportaban sus delgadas piernas, imposibles de ocultar a pesar de ir enfundadas en sus raídos y zurcidos pantalones, y sujetando las bridas. Eso sí, con la mano firme, ¡eh!, que la tenía. Pero, como digo, nada que ver con la del romano hercúleo, con la espalda tan ancha que yo diría superaba en centímetros la altura de mi pobre padre. Por no hablar de sus musculosas piernas, que el romano mostraba orgulloso en toda su desnudez con el soberbio gesto del que se sabe poseedor de gran fuerza y belleza, y depositario absoluto de los favores de los dioses. En definitiva... el ganador.

Esta última frase, Dorotea la pronunció desdoblando la amargura y el cansancio a partes iguales. Magy no quiso romper el momento de magia que se había producido, preguntando a su abuela por el cambio que se acababa de operar en su ánimo. No quería moverse, ni siquiera para rascarse la rodilla; que en ese momento la martirizaba con sus picores. Intuía que la abuela no había terminado todavía. Como así fue porque, mirándola, le dijo.

—Sí, Magy —Dorotea afirmaba con movimientos de cabeza hacia arriba y hacia abajo—, recuerdo esa pequeña, pero importante parte de mi infancia con cierta nostalgia… Y con escalofríos... Son dos sentimientos antagónicos, lo sé, pero te aseguro que reales.

—Y ahora, cariño —dijo incorporándose con cierto esfuerzo—, si no te importa, me gustaría hacer el intento de descansar. Te agradezco que me hayas hecho revivir uno de los pocos momentos felices de mi vida. Pero reconozco que tanta actividad me ha dejado algo exhausta. Claro que la culpa la tiene mi edad —comentó socarronamente— que ya no está para subidas a trillos… Y mucho menos para carreras de caballos —y acompañó el gesto de levantarse con una amarga sonrisa—. ¿No lo crees así?

—Claro, abuela, pero dime… ¿Dónde se encuentra ahora tu amigo Martín?

— ¡Ah! Esa es otra historia con un final bastante triste. Así que, si te parece, te la contaré otro día —y pellizcando con cariño la cara de su nieta, le dijo— anda y ahora vete a dormir que es muy tarde.

—Claro. Buenas noches, abuela.

Un estornudo de Lea volvió a ponerle en contacto con la realidad. Magy se le quedó mirando absorta observando los malabarismos que en ese momento hacía con un pañuelo, ya que una mano la tenía entrelazada con la suya —y al parecer no estaba dispuesta a soltarla— mientras la otra tenía que emplearla para limpiarse los fluidos que rítmicamente salían de su nariz

y de sus ojos. Hasta ese momento, Magy no se había dado cuenta del cambio operado en el rostro de Lea. Sus ojos castaños, antaño con la mirada de espectador experimentado, estaban ahora inmersos en una palidez acuosa preocupante. Su pelo hirsuto, bastante más canoso que el de Dorotea, era recogido en un moño a media distancia entre la coronilla y el cuello, de donde sobresalían un par de horquillas grandes, de concha, que ella lucía coqueta como regalo, comentaba orgullosa, traído en su día por su amiga Doris del *mismísimo París de la Francia*. De frente ancha, despejada, marcaba el camino hacia una nariz demasiado grande en el óvalo desdibujado de su cara. Su boca, de trazos asexuados, antaño dispuesta en cualquier momento a transmitirte amenas conversaciones, contarte hilarantes historias, y ahora sellada con el rictus del silencio. A Magy le conmovió esa imagen y no se pudo contener. Se desasió de la mano de su amiga y cogiéndole la cara, la beso. Sabía que se dirigía a una Lea traspuesta por la pena.

—Cómo recuerdo sus conversaciones. ¡Y sus caricias! Va a ser muy difícil para mí vivir sin ella —su voz se quebró en un sollozo seco—. ¿Y te has fijado en su cara? ¡Le han desaparecido las arrugas!

— ¿Pero qué dices, niña? ¿Estás loca? —Le contestó Lea saltando alarmada como si la hubieran accionado con un resorte—. Tiene las mismas de siempre. Estás llena de dolor, por eso dices esas cosas.

— ¡No estoy loca, Lea! ¿Es que no has visto la tersura de su piel? ¡No tiene ni una arruga!

—Por supuesto que no estás loca —concluyó Lea intentando tranquilizarla—, pero repito que no estás en condiciones de ver la realidad. Mañana, cuando descanses, verás las cosas de otra manera.

Lea no había notado ningún cambio en el rostro de su amiga. No entendía el comentario de Magy, sin duda motivado por la enajenación por la que estaba pasando. En cuanto se relajara vería las cosas de otra manera —se dijo convencida—. Sí, de otra manera.

—Mira, recuerdo perfectamente el beso que me dio ese día al salir de su dormitorio —estaba claro que Magy no quería dar por terminada la conversación—. Una vez más dejó impregnado en mi cara ese olor a canela que a mí tanto me gustaba.

Era cierto que la abuela Doris no olía a lavanda, ni a Heno de Pravia, ni a limones, ni a ningún olor tradicional. Su abuela olía a canela. Cuando te acercabas a ella el aroma a esa deliciosa especia te invadía. Hasta el aire que producían sus manos cuando gesticulaba con ellas quedaba perfumado. El olor a canela era su seña de identidad.

— ¡Oh, Lea! ¡Mira cómo huele su habitación! Toda la casa huele a canela. —Magy se sentía bien en aquella estancia, con aquel exótico perfume suspendido en el aire—. Sospecho que cuando se la lleven también desaparecerá este aroma. ¡Qué pena!

—Sí, cariño, me temo que sí —se lo decía con un gesto de congoja controlada. Hacía un rato que había sentido un amago de debilidad en sus ojos, pero esta-

ba claro que se había repuesto. Tenía que ser fuerte; entendía que era la mejor manera de ayudar a Magy, pero tampoco quería engañarla—, creo que inevitablemente será así. ¿Ella te explicó de dónde le venía su afición por la canela?

— ¡Claro que me lo contó!

Sí, Dorotea le explicó a su nieta en una de sus innumerables charlas y contestando a una de las muchas preguntas que ésta le hacía, el porqué tenía la costumbre de estar chupando casi siempre palitos de canela. Magy recordaba la paciencia que su abuela tenía para contarle historias como la que le contó aquella tarde, advirtiéndole de que no hacía falta que le hiciera la pregunta en ese tono misterioso porque ciertamente lo que había detrás era una historia real y le explicó que cuando ella era un bebé ya le ponían canela en los labios. Por entonces existía una tradición campesina donde las madres con hijos recién nacidos y teniendo la obligación de salir a trabajar en el campo a consecuencia de la pobreza extrema que sufrían, se veían forzadas a dejar a sus bebés mucho tiempo solos; y comprobaron que, cuando les ponían en las boquitas un poco de canela machacada, ese sabor suave de la especia sustituía —aunque fuera por unas pocas horas— al sabor de la leche materna ayudando de esa manera a combatir el hambre y consiguiendo calmarles el llanto. El llanto como lamento de la necesidad. O, lo que es lo mismo —manifestaba su abuela adelantando la barbilla—, la canela servía para engañar a sus diminutos estómagos.

— ¡Ay, abuela! ¡Qué historia tan triste! —A Magy esa historia la impresionó. Y recordaba cómo su abuela le quitó importancia contestándole.

—No quiero que te entristezcas, cariño —se lo dijo en tono solemne, que es sinónimo de tristeza—. Te lo cuento simplemente para que sepas de dónde me viene la costumbre de masticar canela.

Capítulo 3

Magy y Lea salieron del dormitorio con la intención de continuar el trayecto hacia la cocina. Pero al salir, los recuerdos que se escapaban a través de las bisagras de la puerta nuevamente le dejaron paralizada. Los absorbía con la misma fruición con la que hacía años los vivió; allí estaba ella, en el pasillo, agarrada al brazo de Lea y toda la indecisión del mundo agarrotándole las piernas impidiéndole continuar hacia esa dependencia donde esperaba la familia.

La joven no podía ni quería dejar de evocar aquellos momentos vividos detrás de aquella puerta que actuaba como un imán. Aunque ello supusiese que la dejaran completamente suspendida en el tiempo. Prueba de ello es que acababa de salir y volvió a escuchar murmullos en el dormitorio, ruidos en forma de flotantes imágenes, de colores, que la invadieron por completo y la transportaron con un raro espasmo a aquella fatídica noche...

En el afán de que sus padres y hermanos no descubrieran que a esas horas se encontraba aún despierta y en el dormitorio de su abuela, Magy salió despacio con tal sigilo que sus pies se deslizaban por el entarimado de la casa con la sensación de que, más que andar, quedaban suspendidos en el aire a unos centímetros del suelo permitiéndole moverse por el pasillo de la casa con una impunidad fantasmagórica.

Estaba llegando a su dormitorio cuando unos lamentos susurrados le hicieron poner atención.

— ¡Te lo suplico, no te vayas!

— ¡No puedo más, tanta hipocresía me tiene asqueado!

— ¿Y qué va a ser de nosotros?

Las voces salían del dormitorio de sus padres. Aterrizó en el suelo y se quedó quieta, clavada en la tarima. Sí, no había duda. Era la voz de su madre suplicando a su padre que no les dejara.

¿Cómo era posible? —Se preguntó sorprendida— ¿Su madre suplicando? ¿Y a su padre? ¡Era algo inconcebible! Su madre no tenía la costumbre de suplicar a nadie. Pero lo cierto es que lo estaba haciendo. Magy escuchó nítidamente las palabras y la contestación de su padre atendiendo a las súplicas de su madre.

—No te preocupes, tú ni lo vas a notar —la voz de su padre sonaba sórdidamente irónica—. Seguirás con tus reuniones sociales, esas de las que al parecer no puedes prescindir. Esas que parecen ser tu "actividad

más preciada". Y todo continuará exactamente igual —sentenció—. Igual para ti, me refiero.

— ¿Pero y los chicos? ¿Qué les digo a nuestros hijos? —La voz de su madre sonaba realmente afectada—. ¿Es que no te importan?

—Diles la verdad, Luz —contestó su padre—, aunque solo sea por una vez en tu vida. Y porque me importan, y mucho, también hago lo que estoy haciendo. Diles que su padre se está ahogando en esta familia. Diles que son muchos años fingiendo cariño, respeto… Sí, no pongas esa cara de extrañeza, tú sabes muy bien el tiempo que llevo fingiendo. Eres perfectamente consciente de que entre tú y yo no existe desde hace mucho tiempo ninguno de los dos afectos, "ni cariño", "ni respeto". Pero eso no importa, ¿verdad, Luz? Mientras yo aparezca en casa de vez en cuando, que vean tus hijos que tienen un padre… Y, sobre todo, que pague las cuantiosas facturas. Que, por otro lado, tú no necesitas que yo lo haga. Te recuerdo que tus finanzas están bastante más saneadas que las mías.

A Magy le estaba costando trabajo entender las atropelladas palabras de su padre. Parecía un profesor impartiendo una asignatura de un grandísimo valor íntimo.

— ¿Qué les cuentas, Luz? ¡Ah, sí! Que soy un ingeniero muy prestigioso. ¡Que la humanidad no puede vivir sin que yo les proyecte mis maravillosos puentes! Por eso, por la importancia de mi profesión y de lo reputado que soy en ella, un día me encuentro en Bra-

sil y al mes siguiente en China. Pasando por Europa, claro. Todo para justificar mis cada vez más frecuentes ausencias —aquí escuchó a su padre moviendo unos papeles mientras se producía una pausa—, nuestros inexistentes afectos, mis reales carencias. Y de paso le cuentas la rocambolesca situación a la que he asistido y sigo obligado a asistir cuando vienen tus estimados amigos a casa Hugo y Ellen. Por cierto, cada vez más frecuentes y desinhibidas. ¡Ah, perdón!, que ahora Hugo se hace llamar Tina. Bueno, no es que se haga llamar, es que es Tina. ¿No es así, Luz? ¿Tan estúpido e ignorante me crees? El que no pregunte y todavía no he preguntado nada no me convierte en espectador desinformado. ¿Pero qué clase de personas son esos amigos? —Y sin dejar que la madre contestara, él se adelantó—. Mira, yo no tengo ningún tipo de prejuicio contra nada ni contra nadie. ¿Que Hugo ahora es Tina porque él se siente mujer? Pues perfecto. ¿Y que además está enamorada de ti? Pues sigue estando perfecto... Pero no me quieras hacer comulgar con ruedas de molino —estas palabras fueron dichas de manera airada— ¡Me saca de quicio la suciedad hipócrita en la que se desenvuelve tu vida! —Al darse cuenta de que su tono de voz era demasiado elevado y podría ser oído por los de la casa, volvió al susurro, pero arrastrando las sílabas—. Afronta la realidad y sus consecuencias. Y no te lo digo por ti. A mí lo que tú hagas con tu cuerpo y con tu vida me importa un comino. Pero están mis hijos. ¿Cómo les puedes explicar que su madre está liada con una mujer que en realidad antes era un hombre? ¿Que Hugo en realidad lo que ha querido

siempre es ser una mujer? Pero una mujer lesbiana. Difícil galimatías, ¿no crees? Cómo lo explicarías tú...

—Pero ¿qué dices? —Le cortó su madre entre lágrimas— ¿Por qué dices esas cosas?

— ¿Que qué digo? Os he visto juntas, Luz. Y no solo en casa donde ni siquiera sois capaces de controlar vuestra impudicia. ¡Aquí viven tus hijos! ¡Tu madre! ¿Y el servicio? ¿No te importa lo que piensen? ¿O crees que todos estamos ciegos como tu pobre madre? —Su padre había vuelto a levantar la voz como no importándole que le escucharan—. Dime algo. Contesta si puedes — le requería con voz apremiante al tiempo que no le daba la oportunidad de replicar—. ¡Di algo!

Se hizo un silencio donde Magy pensó, por un momento, que su padre se había calmado; cuando su voz, ya algo más serena, retomó el interrogatorio.

— ¿Te dice algo la calle Lanero? ¡Déjalo, no contestes! —Cortó su padre ante el amago de la madre por hablar—. Estoy saturado de mentiras. Por eso no entiendo tus lágrimas. ¿Qué clase de imbécil crees que soy? —La voz sonaba amarga, pero precisa y sin intención de callar—. ¿De verdad pensaste que no me daría cuenta de nada? Por mucho tiempo que pase fuera... créeme, no es suficiente. Siempre hay alguien dispuesto a desvelarte secretos, a echarte una mano; y además… Es todo tan, tan... notorio.

Hubo un largo silencio en el que solo se escuchaban los pasos de Raúl cruzando el dormitorio. Magy se lo imaginó nervioso, desahogando su ira en cada zancada.

— ¡Te has liberado, Luz! ¡Deja de fingir! —Vociferó con ira—. El que yo dé el primer paso en nuestra separación en cierta manera te exonera de tener que andarte con explicaciones comprometidas. Además, Luzinda —resultaba raro escuchar en la boca de su padre el nombre completo de su madre— me voy sin amargura porque sinceramente espero un divorcio civilizado. No olvides —recalcó amenazadoramente— que yo me divorcio de ti, pero no de mis hijos —continuó sin permitir a su mujer la mínima opción a réplica— y por civilizado entiendo la nula oposición por tu parte a que vea a Magy las veces que a ella y a mí nos apetezca. Con Gus y Álex seguro que no tendré problemas, son mayorcitos y de otra manera. A ellos nuestro bienestar les trae sin cuidado mientras les siga financiando. Estoy seguro de que una incompatibilidad de caracteres les será suficiente para aceptar de buena gana nuestro divorcio. ¡Ah! Y tu situación económica —continuaba su padre—, espero que tengas la decencia de no alterarla. Vamos, que no la manipules con el fin de esgrimirla como un chantaje hacia mí. No obstante, seguiré pagando la educación de mis hijos, bueno de Magy, porque de Gus y Álex... Con ellos lo vas a tener más difícil. Quizá si les haces un poquito más de caso y no les consientes todas las burradas de las que son capaces; a lo mejor consigues enderezarlos. Creo sinceramente que todavía estás a tiempo. De todas maneras —razonó—, soy consciente de que también son mis hijos y tan responsable soy de su educación como tú por lo que me tendrás a tu lado apoyándote siempre que me necesites; como lo he hecho

hasta ahora, por cierto —concluyó—. Obviamente, tus gastos o vicios te los pagas tú. Mucho tendrías que despilfarrar para comerte la fortuna que te dejaron tus padres. Aunque a mí, insisto, como manejes tu vida en todos los sentidos, no me preocupa en absoluto.

En esta última frase Magy tuvo que poner más oído para entenderla aunque escuchó con claridad su enojado exabrupto: vamos, que me importa un... un... ¡Cojón!

En ese momento Magy no reconocía a su padre. Su desprecio, su ironía... no estaba acostumbrada a escucharlos. Era como si quien hablara fuera otra persona. Las palabras altisonantes que salían de su boca le parecían horribles. Quizá en aquellas circunstancias las utilizaba como mordaza para ocultar las heridas de su frustración —o al menos esa fue la conclusión a la que llegó años más tarde analizando lo ocurrido aquella noche—. Se le notaba totalmente fuera de sí.

En aquel momento no era consciente de que la figura de su padre fuera vital en su infancia. Acaso porque ese espacio estaba fuertemente ocupado por la presencia de su abuela. La realidad es que no fue hasta unos años más tarde cuando valoró con justicia la importancia que su progenitor había tenido en su desarrollo personal, tanto psíquico como afectivo. Acostumbrada a verle en casa en raras ocasiones; exceptuando los periodos tradicionales como Navidades o vacaciones de verano. En esa etapa era cuando, efectivamente, existía un mayor contacto. El resto del tiempo, lamentaba reconocer, no había añorado su au-

sencia. Sí reconocía que la inexistencia de reprimendas o castigos hacía que los pocos recuerdos que tenía de su padre, con relación a su infancia, fueran realmente gratos. Y aunque en verdad no recordaba haber compartido muchos momentos de juego con él, era cierto que algunos sí le habían marcado especialmente; como aquellos que se desarrollaban en los meses de julio en Santander, donde veraneaban todos los años y jugaban en el mar, con sus esporádicas zambullidas en las aguas del Cantábrico compartiendo risas e impresiones, a la vez que sentía las protectoras manos de su padre sobre su piel aportándole una feliz invulnerabilidad hacia cualquier posible peligro. Eran momentos felices en los que la vida de Magy cobraba una cotidianidad semejante a la que disfrutaban sus amigas del colegio. Momentos que solían contarse todas las compañeras a la vuelta de sus vacaciones. Y recordaba que comentar esos instantes le hacía enormemente feliz. No quería ser diferente a nadie. Le molestaba cuando sus profesores comunicaban a sus padres que no solo era muy inteligente, sino que además era *diferente*, sin calificar como bueno o malo ese signo cognitivo.

Y esos eran mayoritariamente los recuerdos que la joven tenía de él. Después vendría un paréntesis de amnesia total, ignorando la causa, para saltar a los quince años aproximadamente donde la figura paterna cobró un protagonismo inesperado.

Capítulo 4

La memoria de Magy volvió al momento en el que decidió dejar de escuchar las palabras que salían del dormitorio de sus padres con el corazón bombeándole el pecho de tal manera que pareciese tener un caballo pisoteándole contumazmente. Recordó cómo puso las manos con fuerza en él. Estaba claro que ese gesto obedecía al impulso del miedo. No podía permitir que ese ruido estruendoso delatara su presencia.

Entró en su dormitorio temblando. Por un lado, el impactante descubrimiento de que su abuela veía y oía más de lo que ella pensaba. Por otro, la voz quebrada de su madre suplicándole a su padre que no los abandonara le martilleaba el cerebro; le revelaba una imagen tan desconocida hasta entonces que la dejaba completamente desconcertada. La trastornaba porque, de alguna manera, el comportamiento de su madre, siempre superficial y egocéntrico, no casaba con las implorantes y hasta humildes palabras que acababan de salir por su boca.

Pero su desconcierto era mayor en la medida en que era consciente de que a pesar, de que ensalzaban su empatía, no había sido capaz de descubrir nada de esto.

¿Dónde estaba esa sensibilidad empática tan especial, si no había sabido captar la de su propia madre? A menos que de la noche a la mañana se hubiera convertido en una actriz, como esa Sara Bernard que con frecuencia mencionaba su abuela. ¿Y el descubrimiento del padecimiento de su padre? Por su falta, no ya de amor —por entonces Magy no era muy consciente de su ausencia— sino de la imposibilidad de vida en común con todos ellos. Ese pensamiento le hacía daño. Tanto como recordar la tristeza con la que su progenitor reprochaba a su madre su comportamiento. Y sobre todo, ¿qué había querido decir de la amistad que le unía a Tina? ¿Y Hugo? ¿Pero quién era ese tal Hugo al que no había visto nunca?

Sin duda, algo escabroso anidaba en esas palabras hirientes.

¿Y por qué decía que Tina antes había sido Hugo? Sin duda ella no había oído bien y por eso no entendía. Por casa siempre había visto a Tina en compañía de Ellen.

Lo averiguaría —se dijo llena de resolución—. Si superaba esa noche de vértigo.

Y vaya si lo averiguó. Pasado algún tiempo, lo averiguó. Más le hubiera valido mantener su curiosidad confinada. Pero esa no era su forma habitual de proce-

der, le resultaba imposible, iba en contra de su propia naturaleza.

Estaba por fin en su dormitorio, sentada en la cama y tenía ganas de vomitar. Sentía que su cuerpo gravitaba igual que lo haría un globo con las tripas llenas de gas, dando bandazos. Pero literalmente. Ahora chocaba con la pared izquierda, de pronto subía hasta el techo y cuando lo había conseguido, se desplazaba hasta la pared derecha. Se encontraba en un estado de total e inquieta ingravidez. ¡Quiero dormir! —Se decía desesperada dando vueltas en la cama y tapándose la cara con la almohada— ¡Parar mi cerebro! ¡Quiero que pase esta maldita noche y estar en mañana!

Le despertaron los apremiantes golpes de Lea en su puerta. Le dolía la cabeza muchísimo. No recordaba a qué hora se había quedado dormida. Pero, a juzgar por su estado, le parecía que no lo había conseguido en toda la noche.

— ¡Niña, que te has quedado dormida!

Fueron las palabras y el detonante para que tomara conciencia de que mañana había llegado. Y con él su puesta a punto para sus obligaciones cotidianas. Y, sobre todo, a la vuelta del colegio, el firme propósito de averiguar los misterios que envolvían la vida de su familia.

Dejaría aparcadas las indagaciones sobre la vida de Dña. Amelia, la encantadora vecina del primero izquierda, aparentemente vinculada sentimentalmente con su abuelo Bernabé. Bueno, de momento eran

solo suposiciones. Todavía no había podido averiguar mucho porque no había sido capaz de sonsacarle nada a su abuela sobre esa relación y no había tenido forma de que le aclarara o confirmara algún otro tipo de vínculo. Aunque fue la misma Dña. Amelia quien, con entusiasmo, le habló de la amistad que "mantenía" con su abuelo. Sí, ese fue el verbo que utilizó la vecina una tarde que coincidieron en el ascensor.

— ¿De manera que tú eres la hija de Bernabé?

La niña le iba a contestar que no; que ella era la nieta y que además su abuelo estaba muerto; pero no le dio tiempo. Dña. Amelia, con un brillo especial en los ojos y con las manos atusándose coquetamente el pelo, se adelanto, explicándole lo feliz que le hacía esa amistad; algo que dejó intrigada a Magy.

Cuando se lo contó a Lea, ésta pensó que la niña no se había enterado bien y le restó importancia, algo raro porque Lea no era tan prudente como su abuela. Una tarde, Magy tuvo la oportunidad de escuchar una conversación confidencial entre Lea y la asistenta de Dña. Amelia. Fue un día lluvioso en el que ésta subió a casa para pedirle el favor de que le prestara un paraguas.

— ¿Te puedes creer que en casa de mi señora no haya ni un paraguas? —Le dijo algo contrariada la asistenta—. ¡Y aunque estamos en noviembre, cómo iba yo a pensar en un aguacero como el que está cayendo, con el sol espléndido que hacía esta mañana cuando salí de casa! ¡Vaya clima raro que tiene Madrid!

Magy presenciaba la escena desde el cuartito con váter reservado para el personal de servicio de la casa, situado en la cocina y donde había entrado para lavarse las manos. Le hacía gracia la forma de hablar de la empleada de Dña. Amelia. Se le entendía bastante mal, vamos, como si tuviera una patata en la boca. Y fue allí donde por boca de Lea escuchó el primer comentario jocoso que ésta le dirigía a la vecina.

— ¡Y para qué va a necesitar paraguas Dña. Amelia con el tamaño de los sombreros que usa! —Dijo con retintín— ¡Si hasta le sirven de sombrilla...! —Entre carcajadas apenas pudo terminar la frase— ¡Para que le quiten el sol en la playa!

Magy notó cierto disgusto en el tono con el que le contestó a Lea la empleada de Dña. Amelia.

—No me parece bien que te rías así de mi señora, Lea —dijo la doméstica respirando bien hondo—. Es una mujer estupenda. Algo rarita en su forma de vestir, es cierto, pero tú sabes que es muy educada y, sobre todo, muy buena persona; te lo digo yo que la conozco muy bien —y añadió con la intención de aclarar—. Mira, cuando se va a pasar algunas temporadas con su hijo, a la vuelta me paga todos los atrasos sin necesidad de que yo se los reclame. ¿Quién hace eso hoy en día?

— ¿Su hijo? ¿Pero qué hijo? —Éstas preguntas se las hizo Lea en tono inquisitivo al tiempo que bajaba el volumen de su voz— Que yo sepa no tiene hijos. ¿Y tú dices que la conoces muy bien? ¡La que la conoce bien soy yo! —Y matizó entre dientes— ¡Pero muy bien! ¿Pero qué cuento chino te ha contado?

—Pues… no… no sé… Por qué me va a mentir —la pobre mujer no sabía qué decir, parecía algo descolocada y sorprendida— y con un encogimiento de hombros determinó. No entiendo nada.

Mientras Lea alardeaba de tener más conocimientos de la vecina que su propia empleada, Magy se propuso poner en marcha todas sus dotes —hasta donde hiciera falta, se dijo— para resolver el enigma.

En ese cometido detectivesco estaba cuando le sorprendió la conversación en el dormitorio de sus padres.

¡Uff! Qué manera de acumularse los misterios. Pero tenía claras las prioridades de los mismos. Y el que ocupaba su cabeza produciéndole más quebranto sin duda era la decisión de su padre. Su progenitor se despidió de ella y sus hermanos dos meses después de aquella conversación.

A Magy no se la podía definir como una niña extrovertida, exceptuando el trato con su abuela, Lea y su amiga Leonor. Tampoco es que fuera muy introvertida; aunque su carácter reservado llevaba a juzgarla como tal la mayoría de las veces. Se podría decir que era alegre, pero sin estridencias. Cariñosa sin empalagos, locuaz impenitente en el entorno cómodo que ella se había creado y moderada, cuando se encontraba obligada a estar en un ambiente no deseado.

Desconocía cómo afectaría la decisión de su padre a sus ya complicadas relaciones con su madre y, sobre todo, con sus hermanos. Le constaba que a la única persona a la que estos aún tenían no sabía si respeto o

miedo era precisamente a su padre. Temía Magy que sus hermanos, al verse libres de la presencia paterna, se descarrilaran aún más.

Y luego estaba eso de la amiga de Ellen y su transformación física. Algo que, a priori, parecía sencillo de averiguar aunque el tiempo se encargaría de demostrarle todo lo contrario.

Y como el patriarca de la casa pronosticó, la vida social de Luzinda siguió su rumbo y con la misma intensidad. Es cierto que pasó algunos meses con el carácter alterado, más irascible de lo habitual, pero la presencia asidua de Tina y Ellen, más de Tina que de Ellen, fue un factor determinante en calmar el estado de su madre y una gran ayuda en la superación de la ruptura de su matrimonio. No había duda de que las frecuentes visitas de Tina a su casa se habían revelado como un elixir consiguiendo levantar el ánimo de la madre hasta el extremo de verla mostrar un poco más de interés e ilusión por todo lo que la rodeaba.

Efectivamente, Tina se había convertido en casi un miembro más de la familia. Y, por alguna razón misteriosa, el interés de Magy se frenaba cuando se trataba de indagar sobre la relación *amistosa* que mantenía con su madre; dando por buena, que no aceptando, la definición que su progenitora hacía de dicha relación. Más tarde comprendió que la razón que impedía su natural curiosidad no revestía mayor misterio; simplemente intuía que existían comportamientos con los que no iba a estar de acuerdo y que, con seguridad, le harían sufrir. Por primera vez en su vida, le frenaba el

miedo, y se escondía detrás de una pretendida ignorancia presintiendo que lo que pudiera averiguar solo le proporcionaría más desconcierto. De hecho, trataba de no escuchar las insinuaciones que hacía Lea al respecto de esa "amistad". Seguramente porque en esos momentos el esfuerzo síquico al que tenía que someter a su mente le resultaba demasiado duro para su compresión.

Pero fue la providencia o el destino, o como se lo quiera llamar, quien salió al encuentro de su natural curiosidad.

En casa seguían celebrándose bastantes reuniones sociales. Y por supuesto, siempre con la presencia de Tina y Ellen. No fue hasta un par de años después cuando tomaron significado las palabras que escuchara decir a su padre sobre la transformación personal de Tina.

Tina, por entonces, no vivía permanentemente en la casa, era cierto. Pero no había una sola reunión familiar en la que no estuviera presente. Sobre todo en las fiestas sociales, en las que adoptaba el papel de anfitriona con la total aquiescencia de la madre. Y también en cumpleaños y fiestas navideñas, aunque en estos actos era evidente que intentaba rebajar su nivel de protagonismo.

En el caso de Ellen fue distinto, pues desapareció de sus vidas como si un tsunami se la hubiera tragado. Años más tarde, Magy se encontraría con ella, por casualidad, en un centro comercial y tomándose un café, Ellen le revelaría sorprendentes aspectos de la vida pasada de Tina. Magy se reprocharía con el tiempo,

no haber correspondido con la misma generosidad, haberse sincerado con ella haciéndole partícipe de los últimos y sorprendentes episodios de su amiga y que le atañía personalmente. No lo hizo. Para eso tenía que haber desnudado su alma y era algo para lo que no estaba preparada. En aquel instante fue consciente que en ella anidaban prejuicios trasnochados que, si bien necesitaba desechar, ciertamente no supo hacerlo en aquel momento; por lo que tendría que vivir con ese remordimiento.

Pasaron unos años en los que la vida de Magy transcurría en la burbuja que, con la ayuda de su abuela y Lea, se había construido. Con la primera alimentaba su intelecto leyendo y leyendo, al tiempo que se deleitaba escuchando las historias que luego compartía con su amiga Leonor durante largas horas. Ésta las escuchaba con la boca abierta, hecho que Magy celebraba con entusiasmo, aunque con la certidumbre de su incredibilidad; no en vano, le precedía una fama de imaginaria fantasiosa.

Y con Lea compartía sus inquietudes detectivescas. Capacidades que desarrollaba gracias a vivir en una comunidad donde no faltaban elementos sobre los que impulsar su actividad; desgraciadamente, porque algunas de las situaciones que vivieron no fueron precisamente episodios anecdóticos. Alguna de esas historias que le tocó vivir la competían en lo personal de manera trágica.

Y, por otro lado, seguía acentuándose la mala relación entre su madre y ella, agravada después de un

hecho acaecido del que, sin querer, Magy fue espectadora. Tiempo después, este hecho le serviría para atar cabos sueltos con los que encajar las piezas del puzle familiar y sentimental de su madre.

Era jueves, lo sabía porque era el día de descanso de Lea. Se había encontrado ligeramente indispuesta en clase y su profesora le aconsejó marcharse a casa. Tenía llave, por lo que no tuvo necesidad de llamar al timbre. Se dirigía directamente a su habitación y estaba contenta, no solo porque ya se sentía mejor, sino por ver la cara de alegría que se le pondría a su abuela al verla aparecer más temprano de lo acostumbrado.

Recordaba que iba canturreando por el pasillo cuando, al pasar por la puerta del dormitorio de sus padres —ahora solo de su madre—, pegó un respingo de susto. La cabeza de su madre apareció de pronto con la mirada desorbitada y tratando nerviosamente de anudarse la bata que cubría su cuerpo, parcialmente desnudo, para pedirle a su hija una explicación sobre su presencia en casa a una hora donde se presumía que debería estar en otro lugar.

Magy trató de reponerse del sobresalto e inmediatamente iba a explicarse cuando, a través de la escasa apertura de la puerta, que además obstruía parcialmente la figura de su madre, vio el cuerpo desnudo de Tina sobre la cama. Esta, al ver a la pequeña, le sonrió e hizo el gesto de echar la cabeza hacia atrás sin desviar un ápice su mirada. Al revés, sosteniéndosela y acompañándola con una postura claramente provocativa. Todo transcurrió en segundos, pero esa sonrisa

en la boca de Tina mirándola desafiada y burlonamente le persiguió durante años. Se le aparecía en sueños, siempre la misma imagen: aquella boca distorsionada con movimientos circulares, a modo de visaje. Una invitación obscena al laberinto de sus procacidades.

Cuando la madre pudo reaccionar advirtiendo horrorizada la dirección de la mirada de su hija, cerró la puerta visiblemente nerviosa con un golpe brusco. Ya hablaremos luego, dijo; y todo ello le dejó a Magy una sensación de náusea en el estómago.

A partir de ese momento, fueron muchas las cosas que cambiaron en la vida de la joven y hasta bastantes años después, no le confesó a su abuela ni a Lea los sueños inquietantes que venía padeciendo a consecuencia de la impresión recibida aquella tarde; ni los sentimientos que desde entonces le intranquilizaban siempre con la visión de una Tina completamente desnuda sobre la cama de su madre. Era una foto fija en su memoria. Indeleble.

Capítulo 5

La niña no podía olvidar las palabras insidiosas que Lea había vertido contra Dña. Amelia aquella tarde cuando conversaba con la asistenta de la vecina, en la cocina de su casa. Por eso, en cuanto la asistenta se fue, Magy, que no perdía ocasión de indagar, salió del cuartito y abordó a Lea para que, por favor, le contara esos cotilleos que al parecer sabía entre la vecina y su abuelo.

Lea no podía contarle en aquel momento nada sin el permiso de su abuela —adujo apartándola cariñosamente de su lado con un *¿me dejas trabajar?*—, pero ya habría ocasión en cuanto pasara un poquito de tiempo.

—Tendrás que madurar algo más—sentenció señalándola con el dedo índice—.

— ¡Ya estamos como siempre! —contestó Magy gesticulando con los brazos y enfurruñada—. ¡Quizá entonces no necesite saber ya nada!

— ¡Está bien! ¡Está bien! —Le contestó Lea riendo—. En realidad no tiene mayor importancia. Te cuento un poco. Al parecer, Dña. Amelia se enamoró platónicamente de tu abuelo.

Magy no le permitió terminar la frase preguntándole lo que quería decir *platónico* —a lo que Lea no dejó pasar la ocasión de reprocharle— ¿Ves cómo tienes que madurar algo más? —Y continuó aclarando—. Pues platónico quiere decir que la vecina se enamoró de tu abuelo porque quiso; así, sin más, porque él nunca le dio pie o motivo que alimentara esa ilusión. El gran amor de tu abuelo fue siempre tu abuela. De su primera mujer, Aurora, siempre supimos que la había querido mucho, pero enamorado, lo que se dice enamorado... no lo estuvo más que de tu abuela.

— ¿Y por qué se enamoró Dña. Amelia de él? —Preguntó Magy—. ¿Es que tenían amistad?

— ¡Qué va! Se conocían de la vecindad. Y al parecer de un café que le invitó tu abuelo un día en la estación de Atocha. Él venía de asistir a un congreso en la ciudad de Sevilla. ¡De esto hace un montón de años! —Exageró haciendo bucles con la mano— nos lo contó él el día que llegó del viaje. Al parecer coincidió en el mismo vagón del tren con Dña. Amelia. Charlaron de cosas sin importancia y en la cafetería de la estación tu abuelo, que era un caballero, le invitó a un café y después la trajo en taxi hasta su casa ya que, al vivir los dos en el mismo edificio, no tenía nada de raro que la acompañara hasta aquí. ¡Y en qué hora, hija! Por lo visto la dejó impactada, quiero decir im-

presionada. Tu abuelo era un hombre muy interesante, ¿sabes? Muy atractivo —Lea afirmó enfáticamente—. Y ella, nuestra vecina, debió de confundir su educación exquisita con un interés personal que te puedo asegurar nunca existió. Y eso te lo digo yo —aseveró golpeándose el pecho— que le conocía bien. Pues hija, a partir de aquel momento vinieron algunos problemillas. Pero, vamos, de poca importancia porque tu abuela era una mujer muy sensata y estaba muy segura de los sentimientos de su marido. Porque si hubiera sido otra... la arma, ¡seguro que la hubiera armado! Dña. Amelia a partir del momento que coincidió con tu abuelo en aquel viaje, subía cada dos por tres a casa con cualquier motivo. ¡Que si bicarbonato! ¡Que si un termómetro! *¿Pero está usted enferma?*, le preguntaba tu abuela con sorna. Y ella como si nada, que no se daba por aludida. Porque, hija, daba la casualidad de que siempre hacía sus visitas en las horas donde sabía que tu abuelo se encontraba en casa. Era evidente que estaba empezando a molestar a toda la familia, especialmente a tu abuelo, que llegó a confesarnos que algunas veces se había sentido hasta acosado.

Lea calló de golpe. ¿Pero qué estaba haciendo contando esas historias a una adolescente? Sentía que tenía que haberse dado de tortas ella misma antes de dirigirse a una Magy entregada por completo a sus historias, masticando chicle y manoseando la fruta de un frutero que se encontraba en mitad de la mesa de la cocina. Al contrario, fue injusta usando un tono altivo de voz para dirigirse a la joven.

— ¡Ale! Por hoy ya está bien de conversación. —concluyó resuelta colocándose el delantal—. ¡Con lo que tengo que hacer y estoy de charleta contigo! ¡Y deja de manosear las manzanas, que me estas poniendo nerviosa!

Magy, con las manos en los bolsillos del pantalón, salió de la estancia sin entender qué mal había hecho o dicho para provocar el repentino enfado de su amiga.

Por lo demás, la vida en la residencia de los Martos continuaba en apariencia normal, pero solo superficialmente. Porque, para Magy, su existencia estaba teñida de permanente ansiedad. Su corazón se encontraba en constante y turbulenta agitación. Grotescas fantasías le obsesionaban por la noche y en su imaginación aumentaban las escenas que le hacían sudar hasta que la luz del amanecer daba paso al envolvente abrazo del sueño reparador.

Un jueves por la tarde de mediados de mayo, Lea llegó a casa más emocionada que de costumbre y les dijo a su abuela y a ella.

—Mañana os tengo que contar lo que he presenciado esta tarde.

— ¿Pero sobre qué? ¿Y por qué no ahora? —Le preguntaron al mismo tiempo la abuela y Magy.

— ¡Uff! ¡Es sobre Dña. Amelia! ¡Ya sé dónde pasa las ausencias! Ahora es muy tarde y tengo que recoger. Mañana os lo cuento, es bastante largo y quiero hacerlo con detalle —confesó Lea dándose importancia y

en el tono intrigante que adoptaba cuando se trataba de contar algún chisme.

Al día siguiente, Magy se encontraba leyendo en el salón de la casa. No tenía ninguna intención de salir. No hacía frío, pero está comprobado que la primavera en Madrid suele ser inestable. Aquel día no era una excepción y a través del balcón observó cómo unas nubes enrabietadas, cambiantes del color violeta al verde grisáceo, se preparaban para descargar un auténtico aguacero sobre la capital. La tarde era perfecta e invitaba a las confidencias. Fue lo que adujo la joven para recordarle a Lea, que en ese instante entraba en la estancia portando un jarrón con flores, su promesa del día anterior. Era el momento adecuado de contarles esa historia tan interesante sobre Dña. Amelia.

—De acuerdo —dijo la doméstica— vamos a ver si a tu abuela le apetece salir de su habitación y aprovecho y os la cuento a las dos juntas —y llevándose las manos a la cabeza en un gesto teatralizado, soltó— ¡No he podido dormir en toda la noche pensando en la vecina!

Dorotea las convenció de que la tertulia se desarrollara en su dormitorio como casi siempre, a lo que accedieron gustosas. Lea cerró la ventana de la habitación para impedir que los sonidos de la calle, que llegaban tenues pero nítidos, la desconcentrara de la interesante historia que tenía que contar a sus amigas. Inmediatamente la abuela ocupó su sillón; mientras Magy lo hacía en el pequeño sofá, con las rodillas juntas elevadas hasta la barbilla y sujetas por

unos inquietos brazos. Con la mano conminaba a Lea a sentarse a su lado mientras un implorante ¡por favor! Salía de su boca instándola a que empezara a contarles, cuanto antes.

A la doméstica se le veía entusiasmada y deseosa de relatar una historia tan literaria —afirmó muy convencida y señalando con el dedo índice hacia las estanterías— que bien podía haber salido de la pluma de cualquiera de los autores de estos libros.

—Ayer me fui —comenzó a narrar Lea— como ya sabéis que hago algunos jueves, a pasear por la estación de Atocha. ¡Me encanta ese lugar! Me gusta observar el movimiento de los viajeros por los andenes. Unos que van, otros que vienen. Para mí el trasiego de gente en las estaciones tiene una magia especial. Me gusta fijarme en las caras nerviosas de esos futuros viajeros cuando ven el morro de la locomotora avanzando lentamente por las vías hacía la señal de parada. Ya sé que pensareis que tengo mucha imaginación, pero algunas veces, el morro de la máquina, me recuerda a la posición que toman los felinos cuando van a cazar —sin abrir la boca, abuela y nieta intercambiaron unas miradas interrogantes—. En otros —continuaba— me gusta observar sus caras, mirando con ansiedad los coches para ver salir a las personas de sus vagones. Se nota que les da miedo que entre tanta gente se les escape la persona o aquellos a los que han ido a esperar…

…Otra cosa que me resulta graciosa es verles sudar por el esfuerzo que hacen para sujetar sus enormes

equipajes, que además, parece que tengan vida propia y luchan por no caerse de las manos de sus dueños. Aunque la mayoría de las veces no lo consiguen. ¡Si los vierais! Se vuelcan por la derecha o se les escapan por la izquierda. Como jugando, ¿sabéis? Todo con tal de hacer sufrir al pobre viajero que, a duras penas, consigue sujetarlos para continuar la marcha. Y, sobre todo, me encantan los colores y olores que se producen en las estaciones. Por lo menos en las grandes. En esa de Atocha, además me gusta porque paso totalmente desapercibida y puedo observar, sin llamar la atención, el comportamiento de la gente. Creo me enseña muchas cosas de cómo somos los humanos. ¡Resulta tan divertido!

Dorotea, una vez más, se quedó impresionada de la manera tan inteligente con la su amiga estaba contando la historia. De cómo había aprendido en todos estos años. Oírle relatar esa experiencia de manera... fantasiosa, sí, pero no exenta de un cierto lirismo poético; le llenaba de orgullo; y le daba mucho mérito a su amiga. Una mujer a la que nadie ayudó, como hicieron con ella, a cultivarse en ningún aspecto y que, sin embargo, era capaz de expresarse de aquella forma... ¡Bien por ti! —Se decía mientras continuaba interesada escuchando el relato.

—Bueno, pues estaba sentada en mi banco, uno ideal, que me permite una visión de palco principal desde donde diviso prácticamente toda la estación. En ese momento estaba haciendo su entrada en el andén —Lea acompañó a su tono misterioso un adelanta-

miento de hombros— el tren de las 18:30 procedente de Córdoba y observé cómo una anciana se dirigía hacia los vagones con los ojos muy abiertos y la cara llena de ansiedad y todo lo rápido que le permitían sus torpes piernas. La mujer observaba descaradamente las caras de los viajeros, sonriendo, pero, al mismo tiempo, como…, como con angustia, por lo que no había uno que no cayera en el impulso de volverse a mirarla. ¡Es que teníais que haberla visto! El pelo enmarañado, blanco pero tirando a amarillento, parecía que quería desprenderse de la opresión que hacía sobre su cabeza una Pamela de color rosa clarito y adornada con flores secas. Ahora es mayor y está muy estropeada —Lea en ese momento se dirigía a una desconcertada Magy que no adivinaba de quién le estaba hablando—, pero todavía le quedan rastros de su antigua belleza. ¿Verdad que es cierto, Doris?

Implícita en esa pregunta, Doris, sin saber por qué, adivinó el nombre de la protagonista de la historia que estaba contado su amiga. No dudó en contestar.

—Cierto, cierto, era guapísima —afirmaba la abuela— y gustaba mucho a los hombres...

—Bueno, pues os sigo contando —continuaba una Lea emocionada—. La mujer vestía una vaporosa blusa blanca con unas jaretas de puntillas preciosas. Muy parecidas a unas que tenía Aurora —aclaró Lea dirigiéndose a Dorotea—. Una falda larga estampada con dibujos de flores, de colores blanco, azul y amarillo y también se mezclaban con otras de un rojo intenso. Mirad —decía Lea muy descriptiva—, su falda parecía

la paleta de un pintor, resultaba tan llamativa que hacía imposible que pasara inadvertida. Yo asistía, como espectadora al asunto desde mi banco. Con curiosidad, la verdad y sin perderme ni uno solo de sus movimientos. Se la veía como triste o desilusionada. Vaya usted a saber. Yo pensé que no había encontrado a la persona que había ido a buscar. Estaba como perdida... Observé que se dirigía hacia donde me encontraba buscando un lugar para descansar, para poder sentarse. Pero chicas, cuando llegó, no es que se sentara, lo que hizo fue desplomarse a mi lado, en el asiento del banco y se quedó completamente pensativa. En todo momento su cara me resultaba familiar, pero claro, al principio yo estaba algo alejada de ella para haberla reconocido y, además, me despistaba su atuendo. Pero cuando me pidió el favor de sentarse a mi lado y ya en la cercanía, mi sorpresa fue total. ¡Era nuestra vecina!

Magy miraba a Lea con la expresión de alguien que se pregunta si de verdad ha oído lo que ha oído

— ¡Sí, hijas, sí! ¡Nuestra vecina! Y teníais que haber visto su aspecto. Estaba claro que ella no me había reconocido por lo que me quedé callada yo también esperando, no sabía bien qué, pero no quería hacer o decir nada que interrumpiera su silencio. Sin embargo, fue ella quien lo rompió presentándose. *Soy Amelia, me dijo en un tono tan abatido que me costó trabajo entenderla.* Yo hice la intención de recordarle quién era yo, claro, no solamente que era su vecina, sino lo conocidas que éramos... pero tenía la mirada como ida, en otro lugar y opté por callarme. Si os digo la verdad,

no parecía la misma persona. Pero os puedo asegurar que era ella, solo que vestida y peinada de manera diferente. Así que le dije *Mucho gusto. Yo soy Lealtad* y a continuación, le pregunté *¿Qué, no ha venido?* No sé por qué le hice esa pregunta —matizó Lea—, pero por la ansiedad con la que miraba las caras de los viajeros estaba claro que esperaba la llegada de alguien importante para ella. "No y no lo entiendo", me contestó moviendo la cabeza de un lado a otro. En ese momento posó sus manos sobre las piernas expresando un abatimiento que, francamente, me conmovió.

— ¿Algún hijo? —Le seguí preguntando por continuar la conversación aún a sabiendas de que no los tenía.

Y ahora viene lo sorprendente. Se vuelve hacia mí y con una sencillez estremecedora me dice.

— ¡NO! Es mi novio quien va a venir a buscarme.

— ¡Ah, bueno! —Le dije sin haberme recuperado de la sorpresa.

Y no solo por lo del novio, es que teníais que haber visto la dimensión que de golpe habían adquirido sus ojos. No sabía cómo reaccionar, pero como ella seguía mirándome de esa manera, yo tenía que decirle algo y lo único que se me ocurrió fue: *no se preocupe, seguramente vendrá en el próximo tren*. Se lo dije más cortada que una mona, pero intentando seguirle la corriente.

—Sí, seguramente —me dijo muy bajito, afirmando con la cabeza—. Y acto seguido, como si le hubieran dado cuerda, empezó a contarme una historia de amor preciosa que, al parecer, se había quedado en la promesa de un reencuentro que, evidentemente, nunca se produjo, allí, en el lugar donde nos encontrábamos.

—A mí lo que me estaba contando me sonaba familiar —informaba Lea—, pero, al mismo tiempo, increíble. Por eso le pregunté.

— ¿Y cómo se llama su amor?

—Bernabé, se llama Bernabé.

— ¡Atiza! Pensé. Teníais que haber visto su cara. Bueno y la mía, claro —les aclaraba Lea haciendo aspavientos—. ¡No daba crédito! ¡Pero con la cantidad de años que habían pasado y Dña. Amelia seguía con la misma obsesión por tu abuelo! Y además la casualidad de que la Estación de Atocha no solo es mi sitio preferido para pasar las tardes, sino que también es, cómo decirlo... el lugar donde, al parecer, nuestra vecina desarrolla toda su fantasía por la que seguir viviendo... Pero ¿qué le estaba pasando a Dña. Amelia? Desde luego, si la hubierais visto en la estación, os prometo que no es la vecina que todos conocemos —afirmaba Lea acalorada— eso os lo aseguro. Bueno, pues yo sin dejar de prestarle atención —continuaba relatando—, me doy cuenta de que Manuel, un empleado de la estación con el que charlo de vez en cuando y con el que he hecho algo de amistad, está señalando con la mano el lugar donde nos encontrábamos sentadas

e informando a un joven de unos... no sé ¿cuarenta años? De… De lo que fuese... Y me doy cuenta, además, de que este atractivo joven, vestido con bata blanca, viene hacia nosotras. ¡Si le hubierais visto dirigirse a Dª Amalia, con una sonrisa de oreja a oreja, con los brazos exageradamente extendidos y diciéndole, con la voz más dulce que os podáis imaginar *Amelia, amor mío…* ¡Y fue increíble! Me parecía que estaba asistiendo a una representación teatral del siglo pasado. Yo no sabía qué hacer, si quedarme o marcharme. Pero aproveché ese momento tan mágico que se estaba produciendo para, disimuladamente, levantarme con la intención de dirigirme hacia la puerta de salida de la estación donde, precisamente, se encontraba Manuel. Aunque, antes de alejarme del todo, me dio tiempo a escuchar las palabras, casi espectrales, que salían de la boca de Dña. Amelia y que le decían al joven: *¡por fin has llegado amor mío!* Chicas, qué impresión me dio oírselas. Y cuando ya me encontraba a punto de llegar a la puerta, me volví intrigada con la emoción subida a la garganta y pude ver a la vecina cogida amorosamente del brazo de aquel enfermero. Era un espectáculo, os lo aseguro, ver a la anciana sonriendo embelesada a aquel hombre que la llevaba cogida del brazo con tanto cariño y caminando despacito hacia la salida de la estación de una manera tan especial... ¿Queréis creer que estaba tan ensimismada que no vi a Manuel acercándose a mí? Fue su voz la que me sacó del estado irreal informándome que *a esa señora la conocía desde hacía mucho... pero mucho tiempo.*

En ese momento del relato, Lea comentó con sus amigas lo raro que había sido que nunca hubiera coincidido con Dña. Amelia haciendo como hacía tanto tiempo que ella también visitaba la estación. Y lo extraño que resultaba no haberse encontrado alguna vez con ella.

Por lo visto la vecina, de vez en cuando, aparecía por la estación comportándose de la misma manera y siempre vistiendo la misma ropa. Iba, al parecer, en busca de una promesa de amor incumplida desde hacía varios años.

— ¡Aquí ya conocemos todos la historia! —Me comentó Manuel moviendo la mano en el aire— ¡No sé cuántas veces nos la ha podido contar! Naturalmente —me vuelve a explicar—, como usted se puede figurar, los enfermeros que van a buscarla no son siempre los mismos, pero ella ni lo nota ¿Usted sabe la cantidad de años que lleva viniendo por aquí? Concluyó el empleado.

Y es en ese momento —contaba Lea a sus amigas adelantando el mentón acompañando a las palabras— cuando pongo toda mi atención en el coche gris donde ha entrado Dña. Amelia y me fijo en el dibujo que hay en una de las puertas del vehículo. Es una enfermera con una persona en silla de ruedas y unas letras enormes debajo del dibujo. ¿Y sabéis qué decían esas letras?

— ¡No! ¡No! —Contestaron al unísono la abuela y Magy—. ¿Qué ponía?

—Pues, Clínica Psiquiátrica "AMADEUS" Ni más ni menos. Así es que, ya sabéis dónde pasa largas temporadas Dña. Amelia. ¡En el psiquiátrico! ¡Sí, hija! Ahí es donde se la llevan cuando se encuentra ausente. Nada de hijos, como dice su asistenta… ¡Que está como una chota y nada más! —sentenció Lea enfatizando sus últimas palabras. Y ante el silencio de sus amigas les inquirió—. ¿Bueno, qué os ha parecido?

—Triste, muy triste —contestó Dorotea la primera— si, verdaderamente penoso.

A pesar de que no le tuviera mucha simpatía, nunca había sido rencorosa y todo lo que la vecina les había hecho pasar formaba parte de un pasado ya olvidado. No era más que eso, el pasado. Además, hacía tanto que no veía a Dña. Amelia que prácticamente no se acordaba ni de su físico. Bueno, a decir verdad no se acordaba de la cara de ningún vecino por culpa, sin duda, de su recluimiento. Tomar la decisión de aislarse tenía como consecuencia también haberle privado del contacto personal con la vecindad. Y eso que se consideraba informada, ampliamente informada diría ella, de todos los chismorreos. Naturalmente la información se la administraba tanto su nieta como su fiel amiga Lea.

— ¿Y a ti, niña, qué te ha parecido? ¿Te has quedado muda? —Le espetó Lea a una Magy silenciosa y con un ¡ah! dibujado en su boca, que trataba de enderezarse despacio en el sofá donde se había deslizado

ligeramente—. ¿Verdad que es una historia curiosa? ¡Anda dime algo!

—Pues ¿qué quieres que te diga? —Acertó a contestar Magy—. Siempre me pareció una señora especial. Cuando la veo en el ascensor, me dice cosas muy raras, es cierto, pero ya te lo conté el otro día, Lea, y tú no me hiciste caso. Pero claro, no imaginaba que estuviera tan mal y que cuando no la vemos es porque está en ese sanatorio de locos.

Capítulo 6

Magy casi siempre tuvo la certeza de la *no* felicidad de sus padres. Recordaba que ya de muy niña percibía esa sensación. Esa sospecha. Por eso lo que escuchó aquella noche no era más que una descarga de evidencias que no dejaba a la imaginación ningún protagonismo. Tenía que aceptar lo evidente. Si no hubiera escuchado las ácidas palabras de su padre y contando siempre con ese recurso imaginativo que le caracterizaba, podría haber seguido engañada algún tiempo más. ¿Cuánto más? No lo sabría nunca. Lo que sí tenía claro, aunque le produjese dolor, es que no le quedaba más remedio que aceptar la realidad. Las dudas las tenía que convertir definitivamente en evidencias al comprobar cómo su padre no podía soportar la convivencia con su madre, bajo el mismo techo

No solo era el contenido de las palabras —recordaba Magy—. Era la intención, el tono quejumbroso de las mismas. Los exabruptos nunca escuchados en boca

de su padre. ¡Hasta la voz le sonaba completamente desconocida! Era cierto que no existía demasiada comunicación entre ellos, en parte por las largas ausencias; pero es que, además, cuando se encontraba en casa y se reunían para la cena —por ejemplo—, le seguía notando ausente, como si se comportara como un huésped en su propia casa, un invitado del que no se espera ningún tipo de opinión o controversia que pudiera romper el monólogo casi cotidiano de su madre.

Pero Magy sí recordaba una conversación importante con su padre en el despacho de éste precisamente el día de su decimoprimer cumpleaños. Y también un altercado muy violento y, a su juicio, totalmente justificado con sus hermanos como protagonistas.

Pocos días después de la desconsoladora conversación entre sus padres, su madre preparó una fiesta para celebrar el cumpleaños de Magy. En realidad, ese fue el motivo que adujo Luzinda para justificar esa reunión de familia bien avenida en la que se convirtió el cumpleaños de la benjamina de la casa. Con el tiempo y el análisis, Magy llegó a la conclusión de que la fiesta la organizó su madre como homenaje de despedida a su marido. ¿Sarcasmo acaso?

El festejo fue por todo lo alto y la casa se llenó de luces y de canapés exquisitos comprados en un prestigioso horno de Madrid que se servían acompañados de bebidas de acreditadas marcas. Y de amistades, muchas amistades, sobre todo de Luz. Por supuesto no faltó Tina, que mientras se encaramaba a un im-

provisado taburete vio al marido de "una" tratando de ver algo por dentro de su falda. Al darse cuenta de la mirada burlona de Tina, éste encajó una tímida sonrisa desapareciendo disimuladamente de la estancia.

A Magy la acompañaron solo tres amigas; entre las que se encontraba, como era natural, Leonor. Otras asistentes a la fiesta fueron las ruidosas amigas de sus hermanos.

En un momento determinado, Magy buscó a su padre para que le echara una mano. Necesitaba su opinión para aclarar algo sobre una tonta discusión de matemáticas que había entablado con su amiga Leonor. Al no encontrarle en el salón, le buscó donde supuso que se habría retirado huyendo del ruido que tanto le molestaba. Llamó con los nudillos a la puerta de su despacho y un "adelante" confirmó la sospecha de su paradero.

Estaba sentado en un butacón de la espaciosa sala donde se refugiaba habitualmente. No solo era su despacho. Las estanterías repletas de libros podían hacer pensar al visitante que se encontraba dentro de una biblioteca; muy personalizada, es cierto, pues en sus estanterías lucían mayoritariamente volúmenes técnicos y biográficos. También algunas novelas; *La inmortalidad,* del checo Milan Kundera escrita en francés y los cuatro volúmenes del *Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, se encontraban entre sus favoritas. Le ayudaban a sobrellevar la mediocridad de su vida cotidiana, le confesó un día que encontró a su hija mirando curiosamente sus estanterías. Aunque en ese

momento, también le aleccionó sobre lo poco conveniente que era para ella su lectura; ya tendría tiempo —le dijo como respuesta al interés de la pequeña por leerlos y añadió más—. Mira, Magy, la mente, para que asimile adecuadamente los contenidos intelectuales de libros como éstos, tiene que tener un entrenamiento adecuado. Y ese entrenamiento debe pasar por lecturas de historias más sencillas, más adaptadas a la capacidad de comprensión. ¿Estás de acuerdo? —Se lo dijo cariñosamente—. Si no lo estás, puedes contradecirme —aclaró mientras le acariciaba el pelo—, ya sabes que conmigo no tienes ese problema.

Bueno, pues allí le encontró Magy sentado, como desvanecido, con una sonrisa neutra en su cara. Se había quitado la chaqueta que reposaba, mal colocada, en el brazo del sillón. Con la camisa desaliñada, una manga remangada hasta el codo y la otra abierta en el puño; sosteniendo un vaso medio vacío de whisky en actitud de abandono, Raúl Martos era la viva estampa de la desolación. Ella se quedó en mitad de la habitación sintiendo sobre su cuerpo la pesada carga de la mirada, completamente descolorida de su padre. Por un instante se contemplaron como si no existiese ninguna vinculación entre ellos. Pero ese instante fue fugaz porque Raúl, al tener a su hija delante, sintió una sensación inestable, de cierta vergüenza e inmediatamente se recompuso —lo que su embriaguez le permitió— empezando a mesarse el cabello con una mano mientras con la otra trataba de ajustarse el nudo de su inexistente corbata visiblemente nervioso. Con la caída de la tarde, la luz que se filtraba desde la calle

en aquel salón resultaba extraña. Pidió permiso a su hija para apagar una lámpara de pie que en ese momento le daba de pleno en la cara cegándole los ojos. Magy afirmó con la cabeza y en esa penumbra granulosa no solo fueron los enrojecidos ojos del padre los que quedaron protegidos. También quedaron, aunque fuera momentáneamente, las dos siluetas. Eran dos contornos formados de ceniza desmoronándose en la atmósfera. Cuando la joven acostumbró su vista al espacio, se atrevió a preguntar.

— ¿Estás bien, papá?

—Sí, sí, por favor, no te quedes ahí, siéntate aquí, a mi lado —y a bocajarro le preguntó—. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé —le contestó Magy sin titubear y sin ocultarle su tristeza—. Lo sé todo.

—No olvides nunca cuánto te quiero —se lo dijo estrechándola con energía y con la voz entrecortada por el llanto, gesto que ella acompañó miméticamente sin poder contenerse, sintiendo su fuerza no solo en sus brazos, sino en su voz—. ¡Jamás lo olvides! ¿Lo oyes? ¡Jamás!

A Magy se le rompió el corazón en ese momento. No estaba acostumbrada a verle tan vulnerable, a sentirle tan cercano. Su padre nunca le pareció un hombre débil, ni siquiera en las ausencias de opinión cuando se encontraban reunidos con la familia. Aunque tampoco fuera capaz de calificar aquellos silencios, nunca tuvo sensación de que fuera la debilidad de carácter la

que los promoviera. Pero todo cambió la noche en la que le escuchó el desahogo verbal con su madre, aclarándole una y otra vez las infinitas cosas que le molestaban de ella en tono de tajante autoridad. Apenas aparecían los reproches, aunque sí los resentimientos enfurecidos y liberando una a una sus frustraciones y dejando claro que no estaba allí para darle oportunidad de réplica. Su presencia —le recordaba a su mujer mirándola a la cara— no obedecía a la necesidad de recibir explicaciones; su presencia era para comunicarle la determinante voluntad de separarse.

Magy descubrió aquella noche a un hombre lleno de carácter y de energía. A su padre le había tenido siempre por una persona seria, poco parlanchina, aunque con su hija hiciera relevantes excepciones. Pero a tanta energía no estaba acostumbrada, por lo que le dejó sorprendida. Sin embargo, con sus hermanos trataba de adoptar una postura más autoritaria. Quería de alguna manera contrarrestar la dejación evidente de potestad que la madre ejercía sobre ellos. Se le notaba disgustado con esa falta de fuerza moral, sobre todo porque veía cómo repercutía en sus deplorables maneras de comportamiento sin que, al parecer, su mujer se diera por enterada. Se podría deducir que en algunos brotes de violencia que se observaban en él, con respecto a sus hijos varones, había un poso de abatimiento, de haber tirado la toalla ante la poca ayuda moral y psicológica que le prestaba su mujer.

Magy vivió con desazón un ramalazo de esa dureza, totalmente justificado, en un episodio acaecido unos días antes de la marcha definitiva de su padre.

El incidente fue de suma gravedad. La joven siempre se posicionó al lado de su padre y estaba de acuerdo con él cuando argumentaba que se debía actuar pronto y enérgicamente —no sabiendo exactamente lo que quería decir con esas palabras—, pero apoyándole incondicionalmente.

El suceso le reveló a Raúl lo necesitados que estaban los salvajes de sus hijos de una férrea y urgente disciplina. Estaba esencialmente disgustado consigo mismo. No se explicaba cómo se les había ido de las manos, a su mujer y a él, la escasa formación, tanto ética como disciplinaria, de sus hijos varones. Quizá toda la culpa no fuera solo de Luzinda. En justicia esa culpabilidad tendría que ser compartida.

—Yo soy tan responsable como tu madre de la mala educación de tus hermanos —le confesó un día de confidencias a su hija—.

Había delegado en su mujer —adujo— la educación de sus tres hijos, sin tener en cuenta que el carácter de ella adolecía de la autoridad moral que necesitaban ciertos niños con rebeldía más o menos acusada, como era el caso de los gemelos. Mientras su hija era una niña con el carácter dócil y poco problemática, sus hermanos, rebeldes por naturaleza, necesitaban de una autoridad permanentemente vigilante y, claro, esa disciplina tenía que haber sido impuesta desde la infancia. Eso era algo que nunca se había practicado y ya empezaban a padecer las consecuencias. Él tenía la obligación de conocer el carácter de su mujer —se lo decía recriminándose nervioso y dando zancadas

por la sala de un lado a otro—, tenía que haberse dado cuenta de lo ineficaz que resultaba a la hora de imponerse a las voluntades caprichosas y totalmente inclinadas a la holgazanería de su hijos varones.

—Educar bien entraña mucho esfuerzo —le dijo ese día su padre—. Y a pesar del esfuerzo que hagas, el éxito no está garantizado —afirmaba—. Imagínate si encima haces dejación del mismo.

Porque él podía haber tomado dos medidas, quizá ambas inútiles, indagar y actuar ¿O no tan inútiles? Pero era evidente que su falta de voluntad por averiguar el inicio de esas actitudes había fabricado una losa de voces reprochándole su comportamiento en el pasado obligándole a reaccionar.

Ahora esa apatía se le volvía en su contra y sentía la obligación de actuar enérgicamente para encarrilar el futuro de sus hijos.

A ello contribuyó el episodio que le tocó vivir con Gus y Álex y que le sacó totalmente de sus casillas. Podía martirizarse culpándose directa o indirectamente de esa mala educación. Podía reprochar a su mujer las malas consecuencias que había traído su manifiesta condescendencia ante las fechorías continuadas de sus vástagos. Y podía mirarla con animadversión tantas veces como le apeteciera hacerlo. Pero eso no solucionaría el problema. Y el problema se le revelaba con toda su crudeza en el acto abyecto e inhumano que habían sido capaces de protagonizar aquella tarde.

Se pasaban el día en el dormitorio —generalmente de Álex— con una ociosidad preocupante. Ponían

música rockera con el volumen tan alto que hasta los vasos de la cocina acababan vibrando. De nada servían los *por favor, bajad el volumen* de su madre o de Magy cuando, desesperada por no poder concentrarse en los estudios, acudía a reprenderlos.

— ¡Chica, pues te vienes a divertirte con nosotros! —Le contestaban revolcándose en la cama muertos de la risa—. ¡Te lo vas a pasar mucho mejor!

Llevaban tres años repitiendo curso tras curso. Les daba todo absolutamente igual. Solían elegir a sus amistades entre las que tenían peor reputación y más dudoso comportamiento; los mismos profesores los calificaban de chicos conflictivos y así se lo hacían saber a sus padres cada dos por tres.

Pero aquel acto de crueldad presenciado por el padre vino a colmar la paciencia de éste, y a llenarle de angustia, porque tenía la seguridad de que los gestos, la actitud con la que sibilinamente planeaban sus hijos el cruel acto, le mortificaría de por vida y se quedarían fotografiados para siempre en su memoria.

Al parecer, los gemelos habían cogido cierta ojeriza a dos vecinos que residían en el edificio. Eran pareja y vivían juntos y convivía también con un precioso perro de la raza cocker. Una de las tardes había sorprendido a los hermanos de Magy meando dentro del macetero que adornaba la entrada del portal del edificio y que servía de soporte a un magnifico ficus. Ante tan incívico comportamiento, Joan y Juper —que así se llamaban los vecinos— les afearon su conducta. Algo normal y además lo hicieron de manera educada. Pero

no para sus hermanos, acostumbrados como estaban a hacer lo que les diera la gana y en cualquier momento sin que nadie se atreviera a llamarles la atención. Sus reacciones no se hicieron esperar. Los insultos que salieron de sus bocas eran de alto voltaje; los llamaron de todo lo que se les vino a la cabeza. ¡Y estaba claro que ellos no podían dejar pasar *tamaña afrenta* sin castigarla ejemplarmente!

Conociendo pasados actos suyos, se podría decir que no les llevó mucho tiempo cavilar cuán salvaje habría de ser su venganza. *¡Ya se enterarían esos maricones* —dijeron pavoneándose heroicos— *de lo que eran capaces de hacer!*

Al parecer, todos los días Joan y Juper bajaban al garaje del edificio para coger el coche, casi siempre a la misma hora y, siempre que funcionara, haciendo uso del ascensor. Eran empresarios, propietarios de una tienda de decoración en el barrio de Chamberí, por lo que no tenían ningún problema que los acompañara Tull, su mascota. Pero Tull tenía la costumbre de bajar por la escalera en vez de hacerlo con ellos en el ascensor. Al cocker, al parecer, no le gustaban los recintos cerrados y la bajada por las escaleras le permitía ganar unos minutos de tiempo llegando antes que sus dueños a la planta donde se encontraba estacionado el vehículo. Allí les esperaba contento, moviendo la cola.

Los hermanos urdieron un plan. Estaban dispuestos a darles un escarmiento lo suficientemente extremo como para que se abstuvieran en lo sucesivo de

meterse donde no los llamaban. ¡No había tiempo que perder! —Se dijeron—. Había que actuar rápido.

¡Resultaría tan divertido ver al chucho comerse...!

Sabían que con ese acto le ocasionarían la muerte, pero eso era algo que les traía sin cuidado. Era el sufrimiento que infligiría a sus vecinos y el regocijo de esa visión lo que verdaderamente les importaba. La genuina finalidad del acto. Tampoco les conmovía el sufrimiento del animal, sabían perfectamente que el cocker moriría entre terribles dolores, pero se solazaban pensando en la aflicción de Joan y Juper cuando vieran a su querido Tull retorciéndose antes de morir de dolor. Y esa imagen fija les hacía gozar de lo lindo.

Con lo que no contaron era con la presencia de su padre en el garaje. Éste había bajado unos minutos antes, dio esa casualidad, y cuando iba a poner el coche en marcha se percató de la presencia de sus gemelos jugando, aparentemente, con la mascota de los vecinos. Intrigado, fijó su atención en ellos y en la maniobra que en ese momento intentaban ejecutar con sospechosa rapidez. Presintiendo que nada bueno estaban haciendo allí, salió del coche, y a pesar de la rapidez con la que actuó, no pudo evitar que Tul se comiera parte del trozo de carne envenenada que en ese momento le ofrecían. Pero lo que sí consiguió fue que, al salir y llamarlos por su nombre, estos se vieran sorprendidos y corrieran hacia la salida a toda velocidad con el miedo de que su padre los hubiera descubierto, lo que frustró, en parte, sus macabras intenciones. El padre no podía creerse lo que su presencia acababa

de abortar. ¿Cómo era posible tanta maldad en sus hijos? Sin duda fue providencial que estuviera en el garaje, y providencial también la rápida intervención de un cercano veterinario. Gracias a ese conjunto de afortunadas casualidades, nuestros vecinos tuvieron la suerte de seguir disfrutando por mucho tiempo de la compañía de su querido Tull.

Aquella fue la primera vez que Magy vio a su padre transformarse de hombre normalmente comedido en colérico padre, con los ojos fuera de sus órbitas, dispuesto a todo.

— ¡Haré todo lo que tenga que hacer para frenar esta barbarie! ¡Y cuando digo *todo* —vociferaba— quiero decir *todo*!

Con casi quince años que tenían los hermanos, el padre sabía que el castigo físico que pudiera aplicarles estaba descartado. Pero existía el firme propósito de acompañar a sus vecinos a la comisaría más próxima para denunciar un acto tan inhumano, tan repugnante, aunque los denunciados fueran sus propios hijos. Esos gritos desaforados los pronunciaba el padre con tal desesperación que aterrorizaron a todos los miembros de la familia, en ese momento presentes en la casa. Pero especialmente a Magy, que se refugió en los brazos de Lea que, en ese instante, salía de la cocina asustada ante los alaridos.

La madre, que se hallaba hablando por teléfono en el salón, salió en tromba sin comprender a qué venía tanta exaltación.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa ahora? ¡Por Dios, qué escándalo! ¿Podría alguien darme una explicación?

Cuando el padre dejó de aporrear la puerta del dormitorio donde los diabólicos hermanos se habían encerrado y se pudo conseguir un poco de serenidad para que les explicara la causa de su cólera, el personal de la casa no daba crédito.

Aquello era más serio de lo que parecía. Porque dejaba de ser una cruel gamberrada, injustificable en todos los casos y propia de chavales más jóvenes, para convertirse en un delito. Delito por el acto en sí y, además, porque quienes lo ejecutaban eran dos chicos con la edad suficiente para que el peso de la ley cayera sobre ellos; que si bien en la cárcel no entrarían; si lo harían, seguro, en un correccional.

Luzinda, aterrorizada, con una incredulidad poco fingida, empezó suplicando por favor a su marido que midiera las consecuencias de lo que pretendía hacer. Que no podía denunciar a sus propios hijos... —le recordaba llevándose las manos a la cabeza—. Que confiara en ella y vería cómo conseguiría que sus hijos pidieran perdón a los vecinos... Y un montón de argumentos más. Todos los que atropelladamente se le iban ocurriendo. Pero el padre no solo no la escuchaba, sino que con la mirada llena de desprecio parecía querer culparla. Anticiparle el vacío en el que estaba cayendo, primero y principalmente por permitirles campar a sus anchas sin orden y sin respeto alguno.

— Pero si es a ti a quien, en primer lugar, no te tienen ninguna consideración! —Le lanzó a la cara a su

mujer— ¡Son unos salvajes sin corazón! —Aseveraba indignado— Con esa manera de educar, ¿cómo pretendes inculcar un mínimo de civismo en tus hijos?

Era imposible calificar la mirada que acompañaba esa afirmación porque estaba claro, sentenciaba el padre como si hablara entre dientes, que no respetaban ni a su propia madre, ni a su padre, ni absolutamente a nadie.

Raúl, completamente sumergido en la ira, iba de un lado a otro del pasillo voceando la necesidad de un escarmiento, un castigo ejemplarizante; mientras seguía golpeando con los puños la puerta del dormitorio de sus hijos donde continuaban parapetados como dos furtivos y que, por toda respuesta, dejaban escapar un *quejido* mezcla de llanto y palabras ininteligibles.

Obviamente, Magy no olvidó aquel incidente nunca. Desde entonces sintió que aquella tarde no iba a ser como cualquier otra. Supo, de hecho, que iba a recordarla para siempre. Primero sirvió para alejarla emocionalmente de sus hermanos; con lo cual consiguió que las burlas constantes de las que era objeto por parte de ellos, las que antes la herían, a partir de ese momento le dejaran indiferente. Estaba claro la clase de individuos que eran. Y la niña veía impotente cómo nadie podía hacer nada para cambiarlos.

Y segundo porque, aparte de desvelarle un comportamiento completamente ignorado de la personalidad de su padre, el incidente también sirvió para hacer crecer en su interior un sentimiento de orgullo

responsable y de admiración hacia él, desconocido hasta el momento. Y esa emoción se quedó fija en su retina como una de esas fotografías que ni el tiempo podría diluir en el olvido.

Aquel capitulo se salvó sin consecuencias, como desgraciadamente se esperaba. La madre convenció al padre para que no pusiera una denuncia contra sus primogénitos a cambio de unas escuálidas excusas por parte de éstos a los vecinos. Joan y Juper demostraron ser dos personas generosísimas al priorizar el enorme disgusto manifestado por Raúl y su encantadora hija Magy. Desde aquel momento, para Raúl Martos y su hija la admiración por estas dos personas creció extraordinariamente. Fueron valoradas las formas, verdaderamente caballerosas, con las que, encima, intentaron calmar la ira del patriarca.

Que la naturaleza humana es tan poliédrica como indescifrable, es algo que todos sabemos. Pero es cierto también, que la parte noble del individuo, a veces, queda eclipsada por lo más oscuro de la persona. Aunque, a veces también, nos sorprenda.

Desgraciadamente, estos encantadores vecinos, constituyeron una gran sorpresa. Eran poliédricos, sí. Y la otra cara para nada coincidía con la visión idílica que la joven tenía de ellos. Y no solo porque serían los protagonistas de un suceso increíblemente trágico, sino porque el descubrimiento, algún tiempo después, de la influencia que estos dos personajes tendrían en la vida de los gemelos le hizo cambiar su opinión sobre ellos. Y sobre el mundo y sobre las personas.

Capítulo 7

Parecía que la vida de Magy transcurriera en el seno de una familia donde cada individuo tenía una autonomía poco vinculante con el resto. Por un lado estaba la madre, una mujer con apariencia de querer estar continuamente borracha de banalidad. Conversaciones intrascendentes sobre la moda más puntera, zapatos, ropa, peinados, etcétera... eran sus señas de identidad. Sus habituales temas de conversación. Unos temas que desarrollaba de una manera tan atropellada y compulsiva que permitía a los demás desconectar la atención de lo que estuviera diciendo. Quizá fuera la forma de exponerlos, o lo trivial de la conversación; el caso es que la familia, ni por cortesía, mostraba un mínimo de interés. Aunque estuvieran sentados a la mesa, para almorzar o cenar —no importaba— su comportamiento eran prácticamente idéntico todos los días. Incluso el ademán de Raúl, aflojándose el nudo de la corbata en los escasos momentos que se encontraba en casa, denotaba una asfixiante incomodidad.

Solía romperse la monotonía o los momentos tensos, cuando los maleducados de sus hermanos, a los que se les permitía sentarse a la mesa con los auriculares puestos, contorsionándose al ritmo de la música de sus cascos; soltaban alguna ordinariez. Aquello provocaba en el ambiente el efecto de una sierra desgarrando el silencio. Solo entonces, parecía despertar la obligación de reprenderlos seriamente por el padre y de mala gana por la madre.

Luz también era miembro de algunas asociaciones benéficas que, por cierto, despertaban comentarios jocosos entre el personal de servicio, especialmente en Lea. Que, si bien para la abuela era considerada su más fiel amiga y aliada, para Luzinda y los gemelos no dejaban de ser una mera empleada dedicada exclusivamente a las tareas del hogar. Así era tratada desde siempre por parte de los hermanos y de la madre. Todo lo contrario del trato entrañable que le mostraba Magy. Se profesaban verdadero cariño y ambas estaban llenas de complicidad. Por supuesto, la empatía existente entre Magy y Lea exasperaba a Luzinda. Y no solo porque la doméstica actuara de *perro sabueso* para los fines detectivescos de la jovencita, sino porque no llegaba a asimilar el auténtico caudal de cariño que corría por las venas de las tres: Dorotea, Lealtad y Margarita, los tres nombres de pila, sin diminutivos; tres versos sueltos formando un terceto en una isla perfectamente delimitada y completamente independiente dentro de los Martos. Esta independencia era asumida, a regañadientes, por los demás miembros de

ese núcleo, pero despertaba celos incontrolados en la matriarca Luzinda, que no soportaba verificar cómo una extraña —así consideraba a Lea— se apoderaba del cariño, no solo de su madre, sino —lo que peor le sentaba— del de su benjamina. Por no hablar de la malsana envidia que esa unión provocaba en las ociosas cabezas de Gus y Álex.

Para Magy, Lea era la prolongación genética de su abuela Dorotea. Amigas desde la infancia, su amistad siempre fue inquebrantable a pesar del trato tan desigual que la vida les había repartido, a pesar de los silencios con los que estuvieron obligadas a convivir y a pesar de todos los pesares. Siempre habían intentado caminar juntas, inclusive en las ausencias físicas. Pero mentalmente siempre habían estado unidas. Y esto Luzinda no lo entendía, y le provocaba un rechazo permanente que manifestaba injustamente sin ningún tipo de disimulo en cuanto se le presentaba la ocasión, tratando de dejar claro que *ella*, o sea, Lea, no debía hacerse ilusiones, porque en realidad no era más que la *sirvienta*; por más que gozara del favor de su madre y su hija. Para ella era lo que era y en cuanto podía dejaba patente su resentimiento. No le importaba crear con su actitud una atmósfera tirante e incómoda entre los miembros de la familia; como, por ejemplo, el día que entró como un basilisco en la cocina y dirigiéndose a Lea le espetó sin piedad:

— ¡Pero con la cantidad de años que llevas trabajando en esta casa y todavía no has aprendido a poner un desayuno en condiciones!

Magy, recordaba aquel momento con vergüenza, y con pena hacia su amiga que, muy cortada, no supo reaccionar ante la agresividad de Luzinda, recogiendo de la bandeja las tostadas ligeramente pasadas de color y que su madre había usado como excusa para humillarla, una vez más, delante de la niña y de Dorotea.

Otra de las *señas de identidad* de Luzinda era la importancia que le daba al aspecto físico en general y al suyo en particular. Aunque de mediana edad, no aparentaba más de cuarenta y pico. La cantidad de pesetas invertidas en institutos de belleza, gimnasios y arreglitos de cirujanos estéticos más o menos afamados, eran los artífices de que brillara en la *buena* sociedad madrileña con un aspecto mucho más juvenil del que cabría esperar a sus cincuenta y siete.

Parte del origen de la conflictiva relación que Magy tenía con su madre radicaba en esa obsesión rancia por la estética que la matriarca proyectaba —especialmente— hacia su hija. Desde la infancia, la niña desarrolló una rebeldía sistemática hacia los consejos de su madre que fue aumentando con los años.

Las machaconas *sugerencias* y las *maneras* que empleaba Luz para tratar a su hija no eran aceptadas por ésta. Estaba claro el escaso tiempo y el nulo interés que demostraba su madre por conocer sus reales inquietudes. ¿Acaso sabía ella el tiempo que dedicaba a leer y qué tipo de lecturas le gustaban? ¿Y cuál era su música preferida? Estaba entrando en la adolescencia y necesitaba información al respecto de los futuros cambios en su organismo. ¿A qué cambios hormonales se refe-

rían sus compañeras del colegio? ¿Acaso su madre se había molestado en contárselos?

—Ya se enterará cuando llegue el momento —contestaba Luz al padre cuando éste se interesaba—, a mí nadie me lo dijo —afirmaba—. ¡Y ya lo ves, ningún trauma! —Añadía haciendo el gesto de mostrar su figura.

A Luz le disgustaba todo de su hija. Sus gustos por vestirse de manera tan poco femenina, le sacaban de quicio.

— ¿Pero por qué no te pones la falda que te he comprado? ¡Con esos pantalones pareces un chicazo!

Su manera de hablar también era censurable.

— ¿Tienes algo en la boca? ¿Qué forma es esa de hablar? ¡No se te entiende nada!

Todo era criticable. Si hablaba... no hables de esa manera porque no se te entiende. Y si callaba tampoco estaba bien porque, a su juicio, una señorita tenía que saber expresarse. Hasta la manera de sentarse a la mesa era motivo de corrección por su parte.

— ¿Es que no puedes sentarte recta? ¿No puedes caminar de otra forma? Pareces un caballo.

Pareces... pareces... Y nunca un parecido positivo o agradable con el que poder evocar la añoranza, años más tarde, de alguna conversación, de algún halago en que su madre le hubiera dejado un regusto feliz. A Magy solo le quedaría de aquellos momentos, el recuerdo de una letanía de reproches machacándole el cerebro, una y otra vez, y otra más.

Así venían funcionando las relaciones de Magy con su madre hasta el día en que el destino se convirtió en un inesperado docente poniéndole en bandeja, sin que ella lo hubiera demandado, la vida privada y poco convencional de su tutora. Luzinda albergaba la esperanza de que su hija no hubiera visto lo que vio, no hubiera sentido lo que sintió. Aunque en su fuero interno reconocía que esa esperanza se fundamentaba más en un deseo, porque la realidad de los hechos apuntaban a otro lado distinto. Y por si le hubiera cabido alguna duda sobre lo que su hija había podido ver, allí estaba Tina contestando a su interrogante mirada nada más cerrar la puerta con su mano y apoyando un dedo sobre sus descarados labios intentando disimular su sonrisa. Como loca buscó su complicidad, su apoyo.

— ¿No ha visto nada, verdad?

La profusión de burlonas respuestas y sonoras carcajadas no contribuyeron a tranquilizarle precisamente. Un "¡No, mujer, no ha visto nada!" —Entre una convulsa risotada—. "¿Qué va a ver? Estate tranquila. ¡No seas histérica!", y algunos endebles argumentos más que no mitigaron la aparición de retortijones en el estómago de Luz. La verborrea con la que su amiga quería apaciguar su inquietud, no llevaba el envoltorio de la convicción. Todo lo contrario. Esas palabras, de la forma burlona en que fueron pronunciadas, le dejaron realmente preocupada y, también, dispuesta a averiguar.

A partir de aquel episodio, el cambio operado en el carácter de Luz hacia su hija no pasó desapercibido

para nadie. Cuando se encontraban juntas, sobre todo en la mesa, se le notaba tensa. Pero las habituales críticas hacia Magy, por todo y hacia todo lo que hacía o decía, se habían dulcificado de tal manera que casi llegaron a desaparecer. Podría decirse que la aceptación por parte de la madre de las maneras, tanto en el vestir como en su comportamiento, había hecho mella en su ánimo. De repente había dejado de censurar, para sorpresa de todos.

Esta conducta fue recibida de manera desigual por los miembros de la familia. Mientras que para el padre fue un alivio no verse obligado a soportar las tensiones que se producían en las escasas reuniones a las que asistía; para los hermanos pasaron desapercibidas acostumbrados, como estaban, a vivir sus propias vidas y a su nula implicación en los asuntos familiares. Pero a Lea, tan poco proclive a los milagros, no le convencía esa reconversión de Luz. No sabía a qué se debía ese cambio. Magy interiorizó su desconcierto en soledad, pero tenía el presentimiento de estar motivado por sentimientos espurios.

Lea observaba, perpleja, la nueva actitud de una Luzinda indagadora, pero al desgaire, sin demostrar demasiado interés. Preguntar, pero a ser posible sin voz. Saber lo que la hija realmente pudo haber visto; se hizo patente en su manera de observarla, de mirarla de reojo, de sentir interés por sus llamadas telefónicas e incluso se presentaba en la cocina mientras la joven hablaba con la abuela y con Lea. Este comportamiento era insólito en su vida cotidiana: revelaban unas mal

disimuladas ansias de controlar. Se había convertido en una necesidad conocer todos los pasos de su hija, a la que acechaba de manera obsesiva.

Magy pasó, así, de ser invisible a ser permanentemente vigilada por su madre. Lo que despertó la suspicacia de la doméstica.

Para la joven fue muy duro luchar contra tantos sentimientos encontrados. No quería hacer partícipe a nadie de lo que había visto en el dormitorio, ni el impacto que tuvo en sus sentimientos. Ese malestar cambiaría su carácter haciendo que las contestaciones a su madre se volvieran bruscas, de mala manera, ausente de la educación habitual, provocando entre su abuela y Lea miradas interrogativas. Cuando años más tarde se lo contó, comprendieron el porqué de sus malas formas, de la manera hiriente de dirigirse a su madre, contestando, casi con bufidos, a las preguntas que le formulaba. Francamente no estaban acostumbradas a esa reacción.

Magy solo escapaba a la insidiosa vigilancia de su madre cuando estaba sola con su abuela casi siempre en su dormitorio. Ese era su coto privado. Ahí la madre era consciente de que no tenía nada que hacer y, precisamente, esas reuniones eran las que le provocaban unos celos incontrolables. Celos que la convertían en un ser irascible y peligrosamente vulnerable. Esos momentos también los aprovechaba Lea para chismorrear entre dientes.

—Niña, te lo he dicho mil veces. No demuestres tanto cariño a tu abuela... te perjudica...

Quizá fuera eso. La admiración que Magy demostraba hacia la madre de su madre quedaba tan patente que le alteraba de manera inexplicable y se ponía en evidencia al no controlar de forma inteligente su enojo. La inteligencia no era un rasgo sobresaliente en la personalidad de Luzinda, exhibiendo una total falta de control en los intentos casi siempre infructuosos por disimular su enfado.

Era ridículo, pensaba Magy. ¿Cómo era posible que su madre sintiera celos de su abuela? Le costaba trabajo reconocerlo. Pero no tenía más remedio que aceptar lo obvio. Sin embargo, no era solo la madre la que tenía celos de la abuela. Los hermanos, cada vez que encontraban la ocasión, le exasperaban repitiéndole una y otra vez la falacia de que su verdadera abuela no era Dorotea.

—Nuestros verdaderos abuelos fueron Aurora y Bernabé. ¡Nena boba, a ver si te enteras de una vez! —concluían en tono amenazador.

Los años pasaban. Ya hacía tres desde el suceso de los vecinos, y sus hermanos seguían aumentando sus irresponsabilidades, y más ahora, privados como estaban de la presencia del padre; actuando a sus anchas con total impunidad, sin tener a nadie que se atreviera a ponerles límites o impedir la paulatina degradación en la que se estaban convirtiendo sus vidas. Un deterioro visible para todos. Para todos menos para la madre, que no daba importancia a tales comportamientos alegando que era cosa de la *juventud*.

Una tarde entraron en la habitación de Magy con la pretensión de que ésta les hiciera el favor de llevar un paquete a una tienda de deportes situada en el barrio de Pacífico.

—No puedo, tengo un examen importante mañana y voy con bastante retraso —les dijo—. En el autobús o en el metro tardaría mucho tiempo.

—No puedo... no puedo. ¿Quién no te deja? ¿Tu abuelita? Le replicaron los dos con voz burlona y al unísono.

—Y la vuestra, memos —les contestó Magy sin perder la calma—. Creo que es la abuela de los tres.

—No, enana. Tú sabes que nuestra abuela está muerta. Nuestra verdadera abuela no es Doris. ¡Nuestra verdadera abuela era Aurora!

— ¡No es cierto! ¡Imbéciles! ¡No es cierto! ¡Dejadme en paz de una vez! —Les chilló furiosa la joven— ¿Por qué tenéis que ser tan tremendamente odiosos?

— ¡Anda, guapa! ¿No eres ya mayorcita para ser tan tozuda? ¿Cuándo vas a aceptar la realidad? —Le contestó Gus—. Y, además, para qué vamos a ser nosotros buenos. Para buena... ya estás tú. ¿No crees?

Magy intentó calmarse y cuando los gemelos vieron que la hermana se había sumido en el más profundo de los silencios tratando de concentrarse en los estudios e ignorándoles completamente, volvieron a la carga.

—Bueno... ¿qué? ¿Nos haces ese favor? —Y continuaron—. Mira, te llevamos en el coche para que no

pierdas tiempo y tú nos haces el favor de entrar en la tienda. ¿Vale?

—Pero ¿por qué no lo lleváis vosotros solitos? —Les contestó la hermana enfadada—. No os he dicho que no puedo... ¿Por qué no dejáis de molestarme? —Y, sin dar tiempo a que le contestaran, les espetó— ¿Se puede saber en qué nuevo lío estáis metidos? ¡Y a propósito! ¡Mira quién habla de edades! —Continuó Magy inquisitiva— ¡Vosotros sí que sois mayorcitos para comportaros de la manera tan irresponsable con que lo hacéis!

Cuando le comentó a su abuela este episodio, omitiendo los comentarios hirientes hacia ella y sin hacer mención a su abuela Aurora, notó un ramalazo de preocupación en sus ojos al tiempo que le conminaba al silencio. ¡Ya se encargaría ella! *¡Déjamelo a mí!* Fue exactamente su comentario. Además, sabía quién podía ayudarlas a averiguar en qué nuevos chanchullos andaban metidos sus nietos.

—Y no te preocupes —recalcó—, lo haré con la discreción necesaria para que no resultes perjudicada.

Invitaría a tomar café a D. Fermín en la casa —le dijo a Magy sonriendo misteriosa y concluyendo con un suspiro—. ¡Aunque eso suponga tener que salir de mi habitación!

Capítulo 8

Fermín era un comisario jefe jubilado que vivía en el edificio y que daba la casualidad de que había sido amigo íntimo de Bernabé, convirtiéndose con el tiempo también en un buen amigo de la abuela. A él se dirigiría Dorotea para pedirle el favor de que a través de sus contactos, sabía que continuaba frecuentando la sede policial donde tantos años había desarrollado su trabajo, averiguara, si era posible y haciéndole el favor, por dónde iban las andanzas de sus nietos. Sospechaban que éstas no eran muy lícitas por lo que... *Si tú pudieras averiguar algo*... —Le trasmitió Doris al inspector— *te lo agradecería enormemente.*

Cuando la abuela le pidió el favor a su amigo, en el fondo no podía figurarse la magnitud de las granujadas en las que estaban metidos sus nietos. Ni la gravedad de esas fechorías. Para D. Fermín también fue una sorpresa. Él llevaba cerca de diez años jubilado y aunque visitaba de vez en cuando a sus antiguos

compañeros en la comisaría, estaba ya desligado de sus asuntos. No dejó de sorprenderle lo que averiguó sobre los gemelos.

Tampoco podía imaginar la familia Martos la conexión existente entre los hermanos y los vecinos. No le llevó mucho tiempo a D. Fermín averiguar en qué fangal andaban metidos. Al parecer, eran muy conocidos en la comisaría del distrito de Ca... Lo que sí le llevó más tiempo fue pensar en la manera en la que tendría que informar a la familia, sobre todo a su amiga Dorotea, de todo lo que había averiguado. Iba a ocasionarles mucho dolor conocer la verdad, pero Doris se lo había pedido y tendría que hacerlo. Lo que el viejo comisario no podía entender era cómo la familia llevaba tanto tiempo sin enterarse ya que el consumo de drogas es algo que deja huellas físicas.

Gus y Álex no solo eran habituales consumidores de cocaína. Este hecho, por sí solo, no les hubiera llevado a frecuentar tantas veces la comisaría. Si eran más conocidos en la sede policial, era porque sus cuantiosos ingresos provenían del tráfico de estupefacientes y en esta actividad sí los habían pillado en varias ocasiones. El tráfico con drogas, especialmente de cocaína, no era un delito menor y ellos eran muy conocidos en ese mundo. Pero, además, habían protagonizado algún que otro episodio de prostitución masculina. Y, por si fuera poco y gracias a las investigaciones de D. Fermín, también se les podía acusar de falsificación de documentos. Este hecho explicaba la impunidad silenciosa con la que se mo-

vían los hermanos. Impunidad sobre todo ante la familia ya que, al tener el carné de Identidad falsificado con una perfección sorprendente incluso para la policía, el domicilio que constaba en el documento era inexistente, y eso, unido a la mayoría de edad de los personajes, había contribuido a que los allegados no hubieran sido informados por las autoridades. Esto explicaba que la familia, aunque sospechaba que las actividades de los hermanos no fueran ejemplares, tampoco imaginaba la magnitud de los delitos. Bueno, todo eso y el desinterés, pensaba D. Fermín aunque no quería cargar culpas contra nadie, que había dentro de los miembros de los Martos hacia las actividades de los gemelos.

¿Cómo era posible que Magy, la pequeña de los hermanos, y la doméstica de la casa no se hubieran percatado de nada? ¿No tenían fama de investigarlo todo? ¿No sospecharon nunca de las asiduas visitas que los hermanos realizaban a la casa de los vecinos?

Pues esa era la realidad. De la misma manera que el cornudo o cornuda es el último en enterarse, según reza un dicho popular, Magy y Lea, aunque eran conscientes de la disipada vida de Gus y Álex, también tuvieron que reconocer que, ni por asomo, llegaron a sospechar en el berenjenal en que estaban metidos esos crápulas.

Con el tiempo, el puzle de los acontecimientos encajaba en la memoria de Magy. Cuántas veces, recordaba, les había reprochado a sus hermanos los insultos gratuitos que éstos les dedicaban a sus vecinos.

— ¿Pero qué os pasa con ellos? —Le espetaba Magy— ¡Encima del comportamiento tan generoso que tuvieron con vosotros!

Sí, Magy no pudo sospechar nada porque jamás había visto a sus hermanos frecuentar la vivienda de los vecinos. Ni había tenido noticias de que alguien los hubiera visto, como sería normal en una comunidad. No entraba en su cabeza relacionarlos. No solo no tenía motivo de sospecha, sino que cuando se enteró de las relaciones que sus hermanos habían tenido con Joan y Juper no se lo podía creer.

¡Pero si los odiaban! Se lo decía al inspector, a su abuela, a su padre, que fue a reunirse con la familia en cuanto le avisaron, y a una madre compungida, destrozada y sobrepasada por los acontecimientos.

Unos meses antes, D. Fermín, en una mañana en la que lucía un sol blanco de febrero, le desgranaba a Doris lo que había averiguado sobre sus nietos sin omitir detalles, según le había rogado ella. También le desveló pormenores del trágico suceso del que fueron protagonistas sus vecinos, Joan y Juper.

Aquel suceso hizo mucho daño en la sensibilidad de la joven. Primero, porque ignoraba la relación de sus hermanos con los vecinos. Y, segundo, porque fue un drama que la dejó en estado de *shock* durante días.

El episodio espeluznante acontecido en la vecindad implicaba a Juan, nombre que él había americanizado haciéndose llamar Joan, y a su amante Juper; los dueños de Tull, el famoso *cocker* al que el padre había salvado la vida.

Vivían en la sexta planta, justo debajo del piso que ocupaba la familia Martos. A Magy le encantaba coincidir con ellos en el ascensor, sobre todo con Joan. Siempre le hablaba con naturalidad, sin ningún tipo de afectación, no como otros adultos que impostaban su actitud al hablar con ella. Eso le hacía sentir no solo madura, sino importante. Cuando coincidían, algo que procuraba que fuera lo más frecuentemente posible, no podía quitar la mirada de su seductora sonrisa. Joan era consciente de su magnetismo, por lo que la manejaba a conciencia en el campo de la conquista. Sabía los efectos que causaba enseñar, con inocencia estudiada, sus desiguales, pero atractivos dientes blanquísimos. Joan la ampliaba en cuanto coincidía con su joven vecina. Estaba encantado de despertar esa admiración, mal disimulada, en la joven.

Por eso fue un auténtico mazazo el suceso acaecido un 18 de marzo, víspera de la celebradísima fiesta del día del padre.

Recordaba Magy el sobresalto que le causaron en mitad de la noche unos fuertes golpes en una puerta. Así como las voces altas, autoritarias, de unas personas identificándose como policías. Le atemorizaron las carreras precipitadas por el descansillo de un ir y venir de personas. Se incorporó pegando un salto de la cama y esa forma brusca de despertarse le causó un ligero y momentáneo mareo. Tienes que serenarte, toma contacto con la realidad, se dijo para calmarse, sitúate. ¿Estás dormida y soñando?

Se encontraba despierta, constató, y una vez que se sacudió el sopor, tomó conciencia de que las voces parecían venir del piso de abajo. Instintivamente abrió el balcón al tiempo que un frío húmedo, intenso, le golpeó la cara clavándole puntas de cuchillos en forma de gotas de lluvia en el rostro que terminaron por despertarla. Esto le produjo un escalofrío tonificador que sirvió para terminar de despejar su modorra al tiempo que unos haces de luces centelleantes e intermitentes cegaban sus ojos obligándole a cerrarlos. Al abrirlos, intentó habituarse a la explosión de colores provenientes de la calle, cuyo origen eran los faros multicolores saliendo de los artilugios que coronaban los techos de los coches de la policía.

Magy cerró el balcón y se dirigió al pasillo precipitadamente, casi tropezándose, con los miembros alarmados de su familia. Se miraban unos a otros interrogándose con gestos y sin pronunciar palabra. Parecían transeúntes despistados en el centro de una encrucijada sin tener clara la dirección exacta por la que encaminar sus pasos. Excepto la abuela que, sin salir del dormitorio, había descorrido el pestillo para facilitar la entrada a la persona que sin duda acudiría a informarle de la causa de tamaño revuelo. *Vendrá Lea o mi nieta; alguna de las dos* —pensó— *sin duda vendrán.*

Fue la nieta la primera en entrar. Y quien le informó del despliegue policial. Las dos convinieron que el escándalo provenía del sexto, *el piso justo debajo del nuestro,* aseguró la abuela. No había duda, ese jaleo venía de la casa de Joan y Juper.

Durante unos días toda la comunidad estuvo intrigada, y deseando saber, lo que había ocurrido con los educados vecinos del sexto.

No tardó D. Fermín en facilitarles un relato pormenorizado del trágico suceso. Es más, le permitieron asistir a los interrogatorios. El que los protagonistas fueran vecinos y, de alguna manera, conocidos del viejo inspector facilitó su presencia en la comisaría. Eso, y la fama que le precedía de eficaz investigador; aunque en *esa investigación* no hiciera falta su experiencia.

— ¿Y sabéis por qué se ha podido resolver este caso tan rápidamente? —Les aclaraba el inspector a sus amigas, contestándoles inmediatamente ante el encogimiento de hombros de estas—. Pues porque el *tal Joan* había dejado escrito un relato detallado de lo sucedido y se lo había entregado a su hermana. Ésta se presentó en la comisaría muy alterada al día siguiente del suceso y nos entregó el sobre que previamente había leído; nos confesó. Su hermano no le había informado de nada respecto al contenido —nos dijo temerosa—. Ni le había dado instrucciones de nada. Un *guárdamelo, ya te lo pediré* había sido toda la conversación. Pero, claro —nos dijo—, después de leerlo no podía permitir que se culpara a un inocente.

—En la comisaría llegamos a la conclusión de que Joan tampoco quería que se culpara a Juper —continuaba relatando el inspector—. Quería hacerle daño, por supuesto. Primero, haciéndole saber quién mandó asesinar a Víctor y después metiéndole el susto en el cuerpo.

En ese momento D. Fermín, parecía tener dudas sobre la conveniencia de que Magy escuchara una historia de verdad *fuerte* —así fue calificada por él— poniendo como pretexto sus pocos años. Y efectivamente Luz, mostró su disconformidad, alegando que si esa historia era escabrosa… Pues no le parecía bien. Pero la férrea decisión de la joven por oírla, con la complicidad de la abuela, hizo decidirse, sin más preámbulos al viejo inspector.

Así fue como pudo relatarles a las cuatro mujeres los entresijos del suceso. Más propio de un relato salido de la pluma de un escritor de ficción, según D. Fermín, que de la realidad más cruda y morbosamente cierta que estaba a punto de relatarles.

—De esto que os voy a leer ni una palabra a nadie —sentenció con gesto serio—. No os digo que me juegue el puesto, porque ya estoy jubilado, pero mi prestigio es mi prestigio...

Y, sacando unos folios de su cartera de mano, procedió a dar cuenta de su lectura. Advirtiendo a la audiencia de que lo que les iba a leer era la reconstrucción que le habían facilitado sus compañeros de lo criminal. Que a su vez se ceñía, exactamente, a lo declarado por Juper.

Capítulo 9

Puedes venir un momento, Juper?

—Dime, Joan.

Joan se quedó mirando el rostro armonioso de Juper. ¡Dios, cómo le quería! ¿Qué había hecho mal para que este hombre, al que tanto amaba, le hubiera traicionado?

Le había dedicado 20 años de su vida —se lamentaba Joan—, había vivido única y exclusivamente para él sin importarle las renuncias que había tenido que hacer; soportando con la cabeza alta que su mujer le pusiera la maleta en la puerta de la vivienda que compartían junto a sus dos hijos a los que adoraba. Ana, entonces su mujer, con un odio que nunca sospechó pudiera albergar su corazón, empezó escupiéndole a la cara, con la fuerza de un misil, esas palabras que no habían dejado de martirizarle desde entonces: *Vete de casa, maricón; olvídate de nosotros. Para tus hijos y para mí estás muerto; eres nuestra vergüenza.* Eso dijo.

Eso y un sinfín de improperios; que solo con el gran amor correspondido de Juper, eso creía, y mucha ayuda psicológica, habían logrado inocularle un poco de la serenidad que tanto necesitaba.

— ¿Joan, estás bien?

Reaccionó al ver la cara de Juper pegada a la suya.

—Sí, disculpa. ¿Te importaría llevarte esta caja a tu cuarto? Y, por favor, prométeme que no la abrirás hasta que yo te lo diga.

— ¡Uf, cuánto misterio!

—Sí, mucho misterio, pero prométeme que no la abrirás —le conminó Joan—. ¡Por favor!

— ¡Y sin favor, hombre! Aunque extraño capricho el tuyo. Pero como sé que eres un poco rarito... quédate tranquilo, te lo prometo por mi honor —y cambiando de tono, le preguntó— ¿por cierto, no te parece raro que Víctor lleve casi una semana sin llamar y sin aparecer por aquí?

—No tiene nada de raro —contestó Joan—. Es un hombre muy ocupado y, al parecer, muy solicitado... —esto último lo dijo con retintín— según presume en cuanto tiene la mínima ocasión —aseveró con la voz desplomada— bueno, y sin que la tenga. Sinceramente me alegro de no verle; me cae mal, ya lo sabes.

Juper hizo ademán de responder, pero comprendió que su amigo no tenía un buen día y optó inteligentemente por coger la caja con decisión y, aunque contrariado, salió de la salita dispuesto a cumplir su palabra.

¡Qué ironía! Se lo había prometido por su honor —pensaba Joan— como si él conociera el significado de esa palabra. Por su honor le había prometido mil veces que nunca se engañarían; que en el hipotético caso de que se dejaran de querer se lo dirían por muy doloroso que pudiera resultarles. Se lo dirían. Joan no solo sabía que él cumpliría con su promesa, es que estaba convencido de que Juper cumpliría con la suya. Sería ignorante, —se martirizaba sin piedad— no en vano, se lo había prometido por su honor...

De hecho, Joan ya le había demostrado con creces lo que para él era el honor. ¿O no era honor por la palabra dada a Juper lo que le hizo romper los lazos matrimoniales con Ana? Y romper con el trabajo y con la sociedad que en aquel momento formaba su tranquila vida; aparte de ser un acto de amor, ¿no implicaba un comportamiento de honorabilidad? Aunque esa *honorabilidad* no le había reportado más que humillaciones y el doble sufrimiento de tener que volver a empezar de la nada. Él lo había apostado todo en esa relación. Y había perdido, también todo. Porque no haber visto crecer a sus hijos era un coste demasiado alto, demasiado cruel, incluso para él. Solo la anestesia que le producía el amor por Juper, hacia soportable su existencia. Todo por vivir juntos.

Eso era para Joan el honor, la ausencia de engaño; nuestro pacto de sinceridad; *tú lo juraste, lo juraste* —sentenciaba en silencio— por eso no podré perdonarte. ¡Eso es para mí el honor! Y el reconocer por mi parte; constatar doliéndome, que tú carezcas de él. No vales nada; estás más vacío que yo.

Joan estaba enterado de los escarceos sexuales que su compañero había mantenido con los vecinos del séptimo. No es que los aceptara de buena gana, pero sí con cierta resignación. En primer lugar porque tenía la seguridad de que esos encuentros no entrañaban peligro alguno para sus relaciones. Él sabía, estaba seguro, que la relación de ellos dos, estaban basadas, no solo en el amor, sino fundamentalmente, en el respeto profundo que se profesaban. Mientras que las que mantenía, al parecer eventualmente con los vecinos, Joan las disculpaba. Tenía la seguridad de que estaban basadas, principal y exclusivamente en la atracción física; posiblemente por la poca diferencia de años que había entre los gemelos y Juper. Esta era la disculpa máxima con la que estaba dispuesto a convivir y que él, resignadamente aceptaba. Los veinte años de edad que le separaban de su pareja eran un eximente que estaba dispuesto a considerar para disculpar a Juper su falta de lealtad. Motivado más por la excentricidad de un tonteo de la juventud, que por la existencia de algo serio.

Pero no fueron los vecinos los causantes de mi amargura —había dejado escrito Joan—. Tuve que oírle pronunciar su nombre. Oírle cómo afloraba su deseo por cada poro de su piel. Sí, estaba clara la manera con la que Juper estaba viviendo esos momentos. No eran imaginaciones mías los gemidos enloquecidos que salían de su boca cuando acariciaba el cuerpo desnudo de su amante. Ni la descarga de emoción que acompañaban los susurros al nombrarle y que yo sentí punzante en todo mi ser como un rayo; partiendo mis sentimientos en mil pedazos. Quería irme, alejarme

de aquel lugar, pero mis piernas temblorosas no me lo permitían. Una parálisis se apoderó de mí, obligándome a presenciar cómo le envolvía con sus brazos y se revolcaban en las mismas sábanas donde hacía unas pocas horas ahogaba, entre sus pliegues, las palabras encendidas con los que me había obsequiado a mí. Todo el ritual apasionado que presencié en la oscuridad me era familiar. Solo que, esta vez, ni yo era el protagonista, ni sus actos de amor se me revelaron pasajeros. Nada que ver con los vecinos. Su comportamiento y la carga emocional con la que pronunciaba su nombre, una y otra vez, fueron una sacudida paralizante que vació mis venas dejando mi espíritu con un único pensamiento, un anhelo: *¡que bálsamo sería para mí la muerte en este instante!*

¿Por qué, Juper? ¿Por qué no me confesaste que habías dejado de quererme? Que te interesaba Víctor porque era más joven, más guapo que yo o quizás más ingenioso o más sinvergüenza... ¡Qué más daba! Cualquier razonamiento me habría valido menos el engaño, la mentira, el esperar el momento que me tuve que ir a Barcelona a visitar a nuestros clientes, ¿te acuerdas? Pero el destino quiso que, a consecuencia de la suspensión de ese vuelo y el siguiente, no tuviera más remedio que volver a casa para sorprenderte en la noche como a un vulgar ladrón. Así te sorprendí yo, robándome lo único que me interesaba compartir contigo. La *vida*.

¿Cómo se puede caer tan bajo? Todo nuestro entorno conoce la catadura moral de Víctor. ¿Chapero?

¿No fue el nombre con el que tú le calificaste? En cualquier caso, quedan claros tus refinados gustos. Para mí, siempre fue una persona despreciable.

Lo demás fue fácil. El mundo está lleno de miserables como tú, querido Juper. Unos se venden por una vida cómoda —como queda claro que ha sido tu caso— y otros, más desgraciados si cabe, son capaces de vender su alma al diablo por un puñado de pesetas.

Y en este caso, el hacer desaparecer a Víctor y reunir pruebas que te impliquen me ha resultado algo caro, pero los muertos, hasta donde yo tengo noticias, no necesitamos dinero.

El potente ruido había sorprendido a Juper en la ducha. Tuvo un mal presentimiento. Salió corriendo hacia la salita de dónde provenía y comprobó horrorizado cómo Joan se encontraba desplomado sobre su butaca preferida con un chorro de sangre cayéndole por el lateral derecho de su cara.

Una pequeña pistola del calibre 32 reposaba aún caliente entre sus piernas.

¡Se había quitado la vida!

—Fue entonces cuando mis compañeros de la comisaría —D. Fermín había dejado de leer, y se encontraba doblando la carta, cuando se dirigió a sus amigas—, alertados por una carta anónima que nos había hecho llegar Joan, se personaron en el domicilio de nuestros vecinos. En ella daba todo tipo de instrucciones sobre la hora a la que teníamos que llegar y a quién teníamos que detener por la muerte de un tal Víctor.

En la misiva señalaba como culpable a su amante Juper. Y como prueba de veracidad, no teníamos más que registrar su dormitorio y examinar el contenido de una cajita de marquetería.

El silencio más profundo se había instalado en la sala y el tic-tac del reloj de pared se acompasaba con las palpitaciones de los cuatro corazones que en ese momento escuchaban, sin pestañear, el relato pormenorizado de D. Fermín. Dorotea, que había hecho una excepción al salir de su dormitorio, estaba sentada en un coqueto sofá y tenía cogida entre sus manos la de su nieta. Luzinda, erguida en su sillón orejero no se atrevía ni a cruzar las piernas ofreciendo una imagen algo cómica, con las manos fuertemente agarradas en los brazos de la butaca, parecía una mujer a punto de saltar en paracaídas. Y Lea, desde la puerta, escuchaba de pie sin osar siquiera sonarse la nariz, que en ese momento reclamaba urgente la intervención de un pañuelo. Se había cepillado el pelo para atrás y ofrecía la imagen de un soldado pretoriano custodiando la entrada. La verdad es que se encontraba de pie, porque estaba dispuesta a atender cualquier requerimiento que le solicitaran.

La curiosidad las dominaba a todas. Pero fue la voz interrogante de Dorotea interesándose por el contenido de la caja la que se alzó por encima de las demás creando un suspense largo y angustioso. Hasta que, por fin, se escuchó la voz enfática del viejo policía aclarando.

— ¡Pues el pene del tal Víctor! —Contestó D. Fermín con la misma euforia que hubiera empleado si hubiera sido el descubridor de América.

Este, con una sonrisa sin definir posaba su mirada en los rostros de sus oyentes, saltando con rapidez de una a otra. Estaba clara la satisfacción que le proporcionaba sentirse el centro de atención. Y ante el asombro y terror en las caras de sus amigas recalcó.

—Sí, hijas, así es. ¡El pene!

— ¡Qué horror! —Fue la expresión que con más intensidad pronunciaron las presentes.

El trágico suceso de los vecinos y el posterior relato de D. Fermín hicieron mella en la sensible personalidad de Magy. Su vida transcurría por estados de agitación permanente. En parte por esa curiosidad que le caracterizaba y que seguramente obedecía a querer ocuparse de asuntos externos a la familia, para calmar su desasosiego y su insatisfacción por la deriva que iban tomando los acontecimientos que le estaba tocando vivir.

Leonor, una de sus escasísimas amigas, disfrutaba de lo lindo cuando le hacía partícipe de sus historias. No de todas, claro, porque las conversaciones con su abuela eran omitidas intencionadamente, pertenecían a lo más íntimo. Tampoco los problemas de sus padres los compartía con ella. Le resultaba difícil desmontarle a su amiga la idea idílica que tenía de su existencia. Sobre todo se le antojaba muy complicado explicarle, sin entrar en detalles, por qué su padre se marchaba de casa para empezar una nueva vida ¿con otra mujer? No podía decirle nada porque, entre otras cosas, ella también ignoraba los motivos reales del abandono.

Magy se encontraba sumergida en un mar de confusiones que la tenía paralizada. Pasaba horas contemplando desde la ventana la forma de las nubes o el color tan variable del cielo plomizo de Madrid. Los árboles del Paseo del Prado, los pájaros que se posaban en ellos. Se cuestionaba todo; hasta el aire. El aire invisible estaba lleno de poderes que eran los culpables de su abatimiento. Esa ociosidad despertaba una gran inquietud en Lea que era testigo cotidiano de la vida de la joven. No estaba acostumbrada a verla inmersa en la melancolía. Siempre dispuesta, como hasta entonces había estado, a compartir sus estados de ánimo, o bien con ella o bien con la abuela, le preocupaba ese repentino desinterés por todo lo que ocurría a su alrededor.

Una abulia la dominaba y se extendía más allá de su entorno afectando a su amistad con Leonor pues, de pronto, la opción de confiarle su estado anímico le parecía infructuosa. Claro, que el que no la estuviera haciendo partícipe de él quizá tuviera algo que ver con el grado de inteligencia de su amiga. No es que la considerara tonta, pero tampoco estimaba que tuviera la suficiente comprensión como para poder entenderla. Por eso, tal vez, siempre había optado por contarle secretos intrascendentes como los chismorreos que descubría con la ayuda de Lea. Cotilleos de la vecindad que despertaban el interés de su compañera que le arrancaban un *¡Oh...!, pero ¿Es verdad?* Con la boca abierta y los ojos desorbitados se quedó cuando le contó la tragedia de los vecinos. Magy tuvo la impresión de que no la dio por cierta, sino que la atribuyó a sus dotes fabuladoras.

Capítulo 10

Buscando en la caja de los collares, Magy tropezó con el que le había regalado su padre por su último cumpleaños. Casi habían pasado seis años desde el día en que les comunicó, tras reunirlos a todos en el comedor de la casa, la difícil —esas fueron sus palabras— decisión de dejar el domicilio.

—*Es notorio* —dijo su padre— y Magy revivió con una amarga sensación en el estómago aquella escena, como si estuviera ocurriendo en ese mismo momento, *que vuestra madre y yo no somos felices juntos por lo que, de común acuerdo* —en ese instante dirigía la mirada a su madre que, con la cara desencajada y los ojos hinchados, asistía completamente muda a la exposición que hacía el padre de los hechos; a la vez que asentía con la cabeza—, *hemos decidido separar nuestra vida en común…*

¡Qué momento más triste! Su mirada de niña expectante se posaba continuamente en los miembros de

la familia. Trataba de buscar una explicación para su desconsuelo. Para su orfandad recién estrenada. Disimulaba su inquietud estirando las mangas de su jersey como si alargándolas quisiera envolverse en ellas y hacerse invisible.

A través de la piel le llegaba no solo la angustia de su madre, también la incredulidad de sus hermanos, tan metidos en sus ombligos que no podían creerse lo que el padre les estaba contando. Miraban a Magy, para que les aclarara si se trataba de algo real o, por el contrario, de una representación auspiciada por ella, que obedeciera a cualquier trabajo escolar. Magy recordaba el sentimiento de envidia, hacia sus hermanos, que le invadió en aquel momento. Envidiaba sus simples conclusiones, sus egoísmos. *¡Si yo me pareciese, aunque fuera un poco a ellos, ahora no estaría pasándolo tan mal!*

Sentía la mirada de su abuela fija en ella. Escrutaba preocupada sus emociones, porque sabía que la decisión de su padre iba completamente en serio. Y fue al mirarla cuando empezó a relajarse. *Estoy aquí pequeña, confía en mí* —le venía a decir—. Y lo hizo; uniéndose más desde aquel momento.

Una sonrisa iluminó su cara al recordar aquel momento en el que un ruido estruendoso hizo temblar hasta el reloj de pared que adornaba el salón de la casa despertándolos a todos del instante que estaban viviendo, obligándoles a volverse automáticamente y al unísono hacia la puerta de entrada del comedor. La escena hubiera sido realmente cómica si Lea no hu-

biera sido la protagonista. Allí estaba ella con la cara descompuesta y maldiciendo su rematada torpeza, mientras mantenía la mirada fija en el suelo donde una sopera yacía hecha añicos con el contenido esparcido por el entarimado de la sala. Parecía mentira, pero hasta la tulipa de una pequeña lámpara que reposaba sobre un cercano velador había llegado el contenido del recipiente. La escena, desde luego, podría haber pertenecido a cualquier obra de teatro, pensó Magy, si no fuera porque lo que sin duda había motivado tamaño estropicio era real. Sí, todo era realmente gracioso; los fideos colgando de la lamparita como excéntricos adornos. Las caras de sus hermanos intentando contener la risa al contemplar, a su vez, el rostro de Lea, con los colores cubriéndole la cara entera; hasta el nacimiento del cabello tenia rojo, intentando disculparse pero sin conseguirlo del todo. No le salían más que unos torpes balbuceos ininteligibles acompañados de gesticulaciones afónicas; poniéndose cada vez más roja de vergüenza y con la cara tan rota en mil pedazos como la sopera.

No había duda de que fueron las solemnes palabras de Raúl, que Lea escuchó sin querer, las que causaron su desequilibrio. Normalmente habilidosa, ponía un celo excesivo en su manera de trabajar; de ahí la extrañeza de todos con el incidente.

Y, sin embargo —recordaba Magy—, en aquella ocasión le sorprendió la inusual amabilidad de su madre que, con rapidez y en tono tranquilizador, se levantó de la silla acercándose a Lea con un: *No te pre-*

ocupes Lea, no tiene importancia; calmando, momentáneamente, el nerviosismo de la pobre mujer.

De alguna manera todos agradecieron el incidente. La visión de esos fideos esparcidos por el comedor y el intento de Lea por recogerlos de la tarima, introducía un toque de comicidad al ambiente. El padre, comunicando sus decisiones había mandado un frío tentáculo de intranquilidad a los corazones de su familia, y aquel percance, sin duda, había sido un bálsamo, aunque fuera momentáneo, al dramatismo del momento.

Y de esa escena ya habían pasado cerca de seis años —rememoró Magy— ni más ni menos. Y como profetizó su abuela refiriéndose a las posibles secuelas de la separación de sus padres, no hubo ningún cambio notable porque, efectivamente, no pasó nada que no tuviera solución.

Ahora todo su empeño se centraba en terminar sus estudios de bachillerato y desentrañar una nueva curiosidad: averiguar por qué estaba la policía interrogando al conserje de la casa.

Capitulo 11

Bogna Kozlowki era un polaco encantador. Había sido contratado hacía unos nueve meses para que desempeñara el puesto de conserje. Hablaba español bastante bien, y era porque según le contó una tarde de confidencias, le venía por el empeño que puso en aprenderlo cuando vivía en Varsovia. Le interesaba todo lo referente a España y a él le parecía imprescindible para empezar una nueva vida en nuestro país. Exactamente eso fue lo que recalcó *una nueva vida*. A Magy le extrañó el énfasis que puso al pronunciar esas palabras, pero no estimó prudente preguntar.

Educado, servicial y limpísimo. Según Lea, la barandilla de la escalera nunca había brillado tanto. Todos los vecinos estaban encantados con él. No es que a Magy le extrañara encontrarse a la policía en la conserjería de la casa haciendo preguntas; ya se había dado esa circunstancia varias veces. Normalmente, cuando los conserjes procedían de países extranjeros, y habían

sido varios los que habían desempeñado ese puesto, la policía les hacía una visita rutinaria para comprobar si tenían los papeles en regla o no tuviera antecedentes.

Lo que a Magy le llamó la atención fue el nerviosismo de Bogna. Intentaba atropelladamente enseñarles unos papeles, aquellos que acreditaban su residencia legal. Pero, en esta ocasión, el conserje estaba realmente nervioso y con la cara constreñida. Prueba de ese nerviosismo era que ni había abierto la puerta del ascensor a Dña. Ana. Una vecina a la que le halagaba especialmente que nuestro atractivo conserje le facilitara servicial, que no servil, el acceso al mismo. Por eso, cuando a éste se le pasó por alto dicha formalidad, Dña. Ana se quedó mirándole extrañada acostumbrada como estaba a sus atenciones.

Precisamente fue presenciar ese acto de descortesía lo que le hizo conjeturar a Magy que algo le estaba pasando a Bogna. Y ese *algo* era lo suficientemente significativo como para hacerle descuidar su habitual amabilidad.

Magy decidió que no podía dejar pasar mucho tiempo sin hablar con el conserje del asunto. Y así lo hizo la tarde siguiente, al llegar a su casa, después de sus clases.

Al principio notó alguna reticencia por parte de Bogna a hacerle confidencias. Se le notaba reacio, poco dispuesto a hablar de ese asunto. Aunque al final, ante la insistencia de esta, y llevado por un sentimiento nuevo que estaba floreciendo hacia la joven, cedió

a hacerlo de manera escueta —le dijo— Y empezó contándole, con cierto nerviosismo, su gran preocupación.

Al parecer, su ex mujer había aparecido muerta en Varsovia y en circunstancias extrañas —aseveró—. Al no encontrarse él en aquel momento en Polonia, la policía le había puesto en busca y captura. Bogna entendía que era comprensible que las autoridades de su país hubieran tomado esa decisión y que esa petición la hubieran hecho extensible, también, a la policía española. Hasta ahí era todo normal, le había confesado a Magy.

—Pero... ¿te parece que lo que me está pasando no es para ponerse nervioso? —Preguntó y sin esperar respuesta, dijo—. Estoy extrañado de lo que ha ocurrido. Muy extrañado y apenado, porque es la madre de mi hija y… Realmente preocupado.

— ¡Pero tú eres inocente! —Aseveró Magy con vehemencia—. ¡Tú no has hecho nada malo! ¿No es así?

Una inflexión de miedo se revelaba en la pregunta y Bogna quiso tranquilizarla.

— ¡Porrr supuesto que no! —Bogna hablaba arrastrando las erres—. Yo me encontraba en España en el momento del fallecimiento de mi mujer. Eso tiene fácil *solución —comprobación*, le corrigió Magy—. Bueno, como se diga. Pero por eso estaba la policía ayer aquí. Estaban… —Bogna trataba de buscar las palabras adecuadas— comprobando el tiempo que llevo… viviendo en Madrid. Pero, en cualquier caso —continuó

esforzándose por hablar—, si desde mi país solicitan mi extra… —*extradición*, le ayudo la joven—, vuestra policía me mandará allá inmediatamente y cuando esté en Varsovia, mucho me temo que empiece a tener problemas —concluyó con gesto preocupante—, problemas realmente serios.

Magy reconocía que le gustaba Bogna. No solo físicamente sino, sobre todo, su manera de comportarse. Su porte era el de un felino, así se lo describió a su amiga Leonor el primer día que le conoció.

—Bueno, no sé si estoy haciendo la comparación adecuada —le dijo—. Pero quizás fuera su manera de andar, o la expresión miope de sus ojos claros, semientornados, que te miran directamente a los tuyos con un reflejo tan limpio e inocente que pareciera una invitación a la confidencia.

Sí, admitía que le atraía mucho físicamente, pero lo que de verdad la cautivaba era su exquisita educación. Su manera imperfecta de hablar el castellano, arrastrando esas erres, dotaba de musicalidad a sus palabras —para su imaginación— eran una auténtica sinfonía.

Presentía que se estaba enamorando de Bogna. Y lo cierto era que de pronto había empezado a dar importancia a cosas por las que nunca se había preocupado. Como, por ejemplo, su manera de vestir. Se arreglaba con más esmero de lo habitual si sus salidas coincidían con el horario de trabajo de Bogna. Para ella, de pronto, el mundo se había convertido en un jardín

luminoso en donde había plantado un sentimiento nuevo y maravilloso que crecía y crecía desbordando la cordura. ¡Pero si hasta había vuelto a levitar! Analizaba su aspecto cuidadosamente, daba importancia a los colores y procuraba que la prenda de vestir, que en ese momento estaba eligiendo, realzara sus naturales encantos de manera más sugerente. De pronto, todo lo que antes consideraba superfluo, había adquirido una gran importancia.

Ni siquiera las continuas advertencias de Lea llamándole la atención, sobre el cuidado que tenía que tener a un sinfín de *cosas*, que podían pasarle si tenía el poco cerebro de enamorarse de Bogna, eran motivo suficiente para que suspendiera sus charlas con el portero, antes de subir a casa después de las clases.

—Por no decirte —recalcaba guasona la doméstica— las consecuencias que te podría acarrear si tu madre se entera de que esas *cosas* tuyas tienen que ver con el conserje..

— ¡Oh, sí! —Le contestaba Magy con la voz impostada—. Sería terrible... ¡Su hija con un empleaducho de nada! Le complacía y le divertía, a la vez, la idea de disgustar a su madre. Ir contra sus deseos. Desbaratar los grandes proyectos, seguro que los tenía, de un futuro *adecuado* para su hija.

La abuela, por el contrario, aprobaba su nueva amistad y comprendía que a sus diecisiete años sintiera esa atracción por el conserje. Máxime con la descripción tan minuciosa que le habían hecho de sus

atributos físicos. Ella sentía no estar en condiciones de conocerle personalmente —le decía a su nieta—, a menos que...

— ¿Qué abuela, dime qué?

—Me dan ganas de invitarle a casa a tomar algo —le insinuó una tarde a la joven en tono picarón—. Me lo habéis descrito de tal manera... —insinuación que Magy celebró.

— ¡Por favor, sí, invítale!

—El problema es que en casa no pueden estar ni tus hermanos, ni Tina ni, por supuesto, tu madre. ¿Te imaginas el patatús que les puede dar si ven a Bogna tomando café con nosotras? ¡El conserje merendando en casa! ¡Qué horror! —Y añadía en plan confidencial y con un mohín tan picarón que hacía saltar de alegría a la joven—, pero no perdamos la esperanza... ya buscaremos la manera...

Pero, dos meses más tarde, se diluiría esa preocupación ante la noticia terrible de la muerte de Gustavo, uno de los gemelos.

Capitulo 12

Magy había perdido el apetito y el sueño. Era cierta la mala convivencia con sus hermanos y el poco respeto que éstos le inspiraban. Pero cuando su abuela colgó el teléfono, con una palidez mortal reflejada en su cara y le comunico la trágica noticia; notó los latidos del corazón en sus oídos y hasta tambalear la silla donde se encontraba sentada.

La joven se levantó y volvió a sentarse bajo la ventana. Tocaba a su fin la tarde primaveral y la escasa luz envolvía la estancia proyectando sombras de tristeza en sus paredes. Nunca supo qué hacer, ni cómo comportarse con sus hermanos, y ahora, no sabía calificar la angustia que estrangulaba su garganta. ¿Era dolor? ¿Estupor? Quizá las dos cosas a la vez.

Dorotea ya se temía que algo terrible podría ocurrir cuando D. Fermín les relató las andanzas de sus nietos y lo realmente peligrosas que eran. Desde aquel día había procurado acercarse más a ellos, encontrán-

dose siempre con un muro de silencio e interrogantes miradas. Confesó a Lea sus inquietudes obteniendo de ella siempre su apoyo: *no te preocupes, yo te tendré informada si veo algo raro.*

En un principio, la abuela tomó la enérgica decisión de ocultar a su hija y a su yerno las confidencias de D. Fermín, hasta comprobar el grado de implicación que estuviera dispuesto a reconocer los chicos. Para ello, se los convocó en una reunión en su dormitorio donde les expuso, con todo detalle, el grado de conocimiento que tenía de sus andanzas; de sus malos hábitos de vida; exigiéndoles una explicación amplia y convincente. Los amenazó ingenuamente con que, en el caso de no demostrar algún tipo de arrepentimiento y una actitud de cambio total en sus formas de vida, pondría de inmediato todos los datos que poseía en conocimiento de sus padres.

— ¡Uy, qué miedo, abuelita! Le contestó Álex mientras Gus desarticulaba su cara riéndose a carcajada limpia.

Salieron del dormitorio dejando a la abuela abatida y confusa. Con un extraño sentimiento de ridículo recién estrenado; y con una impotencia que nadie le había advertido, ni siquiera los libros a los que ella tanto consultaba. La cruda realidad se reflejaba en el espejo y resplandecientes veía las nuevas e incontables imperfecciones de su piel.

Al acercarse el crepúsculo, le invadió una agobiante inquietud. Se enfrentaba al temible insomnio inten-

tando respirar hondo, pero hasta el aliento inspirado le causaba dolor. Tenía el presentimiento de que la noche encerraba una amenaza; pero no, no eran las largas horas en vela lo que la desazonaba. Era la convicción más absoluta de que sus nietos no tenían intención alguna de orientar su futuro hacia la decencia. Por eso aquella noche tomó una decisión; no le dejaron otra alternativa. Tendría una conversación seria con su hija. Le aconsejaría, además, que contactara con el padre de sus hijos.

El tema revelado por D. Fermín era demasiado grave como para que lo sobrellevara ella sola y así se lo trasmitió a Luz y a Raúl. Este último confesó no estar extrañado por la noticia. Aunque desconocía exactamente por dónde iban los pasos de sus hijos —si lo hubiera sabido, habría tomado cartas en el asunto, adujo cabizbajo—, sí sospechaba de la trayectoria de estos… De pronto, le vinieron a su mente secuencias de un pasado reciente que no presagiaba nada bueno. Por eso, cuando les comunicaron la muerte por sobredosis de Gustavo, no podía decirse que la noticia les sorprendiera.

Dorotea fue la encargada de comunicar a su hija y a Lea el accidente. Hubiera preferido morirse mil veces antes que enfrentarse a ese momento; sin duda, el más doloroso de su vida. Menos a Álex, que sospechosamente en ese instante no se encontraba presente. Entonces Dorotea encaminó sus pasos hacia el dormitorio del joven donde acertó al suponer que se había refugiado. Se lo encontró en el suelo en posición

fetal. Aunque más que sujetarse las piernas lo que sus brazos sujetaban era un intenso dolor en sollozos sin lágrimas; escondiendo su cara entre sus rodillas y escondiendo también la explicación que, a través de las caricias intensas, mudas, la abuela le demandaba. En ese momento, ninguno de los dos necesitaba hablar. El tiempo quedó suspendido en ese instante, bañados por la escasa luz que entraba por el balcón hasta que, agotados de tantos interrogantes sin explicación, decidieron salir; compartir sus presencias con el resto de la familia en silencio. Sin ningún acuerdo, se instaló entre todos ellos una especie de catalizador por donde fluía el dolor, el abatimiento generalizado y una aceptación resignada por lo inevitable. Hacia la aflicción esperada.

El cambio que esta desgracia operó en la madre de Magy fue notorio. Nadie podría decir qué porcentaje de culpa anidaba en la inexpresiva mirada que, de un día a otro, había aparecido en los ojos de Luzinda. Ni si eran remordimientos los que le hacían vagar por la casa como alma en pena, con aspecto desaliñado y notablemente desmejorada. Su pelo, siempre cepillado y brillante, aparecía ahora descuidado hasta el punto de permitir que las raíces canosas invadieran centímetros de su nacimiento. Fuere como fuese, su despreocupado carácter y aparente optimismo se vieron extraordinariamente afectados.

Hasta el comportamiento de Tina cambió. Pero no por la pena que le había causado la muerte de Gustavo, que seguramente le afligió. Ni por sentirse relegada a un segundo plano cuando ella siempre había sido

el centro de atención por parte de la madre de Magy. Su comportamiento cambió porque Luzinda no tenía ningún reparo en obsequiarla con una indiferencia de la que además hacía gala, demostrándosela de manera grosera en cuanto se presentaba la ocasión. Aparte de distanciar sus encuentros ostensiblemente, y hasta variar su forma de hablarle. A todos les sorprendió ese cambio, pero el porqué era algo que cada miembro interpretó a su manera a la hora de enjuiciar a Luz.

La muerte de su hermano hizo reflexionar a Magy sobre cuál había sido su conducta, hasta entonces, con relación a Tina. Muchas veces había tratado de bucear en su interior investigando sus propios sentimientos y siempre con el mismo resultado de incógnita. Estaba presa de la complejidad de sus afectos. Odio, miedo y repulsa convivían en ella de manera permanente. Pero había otras emociones que le daba miedo definir quizá porque ni siquiera fuera consciente de su existencia. O tal vez porque poner nombre a esos sentimientos no solo podía afectarle a ella. Todo era desasosegante. Ya no era esa adolescente y, sin embargo, su cabeza parecía no estar preparada para asimilar tan desconcertantes emociones. No quería profundizar en los sentimientos que ligaban a su madre con Tina y, al mismo tiempo, esa ignorancia la martirizaba. Cuestionaba el papel que ésta se había arrogado en la casa, aunque Magy estaba dispuesta a tolerar todo con tal de no ocasionar problemas.

Además, era evidente que su madre era feliz teniendo a Tina a su lado. Eso era incuestionable. Pero

esa mujer le demostró que no era buena persona. Al menos para ella. Con sus hermanos, al parecer, sí existía cierta empatía a juzgar por las veces que Gus dejaba deslizar frases como éstas: *Tina es un cielo, nos ayuda más que nadie*. Incluso llegaron a comentarle que, si no hubiera sido por Tina, ellos lo hubieran pasado realmente mal. Magy no les hacía ningún caso; estaba segura de que lo que pretendían era provocarla para hacerle hablar. Ellos intuían que entre su hermana y Tina existía *algo* raro, pero no sabían *qué*.

Era una niña cuando tuvo la primera revelación de que entre su madre y Tina existía algo más que amistad. Al menos la amistad entendida como la que ella practicaba. Por eso la visión del cuerpo desnudo de Tina en el dormitorio de su madre precipitó unas conclusiones confusas y dolorosas. Desde entonces, sus noches dejaron de ser apacibles. A menudo, la boca de Tina, sonriente y distorsionada, se le aparecía a modo de pesadilla. Y no solo era eso, a partir de aquel día Magy se sentía perseguida dentro de la casa, abordada por Tina con total descaro. ¿Pero era un acoso real? ¿O era producto de su imaginación?

El tiempo dio la razón a Magy. Su prodigiosa imaginación había quedado superada por el realismo de los hechos con los que estaba obligada a convivir.

Habían pasado unos años y, en todo ese tiempo, había convivido con situaciones que rozaban lo dramático, pero siempre las vencía aplicando esa madurez que había adquirido con el paso de los años. Sabía manejar los momentos absurdos, como el beso pro-

longado que Tina le dio en la boca el día que murió Gus. *¡Siento tanto… la muerte de tu hermano!* Con una sonrisa cínica fue la explicación que le dio a una desconcertada Magy.

Últimamente Tina solía poner a Magy en situaciones límite, violentándola con comentarios soeces; como el eminente desarrollo de sus pechos. O resaltando lo bonitas que tenía las piernas, *bueno* —aclaraba chabacana y entre risitas— *la verdad es que todo lo tiene bonito.* En esas situaciones a la joven no le quedaba más remedio que fingir un candor que estaba muy lejos de experimentar. Hubiera sido fácil para ella hacerle frente, haberle demostrado con firmeza que rechazaba sus insinuaciones. Haberle recriminado el deleznable comportamiento que estaba teniendo con ella, y con su madre. Pero no lo hizo. Su cabeza le decía: *¡Adelante, habla con tu madre! ¡Desenmascárala!* Pero ella hizo más caso al *silencio* que le recomendaba su corazón. Y, de esa manera, su silencio se convirtió en su cómplice.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Tenía razón Tina cuando aquella tarde le echó en cara su puritanismo?

— ¡Mírate! —Le dijo encolerizada—. ¡Bucea en tus sentimientos y deja de ser una malabarista con tus emociones! Me desprecias porque practico la honestidad. Sí, Magy, ¡honestidad! Yo sé lo que soy y no trato de engañar a nadie ni de engañarme con bondades impostadas. Tú esta tarde has disfrutado tanto o más que yo. Me odias, pero en esencia me deseas, esa es la realidad. ¿Sabes una cosa? —No le dio tiempo a con-

testarle y continuó sin esperar su respuesta—. ¡Me das tanta pena!

¿Cuánta dosis de razón envolvía sus palabras? Lo cierto es que desde el día en que Magy visualizara a Tina en toda su desnudez, con la boca entreabierta, ella no había dejado de analizar aquella mueca. Ese gesto provocador le estaba anticipando algo. Quizás que el tiempo pasaba, que todos íbamos a desaparecer y que las cosas buenas se irían alejando al galope. Sí, ese fue el mensaje que Tina le estaba transmitiendo de manera incitadora y también desafiante y realista.

Capítulo 12

Las relaciones entre ellas tomaron un matiz diferente —reconocía Tina y muy a su pesar— Se podría decir que la amante de la madre esperó, con infinita paciencia, a que los años fueran cayendo sobre la hija como el agua de lluvia; que pertinazmente convierte al riachuelo en espléndida laguna para materializar, en el momento preciso, tantos sentimientos reprimidos. Ella, que con rapidez había superado barreras convencionalistas tan altas como el infinito, ahora estaba haciendo gala de una calma desconocida y nunca experimentada. Pero no había sido desatinado —se dijo complacida— esperar a que esa lluvia de los años empapara las débiles raíces de una niña. Ahora ese proyecto se había materializado en una mujer increíblemente interesante y sugerente

Pero lo que Tina no había previsto y no debía olvidar nunca era que la confusión había crecido también con Magy. Y ese desconcierto no siempre la benefi-

ciaba. Aunque tenía la esperanza de que en algo sí hubiera contribuido a crear un clima apropiado. Entonces era una niña y, como niña, su conocimiento no estaba preparado para percibir imágenes extrañas. Una duda sobre los sentimientos de la joven hacia ella vino a instalarse en su ánimo una tarde en la que, al entrar en la casa y tras cerrar la puerta con el pie, se encontró a Magy mirándola con una luz despreciativa en sus ojos.

Efectivamente, en todo ese tiempo muchas cosas habían cambiado y, en la medida en que se desarrollaba físicamente, su capacidad para odiar a Tina había aumentado considerablemente. Sin embargo —reconocía—, su odio, aunque recalcitrante, estaba mezclado al mismo tiempo con una morbosa y malsana curiosidad; sin duda alimentada por las continuas y descaradas provocaciones con las que la amante de su madre le obsequiaba.

Magy quedó pronto atrapada en las palabras insidiosas que Tina, con absoluta maestría, le lanzaba en cuanto tenía ocasión. Solían ser proposiciones diabólicas que durante la noche le hacían sudar y al recordarlas se convertían en fuente, tanto de vergüenza como de curiosidad para su incipiente sexualidad. Sin embargo… ¿Qué tanto por ciento de responsabilidad o culpa tenía ella por dejarse seducir? Aunque le doliera, tenía que reconocer que había entrado sin presión alguna en el juego de esa seducción. Es más, tenía que admitir que había disfrutado de manera plena con él. ¿Acaso existía otra versión de su persona? ¿Una personalidad dentro de su propia personalidad?

Necesitaba serenarse, dejar de sufrir esa tortura; pero, al mismo tiempo, no podía ocultar lo que sucedió aquella tarde de luz mortecina, con un agradable olor a especias y a madera, donde los escaparates exhibían sus también mortecinos artículos a los escasos transeúntes que, en ese momento, circulaban por esas calles antiguas de Madrid. Magy iba en un estado tal de ausencia que hasta tropezó bruscamente con una pareja de ancianos, las únicas personas que transitaban a aquella hora, provocando un: *¡Pero oiga, está usted ciega! ¡Será imbécil!*

Aquellos improperios vibraron en el aire y lo transformaron en ondas sonoras haciéndole reaccionar. *Discúlpenme,* les dijo avergonzada. Y como los ancianos seguían rezongando les volvió a pedir disculpas emprendiendo con la cabeza baja y precipitadamente su camino hacia la calle Lanero.

La nota no dejaba dudas. La había encontrado esa tarde en su mesilla de noche. *Te espero mañana a las seis en la calle Lanero...* Se sentó en la cama examinando con curiosidad la letra de trazos firmes, masculinizados. Era una cuartilla ligeramente perfumada con la esencia del misterio y que dejó a Magy, por un instante, verdaderamente intrigada dándole vueltas nerviosamente entre sus dedos. Estaba sin firmar y este hecho le reveló que, lejos de querer demostrar humildad o falta de protagonismo, le hablaba del grado de arrogancia de su autora.

Magy leyó y releyó la nota y tuvo que confesarse que la letra era el único distintivo de masculinidad que coexistía con la personalidad de esa enigmática mujer.

El número veintitantos de la calle Lanero correspondía a un viejo edificio de muros desportillados notablemente descuidado. Pero el apartamento al que se introdujo, siguiendo la atracción que le proporcionaba una puerta abierta, no tenía nada que ver con esa fachada. Desde el mismo recibidor había estantes llenos de libros; de esos libros de ediciones baratas y que nunca suelen faltar en las bibliotecas con aspecto de ser usadas frecuentemente. Tras el recibidor, Magy pasó por otra estancia mal iluminada llena también de libros. Se quedó quieta escuchando sus propios y desbocados latidos y tratando de descifrar el misterio de lo invisible. Decidió seguir el rastro de una luz procedente de una habitación situada al final de un estrecho pasillo. La sala, ni grande ni pequeña, estaba llena de cojines de colores vivos tirados por el suelo. No supo si eran para sentarse o para arrodillarse, ya que estaban en derredor de una mesita cuadrada y pequeña. Prácticamente era todo el mobiliario, si exceptuamos un coqueto sofá donde una Tina sonriente y relajada la esperaba sentada, con sus larguísimas piernas elegantemente cruzadas y un cigarrillo humeante entre los dedos. Se encontraba vestida con una bonita bata de casa y con el cinturón de la misma estudiadamente desanudado. A Magy le desconcertó el recibimiento. Sin embargo el gesto, el lánguido movimiento de su mano jugando con el cinturón le indicaba a Magy, aunque no supiera cómo, las pretensiones de Tina.

Estaba claro a lo que le estaba invitando; sin embargo, y por primera vez en el tiempo que la conocía, su mirada estaba llena de ternura. La sonrisa de su boca era franca, amistosa, exenta totalmente de esa ironía odiosa a la que le tenía acostumbrada.

Capítulo 13

Magy se encontraba sentada en el borde de la cama viéndose reflejada en el espejo que tenía instalado frente al lecho. Era un espejo largo, estilo inglés, obsequio de su abuela y tantas veces testigo mudo de su criticado aspecto; y al que en esos momentos, al igual que lo hiciera en otros, la joven parecía estar reclamándole su aprobación por la transformación que había sufrido en ese par de años de ausencia. Y aunque su impecable traje de chaqueta gris marengo de corte italiano; la camisa rosa de lazo caído anudado coquetamente al cuello y los zapatos negros, de tacones altos elegantísimos, le devolvía una imagen placentera; su rostro, con una palidez de hielo, y el color violáceo de sus ojeras evidenciaba un estado catatónico imposible de ocultar. Ni siquiera su elegante atuendo era capaz de disimularlo. Sus ojos eran dos ventanas por las que se escapaba la desolación, proyectando un abatimiento inabarcable…

Así se encontraba la joven, sumergida en la añoranza, cuando unos golpes suaves en la puerta resonaron en el silencio de la tarde anunciándole la llegada de Lea.

—Pasa, por favor —dijo la joven adivinando la identidad de la llamada—, no necesitas permiso para entrar.

—Hola, bonita, te traigo el sobre que dejó tu abuela para ti —dijo Lea bajito—. Ya sabes lo que te comenté. Si te puedo aclarar algo, no tienes más que preguntármelo —y añadió a continuación—. ¡Pero qué tonterías digo, como si tú no lo supieras!

Lea se despidió de la joven con un fuerte abrazo y recomendándole la lectura del diario para el día siguiente a la vista de su cansancio. Recomendación que, por supuesto, Magy no tuvo en cuenta. La ansiedad por conocer más, por entroncarse con su abuela, era una necesidad mucho más perentoria que su cansancio.

Con manos temblorosas procedió a sacar las cuartillas del sobre estrechando las hojas contra su pecho mientras las lágrimas volvían a deslizarse en silencio por sus mejillas. Trató de recomponerse y empezó a leer, pero el llanto no le permitía centrarse en el manuscrito. Dejo un instante las hojas en su regazo para volver a mirarse en el espejo y la imagen que le devolvió, borrosa, avejentada, le disgusto. Se irguió de golpe y, secando su llanto de un manotazo, procedió a la lectura del diario de Dorotea.

Capítulo 14

Querida Magy, si estás leyendo esta carta es porque físicamente no me encuentro entre vosotros. No así mi voz y mi espíritu que siempre vivirá en ti, ¿recuerdas?

Te prometí que volcaría mis miserias y algunas alegrías en los renglones de este diario que llevo escribiendo para ti, algunos años. Omitiré los recuerdos que se refieren a mi primera infancia, creo que ya te hice partícipe de algunos de ellos en varias de nuestras largas charlas. Ahora intentaré precisarte y revelarte —si soy capaz— algunos jirones y recuerdos de esa vida, tantas veces adormecida intencionadamente y que en estas hojas de papel trataré de despertar para que tú los puedas entender.

¡Hazlo con indulgencia!

Como sabes, nací en V.D.E., un pequeño pueblo agrícola de la provincia de Guadalajara. Pueblo latifundista del señorío de Carrión. En el seno de una familia

modestísima; fui la pequeña de dos hermanos, bulliciosa, alegre y parlanchina a pesar del mísero entorno en el que se desenvolvía mi infancia. En contraste con el carácter de mi hermano, huraño, siempre enfadado y poco dispuesto a la comunicación. Me llevaba doce años, por lo que nuestros juegos nunca se desarrollaron conjuntamente. Creo haberte comentado que se parecía mucho a mi madre, a la que me acostumbré a ver poco, a sentir poco y a amarla poco desde mi más tierna infancia. De baja estatura y frágil complexión, su cara tenía un aspecto aniñado que contrastaba con sus manos toscas, grandes y ásperas. Trabajaba para los condes de G. en la Casa Grande; con este nombre era conocido por los lugareños el palacete de los condes. En ella, mi madre desarrollaba todo tipo de trabajos que le tenían ocupada prácticamente todas las horas del día. No recuerdo ni una sonrisa en su cara. Ni una caricia de sus manos. El cansancio y el silencio eran sus únicas señas de identidad.

Del aspecto de mi padre tienes más referencias: conoces algo más por la descripción que te hice en algunas de nuestras conversaciones. ¿Te acuerdas? De su carácter resaltaría su espíritu mordaz, que esgrimía como escudo protector de su dignidad pisoteada. La costumbre de masticar tabaco había ennegrecido sus grandes e irregulares dientes. Al igual que sus deformados dedos teñidos de un color parduzco, mezcla de liar los cigarros y del trabajo embrutecedor que desarrollaba en la finca de los amos. Le recuerdo ironizando sobre la penosa situación en la que nos encontrábamos después de haber

perdido la guerra injustamente, sentenciaba con amargura. Pero jamás le vi escupir ni maldecir a nadie; gesto muy habitual entre los hombres del pueblo. A su modo, era un hombre tierno. Cuando ponía sus ásperos y retorcidos dedos sobre mi cabeza, acariciando mi mata de pelo, me transmitía un calor que me hacía sentirme protegida. Aunque este gesto solo lo hiciera para llamar la atención de algún vecino al respecto de su color. *¡Mirad! ¡Mirad!* —destacaba con sincero orgullo el castaño rojizo del mismo— *como las lágrimas de los vencidos,* decía con voz bronca y entrecortada por la emoción.

Mi vida transcurría con muchas carencias materiales y afectivas, pero yo no me sentía desamparada y, desde luego, no sé cómo se hubiera desarrollado mi futuro si aquel fatídico día no me hubiera tropezado con aquellas personas.

Mis obligaciones diarias consistían en tener limpia la *casa*; una especie de barracón donde antes de ir a vivir nosotros se guardaban los aperos de labranza y los productos putrefactos de la huerta que servía de alimento para los cerdos.

Cuando el señor conde contrató a mis padres para que le sirvieran como auténticos esclavos, hizo trasladar los aperos y la comida de los animales del barracón a una especie de choza algo más alejada en el prado y encomendó a mi padre la adecuación de la nave con el *noble* consentimiento, por su parte, de que podría convertirla en alojamiento propio y de su familia. Algo que mi progenitor aceptó encantado y agradeció reverencialmente.

Mi padre distribuyó la nave lo mejor que pudo y supo, dividiéndola en tres partes. La central, donde había construido con ladrillos una especie de fogón que hacía las veces de cocina-estufa y cuyo funcionamiento era posible con la leña abundante que proporcionaban los árboles de un bosque cercano. Una mesa de madera con cuatro sillas robustas, todo ello de fabricación propia, a la que había contribuido mi hermano, era la parte considerada noble de la casa y la que daba acceso a la entrada de la vivienda. Nos alumbrábamos con unas lámparas de palmillas que mi padre, mañosamente, había construido. Esas palmillas nos alumbraban parpadeantes; bailando en el líquido aceitoso que les servía de sustento. A mí me gustaban. Como las cortinas de rayas que separaban a derecha e izquierda los dos cuartos destinados a dormitorios. En uno dormían mis padres y, en el otro, mi hermano y yo. Pronto se convirtió en mi dormitorio privado ya que mi hermano abandonó la casa muy joven, marchándose de nuestro lado para siempre. Primero, a trabajar como obrero sin cualificación a una pedanía colindante y después al servicio militar que por entonces era de mucha duración.

En cuanto al cuarto destinado a nuestras necesidades, mi padre construyó una caseta de madera, anexa al barracón, con un agujero de mampostería en el suelo donde, por las mañanas, vaciábamos nuestras bacinillas. Al mismo tiempo al tener paredes, aunque fueran de madera, nos proporcionaba una cierta intimidad a la hora de asearnos con la inestimable ayuda de un barreño. Y un espejo. Sí, teníamos un espejo desporti-

llado que mi madre había cogido —previo permiso— de la basura de los señores y que colgaba de la pared sujeto por una alcayata. Este trozo de cristal desvencijado me servía no solo para mirarme, sino como interlocutor teatral donde verme reflejada cuando daba pábulo a mis inquietudes artísticas, canturreando las canciones de Imperio Argentina o Estrellita Castro, a las que yo trataba de emular. Te diré que esa afición mía disgustaba mucho a mi madre que, en cuanto escuchaba el primer *gorgorito*, venía a criticarme por lo mal que lo hacía —me descalificaba sin piedad— para de esa manera, ella lo pretendía, matar mi incipiente inclinación a un mundo que a mis ignorantes padres les parecía indecente e inapropiado para una persona tan humilde como yo. Te comento que, aunque a ti te parezca mentira, en aquellos tiempos los artistas en general y las cantantes en particular no gozaban de buena reputación, tachándolas inmisericordemente de *mujeres de mala nota*. Con la perspectiva de los años, me he preguntado muchas veces cómo demonios iba yo a convertirme en artista, ni de buena o mala nota, viviendo en ese miserable pueblo.

Bueno, pues estas dependencias de la casa eran las que yo tenía encomendadas para su limpieza diaria, junto con las de ir a lavar al río, echar de comer al cerdo, a las cuatro gallinas —nuestra ganadería privada— y de paso, recoger los pocos huevos que servían para calmar los retortijones del hambre.

Después de terminar con mis obligaciones domesticas, podía corretear por los campos. Lo hacía en compañía de Lea, la sexta hija de unos vecinos —igua-

lados en pobreza con nosotros— y Martín, el hijo de un maestro republicano y comunista represaliado, que hacía un año, aproximadamente, había salido del penal de Ocaña (Toledo) donde le habían metido preso. En la familia de Martín estaban contentos, como todos los del pueblo; porque este buen hombre solo cumplió tres años de prisión después de haber sido condenado a pena de muerte. Y solo —créetelo porque es verdad— por el grave delito de haber pertenecido a un sindicato, enemigo mortal de los que ganaron la maldita guerra. A este hombre, después de su salida de la cárcel, se le prohibió ejercer su profesión, y esa condición estaba muy vigilada por los *patriotas* del nuevo régimen, por lo que sus conocimientos los volcó única y exclusivamente en la educación de su hijo. Martín era un muchacho extraordinariamente inteligente y sensible que junto a Lea constituían mis únicos amigos. Tuve mucha suerte de tener a Martín en mi vida. A pesar de su juventud, él nos enseñó a leer, a escribir y el arte de las Matemáticas. Aparte de inculcarnos sentimientos humanistas que enraizaban con su gran pasión: la poesía. Indiscutiblemente, todo lo aprendía de su padre, un hombre no solo esencialmente bueno, sino, además, extraordinariamente culto —ese fue otro de los delitos por el que, sin duda, fue condenado—. Martín lo asimilaba todo con facilidad y tenía la misma capacidad para la docencia que el padre, por lo que a los diez años yo tenía un conocimiento en Lengua y Matemáticas —según mi amigo— realmente *asombroso.*

Nuestra particular escuela era una especie de granero pequeño donde nos encerrábamos los tres para

recibir las enseñanzas de nuestro querido amigo. Pero aquel día de mediados de junio cometí un gran error. No cerré la puerta. De esa fatídica experiencia me viene la costumbre de encerrarme siempre que puedo y que a ti, querida niña, tanto te ha venido extrañando. Ese error, que marcó mi vida, es el germen de mi querencia al confinamiento y que espero que clarifique tu habitual curiosidad por ese hábito mío. Seguro que dentro de un instante vas a comprender mis raros comportamientos.

Caía la tarde y, si vieras Magy, cómo eran y, supongo que seguirán siendo los campos de Castilla a esas horas... El sol a punto de esconderse jugaba a no hacerlo del todo; era como si estuviera haciendo un esfuerzo por descargar su última voluntad del día sobre los brillantes trigales revistiéndolos de un color anaranjado lustroso que, al mezclarse con los granos amarillentos maduros de la mies, conformaba una paleta de colores indescriptiblemente bellos.

Ese día Lea no se encontraba con nosotros, había tenido que quedarse al cuidado de un hermano pequeño. Y Martín y yo jugábamos.

—Corre, Doris, a ver quién llega antes al pino del abuelo.

—Llegaré yo porque a ti te pesa mucho el culo —le contesté riéndome para, a continuación, comentarle (lo recuerdo como si lo estuviera viviendo otra vez) —Escucha, Martín, se acerca gente. Escondámonos en la casita para ver quién es.

—Ni hablar, tú lo que quieres es engañarme y adelantarme en la carrera —me contestó gallito—. Allí te espero—chillo él. Y desapareció de mi vista a la velocidad de un galgo.

Cuántas veces, Magy, me he recriminado el no haber corrido hacia el pino siguiendo a Martín en vez de alimentar mis ansias por satisfacer mi curiosidad. ¡Mi maldita curiosidad! Si en vez de quedarme detrás del montón de paja me hubiera escondido como Dios manda. Sobre todo al reconocer a uno de los dos individuos que no era otro que el señorito Blas, el hijo de D. Damián, conde de V.D.E... Al que precedía una merecida mala fama. O si, en vez de quedarme paralizada, hubiera corrido a esconderme en la casita y hubiera echado el pestillo. Quizá entonces, mi vida, querida niña, hubiera transcurrido por cauces diferentes. Ya sabes… La culpa no mató al gato…

—¡Ey! Mira lo que tenemos aquí —voceó el señorito Blas.

Sí, escuché su voz, pero no me di cuenta de lo cerca que se encontraban de mi escondrijo hasta que los tuve delante de mí y observé horrorizada cómo me señalaba con el dedo.

— ¡Pero qué preciosidad! ¿Oye, muñeca, jugamos un ratito? —Dijo el señorito cogiéndome del brazo— ¡Solo un rato!

—Venga, Blas, es una niña —contestó el amigo tirándole del brazo e intentando llevárselo— ¿Qué vas a hacer?

— ¿Niña? ¿Pero estás ciego?—contestó el hijo del marqués— ¡De niña, esta tiene poco!

Fíjate los años que han pasado, Magy, y aún hoy no puedo olvidar el gesto repugnante de aquella boca. Recuerdo mi soliloquio desde el más absoluto de los silencios: *sí, soy una niña y no quiero jugar nada más que con mi amigo Martín*. Se lo estaba diciendo con la boca cerrada y el corazón acelerado. Se lo decía al hijo de D. Damián, patrón de mis padres y dueño de todos los prados del pueblo. Se lo decía también, con la mirada, al otro chico que en ese momento no sabía cómo se llamaba aunque le había visto alguna vez por la Casa Grande siempre en compañía del señorito. Pero ellos no estaban dispuestos a leer la ansiedad en mis ojos. Ni mucho menos a practicar la misericordia. Con un ademán brusco, el señorito Blas se soltó del brazo de su amigo.

— ¡Venga, preciosa, vamos a jugar un ratito en la casita! —Me lo decía al tiempo que intentaba cogerme por los hombros— ¡No te resistas que será peor!

—Que me quites las manos de encima. Que no quiero jugar contigo —le decía yo llena de angustia. Pataleando y a través de los ojos porque la boca la tenía sellada con la mordaza del miedo.

—Vamos, preciosa, no te resistas —insistía él— ¡Si nos vamos a divertir!

— ¡Por favor, Blas! Se nos hace tarde —conminó el amigo.

— ¡Pero cómo puedes ser tan fierecilla! —Continuó ese cerdo desoyendo a su amigo—. ¡Anda, sé buena!

En ese momento él me tenía fuertemente cogida por la cintura, inmutable ante mi desesperación y mis arañazos. Ante mi rabia. Y yo seguía sin poder gritar, sin poder proferir palabra. Con un nudo de agonía en mi garganta. Sentí cómo con una mano me tiraba sobre un montón de paja al tiempo que con la otra se bajaba los pantalones. Recuerdo mi grito desgarrador e íntimo como si fuera hoy mismo. Era un lamento mudo intentando desconectarme del presente.

— ¡Déjame, me haces daño! ¡Martín! —Gritaba— ¿Dónde estás? ¡Martín! ¡Martín!

Todo transcurrió rápido y yo no hacía más que proferir gritos, pero, al igual que ocurre en las pesadillas, mi voz se quedaba suspendida, insonora. Mi amigo no venía a socorrerme y sentía que mi vida se escapaba a través del dolor. Quiero transmitirte el horror de esos momentos y, al mismo tiempo, dañar tu sensibilidad lo menos posible. Perdóname si no lo consigo. Reconozco que en mí no anidó nunca la indulgencia hacia esos miserables. Y, en estos momentos, reconozco que los recuerdos siguen machacándome, sin misericordia.

Me preguntaba qué me está pasando. Todo está negro, todo está sucio. Su cara es horrible. La tenía tan cerca de la mía que sentía ganas de vomitar al escuchar su asquerosa voz. Sus babosos jadeos.

—Anda, ahora tú —le dijo a su amigo al acabar—. Te dejo a la fiera domada. Si ni siquiera se ha quejado. ¡Hasta creo que le ha gustado!

— ¡Vámonos, Blas! —Contestó el otro tajante. Y recuerdo el sentimiento de alivio que me invadió al comprobar que se negaba a repetir aquel acto abominable.

— ¡Vale, vale, tú te lo pierdes! —Replicó el *señorito Blas* lleno de chulería—. ¡Vaya que si te lo pierdes!

Y se marcharon. Oí sus pasos alejándose entre mis sollozos secos y pensando que lo que habían hecho conmigo era mil veces peor que la muerte. Mientras, el resplandor de los trigales que habitaba en mi memoria se convirtió de pronto en un infinito manto gris.

Debí de desmayarme; porque no tuve consciencia del tiempo que llevaba sumergida en ese laberinto de colores grisáceos y rojizos, cuando me despertaron las manos de mi amigo palmeándome la cara a la vez que, con angustiada voz me preguntaba.

— ¡Doris, Doris, despierta! ¿Pero qué te ha pasado? ¿Te han hecho daño los señoritos?

Quise incorporarme de golpe y un dolor terrible que provenía de todas las partes de mi cuerpo me lo impidió. Martín se percató de hacia dónde se dirigía mi mirada buscando, cuando me calmó.

—Tranquila, aquí no hay nadie. Ya se han ido. ¿Pero por qué no me has llamado? —Dijo con inquietud y rabia—. ¡Te hubiera escuchado! ¡No estaba lejos! Me escondí para que no me encontraras y como no venías, salí extrañado. Los vi de lejos cuando se marchaban —y volvió a repetir— ¿Pero qué te han hecho?

—Te llamé... grité... Pero no... No... Se oía nada.

— ¡Vamos, levántate! ¡Te llevaré a tu casa! —Dijo él dulcemente y yo hice intención de levantarme, pero el dolor era tan intenso que me hizo tambalearme.

— ¿No puedes andar?

—No sé... No sé...

—Te llevaré a cuestas entonces.

—Tengo que coger los huevos del gallinero y echar la comida al cerdo. Si no lo hago, mi madre se enfadará… Vete, Martín, iré sola.

— ¡No! ¿Pero cómo puedes pedirme eso? No vas a irte sola y, además, le voy a contar a tu padre lo que te han hecho los cabrones...

— ¡Tú no vas a decir nada!

Todavía hoy no sé de dónde saqué la fuerza para pronunciar tan contundente orden, pero recuerdo que sí la tuve para aclararle que el amigo del señorito Blas no me había hecho nada. No me había tocado.

— ¡Ha sido él! —Le dije—. Solo él…

Era inexplicable que quisiera disculpar a ese chico sin nombre que acompañaba a *ese* despreciable ser —dijo Martín alterado— cuando, no sé cómo ni de qué manera, ese amigo también era culpable, pues debería haber evitado que te hiciera daño.

Ayudada por Martín, me levanté y salimos al campo. El paisaje, que hacía unos momentos sentía brillante y maravilloso, de pronto se había convertido en

un cielo con nubarrones grises violáceos; espectadores mudos de aquella barbarie.

Recuerdo que Martín intentaba llevarme en brazos, pero no podía conmigo. Nos apoyábamos uno en el otro y al salir y sentir el aire en la cara, me invadió tal sensación de rabia que emulando a Vivien Leigh en una de las escenas más famosas de *Lo que el Viento se Llevó* y, aunque sin levantar la mano ni la voz, entre dientes y con toda la furia del mundo contenida en mi espíritu sentencié.

— ¡Cuando sea mayor, le mataré!

Aquel episodio no solo destrozó mi infancia, Magy. También mi adolescencia. Y tuvo consecuencias trágicas en la vida de mis amigos. Sobre todo en la de Martín, que no fue capaz de superar los remordimientos de una culpa autoimpuesta. De nada sirvieron mis esfuerzos por convencerle de que fue el destino el que, con mi ayuda, me la jugó. A pesar de todos mis esfuerzos —digo— Martín no superó aquel sufrimiento y se quitó la vida ahorcándose en nuestro árbol favorito: El pino Del Abuelo. Espectador y oyente mudo de nuestros juegos infantiles. De nuestros proyectos de futuro. Fue aquella una decisión que tomó precisamente el día antes de mi partida hacia la capital de España por lo que no tuve ni el consuelo de asistir a su entierro. Pero es que mi pesadumbre no hacía más que crecer porque, estando ya en Madrid y a unos meses del suceso, me enteré del ahogamiento en el río Henares del padre de Martín. ¿Accidente? Nunca quise averiguarlo. No quise que me hablaran de ello. Pero

tenía tal sensación de pena que ni a mi peor enemigo le deseo el calvario que sufrí durante mucho, mucho tiempo. No sé cuántas arrugas dejaron sus marcas en mi cara. Deseaba no ver amanecer, pero lo veía. Me molestaban las palabras y, sin embargo, me hablaban. Solo el deseo de morirme me acompañaba en mi día a día. No había empezado a vivir, Magy, y ya estaba cansada de hacerlo.

Habían transcurrido casi cuatro meses de mi violación y no solamente no había conseguido superar mis miedos, sino que se complicó más con la ausencia de mi periodo menstrual. Eso no pintaba nada bien. Yo se lo comenté a Lea, quien sugirió la conveniencia y también la urgencia de comunicárselo a mis padres.

— ¡No, a mi padre no! Si acaso a mi madre —le dije alterada.

Creo que voy a dulcificar, querida nieta, la escena que desencadenó dicha confesión. No daban crédito. Y yo en aquel momento tampoco. No comprendía sus maneras de reaccionar. Parece que estoy viendo la cara enrojecida de mi madre.

—Y ahora ¿cómo afrontaremos la vergüenza? ¿Quién querrá casarse contigo? ¡Porque estaba claro que el señorito no lo iba a hacer! —Afirmaba compungida.

Y a continuación aclaraban que *esa formalidad solo la hacían los mozos del pueblo cuando dejaban preñadas a alguna chica*. Estas y unas cuantas conjeturas más se estuvieron discutiendo durante todo el día; pero ni una palabra interesándose por el brutal

acto. Ni una palabra de consuelo a *mi sufrimiento,* a *mi frustración*.

Si a la soledad se la pudiera definir en una imagen, la mía era tan inmensa como un campo de hielo donde el horizonte no tenía fin. Aquella escena quedó grabada en mi memoria a fuego vivo, querida Magy. Te aseguro que todavía hoy no se ha desvanecido de mi memoria la cara de esa pobre mujer que era mi madre, desposeída de piedad, con ausencia total de humanidad, de compasión.

Mañana se lo contaremos a D. Damián. ¡Esto no se va a quedar así! Fue la única respuesta que, después de muchas horas deliberando, escuché de labios de mi padre. A esa terminante conclusión llegaron —pobres diablos— y sin tener la mínima consideración, por lo menos, de mirarme a la cara.

Yo tenía solo doce años, pero en el espejo desportillado que adornaba la pared del habitáculo que usábamos para nuestros excrementos, la primera arruga comenzó a dibujarse alrededor de mis ojos.

Tampoco te voy a contar con detalle la humillante escena que se produjo cuando mi padre expuso a D. Damián (en mi presencia y en la de mi madre) el injusto acto que su hijo había cometido y en la situación en la que nos encontrábamos —dijo señalándome e incluyéndome—. Sí, como lo oyes, esas fueron las palabras que usó mi padre para definir el ultraje: *acto injusto.* No criminal, ni aberrante, no. *Injusto* fue el adjetivo que utilizaron mis progenitores para describir

la vileza, la brutal violación que el señorito Blas había cometido conmigo.

D. Damián no se rio, no al menos a carcajadas, aunque yo temía que lo hiciera de un momento a otro a juzgar por su mirada jocosa y la sonrisa socarrona que en ese momento adornaba su repulsiva boca. Mientras, su mirada viraba de uno a otra deteniéndose segundos en cada uno de nuestros rostros; como si con la vista tratara de escrutar nuestras temerosas y contenidas emociones.

Me sentí tan humillada, Magy... Humillada por el tartamudeo de las palabras que salían, con miedo incontrolable, de la boca de mi padre; por el temblor en sus manos, que trataba de disimular frotándoselas desesperadamente en las piernas. Humillada también por mi madre, que con el aspecto de mujer vaciada, fue tratada sin respeto ni consideración, ignorando de manera cruel su dolor de madre. Por todo el trato recibido; por aceptar como respuesta un displicente: *está bien, ¿qué queréis que haga?* Humillada también por aquel silencio sepulcral que llegó tras la pregunta, como si el instante que estábamos viviendo se fracturara y corriera en varias direcciones para volver a escuchar la voz inexpresiva del conde diciendo: *Bueno… Dejadme que piense.*

Nos marchamos de La Casa Grande con el rabo entre las piernas y una sensación de flaqueza en la boca del estómago. Y mis padres le dejaron pensar... ¿Podían hacer otra cosa?

Dos días tardó en comunicarnos que tenía una estupenda noticia para nosotros. Nos hacía saber que se habían puesto en comunicación con su sobrina Aurora que vivía en Madrid y estaba casada con Bernabé, un neumólogo de renombrado prestigio. Ambos estaban de acuerdo en acogerme a mí y a mi futuro hijo. El matrimonio, al parecer, no podía tenerlos y les hacía ilusión un bebé en casa. Aceptaban de buen grado que yo aprendiera y desarrollara las tareas del hogar mientras lo compaginaba con la crianza del niño.

A todos satisfizo tan sabia decisión. Incluso a mí, querida niña, que por entonces me había convertido en una sombra. Acepté la *fantástica* solución que generosamente me proponían, sin ningún tipo de oposición, sin apenas abrir la boca. Aunque te aseguro que de nada hubiera valido abrirla. Todo estaba acordado y solucionado. Una opinión en contra por mi parte nunca se hubiera tenido en cuenta. El presente de mi vida en aquellos momentos estaba tan desdibujado y había cambiado tanto que me daba igual qué o quiénes quisieran dirigir mi futuro.

Deambulaba por los prados con ingravidez y enajenación. Hablaba poco y comía menos. No tardaría en marcharme a Madrid y necesitaba grabarme el paisaje en la piel; por lo que pasaba la jornada fuera y no aparecía por mi casa hasta media tarde, desatendiendo incluso mis obligaciones domésticas. Esta dejación desencadenaba la ira de mis padres y el estupor de mis amigos, a partes iguales.

Y en ese estado llegué a la Estación de Autobuses de Madrid, situada en la calle de Palos de la Frontera,

con el ánimo agravado por el suicidio de mi amigo a cuyo entierro —como te he contado— ni siquiera me dejaron asistir. Lo estoy escribiendo, Magy, y el recuerdo aún hoy hace que me tenga que sujetar las entrañas por el dolor.

El viaje fue mejor de lo que esperaba. Era la primera vez que salía del pueblo y eso era una novedad que, de alguna manera, compensaba mi apatía. El autobús emprendió la marcha con cuatro pasajeros, pero iba recogiendo viajeros por los pueblos por donde iba pasando hasta llegar a completar su aforo. Eso también contribuyó a distraerme, pues el bucear entre las caras de las personas que subían al coche, me gustaba y era un tiempo que ahorraba a mi torturada cabeza de pensar en mi mala situación. Y así, entre ese ejercicio y la contemplación del paisaje, llegué a mi destino.

Se me olvidaba decirte que Lea fue a despedirme al autobús, en la plaza del pueblo y entre llantos y mocos, que una y otra vez intentaba quitarse con el reverso de la mano, nos prometimos amistad eterna. En cuanto fuera posible le buscaría un trabajo en Madrid. Se lo repetía una y otra vez con la voz y el corazón roto.

Y así fue, Magy, Lea entró a trabajar un año más tarde en la misma casa donde lo hacía yo. Y, desde entonces, prácticamente nuestras vidas han ido en paralelo.

Cuando finalicé el viaje y me dispuse a bajar del autobús, el corazón se me salía por la boca de miedo. Y las tripas me sonaban de pura hambre. Tenía temor a que no hubiera ido nadie a esperarme. A que no me

reconocieran. Con el tiempo me reía de mí misma por haber pensado que eso hubiera podido ocurrir. Francamente, no era fácil que me confundieran. Con mi maleta de tela a cuadros difuminados de puro desgaste, mi mejor y único vestido de rayas azules y blancas y colgando del brazo izquierdo, un abrigo visiblemente raído del color de la desesperanza era imposible pasar desapercibida. Por no hablar de mi pelo crespo, cobrizo, recogido en una trenza… Creo querida niña que era la misma estampa del desamparo. Bajé de aquel autobús con la mirada puesta en la gente que esperaba en las dársenas la llegada de los pasajeros. Trataba de distinguir entre esas personas a mis benefactores; así calificados por D. Damián.

Entre las curiosas miradas que esperaban a los pasajeros, me llamó la atención la de un hombre de cierta edad. Para mí, que tenía solo doce, los treinta y cuatro años que tenía Bernabé era suficiente diferencia para considerarle *mayor*.

Fueron sus ojos, Magy, los que me hipnotizaron. Su mirada me tendió una luz a modo de pasarela por donde fui deslizándome. Observe cómo se acercaba sin que nuestras miradas se desviaran un milímetro y, hasta que no estuvo frente a mí, no fui capaz de distinguir a la mujer que le acompañaba.

Los dos me parecieron elegantísimos. Ella algo más baja que él, de complexión delgada, cubría su cabeza con un sombrero de fieltro marrón del que sobresalía una melena rubia no muy larga. Él también llevaba sombrero, pero en la mano. Vi cómo se descubría cor-

tesmente. Alto, pero no demasiado; delgado, pero no extremadamente. Me resultó familiar, alguien al que ya conocía. Procuré esforzar mi memoria intentando ubicarle. No lo conseguí. Ni en ese momento ni después. Te parecerá extraño, Magy, pero ¿enjuiciarías igual de raro si te digo que es posible que le hubiera conocido en sueños? En el pueblo era imposible que le hubiera visto. Ella era la sobrina de D. Damián y él no había pisado nunca el lugar; según me confesó más tarde.

De todas maneras, querida niña, ¿no dicen que la primera impresión es la que vale? Pues mi impresión no pudo ser más favorable. Creo, bonita, que en ese momento e inconscientemente no solo me quede prendada de su noble mirada, sino que, de alguna manera y deseándolo, a esa mirada confié también mi futuro.

Me recibieron con afecto. Bernabé cogió mi maleta con decisión y me guió hasta su coche sin dejar de sonreírme. Aurora no cesaba de alabar mi pelo. ¿Te has fijado en su color? Y, sin esperar respuesta, continuaba… Y ¿te has fijado en sus ojos? ¡Nunca vi unos ojos de ese color!

Tengo que confesarte que me hicieron sentir bien. Eran personas desconocidas, cierto, pero sorprendentemente cercanas. Entramos en el coche, yo en la parte de atrás con el mutismo sellando mis labios. Bernabé con un silencio sospechoso también, ante el cual, Aurora se sintió en la obligación de aclararme que estaba sorprendida de la mudez de su marido. No le tengas miedo —me dijo cariñosa—, es un hombre simpático y, aunque es verdad que no es muy parlanchín, hoy

está anormalmente callado. Es encantador, créeme. Y, al decir la última frase, miraba a su marido amorosa mientras se volvía para confirmármelo acompañando esa frase con un guiño.

A mí, de pronto, se me había quitado esa sensación de apatía que tenía cuando salí del pueblo. Notaba que me espabilaba y puse mi mente en alerta mientras asimilaba las emociones y escuchaba el parloteo incesante de Aurora al tiempo que miraba por la ventanilla sorprendida de ver tantísimos coches que, a derecha e izquierda, nos pasaban a mucha velocidad. Como todo lo que me estaba pasando a mí. En ese momento no era consciente, pero todo estaba sucediendo a mucha velocidad. Y, aunque mis tripas seguían con su particular sinfonía —recuerdo que me las apretaba por vergüenza de que las pudieran oír —me encontraba tranquila con ellos.

—Mira —me informaba Aurora—, esta avenida se llama La del Generalísimo. ¿Verdad que es bonita? Y, sin darme tiempo a contestar, se volvía a preguntarme si me gustaba.

Aurora no paraba de hablar. Parecía nerviosa. Estaba claro que los silencios prolongados de su marido le incomodaban. Llegamos a una casa preciosa, amueblada con lujo, pero con un lujo más confortable que el que había visto en la casa de D. Damián. La casa, por entonces, se encontraba algo alejada del centro. Años más tarde, La Colonia del Viso, que así era conocida la urbanización donde se encontraba el chalé, se convirtió en uno de los enclaves más caros de Madrid.

Me instalaron de momento en la tercera planta; en una habitación bonita y espaciosa con una ventana desde donde podía ver un jardín bien cuidado con muchas flores. Me parecía un sueño vivir allí. ¡Y con un váter de verdad, como el que había en la Casa Grande! En la habitación había dos camas, un armario empotrado en la pared, y una butaquita que compartiría con María, la otra chica de servicio.

—Será de momento, hasta que adaptemos el cuartito que hay al lado de la cocina como tu próximo dormitorio —me decía Aurora mientras continuaba dándome explicaciones ante mi atónita mirada y volviendo a reafirmarse en su decisión—. ¡No creo que dentro de unos meses estés en condiciones de subir tantas escaleras! —Añadió en una aclaración alegre y espontánea al tiempo que pasaba la mano rápida y tímidamente por mi tripa.

Yo asentía a todo totalmente fascinada y expectante. ¿A qué se refería cuando me hablaba de mi futuro estado? ¿Por qué no iba a poder subir escaleras en unos meses? Me parecía estar viviendo algo ajeno a mí. Yo no había visto la dificultad de subir escaleras a las mozas preñadas en mi pueblo, entre otras cosas porque en el pueblo no había casas altas. Pero las había visto ir al río cargadas como mulos a lavar la ropa y trabajar en el campo en todas la faenas posibles y tan duro como lo podía hacer mi padre. Y todo ese trabajo lo desempeñaban hasta el mismo día en el que parían a sus hijos. Así es que, cuando Aurora hablaba de la dificultad que tendría para subir unas escaleras, me parecía irrisorio que se estuviera refiriendo a mí.

En esa casa fui moderadamente feliz. Ellos me trataron con cariño y les dejó muy sorprendidos el nivel de conocimientos que tenía en matemáticas y, sobre todo, en literatura. No dejaban de alabarme por ello. Estaban muy interesados en conocer cómo los había adquirido, algo que satisfice entusiasmada poniéndoles al corriente de la existencia del amigo más querido de mi vida. Les oculté deliberadamente el suicidio de Martín y, cuando años más tarde me preguntaron la razón de ese ocultamiento, les dije la verdad: al vivir lejos pensé que sería fácil engañar a mi corazón. Vivir con la ilusión de que nada había ocurrido. Que mi amigo seguía disfrutando de la sombra y los sueños que nos proporcionaba el Árbol del Abuelo y que lo que realmente nos separaba, no tenía más misterio que la distancia de nuestras respectivas residencias. De esa manera, Magy, poniendo en marcha la magia de la imaginación, no solo pretendía engañarme, sino hacer más llevadera su ausencia.

Cuando, a las pocas semanas de vivir en la casa, Bernabé me sorprendió en su despacho leyendo *Canción de Otoño,* un poema de Rubén Darío, se quedó mirándome entre incrédulo y sorprendido.

— ¿Estabas leyendo o le quitabas el polvo? —Me preguntó sin ningún tipo de ironía.

Magy, yo no podía quitarle la mirada. A pesar de la vergüenza que sentí, lo único que se me ocurrió fue ponerme de color púrpura, pero la mirada no se la podía quitar, fija en sus ojos. Recuerdo que le contesté.

—Leía y le quitaba el polvo, señor.

Luego, él soltó unos papales que llevaba en las manos sobre la mesa y me dijo.

— ¿Pero tú entiendes los poemas que estás leyendo?

—Sí, señor —le contesté con cierta vanidad—, hace mucho que me enseñaron a leer poemas.

—Bien, bien… ¿Y te gusta Rubén Darío?

—No sé quién es. Pero mi amigo Martín sí le conocía y nos leía muchas veces sus poemas.

— ¡Ah! —Dijo.

¡Si hubieras visto ese gesto! Sus ojos se iluminaron con una mezcla de sorpresa y complacencia a partes iguales. E inmediatamente pronunció un cercano consentimiento.

—En ese caso, puedes hacer uso de los libros que te gusten y leerlos en tus horas libres —me contestó locuaz—. No obstante, me gustaría estar enterado de tus lecturas preferidas. Y, si quieres algún consejo, estaré encantado de ayudarte.

Y así fue, Magy. Me ayudó mucho y en todos los sentidos. Creo que el destino le puso en mi camino como compensación a mis sufrimientos.

Mientras, Aurora se ocupaba de que mi alimentación fuera la adecuada: *No solo para ti,* decía, *todo lo que tú comas afecta a tu bebé, ¿sabes?;* Y me acariciaba la tripa con emoción contenida, esperanzada. Al mismo tiempo Bernabé estaba encantado de alimentar mi espíritu. Emulando al profesor Higgins en la famosa obra de Bernard Shaw, *Pigmalión*, no paraba de ense-

ñarme y comentarme títulos por los que yo cada día demostraba más entusiasmo por conocer. Nos retroalimentábamos juntos. Tomé en cuenta su recomendación y empecé leyendo a Charles Dickens y su famosa obra, dicen que autobiográfica, *David Copperfield*.

Y, ante el asombro de mi benefactor, le fui demostrando, poco a poco, no solo mis conocimientos, sino que mis ansias de aprender no tenían límites. Más. Necesitaba más y más. Deseaba aprender, empaparme de todo. ¿Solo por el placer de aprender o por el anhelo de convertirme en otra persona?

A los ocho meses de embarazo, una tarde preciosa del mes de abril, me pidieron permiso para reunirse conmigo en mi dormitorio. La presencia de Aurora y Bernabé en mi habitación me sorprendió y también me inquietó. Calma, no pasa nada, me dijo Aurora interpretando en mi cara un gesto de sorpresa y de preocupación. Queremos preguntarte —me dijo después cariñosa— solamente cómo te encuentras entre nosotros, si estás contenta... y, si es así, queremos que sepas que hemos hablado entre los dos para proponerte un trato. ¡Un trato! Pero… ¿Qué podría ofrecerles yo?

Después de darle muchas vueltas, ambos habían llegado a la conclusión de que, a la vista de mi inteligencia y la capacidad que tenía para aprender —más o menos esas fueron sus palabras— estaban dispuestos a costearme, después de dar a luz, un buen colegio donde pudiera adquirir una buena formación académica que más adelante, si a mí me seguía interesando estudiar, pudiera servirme de base *incluso* para hacer una

carrera universitaria. Hay un proverbio árabe que dice que: *quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación.*

Eso les pasó a ellos, Magy. Cuando apenas terminaron de hablar, me quedé mirándolos e inmediatamente posé mis ojos en ese bulto enorme que se estaba desarrollando en mi vientre. Malinterpretaron esa mirada. La forma de mirar mi tripa estaba en aquel momento exenta de amor. Era una mirada de reproche hacia la deformidad que crecía y crecía en mi abdomen sin mi consentimiento y con mi total rechazo. Unas lágrimas amenazantes, largas y silenciosas empezaron a correr por mi cara y ellas también fueron mal interpretadas, a juzgar por la cantidad de justificaciones con las que inmediata y atropelladamente intentaron paliar —según dijeron— sus torpes palabras.

—Está bien —dijo Aurora rompiendo aquellos tensos momentos—, si no quieres separarte del niño lo entendemos, ¿verdad, Bernabé? Comentó con cierto nerviosismo dirigiendo su mirada hacia su marido. Pero piensa que lo hacemos por tu bien... —continuaba tratando de explicarse alarmada ante mis lágrimas y ante la desconcertante e impávida mirada de mi protector—. Según mi marido, tienes demasiada inteligencia como para dejarla sin cultivar. Piensa que tú estarás aquí en casa y, aunque nosotros nos hagamos cargo del niño, tú serás siempre su madre...

Y patatín y patatán y no sé cuántas más ocurrencias pudieron salir por su boca porque hubo un momento en que desconecté sin dejar de mirarla. Y desconecté tanto que ni siquiera la escuchaba.

Como te digo, Magy, no supieron interpretar mis lágrimas y mucho menos la mirada de incredulidad que dirigía a mi abultada tripa. Quería hablar, decirles a gritos que lo que me estaban proponiendo era maravilloso. Que mis lágrimas no estaban motivadas por ningún sentimiento de amor hacia aquella cosa que se movía en mi vientre estirándolo y contrayéndolo, mostrando bultos incontrolables y produciéndome no un sentimiento de amor, como ellos interpretaron, sino de total rechazo, de incomprensión hacia ese ser que había invadido, sin mi permiso, mi adolescente cuerpo.

¡Quería hablar! Pero nuevamente enmudecí. No sé lo que me pasa, ni lo que me ha pasado siempre, pero, ante situaciones en las que me gustaría o me hubiera gustado expresar disconformidad o rechazo, las fuerzas siempre me han abandonado. Un misterio que a día de hoy no he podido desentrañar. Me limité a mirar fijamente a la mesita de noche buscando ayuda en la fotografía enmarcada modestamente donde la figura de un niño mal vestido, con el pelo ensortijado, al descuido y una expresión desafiante en una cara de rara belleza, parecía querer prestarme el auxilio que estaba necesitando.

Tres semanas más tarde nació tu madre. No sé por qué todos esperaban la llegada de un niño. A mí me dio exactamente igual que naciera una niña. Sí que le hubiera agradecido un poco menos de sufrimiento a la hora de su llegada. Me hicieron una cesárea después del convencimiento por parte de la comadrona y ayu-

dante del doctor de que, aunque me tuvieran dos días más sufriendo y a grito pelado, mi pelvis algo estrecha y poco desarrollada, posiblemente por la edad, no ensancharía más de lo que lo había hecho hasta ese momento y, por supuesto, el cuello del útero seguiría sin ceder lo suficiente como para permitir la expulsión del feto.

Cuando me pusieron en los brazos a esa niña sonrosada (los que nacen por cesárea suelen ser más bonitos, ten en cuenta que se les libra del cruel aunque natural calvario de tener el cerebro presionado durante un tiempo largo), mi sentimiento fue muy extraño. Era una mezcla de perplejidad interrogante. ¿Esa criatura era mía? No me faltaba más que preguntar a Bernabé y a Aurora —que embelesados no podían quitar los ojos de la niña— si podía jugar con ella. Jamás pude jugar con una muñeca porque nunca tuve una y en ese momento ese fue mi sentimiento. Para mí lo que tenía entre los brazos era un juguete, solo que de carne y hueso.

Sentía una total ausencia de esas alteraciones que la gente dice experimentar cuando se tiene a un hijo, por primera vez, entre tus brazos. En mí no anidó nunca ese sentimiento maternal. Posiblemente fuera mi edad. Pero te puedo asegurar, Magy, que lo que yo sentí en aquel momento no tenía nada que ver con la emoción que me invadió cuando naciste tú. Ese fuerte sentimiento que provocaste en mí, mágica e inmediatamente, sí que lo relacioné con la maternidad. Era profundo y desgarrador. ¿Por qué en aquel momento

sí y cuando nació tu madre no? Seguramente te pareceré rara y quizás me consideres antinatural, pero es la verdad. Te estoy escribiendo con el corazón. Ya te he dicho que no lo hago para recibir tu aprobación, ni para ser juzgada de una manera mejor o peor. Escribo quizá —seguro— por la necesidad que tengo de tu compresión.

Mis padres, con los que ya no tenía trato, no estuvieron en el parto. Les comunicaron mi alumbramiento por carta y, a petición mía, les rogamos que lo hicieran extensible a mi amiga Lea. Pasados unos días, a Lea le escribiría yo una larga carta llena de lamentaciones, no por el trato de Aurora y Bernabé, al contrario, mis quejas, algo infantiles, eran por el sufrimiento físico que había padecido antes de que me rajaran la tripa. Protestaba por que no me hubieran practicado esa cesárea un poco antes evitándome tantos dolores. ¡Otra vez el dolor como protagonista en toda mi existencia! Y fíjate, Magy, hay dos cosas curiosas en mi vida; la primera, que desde el principio a tu madre siempre la relacioné con el sufrimiento. Y, la segunda, que nunca la llame *hija*. No la sentía mía. Nunca lo fue. Por eso jamás le reproché la ausencia de ese cariño filial, que normalmente se siente por una madre.

¡Aurora y Bernabé fueron sus verdaderos padres! En eso tus hermanos siempre tuvieron razón. Y te puedo asegurar que tanto Aurora como Bernabé fueron maravillosos con ella. No importa que en ciertos momentos me cupiese la duda de que parte de sus amables atenciones se debían a sus nobles instintos de

ser buenas personas o estaban motivadas por el interés de convertirse en padres a través de mí. No importaba; te confieso que ese juicio no me robó demasiado tiempo en mi vida. Me daban igual los motivos, lo cierto era que a finales de mayo los convertí en padres y el quince de septiembre yo ingresé interna en el colegio Del Sagrado Espíritu.

Voy a omitir, no quiero parecerte vanidosa o poco humilde, los pormenores del poco trabajo que me costó coger el nivel de la clase a pesar de ingresar con trece años recién cumplidos. Mis progresos fueron espectaculares —según le informó la directora a Bernabé— y, aunque el camino no fue de rosas, yo supe convertir las sombras en luces gracias a mi imaginativa cabeza y a mi apetito insaciable por aprender. Pasé cuatro años interna salvando los periodos navideños y vacacionales que los pasaba con Aurora y Bernabé. Y con tu madre, naturalmente; una niña bonita que crecía sana y fuerte y a la que renuncié definitivamente cuando en la primera salida del colegio de ese año, que fue en Navidades, mis progenitores me propusieron bautizarla. No hubo ninguna oposición por mi parte, ni al bautizo ni a que a tu madre se le otorgaran los apellidos de sus benefactores. El nombre de Luzinda también fue una sugerencia de Aurora. A lo que tampoco hubo oposición. Ella decía que la llegada al mundo de tu madre y mi disposición a cedérsela había sido como una luz milagrosa que emanaba del cielo para alumbrar sus vidas. Si ellos consideraban que había sido un milagro, ¿quién era yo para llevarles la contraria?

Una tarde de esas Navidades, me dijeron que habían hablado con mis padres.

—Ya sabes que, al ser tú menor, ellos tienen que dar su consentimiento en todo lo que te afecte; y, por supuesto, tenemos su aprobación. Ahora te compete a ti —dijeron muy serios— decidir si estás o no de acuerdo. Ten en cuenta que esta cesión te desliga legalmente de la niña. Y para siempre —aseveró Bernabé recalcando cada palabra.

Necesitaban que yo lo entendiera bien, que no me cupiese ni la más mínima duda. Percibí la satisfacción con la que recibieron mi respuesta.

—No tengo dudas.

Claro que estaba de acuerdo —les dije—. Lo que yo quería era terminar cuanto antes aquella conversación. ¿Te parezco deshumanizada, Magy? ¡Quizá! Pero no olvides que una vez más estoy vomitando sentimientos, aunque mentiría si te dijera que no espero indulgencias.

Se me olvidaba decirte que Lea entró por entonces a trabajar en la casa como sirvienta. Aquello debió de ser un año después de mi llegada. Tu madre tenía dos meses de vida. Y en la mía se abría, por primera vez, una brecha de esperanza. Me costó trabajo convencer a Aurora y a Bernabé de las bondades culinarias de mi amiga a pesar de su corta edad.

—Eso es lo malo, Doris —decía Aurora—, su edad. En la ciudad no es lo mismo que en los pueblos.

— ¡Pero si tiene quince años! ¡Es mayor que yo!

Les mentía y, a continuación, les informaba de lo capacitada que estaba para las tareas del hogar. Y vaya si les gustó. Lea desarrollaba con brillantez cualquier tarea que se le encomendara. Suplía a María, que había dejado la casa de los Sres. de Isla para atender urgentemente una enfermedad repentina de su madre, y lo hacía tan eficazmente que nunca echaron de menos el trabajo de la antigua empleada.

Nos veíamos poco porque coincidió con mi ingreso en el colegio; y en el estuve, interna, durante cuatro años. Pero te puedes imaginar lo que disfrutábamos las dos cuando nos encontrábamos en vacaciones. Me daba vida contarle mis experiencias. Hacerle partícipe de mis éxitos en los estudios y de mis ilusiones como adolescente, con la completa seguridad de no despertar en ella ninguna envidia. Lea tiene los sentimientos más nobles que se puedan dar en el ser humano. Con ella me explayaba confesándole cómo las mariposas aleteaban en mi estómago cada vez que me encontraba con Bernabé. El grado de nerviosa intimidación que me producía su presencia.

— ¡Tú estás enamorada de él! —Me decía alarmada—. ¡Pero eso te lo tienes que quitar de la cabeza! —determinaba al punto y a continuación matizaba profetizando—. ¡Lo único que te puede acarrear ese sentimiento es desgracia!

— ¿Tú crees que lo que siento es amor? —Le contestaba yo con la voz falsamente indecisa e interrogante y disfrutando de que mi amiga corroborara el convencimiento absoluto de lo que sentía mi corazón.

—Sí, Doris, estás enamorada —decía ella contundentemente y añadía apenada—. Pero ese amor es imposible. ¿No lo ves claro? ¡Está casado! ¡Nunca se fijará en ti! Eres como una hija para él. ¿Sabes los años que te lleva?

¡Ay, Lea! Amiga mía. La ciega eres tú. ¿No ves, o es que no quieres ver, la forma que tiene Bernabé de mirarme? Esto lo pensaba yo, pero no se lo decía. Solo yo sabía a ciencia cierta cuán profundos eran los sentimientos de ese hombre y no porque él me los hubiera confesado con palabras. No, no hacía falta. Yo estaba dando de baja el lenguaje de la niñez. Estaba sustituyéndolo por el lenguaje de las emociones. El adherido a las miradas. Al de la descarga paralizante que sentíamos cuando nuestras manos se rozaban, casualmente. Yo no quería pensar. No me importaba que fuera Lea quien me juzgara. Incluso que lo hiciera el mundo entero. En aquellos momentos lo que me importaba era poder escribir mis sueños viviéndolos intensamente.

Terminada mi etapa escolar con bastante éxito, por cierto, me propusieron, bueno, más bien fue una proposición de Bernabé, hacer Filosofía en la Sorbona. *Como veo que te defiendes bastante bien en francés* —me dijo—, *podrías perfeccionarlo en su país de origen.* En aquel momento pensé con amargura que lo que quería era alejarme de su lado. Lo mismo que Aurora, que consideró muy acertada la sugerencia de su marido animándome con sospechoso entusiasmo a seguir instruyéndome y a aprovechar la oportunidad que se me brindaba pese al gasto económico. Esto úl-

timo no lo dijeron exactamente con palabras. Fue una interpretación mía a través de sus gestos.

Hasta Lea me animaba.

— ¡La suerte que tienes! ¡Ojalá me lo hubieran propuesto a mí! —Y a continuación añadía—. Claro que a mí cómo me lo van a proponer, ¡con la inteligencia que tengo!

Te preguntarás, Magy, sobre la poca mención que hago de tu madre, mi hija. Precisamente el día que acepté los sabios consejos de las personas que más me querían y tomé la decisión de continuar mis estudios en París, ese día, jugando con Luz, ese mismo día, me sentí verdaderamente satisfecha de haber contribuido a la felicidad, no solo de la niña, sino de Aurora y Bernabé. Al hacer negación voluntaria de mis derechos como madre a favor de mis benefactores, había facilitado la materialización de un sueño largamente perseguido, sobre todo por Aurora. Llevaba años intentando ser madre, era lo que más deseaba en el mundo y, cuando ya había perdido toda esperanza de realizar su sueño, cuando la frustración estaba minando su ánimo, aparezco yo. No sabes la cantidad de veces que esgrimí mentalmente mi generoso acto para adormecer mi *mala conciencia*.

Antes de seguir informándote cómo se desarrolló mi vida en el extranjero, me gustaría contarte cómo veía yo la relación del matrimonio Isla. De que se querían no había ninguna duda. Solo que de una manera diferente a como nos quisimos Bernabé y yo. Por lo

menos, a como nos amamos en los primeros tiempos. Según me contó Bernabé, él jamás sintió pasión por su esposa. Él lo podía decir porque había tenido la oportunidad de experimentar ese sentimiento conmigo —me lo contaba proyectando la mirada de la primera vez— por lo tanto sabía de lo que estaba hablando y, me abrazaba con fuerza cuando me decía al oído: *tengo la suerte de poder comparar.*

Se habían conocido en Madrid, en la facultad de Medicina. Aurora dejó la carrera en el segundo año por culpa de una infección pulmonar, de consecuencias muy parecidas a la tuberculosis, que la tuvo en reposo durante mucho tiempo. Este hecho sirvió —como pretexto— para hacerle desertar de unos estudios poco ilusionantes. Pero, al mismo tiempo, su enfermedad fue lo que le unió a un joven, compañero de carrera, que desde el primer momento no dejó de interesarse por su salud, y fue visitándola asiduamente como entre ellos se instaló un sentimiento de cariño y complicidad sólido, por lo que, tras un periodo corto de relaciones, decidieron materializarlo en boda. Te lo he resumido mucho, pero prácticamente así me lo contó Bernabé.

Fue un matrimonio tranquilo, siempre esperando la llegada de los hijos, quizá para que los llantos infantiles rompieran la envolvente monotonía en la que se habían instalado sus vidas. Por entonces Bernabé se volcó en un trabajo que le apasionaba. Terminada la carrera, se había doctorado como especialista en Neumología y dedicaba horas y horas a la investigación.

Mira, Magy, en eso sí que fue importante Aurora pues, gracias a que ella padeció esa enfermedad, él pudo darse cuenta de que *esa* era la especialidad a la que quería dedicar todos sus esfuerzos. Bueno, en eso y supongo yo que en otras cosas también. Lo que te quiero decir —que a su vez me lo contaba Bernabé— es que a sus vidas les faltaba atracción, pasión. Esa fuerza capaz de mover el mundo. Y la ausencia de esos sentimientos en su matrimonio, fue la que marco la diferencia en nuestra relación. Nosotros no solo sentíamos amor, lo practicábamos generosamente, en los momentos que estábamos juntos.

No te voy a aburrir con situaciones intrascendentes de menor importancia. Por lo tanto, sigo contándote que, dos días antes de mi marcha a París, Aurora quiso tener una conversación privada conmigo para —según manifestó— darme otra vez mil gracias por mi generosidad. Aquellas palabras de cariño fueron acompañadas con un efusivo beso que me hizo sentir incómoda. Tuve remordimientos. Era cierto que yo había hecho posible la materialización de un sueño largamente perseguido, pero también era cierto que para mí ser generosa en esa adopción no había supuesto, ni mucho menos, ningún sacrificio. Todo lo contrario, ya te lo he dicho, para mi conciencia ese *trueque* era una especie de bálsamo, un pago a compensar distintos afectos. Era como decir... yo quiero a tu marido y a cambio te cedo a mi hija renunciando a todos los derechos. Ese sentimiento, moralmente, es lo que le tenía que haber confesado ese mismo día. Decirle que las gracias se las tenía que dar yo a ella. Pero no fui honesta y me callé.

Lea me convenció de que lo que tenía que hacer era disfrutar de lo que la vida me ofrecía. Y además, insistía, en que no menospreciara mi generosidad al renunciar a mis derechos maternos.

—A ella —se refería a Aurora— con tu actitud le has proporcionado la felicidad que tanto ansiaba. ¡Qué vas a meterte tú en explicaciones que nadie entendería! ¡Vete al extranjero y aprende, que es lo tuyo! —concluyó desarticulando casi los brazos y con mal genio—. ¡Y, por favor, déjate de pamplinas!

Tengo que contarte que en los casi cinco años que habían transcurrido desde mi alumbramiento me había relacionado bastante poco con la niña. ¿Intencionadamente? No. Instintivamente. Pasaba espacios relativamente cortos con ella. Se reducían mayoritariamente a los periodos de Navidad, ya que los estivales ella se marchaba a Santander con Aurora y yo prefería pasarlos en Madrid en compañía de Lea. Me sentía feliz prolongando nuestras veladas y haciéndole partícipe de mis sentimientos. Lea se quedaba siempre, sin poner ninguna objeción, en el chalé de la Colonia del Viso. No disfrutaba nunca de vacaciones y apenas tenía contacto con el mundo exterior. Sin amigos, podría creerse que había hecho un juramento de castidad laico. Socarronamente ella solía comentar conmigo, su única amiga, que era la naturaleza la que la había excluido con su selección genética y la que la había condenado al ostracismo. Para nada yo estaba de acuerdo. Acuérdate de lo que a ti te llamaban la atención esos hoyuelos en su cara que tanto le favo-

recían. Pero no solo eran físicos sus encantos, que los tenía. Es que en su forma de ser quedaba reflejado su ingenio. En su manera de mirar quedaba patente su sagacidad. Todos lo veíamos menos ella. Su estilo de vida lo había diseñado ella y lo había decidido así. El contacto con su familia era prácticamente inexistente. Lo mismo que me pasaba a mí. Además, le hacía sentirse importante, el hecho de quedarse en verano al cuidado de la casa. *De esa manera* —decía— *disuadía a los amigos de lo ajeno a que lo visitaran.* Algo que el matrimonio Isla sabía recompensar con generosidad.

Mientras Aurora se marchaba tres meses con Luz a Santander, Bernabé aprovechaba parte de las vacaciones para atravesar el charco y cambiar impresiones científicas con sus colegas americanos o europeos. Y también, por qué no decirlo, haciendo sus escalas en Madrid con la única intención de verme. El corazón se me aceleraba de tal manera cuando le veía que pensaba que se me iba a salir por la boca... Sobre todo en los instantes en los que sentía su mano en mi brazo, hablándome al oído y rozándome la oreja con sus labios. Me hubiera gustado detener para siempre el instante.

Tú me dirás, ¿pero cómo se puede enamorar una niña de casi trece años, los que tenía cuando le conocí, de un hombre veintidós años mayor que ella? Y yo te contesto: cariño, que no lo sé. Que por eso es magia y misterio a la vez. El mismo que hace corriente el nacer y convierte a la muerte en otro misterio más hondo aún que el nacimiento. El que te hace inmune a los comentarios. ¡Esa misma magia que te hace también

levitar a ti! Y todo sin materializarlo carnalmente, solo con contactos tímidos y puntuales. Un vaso que permitía el contacto de nuestros dedos. Su pierna que rozaba la mía como sin querer…

Por eso te digo que pasaba poco tiempo con tu madre. Pero sí me daba cuenta de sus cambios físicos, de sus progresos cognitivos, de su felicidad. Y eso me hacía sentir bien. El verla tan feliz reafirmaba como acertada la decisión tomada en su día, reconociendo, una vez más y honradamente, el nulo sentimiento de culpa que dicha decisión había ocasionado en mi conciencia…

…Yo me obstinaba en repetírmelo cada vez que me venía a la mente. Así es que cargada de expectativas, me preparé para el viaje.

Cinco años y seis días después de que el general Von Choltitz usara la antigua estación de tren de Montparnasse como escenario para su rendición incondicional ante las tropas del general Leclerc, acto encabezado y personalizado en la figura del coronel Rol-Tanguy, yo hice mi entrada en París acompañada de Bernabé. A estos datos bélicos con los que te estoy ilustrando les dediqué mucho tiempo de documentación. No quiero darte la impresión de que tu abuela también dominaba el periodismo y que, de pronto, se convirtió en experta corresponsal de guerra. Ni mucho menos. Era una pardilla en historia; sobre todo en la contemporánea, solo que París era, es y será siempre mucho París y yo una esponja dispuesta a absorber las noticias que me rodeaban y a esforzarme por aprender.

A partir de ese momento, Magy, mi vida se vio envuelta en torbellinos. Conviví con realidades maravillosas y con mentiras que mi imaginación trataba de convertir en inevitables. En una palabra: adormecí a mi conciencia. ¿Cómo? Pues, tratando de exculparla dando relevancia a mi generoso acto con Aurora. Me aferraba a las palabras de Lea, como si fuera un naufrago que necesitara esas opiniones para sobrevivir. Todo con tal de no ver nada miserable en mi relación con Bernabé.

El primer momento mágico de aquel viaje fue tener conciencia de que me encontraba en la ciudad más especial del mundo. Y eso que en aquel momento no era ni tan alegre ni tan luminosa como en la que años más tarde se convirtió. Acababa de terminar una guerra terrible y sus huellas se hacían patentes no solo en sus derruidos edificios, que cientos de obreros trataban de reconstruir a toda velocidad. También se veía en las personas —parisinos y foráneos— que deambulaban por sus calles con las miradas altivas, revestidas de esa dignidad que suele aportar un abrigo de factura cara, testigo de un próspero y cercano pasado pero que en ese momento se encontraba algo raído y envolvía faldas descoloridas y jerseys deshilachados que no aportaban más que la constatación de las penurias por las que estaban pasando sus dueños.

Magy, tengo miedo de cansarte con reseñas de poco interés. Ya sabes que los viejos nos repetimos mucho. Si fuera el caso, te pido disculpas y espero que tú sepas exculparme. Lo bueno que hay a mi favor es que no

me voy a enterar. No creo que puedas escribirme para reprochármelo pues yo tampoco conozco la dirección de mi última morada… Disculpa la ironía. Me imagino en estos momentos tu cara y te pido el esfuerzo de que sientas cómo me río contigo. Y volviendo a la historia, te diré que en aquel apartamento que Bernabé había alquilado para mí se desarrollaría la etapa más feliz de mi vida. Céntrico y bien comunicado, aunque de dimensiones reducidas, con una salita, un dormitorio con armario, una cocina y un baño con bañera, podía vivir en él sin ocasionarme ninguna sensación de agobio. Era realmente cómodo. Prácticamente lo decoré con reproducciones litográficas de los pintores impresionistas franceses —mis preferidos— que compraba en los tenderetes del barrio de Montmartre, donde frecuentemente me solía perder. Callejear por los alrededores del popular barrio me fascinaba. Me gustaba sentarme en una pequeña cafetería, La Maison Rose, y fantasear sobre la personalidad de los transeúntes. Lo hacía al azar de lo que me comunicaran en esos momentos sus expresiones. A unos los encasillaba en el modelo *comprometido* con la política por su forma iracunda de mirar a las fuerzas del orden. A otros como los *atormentados*, adjetivo que solía poner a las personas que, con cierto nerviosismo, no hacían más que idas y venidas al teléfono del establecimiento más próximo. Aquellos que llevaban los cuellos de la gabardina ligeramente levantados, con los ojos ocultos detrás de unas gafas oscuras y el sombrero calado hasta las cejas, estaba claro que pertenecían al mundo del espionaje. Claro, pensaba yo, riéndome por dentro.

¡Con esa pinta, a quién se suponía que querían espiar pasando desapercibidos!

¿Y yo, a qué prototipo pertenecía? —Me preguntaba—. Mujer joven, amancebada con un hombre casado y no solo económicamente, sino emocionalmente dependiente de él. Sí, ¿con qué prototipo de mujer encajaba yo? Podía disfrazar la realidad de los días que yendo de compras examinaba las vitrinas de alguna tienda y compraba un regalo para mí aunque me encargara de hacer creer a esa dependienta, que me miraba con simpatía, que iba dirigido a un destinatario anónimo. Las apariencias querida, siempre las apariencias.

La realidad era que no solo mis sentimientos eran suyos, Magy. Mi dependencia económica era suya también. Por eso me gustaba tanto perderme sola por París, porque me sentía dueña de mis pensamientos, de mis juicios. Hasta de mis traiciones. En ese aspecto, Bernabé demostró no conocerme en absoluto y lo evidenció al querer darme una protección que para nada necesitaba. Iba a emprender mi primer viaje al extranjero y Bernabé no permitió que fuera sola. No solo porque pensara en los dos días que, como mínimo, tardaría en llegar en transporte público, sino porque seguramente me intimidaría mi primer contacto con esa capital tan diferente a Madrid.

—No creas que es lo mismo Madrid que París —me dijo doctamente empezando a enumerarme un sinfín de pegas por las que necesitaba justificar su compañía.

Como fuese y después de despedirme nuevamente de Lea y por supuesto con el consentimiento de Aurora, emprendimos la marcha a la capital de la luz. Magy, no fue solo ilusión lo que me proporcionó París, fue también el trasmisor para la realización de mis sueños. La puesta a punto de mi imaginación. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y te hablaba de esa cualidad como refugio de mezquindades? Pues París, para mí y en aquel momento, era como la gran oportunidad que me daba la vida. Se me aparecía como vehículo para el olvido.

En mi apartamento de la Rue de Bourdelle, compartí con Bernabé muchas horas de amor. Allí experimenté *el amor* con mayúsculas. Porque, cariño, yo sentí amor, estoy segura de ello, desde el primer día que nuestras miradas se cruzaron. Ese sentimiento fue aumentando en nuestra convivencia diaria, pero hasta que no lo experimenté en todas sus formas, con el éxtasis que te produce hacerlo con pasión, desenfrenadamente y con todos los adjetivos que se quieran poner, no se puede decir que se llegue a esa plenitud, al menos como yo lo he entendido siempre.

Me vas a perdonar, Magy, si omito detalles que pertenecen a mi vida privada y que por pudor quiero evitar.

No obstante, te diré que fue allí donde verdaderamente nos conocimos. Nos amamos hasta el dolor y, sin embargo, y a pesar de tanta felicidad, nuevamente las arrugas marcaron mi cara y mi alma. Esta vez eran los remordimientos los que no me permitían disfru-

tar. Y no te lo cuento como demostración de que aún conservaba algún sentimiento honorable, no, ni muchísimo menos. No es esa mi intención. Pero sí te digo que ni el asesinato con alevosía que cometería unos años más tarde me quitaría tantas horas de sueño y me causaría tan mala conciencia.

¿Cómo podía estar traicionando de semejante manera a Aurora? ¡Precisamente a quien tanto me había ayudado! Cuando trataba de buscar la complicidad de Bernabé, él callaba.

—No tengo respuesta —me decía—. Lo que nos está pasando es más fuerte que nosotros —sentenciaba.

Y yo le compraba sin ningún tipo de regateo esa supuesta verdad. Luego volvía una vez más a explicarme la diferencia que existía entre el querer a una persona y el amor irracional que sentía por mí.

—No soy dueño ni de mis pensamientos —concluía emocionado—. Vivo por y para ti.

Pasaron un par de años con la rapidez que pasan los momentos felices, las alegrías compartidas.

En la Universidad tuve la oportunidad de conocer a gente de mi edad. Tímida y reservada como siempre, pero sin ningún problema a la hora de sintonizar ni con compañeros ni con los contenidos que se departían en la prestigiosa Sorbona. Me encantaban mis clases de Literatura. Conocí a los grandes escritores franceses: Gustave Flaubert y su *Madame Bovary*. Con *Las Flores del Mal* descubrí a Baudelaire. Y supe de Stendhal cuando visité por primera vez el museo de El

Louvre. En ese momento experimenté en mí ser el síndrome que lleva su nombre. ¡Era tanta la belleza que me rodeaba! Y, por supuesto, a Zola y a un montón de escritores más que no menciono para no cansarte. Pero mis descubrimientos no eran solo literarios. También entre en contacto con el sexo sin amor. ¡Sí, no pongas esa cara! Los hijos, y mucho más los nietos, os creéis que los padres y abuelos hemos nacido sin sexo. ¡Vamos, como si en vez de ser seres carnales, fuéramos ángeles!

En mi apartamento celebrábamos reuniones aparentemente literarias que casi siempre derivaban en charlas interminables sobre política y experimentos orgiásticos. Acababan de terminar dos sangrientas guerras. La Segunda Guerra Mundial y la nuestra, la civil española.

¡Ay, Magy! ¡Cómo se puede vivir con tanta ignorancia! Mil veces sentí vergüenza de mí misma. Mis tres compañeros, dos chicos y una chica —no te descubro sus nombres porque fueron irrelevantes en mi vida—, cuando hablaban de nuestra guerra, lo hacían con tal profusión de conocimientos que me apabullaban.

—Bueno, qué te vamos a contar a ti, ¿no, Doris? —Me interpelaban. Mientras, yo callaba; mis desconocimientos de la contienda eran enormes. Y mis silencios se malinterpretaban. No se la creyeron, mi ignorancia, me refiero. Creo que llegaron a pensar que lo que yo aparentaba no saber en realidad era una impostura, una especie de pose que adoptaba ante ellos. Como de alguna manera, sin que yo pudiera evitar-

lo, me asociaban al bando ganador, juzgando equivocadamente solo los signos externos de desahogo económico, creían que trataba de ocultar esa realidad porque me avergonzaba de ello, y porque eso evitaba opinar sobre la cruenta e injusta guerra que nuestro país había padecido. No se hubieran creído nunca la realidad en la que se desenvolvió mi vida. No se podían imaginar que el miedo reconcomido con el que mis padres vivían esa posguerra, en la que yo crecí, era la fuente de la cual bebía mi ignorancia. Más tarde, Bernabé se encargaría de aclararme y contarme cómo fueron los hechos reales, coincidentes, por cierto, no solo con los de mis compañeros de universidad, sino con los que intentó transmitirnos el padre de Martín, pero que a mi compresión llegaron tardíamente y en un ambiente poco propicio.

Ellos, mis compañeros de universidad, daban por hecho algo falso. Pero así es la vida, Magy, tendemos a juzgar por los signos externos. Ellos habían decidido que mi silencio no guardaba relación alguna con la falta de conocimiento. Que no correspondía a una cabeza tan bien amueblada como la mía, sino a una *pose* hábilmente estudiada. Nada más lejos de la realidad, pero en aquel momento no encontré la manera de sacarlos de su error. Por eso, por experimentar esa libertad, también sexual, que tan torpemente nos hurtaban a los españoles, yo me dejé envolver, totalmente consciente, en esa corriente. Bueno, por eso y por interpretar equivocadamente alguna ausencia de Bernabé, más larga de lo deseado.

No obstante, fue una época magnífica en todos los sentidos y mis avances en muchos campos fueron notables. Algunos de *ellos* ocultados no solo a Aurora, sino a Bernabé, como podrás comprender. Aunque algo debió de sospechar él porque en una de sus visitas me insistió mucho en la conveniencia de *ampliar mi campo de conocimiento*. Como te puedes figurar él se refería a los de la ciencia, naturalmente.

Se presentó por sorpresa. Una tarde luminosa del mes de mayo me encontraba leyendo un libro, sentada en un banco del coqueto jardín Le Paláis Royal, cuando Bernabé, por detrás, me tapo los ojos. Me sobresalté y pasaron un par de minutos antes de que, desilusionado, me quitara las manos de la cara al comprobar su infructuoso intento por ser reconocido. ¿Pero si no has hablado? Le reprochaba yo a modo de disculpa.

¡Si le hubieras visto! Parecía un chiquillo. Llevaba uno de sus trajes grises con un jersey, también, gris por debajo y una corbata oscura con el nudo medio desecho. El cabello revuelto y las mejillas sonrosadas le aportaban un aire de traviesa lozanía. Me pareció más joven que la última vez que le vi y así se lo hice saber; algo que él celebró con alborozo, abrazándome apasionadamente; totalmente desinhibido. ¡Hija, para eso estábamos en París!

Salimos del jardín y nos sentamos a tomar café en un kiosco precioso, todo acristalado como un invernadero, instalado en la entrada del mismo. Una vez acomodados, noté cierto nerviosismo en Bernabé que no paraba de enredar con su bolígrafo. Estaba inten-

tando decirme algo, pero quedaba claro que no sabía cómo empezar. Parece que fue la camarera quien le transmitió la inspiración para abordar el tema del que me quería hablar y el principal motivo que le había llevado a París de forma tan repentina.

—Mira —dijo al fin—, está claro que tienes capacidad para aprender lo que te propongas. Y una facilidad asombrosa para los idiomas.

Yo me sentía halagada, pero al mismo tiempo sentí un tufillo de desconfianza hacia ese halago repentino. Me quedé algo sorprendida cuando me propuso un trato.

— ¿Y es?

Me contestó de manera precipitada.

—Piensa lo bueno que sería para ti aprender inglés y, por ejemplo, estudiar Enfermería en Londres —yo le escuchaba con la boca abierta mientras me mordía las ganas de besarle—. Pasados unos años, podrías trabajar conmigo en el hospital. Estaríamos siempre juntos.

Estaba claro que lo que me estaba proponiendo no era algo que se le hubiera ocurrido de repente, al contrario, era muy meditado. Estas palabras fueron acompañadas de un abrazo intenso y prolongado. Lo que también me hizo pensar algún tiempo después, cuando recordaba esta escena, que su propuesta no era tan altruista como en ese momento me hizo creer. Estoy segura de que de alguna manera trataba de alejarme de París; del ambiente cosmopolita y demasiado libe-

ral en el que me movía en ese momento, los celos y el temor a perderme, si llegaba a conocer a otro hombre, fueron la causa de un proyecto que a mí, a priori, me pareció descabellado. Más tarde se demostraría cuán equivocada fue mi primera impresión.

Y así fue como emprendí otra gran aventura. Puede que, leyéndolo aquí, mi hazaña inglesa te parezca sencilla y hasta fácil. Pero, créeme, ni una cosa ni la otra. Hubo momentos difíciles. Es cierto que Bernabé hacía que lo complicado se volviera cómodo. Lo hizo sencillo porque tenía el dinero suficiente para costearme un año entero aprendiendo inglés en Londres antes de empezar mis estudios. Con el idioma afianzado, me presente al examen de ingreso —que aprobé con dificultad— en la escuela de enfermería de Florence Nightingale. La primera y mejor institución de enfermeras del mundo. Tres años de internamiento en ese estupendo centro me dotaron de unos conocimientos muy vastos en el campo de la ciencia.

Sé, querida niña, puede que todo lo que te estoy contando te parecerá increíble, pero es rigurosamente cierto. Y, una vez más, te pido perdón por no haberte permitido entrar en mi vida hasta ahora. Fueron los miedos, unas veces explicables y otras inexplicables, los que frenaron mis ganas de contarte. En mi caso el temor a que, con tus indagaciones, descubrieras esos actos que yo, de alguna manera, quería ocultarte hasta más tarde.

La literatura ya sabes que es y fue siempre mi pasión. Gracias a los libros, yo pude vivir otras vidas. Esa

experiencia me sirvió para dejar de poner el foco en la mía propia aunque fuera por espacios de tiempo cortos; ámbito en los que no creerme el ombligo del mundo fue bueno para anestesiar mi tristeza. Pero la ciencia, ¡ay, Magy! La ciencia es apasionante. Mis conocimientos clínicos y el poder ser útil a los demás... Saber que con el contacto de tus manos, incluso con tu voz, alivias el dolor, que mitigas penas, eso no tiene precio. Y a ello contribuyó —lo reconozco— el empujón de estima que me regaló Bernabé con sus razonamientos.

Esos cuatro años que pasé en Londres fueron duros. Entre otras razones porque las veces que Bernabé y yo pudimos estar juntos fueron escasísimas. Era muy complicado vernos. Yo vivía en una residencia que pertenecía al hospital; con horarios de salidas y entradas muy estrictos, por lo que vernos era toda una odisea. Y también contribuía a nuestra escasa relación el hecho de que él cada vez tenía menos tiempo para visitarme. Su trabajo en Madrid cada día le absorbía más tiempo, impidiendo nuestros encuentros. Y ¿sabes una cosa curiosa, Magy? Dicen que si al amor lo saturas, si no le das espacio, te llegas a hastiar de él. Pero yo opino que si, por el contrario, no lo practicas con la frecuencia debida, llegas a acostumbrarte a su ausencia. Y eso fue lo que me pasó a mí. Seguía queriendo a Bernabé con toda mi alma, pero la pasión fue relajándose.

Te voy a contar una anécdota muy graciosa. Recuerdo un viaje que hicimos de fin de semana al bo-

nito pueblo de East Wellow. Fuimos a visitar la tumba de la fundadora de la escuela de Enfermería donde yo estaba a punto de terminar mis estudios. En la iglesia del pueblo está enterrada Florence Nightingale y, una vez que visitamos su tumba, nos fuimos de *camping* a uno de esos parques sin dueño que existen en Inglaterra. La tarde sin sol tenía una luz gastada de invierno y nosotros teníamos necesidad de tocarnos, de sentirnos, de amarnos. Lo hicimos entre el calor de la pasión y las hojas secas de los árboles traídas por el viento.

De pronto le vimos. Allí estaba él, de pie, un observador, un intruso. Con un anorak azul oscuro y la mirada en apariencia desenfocada, atenta a algo que no supimos concretar, como si no fuéramos nosotros el centro de su atención sino nuestro comportamiento lo que le tuviera ensimismado. Por la dirección de sus ojos no podía saberse a ciencia cierta qué o quién despertaba su interés. Nos levantamos de un salto como si tuviéramos un resorte en las posaderas e intentamos colocarnos la ropa con ademanes pausados, procurando ocultar nuestro nerviosismo. El mismo nerviosismo que nos impidió darnos cuenta de que nos habíamos solazado entre la mierda de, sabe Dios qué animal. Y que, un trozo de ese excremento lo llevábamos pegado en nuestros elegantes abrigos. Cuando reparamos en ello, ya a las puertas de mi escuela, nos reímos con ganas pues acabábamos de poner enfoque a la mirada bobalicona de nuestro inesperado *voyeur*.

Anécdotas aparte ya terminada mi formación, volví a Madrid para comprobar el modo en el que el tiem-

po había cambiado la vida de los habitantes de la casa en la Colonia del Viso. Aurora no tuvo, precisamente, los brazos abiertos al recibirme y eso me hizo tomar conciencia de que estaba enterada de la relación entre su marido y yo. Me molestó que Bernabé no me informara de que su mujer sospechaba. Y eso a pesar de las veces que yo, en todo ese tiempo e insistentemente, se lo había preguntado. ¿Tú crees que Aurora no está enterada de nada? Le interrogaba con angustia para añadir que lo que hacíamos no estaba bien. No quería preocuparte, aclararía él más tarde cuando, apesadumbrada, recogía mis pertenencias de La Colonia del Viso y me instalaba en un piso para mí sola en la calle Almagro. Una vez más, la mano, mejor dicho el dinero de Bernabé, salía en mi ayuda.

Es curioso, Magy, como somos las personas. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la enorme deuda no solo moral, sino también económica que había contraído con mis protectores. Bueno, la verdad es que con Aurora mi deuda era tan alargada como la sombra de mis pesadillas.

Lo cierto era que tu madre estaba creciendo en un ambiente maravilloso en donde no solo sus necesidades materiales estaban más que cubiertas, sino donde las afectivas eran regaladas con esplendidez. Me asombró el cambio físico de Luz en aquel último viaje. En algo más de un año, que era el tiempo que hacía que no la veía, había crecido mucho. Su figura empezaba a estilizarse y su cara había dejado la redondez propia de la infancia. Todos opinaban que a mí se parecía

poco, que los rasgos de su cara no tenían nada que ver con los míos. Opinaban así naturalmente los que sabían que Luzinda era mi hija como, por ejemplo, la hermana de Aurora y algún amigo íntimo. Pero bueno, de sobra sabes tú lo atractiva que sigue siendo tu madre, no le ha hecho falta parecerse a mí para tener éxito con el género masculino y femenino.

Supongo que Lea ya te habrá calentado la cabeza con mi belleza, *lo impresionante que era en mi juventud, la admiración que causaba* y todo eso. Y seguro que te habrá contado alguna historia que otra. Sobre todo la de José Luis García Berlanga, el director de cine. Claro que, para contártelo, tendría que haber roto la promesa que me hiciera en su día en la que le prohibía expresamente que la reprodujera; más que nada por insólita y poco creíble. Y por supuesto, Magy, en el hipotético caso de que no lo haya hecho, dile que cuenta con mi pleno consentimiento para romper esa promesa. Te va a gustar y más sabiendo la habilidad que tiene para contar historias. Pobre Lea, toda la vida dedicada a los demás. A mí especialmente. Si cuando leas estas páginas aún vive, que espero que sea así, te ruego que no la dejes huérfana. No necesita dinero, ella tiene bastante ahorrado y yo me he asegurado con mi testamento de que disfrute de una vejez digna. Pero, si yo desaparezco antes, no le quedaría más familia que tú y no tendría a nadie más que a ti. Te adora. Por eso hablo de orfandad. Recuerda, cariño, que no solo se quedan huérfanos los hijos. Me consta lo que significas para ella. Te lo estoy escribiendo a sabiendas de que obrarás en conciencia.

Bueno, bonita, no quiero irme por las ramas y voy a seguir con mi historia donde la dejé. Como te decía, me instalé en el ático de la casa veintitantos de la calle Almagro. Era un piso alegre en un barrio interesante. Fue una buena etapa de mi vida. Además, mi futuro profesional pintaba bastante bien. Con mi nueva y buena formación académica era probable que pronto tuviera la oportunidad de ejercer. Y, por si fuera poco, contaba con la ayuda de Bernabé, que se había convertido en uno de los neumólogos más renombrados del momento. Era un especialista en combatir la que, al parecer, era la enfermedad más acuciante de la época: la tuberculosis. A finales de los años cincuenta ocasionaba tantas muertes, no solo en España, en Europa también, que más que epidemia se podía decir que constituía una gran pandemia.

En el hospital San Carlos, hoy convertido en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, trabajaba tu abuelo sin descanso para combatir esa terrible enfermedad. En ese hospital, con la recomendación de Bernabé, entré a trabajar como enfermera y ayudante del Doctor O. J. desarrollando un eficaz —a juicio de tu abuelo, no me creas tan presuntuosa— y vocacional trabajo. Porque, Magy, te aseguro que había que tener una auténtica vocación de servicio para trabajar en aquel destartalado hospital; inhóspito y carente de los medios para una atención sanitaria, medio digna. Claro que esta carencia era suplida por el equipo humano. Médicos, enfermeros y hasta las religiosas que lo regentaban aportaban tal cantidad de sacrificio que una, a veces, se olvidaba de esas escaseces.

Ese centro, aparte de ser uno de los más antiguos de España, también tiene su leyenda y no precisamente gloriosa, pero sí interesante e intrigante... Si vieras la cantidad de veces que estuve tentada de contarte todas estas anécdotas. Ha habido momentos en los que me he sentido culpable por no haberte hecho partícipe de ellas. En mi afán de preservar mi oscuro pasado, te privé de esta y otras historias que a buen seguro habrían disparado tu profusa imaginación y con las que habrías, sin duda alguna, disfrutado de lo lindo. Pero no podía contártela sin que se me hubiera escapado lo que te quería ocultar. Quizá he sido demasiado precavida porque esta parte, en realidad, no tenía tanta importancia. Te cuento:

Existían, y creo que aún existen, leyendas atroces del que fue, como te he dicho, uno de los hospitales más antiguos de España. Había trabajadores en aquel momento que seguían en activo y que juraban haber visto, sobre todo en el turno de noche, a seres etéreos en procesión; criaturas con apariencia difuminada, pero que se les reconocía perfectamente vestidos, al parecer con ropas oscuras, parecidas a los hábitos. Había otros que me contaron personalmente a mí que, aunque ellos no lo habían presenciado y reconociendo que la leyenda se adentrara en lo macabro, que era público y notorio cómo, en ese hospital, al llegar la noche, salían fantasmas arrastrando cadáveres por los viejos pasillos, como almas en pena.

Lo que sí que me parecía que había que tener en consideración, por lo acreditado de las fuentes que di-

vulgaron ciertos fenómenos anómalos, era lo extraño que les resultaba ver cómo muchas de las puertas que estaban cerradas de pronto se abrían solas... Este hecho, cierto o no, era lo que motivó que las enfermeras y enfermeros se mostraran muy reticentes a cubrir el turno de noche.

Y también existían los que revistieron la leyenda de gran veracidad. Para ello, llegaron incluso a la osadía de bautizar a dos fantasmas con nombre propio: Livinio y Ataúlfo, que eran, al parecer, los dos espíritus que convivían con la aquiescencia del personal del centro. A este último lo relacionaban con el espíritu de un sacerdote que terminó sus días en el antiguo centro.

Por supuesto, cuando compartía con Bernabé semejantes historias, siempre me contestaba que eran producto de la imaginación enfermiza y contagiosa del hospital. Lo cierto es que yo llegué a leer un artículo, no sé dónde, en el que se relataba que este hospital se construyó sobre un albergue para mendigos y que sufrió una larga y penosa decadencia, donde finalmente se habían encontrado cadáveres contabilizados por cientos; quizá por eso las leyendas superaron siglos. No en vano, en sus sótanos y en la plaza aledaña, al remover sus tierras para reformar cierta parte del edificio, se encontraron antiguos enterramientos, lápidas y tumbas, lo que avivó aún más el mito del edificio.

Si te hago historia del centro donde desarrollaba mi trabajo es también para que entiendas que en ese entorno no me resultó nada difícil cometer mi crimen. Me resulta escalofriante la ausencia de remordimien-

tos que, aún hoy, me invade. La frialdad con la que estoy dispuesta a relatarte el episodio más tenebroso de mi vida.

Júzgame si quieres, cariño, estás en tu derecho; pero trata de comprenderme. Trata de introducirte en mi piel.

El motivo de que un conde De Guzmán Orellana, de nombre Blas, ingresara en aquel centro hospitalario, más bien destinado a la clase social más humilde, no podía ser otro que el aprovecharse del contacto que tenían con el marido de la prima Aurora. Medico neumólogo en ejercicio, de reconocido prestigio, y con el cargo de subdirector en aquel hospital de Madrid. Por eso, cuando el señorito Blas enfermó sin que médicos particulares con cierto renombre, supieran diagnosticar la causa que le tenía, desde hacía semanas, postrado en la cama con fiebre alta y agudos dolores, no se lo pensaron dos veces, y aprovecharon la sugerencia del mismísimo Blas de ponerse en contacto con Bernabé. Este no tardo en ingresarle en el hospital.

Aquel día yo hacía mi ronda —como de costumbre— visitando a los enfermos con los pronósticos más reservados que entraban en el centro. Por méritos propios se me designaban puestos de alta responsabilidad. En un primer momento no le reconocí. Era un paciente que había ingresado el día anterior bastante grave y con fiebre altísima, lo que nos hacía pensar en una patología infecciosa.

Fue, al leer su nombre en la ficha, donde los médicos pautan el tratamiento a seguir, cuando mi sangre

se subió a mi cerebro golpeándomelo con la fuerza de cien caballos. ¿Aquella piltrafa de hombre, bañada en sudor, con las órbitas de los ojos queriendo salirse de sus cuencas… Era posible que fuera él? ¿Aquel despojo con las manos macilentas, inertes encima de las sábanas blancas; esa basura era él? ¡Que sensación! La más extraña que había experimentado en mi vida.

Cuando Bernabé, que al igual que tú ignoraba mi pasado, me encontró ante su cama no supo, afortunadamente, interpretar a qué se debía mi cara blanca como la pared, ni mi estado catatónico, ni el temblor mal disimulado de mis piernas. Sí me informó: es un primo de Aurora y viene de tu pueblo precisamente… ¿Le conoces?

¡Dios que si le conocía!

No sé qué fuerza interior permitió que mis ojos no me delataran. Que mi boca quedara sellada por el terror y por el asco que me produjo su contemplación. Qué anónimo misterio me hizo permanecer serena en aquel momento, con las imágenes del fatídico día vivas y turbulentas. Volví a sentir en mis entrañas la pegajosa mezcla de fluidos abrasadores. Y volví a sentirme niña, con el mismo sudor frío invadiéndome entera; el mismo que, a punto estuvo de aniquilar mis fuerzas; las pocas que me quedaron para sobrevivir. Noté cómo el odio me empujaba hacia lo más profundo, más y más abajo, hasta el ahogo. ¡Dios que si le conocía!

No podía quitar la vista de ese ser al que, según Bernabé, le quedaban muy pocas horas de vida. Esas fueron sus palabras. Le habían traído prácticamente desahuciado desde una clínica de Pamplona buscando

precisamente los conocimientos del marido de la prima Aurora. *Pero creo que no vamos a poder hacer nada* —confesó resignado—. *No hay tiempo de averiguar de dónde viene tanta fiebre.*

Mira, cariño, yo en ese momento no fui capaz de escuchar las últimas palabras que estaba pronunciando mi compañero. Lo que yo ansiaba era administrar una dosis de serenidad a mi cerebro, suficiente, para discernir el modo y la forma con la que tenía que actuar para hacer desaparecer a ese individuo de la faz de la tierra. Te juro, Magy, que, desde el momento en que le vi, la materialización de esa idea fue lo único que se instaló en mi pensamiento. El cómo y cuándo se convirtieron en una verdadera obsesión.

Pero no lo hice. Y no fue ningún sentimiento humanitario el que me lo impidió. Fue sencillamente la convicción de su muerte inmediata; la que me hizo recapacitar sobre lo inútil de mi acto. *No te ensucies las manos*, me decía una voz interior. Estaba infectado de un virus extraño del que no se tenía ningún conocimiento y, por lo tanto, se desconocía su terapia. Le habían administrado un tratamiento muy novedoso —me comunicó Bernabé—, pero poco contrastado por lo que no se esperaban grandes resultados. La realidad es que estaba segura de que su fallecimiento se produciría en las próximas cuarenta y ocho horas.

Entonces, Magy, ¿para qué iba yo a comprometer mi integridad exponiéndome a que me pillaran cometiendo un delito si el destino se iba a convertir en su natural verdugo?

Lo malo fue cuando, pasadas las cuarenta y ocho horas, no solo no falleció, sino que manifestó una notable mejoría para alegría de Bernabé y su compañero el Dr. O. J.

Es difícil para mí explicarte por qué decidí, una vez más, guardar silencio. Podía haber hablado con Bernabé y contarle el martirio que pasaba todos los días cuando tenía que visitarle. Podía confesarle el asco que me producía cuando, ante la gran mejoría experimentada, volvieron a emerger en él sus asquerosos instintos. La satisfacción volvió a aflorar en la repelente sonrisa de su desdibujada boca; entre sus labios finos, y solo por rozarme cualquier parte de mi cuerpo con su mano, algo que hacía cada vez que tenía oportunidad, recordándome su inmunda y cobarde condición.

También podía haber fingido una enfermedad y haberme tomado una baja hasta que él fuera dado de alta. Podía y podía... una secuencia fija y diaria a la que me enfrentaba. Podía haber hecho muchas cosas. ¿Por qué no hice ninguna? Pues porque una fuerza superior a mí me arrastraba y me conectaba a él. Necesitaba seguir día a día su evolución como el caminante perdido en el desierto sigue la alucinación del oasis cercano. Esa era yo, arrastrando mi ansiedad y mi obsesión por observarle, por comprobar… El cerebro no me daba tregua. La angustia me arrastraba a visitarle más veces de las habituales implorando de manera demencial al universo el milagro de encontrarle muerto en la cama.

No fue así. El fármaco novedoso que le habían inoculado fue un éxito. Me lo comunicó Bernabé exultan-

te de alegría al tiempo que me provocaba un calambre de intranquilidad que dejó sin fuerza mis brazos, mis piernas, y aniquiló mi ánimo hasta hacerlo tambalear. Era un gran paso científico lo que había conseguido el equipo —dijo exultante de alegría—, añadiendo a continuación con una sonrisa y sin tener conciencia de lo acertado de sus palabras: *Ya sabes, querida, que bicho malo nunca muere.*

La inquietud y la zozobra habían vuelto a apoderarse de mi ser, mientras, a diario seguía esquivando sus manoseos. Apenas comía y el insomnio se había instalado en mi vida desesperándome. Estaba medio loca y ante la eminente mejoría y eventual marcha del hospital de ese individuo, volví a engancharme a la idea de impedírselo por el medio que fuese.

No sabía cómo lo haría. Le visitaba continuamente. Si Bernabé me hubiera seguido, habría tenido serias dificultades para explicarle mi comportamiento. Pero la única oportunidad era comprobar, minuto a minuto, la evolución de su enfermedad. ¡Tenía que controlar hasta su aliento! Solo desde el más profundo conocimiento de los latidos de su corazón vendría la oportunidad de consumar la venganza; animada por un rayo azul de esperanza que entraba por la ventana y en el que concentré la determinante voluntad que, desde hacía unos días, y tras la traición del destino como ejecutor natural, volvía a asentarse en mi mente. ¡Ese individuo saldría en pocos días del hospital capacitado y dispuesto a seguir perpetrando sus actos! Y esa certidumbre repetida una y otra vez me daba

fuerza y me revestía de autoridad para mal justificar mi injustificable acto.

Te estarás preguntando si él me reconoció. Eso hubiera sido algún signo nuevo y revelador de conciencia. Pero no lo sé, creo que en los primeros momentos no lo hizo. Pero en los últimos, sí. Sinceramente, necesito creer que sí. Aunque, el que al principio no sospechara nada jugó a mi favor. No era, ni mucho menos, un hombre inteligente ya que cualquier otro habría interpretado mis temblores, mi ausencia total de amabilidad como algo sospechoso. Pero él no, Magy. Él era un Guzmán Orellana, futuro conde, heredero de D. Damián. Vamos, un diablo cretino, engreído, que creía estar por encima del bien y del mal.

— ¿Sabes quién soy? —Me preguntó una mañana incolora en la que la luz parda que en ese momento entraba por la ventana rebotaba contra los paneles acristalados de la puerta.

Tenías que haber escuchado el tono de la pregunta y haber visto la asquerosa sonrisa que lo acompañó. Yo, en aquel momento, estaba comprobando el líquido de una jeringuilla y recuerdo que bajé la vista hasta los pies de la cama, disimulando mi zozobra mientras cogía la ficha. Tarde unos segundos en contestarle. Necesitaba hacerle creer que leía el tratamiento, antes de dirigirme a él.

—D. Blas de Guzmán… ¿No?

—Para ti, Blas… Preciosa. Nada de Don.

Cuando ese día salí de allí, tras administrarle la que sería su última medicación, me di la vuelta instintivamente para comprobar cómo en su boca se había dibujado una sonrisa de vanidad satisfecha. Estaba claro su error de apreciación. Pensaba que su poder de seducción vencería la aparente hostilidad de aquella enfermera.

Por lo demás, fue fácil. Todos en mi entorno sabían de mi interés por la investigación y de mis conocimientos químicos adquiridos en Londres, en la escuela de Nightingale. Una inyección de agua putrefacta en vena, en los laboratorios se usa para la investigación de ciertas bacterias, le desencadenó una infección en la sangre, imposible de atajar. Ten en cuenta que su organismo todavía estaba muy debilitado y ese momento tan propicio fue el que yo aproveché para cometer mi crimen sin levantar sospecha alguna. *Era normal una complicación.* Esas fueron las conclusiones a las que llegaron los facultativos con gran desilusión porque admitieron que no se lo esperaban, sobre todo después de la mejoría que había experimentado con el último experimento.

¿Sabes por qué lo pasé mal en ese momento y lo que verdaderamente he sentido toda mi vida? Por haber provocado la frustración del Dr. O.J. y la de Bernabé. Estoy segura, querida Magy, de que el origen de otra de mis arrugas se debe a esa acción. Pero no te equivoques, no han sido los remordimientos por terminar con la existencia del indeseable conde a lo que yo achaco la aparición de más surcos en mi cara. No,

mis remordimientos iban dirigidos al haber puesto piedras en el camino de dos investigadores extraordinarios; sembrando una confusión totalmente inmerecida en dos grandes profesionales y sus equipos. Y, sobre todo, en dos buenas personas a las que, debiéndoles mucho, mucho, les pagué con una abominable traición. Te estoy leyendo el pensamiento. ¡Pero, abuela! Sí, hija, fui capaz y, lo que es peor, nunca me arrepentí de ello. Terminar con ese individuo fue para mí un alivio inmenso. Pero con el daño que ocasione por satisfacer mi venganza, también sufrí mucho. Y he tenido que vivir con esa dualidad sobre mi conciencia.

No sé si te he confirmado mi sospecha de que *el señorito Blas* me reconoció en los últimos momentos. Cuando le cogí el brazo con fuerza para buscarle la vena, mis ojos no se apartaban de los suyos, en principio confiados. Ten en cuenta que aquel era un acto profesional al que estaba acostumbrado. Observe en su boca la osadía de una risa babosa, tan inherente a su persona. Y como siempre que tenía ocasión, levantaba la otra mano, en un gesto peculiar, para dejarla caer al instante y a ser posible rozarme el pecho con ella.

Pero creo, o tengo la necesidad de creer, que me reconoció porque cuando, sin dejar de mirarle y esta vez sonriéndole, yo pronuncié en tono quedo y al oído un *¿Cómo se encuentra hoy, señorito Blas?* Creí ver el fulgor de un rayo temeroso que se cruzaba en su mirada; mientras su cuerpo se retorcía ligeramente adoptando una postura de inquietud y un intento vano y desesperado por desasirse de mi sombra; y pude ver una

expresión despavorida, demudada en su cara; donde la sonrisa de antes, de golpe, se transformaba en una siniestra mueca.

En ese momento, Magy, sentí un ruido. ¡Un ruido en el alma! Voces que me animaban a librar a niñas de cualquier parte del planeta de un ser miserable, una alimaña, un parásito. Necesitaba que él fuera consciente de que el líquido envenenado de bacterias, que en ese momento corría por sus venas, no correspondía a ningún tratamiento. Presencié como intentaba con movimientos torpes, convulsos, deshacerse de la fuerza de mis dedos que le sujetaban al igual que garfios de seda; trasmitiéndole al oído segundo a segundo y con la lentitud de una pesadilla, cómo iba escapándosele la vida.

Me sentí como el equilibrista que allí arriba avanza con paso firme sobre el alambre, sintiendo el aire fresco en las alturas. Sin querer mirar hacia abajo donde se encontraba mi conciencia repitiéndome: *¡Ojalá que este infame esté sufriendo aunque sea una mínima parte de lo que he sufrido yo!* Ese deseo golpeaba, cerril y pertinazmente mi cerebro; como una almádena queriendo romper mi locura.

Como verás, querida niña, siempre he convivido con la angustia. Primero fue la necesidad de cumplir con mi promesa. Y después el deseo, la constatación de que esa muerte hubiera tenido el efecto tantas veces soñado por mí. Sí, me gustaría confesarte que aquel asesinato, de alguna manera, trajo paz a mi vida. ¡Tantas veces escenifiqué su muerte! Pero, Magy, creo que ya

te lo adelanté en una conversación hace algunos años. Nada fue así. Era extraño lo que me pasaba porque, como te manifesté, nunca tuve remordimientos por ello; tampoco tuve ni he tenido paz absoluta. Sí empecé a tener pesadillas por las noches. Durante años y con mucho esfuerzo —sobre todo en mi niñez adolescente—, había conseguido adormecerlas. Pero después de la venganza, volvieron a aparecer; más agresivas que nunca; en forma de remolinos de sangre y manos que me amordazaban hasta el desfallecimiento.

Creo que Bernabé —por entonces pasábamos mucho tiempo juntos en nuestro piso de la calle Almagro— tenía la sospecha de algo, pero no sabía exactamente de qué. La muerte del conde coincidía con mi cambio anímico. A raíz de mi delito, me convertí, al revés de lo que yo esperaba, en una persona más arisca, más nerviosa, mucho menos segura.

Quiero abreviar un poco. Sentiría aburrirte con mi historia. La muerte de Aurora de una manera tan repentina nos dejó a todos desolados. Cuando Bernabé me llamó por teléfono con la voz rota, para comunicarme la trágica noticia, no me lo podía creer.

¿Pero cuándo había sido? ¿Y cómo?

Se la habían encontrado muerta en el cuarto de baño. Una embolia pulmonar fue la causante de su fulgurante muerte. No le habría podido salvar la vida aunque le hubiera tenido en una mesa de operaciones, me comentó Bernabé. No hacía falta que me explicara los efectos fulminantes que tiene en el indi-

viduo la aparición de un coagulo en el pulmón. La muerte es instantánea.

Tenía cuarenta y nueve años. Los mismos que su marido. Bueno, Bernabé tenía un año más. Nos impactó mucho a todos. Tu abuelo, de repente, empezó a tener la necesidad de contarme cómo había sido su vida al lado de Aurora. Era como si quisiera redimir su culpa generando unos escrúpulos tardíos por haberse enamorado de mí. Ensalzando los valores, que nadie puso nunca en duda, de su primera mujer. *La quise mucho*, me comentaba una tarde de recuerdos obligados; dos días después de su muerte y paseando del brazo por el Paseo de Rosales. Yo quería a toda costa descubrir lo que había en el fondo de su alma. Mirar detrás de ese antifaz para poder consolarle, para aliviarle de un peso que estaba segura de que él llevaba tan hondo que ni era consciente de ello.

¡Qué guapo era tu abuelo, Magy! Guapo y atractivo. Porque no es lo mismo, ¿sabes? Aquella tarde fría de noviembre, Bernabé llevaba un abrigo *camel* con el cuello subido y un sombrero elegantemente calado. Yo le miraba embelesada. Mientras entrelazaba mi mano con la suya sentí, que mi amor por aquel hombre, era la mayor recompensa que la vida me había podido conceder.

El sol estaba a punto de esconderse por el oeste. Contemplábamos como una ensoñación sus rayos resaltando los perfiles del majestuoso Palacio de Oriente. Nos sentamos en un banco cercano al monumento erigido a la figura de Isabel de Borbón y Borbón, más

conocida por los madrileños como *La Chata* y allí empezó, ante mi estático silencio, a hablar y hablar sin poder contenerse. No había nadie que le interrumpiera. Los escasos transeúntes; como la señora que empujaba el carrito del bebé o el señor que hacía lo imposible porque su perezoso perro corriera tras el palito que insistentemente le tiraba; parecían no existir. No podían distraerle, porque ni siquiera ellos habían reparado en nuestra presencia.

Yo miraba serena, pero con cierta inquietud a tu abuelo, que con voz suave, evocaba fragmentos de su vida con Aurora, como si tratara con sus palabras de convencerse él mismo de que lo vivido con su mujer no había tenido nada de oneroso, sino todo lo contrario. Y todo a través de una palidez de mortal atormentado.

A pesar de que en aquellos años eran muy castigadas las demostraciones de cariño —hasta con multas, no te digo más— hechas por los enamorados en público, yo no pude resistir la tentación de besarle en la boca con una emoción desconocida. Necesitaba trasmitirle en ese beso que mi mundo estaba unido al suyo para siempre. Que no existía un universo mayor a nuestro alrededor y que el pasado era solo eso, pasado. Ahora empezaba un prometedor futuro.

Tu madre, que por entonces solo tenía quince años, estaba destrozada. Como todos. Quizás Bernabé y yo algo más porque al dolor por la repentina pérdida, instintivamente añadíamos el sentimiento de culpabilidad por la traición.

Muchas cosas cambiaron en mi vida desde aquel momento. Para empezar, me trasladé a vivir a la Colonia del Viso. De alguna manera, y tras los consejos de Lea y Bernabé, mi deber era acercarme a la niña, no con la pretensión de ocupar el puesto de Aurora, ni mucho menos. Para ella yo era una amiga de la casa y nada más. Era simplemente por conseguir, mediante la convivencia y el roce, un cariño por otro lado, nunca experimentado por ninguna de las dos.

Hasta unos días antes de su boda, en que le revelamos la verdadera identidad de su madre, ella fue ignorante de su propio origen. Bueno, eso fue lo que hábilmente nos hizo creer a todos porque lo cierto es que ignorante del todo no estaba. Es más, Magy, sabiéndolo llevó su engaño al extremo de hacer creer a tus hermanos que su verdadera abuela había sido esa estupenda señora de la fotografía que adornaba su mesilla de noche y que ella besaba con amor.

A mí me resultaba bastante incómodo vivir en el chalé. Todo me recordaba a Aurora. Y a pesar del esfuerzo que hacíamos Bernabé y yo por mostrarnos en la casa como dos buenos amigos, pues para nuestros escarceos amorosos seguíamos manteniendo el piso de la calle Almagro, estaba claro que en aquella casa no conseguía ser feliz.

¡Ah, Magy! Cuántas acepciones encierran esas cinco letras. ¡Feliz! Sinónimo de alegre. Contento. Gozoso. Jubiloso. Plácido... Y, sin embargo, en ninguno de esos significados veía plasmado mi estado de ánimo. Con ninguno de esos significados me identificaba.

Lea, que no solo estaba enterada, sino que empatizaba con todo lo que me acontecía, también apoyó mi decisión de trasladarnos a vivir a otra casa. A Luz no le gustó la idea, pero a Bernabé no le costó mucho esfuerzo convencerla de las bondades que tenía vivir en el centro de Madrid. *Además, El Paseo del Prado estaba muy cerca del Hospital Clínico San Carlos y eso nos facilita mucho el desplazamiento a Doris y a mí;* fue el argumento que esgrimió Bernabé para conseguir que tu madre se volviera más flexible.

Y así fue como nos instalamos en esta bonita y espaciosa casa con algunas novedades. Para empezar, no teníamos jardín propio, pero tampoco nos hacía falta. Era pisar la calle y teníamos toda la arboleda del Paseo del Prado para nosotros. Además, a unos metros se encontraba situado el Jardín Botánico, esa preciosidad mandada construir por Carlos III y que suplía con creces, con su abundante vegetación, los cuatro árboles de nuestra antigua vivienda.

Otra de las novedades era que nuestra vida cotidiana la compartíamos con vecinos. Era lo que menos nos gustaba a todos, la verdad. Quizás por la falta de costumbre. Aunque, con el tiempo, no solo nos acostumbramos, sino que tuvo y ha tenido el aliciente, como tú bien sabes, de servirnos muchas tardes de tema de conversación y de *investigación*, sobre todo para las inquietudes tuyas y de Lea, principalmente. ¿No es cierto, querida?

Tu abuelo y yo estábamos felices con nuestro trabajo. Y solo nos dimos cuenta de lo rápido que había

pasado el tiempo cuando a los diecinueve años tu madre nos dijo que se quería casar, más bien que se tenía que casar. El disgusto fue enorme. Había conocido a un chico tres años mayor que ella, estudiante de Ingeniería de canales y puentes, se habían enamorado y se había quedado embarazada. Todo de sopetón.

En aquella época las mujeres no sabíamos tanto de sexo como ahora, Magy. Los anticonceptivos eran algo impensable. La moral católica se imponía en todos los actos de nuestra vida y en la sexual de manera obsesiva. La reparación, aunque estuviéramos en la capital, eso no había cambiado nada, solo podía venir a través del matrimonio. Por lo que tu padre y tu madre, embarazada de tres meses, se casaron en la iglesia de Las Angustias. Muy cerca de nuestra actual vivienda.

Se quedaron a vivir con nosotros. Primero porque ellos tenían que seguir estudiando. Tu madre había empezado segundo de Derecho (no terminaría sus estudios universitarios, como ya sabes) y a tu padre le quedaban dos años para terminar los suyos. Siempre fue un chico responsable y muy inteligente, al menos para los números. Y, segundo, porque obviamente teníamos que mantenerlos nosotros, que éramos, al parecer, los únicos para correr con los gastos. La familia de tu padre, desde el primer momento, desatendió cualquier obligación que conllevara ese matrimonio alegando discrepancias en la forma de solucionar el problema.

No nos importó, que vivieran con nosotros, me refiero. Tus padres estaban enamorados y en esta casa se

respiraba buena armonía. Aunque duro poco nuestra alegría, esta fue interrumpida por la repentina muerte de Bernabé.

El tumor cerebral, cuyos síntomas con fuertes dolores de cabeza sus colegas no supieron detectarlo, había ido demasiado deprisa en la ejecución de su trabajo.

Fue una tarde otoñal, a pesar de estar a mediados de septiembre. Soplaba un viento en Madrid de lo más desagradable y acabábamos de asistir a una exposición de pintura de la galería Toisón. Nos volvimos antes de tiempo ante su momentánea indisposición, aunque ésta no le estaba impidiendo confesarme, no sé que ideas de un negocio para los chicos. Tenía planes, me dijo, desde luego que sí, tenía grandes planes.

No quiero ponerme nostálgica y traspasarte penas innecesarias. Al revés, Bernabé significó todo en mi vida. Tu abuelo hizo posible, contra todo pronóstico, que mantuviera una vida de plenitud. Ya sabes que su recuerdo no murió nunca en esta casa.

Pero fíjate, Magy, lo que es el destino. Porque yo te he contado muchas cosas sobre tu infancia, pero sobre las dificultades de tu engendramiento nunca. ¿Por qué? Pues por una tontería. Por respetar el silencio de tu madre que, por cierto, nunca entendí y es curioso de contar.

El que tu madre sufriera un aborto en el cuarto mes y que después le costara tantos años quedarse embarazada —hasta los cuarenta y tres no nacieron tus hermanos— y que, ante tantas dificultades, no tuviera más remedio que recurrir a la ciencia hizo posible el

que nacieras tú. Porque yo estoy segura de que tú eres un producto de la ciencia alemana. A ella acudieron por mediación del hijo de un colega de tu abuelo, de origen alemán, al que yo propuse que fuéramos a solicitar su ayuda ante el continuo deseo manifestado de tu madre por tener hijos.

Hacía veinte años que tu abuelo Bernabé había muerto. Pero no importaba porque él fue un hombre con mucho prestigio en la profesión y, sobre todo, entre sus colegas. De los que dejan huella, ¿sabes, cariño? Por supuesto sabían quién era yo. Nos atendieron y escucharon los deseos de tus padres con interés. No dudaron y nos recomendaron visitar al Dr. Karck, cuyos avances en investigación ginecológica eran muy conocidos entre los profesionales de la medicina. Este científico estaba consiguiendo verdaderos éxitos en mujeres con dificultades de gestación, por muchas causas, pero sobre todo en aquellas que habían traspasado la barrera de los cuarenta.

Tus padres viajaron a la región de Heidelberg. Y en el hospital que lleva el mismo nombre, tu madre estuvo ingresada mes y medio recibiendo un tratamiento de fertilidad. Que ese tratamiento fue un éxito lo atestigua la presencia en el mundo de Gus y Álex. Y, con toda seguridad, ese tratamiento también posibilitó la tuya. Tu madre tenía cuarenta y siete años cuando tú naciste y, con esa edad, era excepcionalmente difícil que pudiera engendrar.

Por eso me reía siempre cuando me preguntabas si eras adoptada. Te aseguro, Magy, que no lo eres. Es

cierto que nadie te esperaba, pero tu nacimiento fue muy celebrado. Para mí concretamente significó todo. Tanto que las palabras son insuficientes.

Creo habértelo comentado en alguna ocasión. Tu parto fue mi verdadero parto. Era raro ya que, cerca de los sesenta años, no era el sentimiento de abuela el que precisamente me invadía cuando te miraba; sensaciones que han convivido conmigo en constante colisión porque, sin embargo, de tus hermanos sí me he sentido y me siento abuela.

Bueno, cariño, dejo este capítulo y te voy a revelar algo que supuso un cambio trascendental en mi forma de vivir. Y créeme que no me resulta fácil contártelo por lo que espero que valores el esfuerzo de sinceridad que estoy haciendo. Y, aunque supone un alivio enorme, no dejo de sentirme extraña, en esta estancia, destripándome ante ti y confesándote mis lacerantes miserias.

Cuántas veces he sentido lo extraño que es comprobar cómo un hecho tan grave como el que yo cometí, no solo es que no tuviera consecuencias penales —en aquel ambiente era lógico— sino que, lo que te voy a contar, desestabilizara mucho más mi vida. En el relato que te voy a hacer, son varias las personas afectadas, por lo que tengo que tener un exquisito tacto al revelarte no solo los datos, sino también los hechos.

Perdona, ahora vuelvo a lo que te quería comentar. Mi cabeza va recordando ramalazos de mi vida que no quiero que se me olvide... Me refiero a la reac-

ción de tu madre cuando unos días antes de su boda con tu padre le pedimos Bernabé y yo, que queríamos hablar con ella.

Algo intrigada y con la mirada inquieta, se sentó en el sillón del cuarto de estar. Se le notaba temerosa y expectante ante ese tema tan misterioso del que queríamos hablarle. Te puedo asegurar que ella ignoraba completamente el motivo de la reunión. Nosotros queríamos revelarle quién era, de dónde venía y aclararle cualquier duda que nos quisiera plantear. La conversación duró mucho tiempo. Bernabé le iba relatando los hechos pormenorizadamente al tiempo que buscaba con la mirada mi complicidad, mi aprobación; a lo que yo con la cabeza, y bastante tensa, asentía con gesto afirmativo. Tu madre, a medida que Bernabé le iba relatando acontecimientos, adoptaba diferentes posturas, diferentes actitudes. Aunque estaba inquieta, algo incomoda, sinceramente yo noté en su cara cierta relajación. Y, además, había algo en su compostura que vino a confirmar mi sospecha de que, en realidad, ella no era del todo ajena a lo que le estábamos contando.

Por supuesto, de cómo había sido engendrada no tenía la menor idea. De cómo se había producido la violación, mucho menos. Pero que ella era el fruto de un desgraciado accidente, según describió Bernabé, estoy segura de su conocimiento. Aunque procuró decorar su sorpresa, yo pude percibir que era totalmente fingida.

Sí, Magy, tu madre intuía que Aurora no era su verdadera madre, sospechaba desde hacía mucho que su

verdadera madre era yo. Pero era un hecho que bajo ningún concepto quería aceptar. No le interesaba, por lo tanto no tenía necesidad de nuestra sinceridad. Es más, nuestra franqueza le hacía daño. Nos lo dejó muy claro. Mirando a tu abuelo directamente a los ojos, nos dijo que, a pesar de nuestra confesión, nada iba a cambiar. Los hechos podían haber sido los que fuesen, pero los sentimientos son los que son, concluyó en un tono gélido que heló no solo la sangre de Bernabé, sino su capacidad de reaccionar. Tu abuelo se quedó esperando algo que no existía. Yo no; no esperaba ninguna aclaración porque en mi fuero interno sí presentía algo así. Estaba preparada para escucharla. No sabría explicarte porqué, pero a mí no me sorprendió en absoluto, su frialdad.

Bueno, Magy, una vez que te he comentado esto de tu madre, que me parecía interesante, voy a retomar el relato donde lo dejé interrumpido. A ver cómo te lo cuento porque no es fácil.

Sé que tu madre y tú tenéis una manera de enfocar la vida de manera muy diferente; me refiero sobre todo a cómo percibís los temas cotidianos y la manera tan desigual con la que los solucionaríais si estuviera en vuestras manos hacerlo. Y no te digo nada si esos temas son complejos, confusos, como los acontecidos. Me consta que los problemas, o sucesos de casa, los has vivido con estupor. Yo también, Magy. Y creo que a través de toda nuestra vida juntas, y ahora con el testimonio de mis relatos, a estas horas tendrás claro el grado de tolerancia que me ha caracterizado y que,

por tanto, siempre ha convivido conmigo. Por eso te confieso que, aunque no soy persona que se extrañe de las complejidades mundanas, tanto si estas afectan a los hombres como a las mujeres, la relación de tu madre con Tina revolvió unos principios que yo creía totalmente superados. Aunque siempre respeté las asimetrías ocultas.

He vivido mucho; en muchos ambientes y cómo ves, he pasado por situaciones difíciles, pero cuando los hechos, por cercanos, hieren tu sensibilidad; cuando lo que ves u oyes no te gusta, quizá por la inercia de estar rígidamente sujeta a unos comportamientos y en contrapunto no estar habituada a otros, entonces sufres una especie de *shock* y quedas con la mente a la deriva. Al menos ese fue mi caso. ¿Cómo transcurriría mi vida a partir de ese momento? No lo sabía, cariño; como primates que somos, lo esencial en el día a día es cuidar de nuestro territorio, protegerlo y cuando este empezó a descomponerse, lo que yo creía el núcleo familiar de nuestra casa, desencadenándose uno detrás de otro todos los problemas y en un periodo tan corto de tiempo... cuando se produjeron aquellas situaciones... yo me desmoroné; y la conciencia, como los puños de un boxeador, comenzó a golpear las sensibles paredes de mi ética. ¿Ética? ¿Qué ética? Sé que lo más normal hubiera sido indagar en la causa de los hechos, pedir explicaciones. Pero no hice nada de eso; quedé anímicamente narcotizada y opté por convertirme en ciega y sorda. Bueno, no del todo, como ya sabes. Y además, para aislarme un poco más en mi mundo,

donde la imaginación cobraba el protagonismo de las historias que a mí me interesaban, añadí a mis dos incapacidades la de la agorafobia. Y es curioso cómo, a fuerza de fingirlas, y sobre todo de vivirlas con la máxima intensidad, llegas a convertir una estudiada mentira en una sentida verdad.

A estas alturas del diario, ya habrás adivinado cuáles fueron las situaciones. Solo te confesaré que, en aquel momento, miraba a mi descendencia de manera diferente y completamente horrorizada.

Hubo una época en la que todos los días se producían momentos inquietantes. A mí me salvaste tú y la fuerte conexión que siempre he tenido con la literatura. Por supuesto también, mi férrea decisión de conocer únicamente las noticias que me interesaban, filtrando el resto del material sin reflexión y destinándolo al deshecho.

Respecto a la relación de tu madre con Tina, te pediría que tuvieras una mirada diferente a la mía —no me siento orgullosa de mi comportamiento— y la juzgaras con benevolencia. Por supuesto sé que no es fácil. Yo misma —te lo estoy confesando— lo he hecho cientos de veces. Como cuando fui testigo directo de la transformación de Hugo, nunca mejor dicho; te confieso que no lo entendía. Aún hoy me cuesta hacerme a la idea. Era todo tan poco común… que a veces me parecía estar inmersa en un sueño retorcido donde experimentaba el sentimiento amargo de lo absurdo. Trataré de contártelo lo mejor que pueda.

Por entonces, Hugo venía muy a menudo a casa. Era un amigo y compañero del trabajo de tu padre al que casi siempre le acompañaba Ellen, una atractiva joven que él nos presentó como su novia.

Yo, como soy perra vieja, noté en el comportamiento de Hugo hacia tu madre una afectada amabilidad. Una manera *especial* de mirarla. Aparte de una atención descarada y frases francamente comprometidas; impropias, a todas luces, a la mujer de un amigo; cuando no hay más que eso; amistad.

No obstante, hubo un momento en que llegué a sentirme mal conmigo y todo lo achaqué a mi desconfiada manera de pensar porque, a los pocos meses de su presentación, de conocerlos yo —no tus padres que, al parecer, llevaban tiempo saliendo con ellos—, Hugo y Ellen nos anunciaron su compromiso de boda. ¡No sabes, Magy, lo mal que me sentí en ese momento! ¡Cómo se podía ser tan mal pensada! —Me recriminaba.

Y, efectivamente, fuimos todos a esa boda. Fue una ceremonia preciosa en la iglesia de S. José, en la calle Alcalá de Madrid. Con todos los fastos de una boda religiosa. Se encontraba presente en la ceremonia una nutrida representación de lo mejor de la sociedad madrileña. Sé que a Hugo no le hizo ni pizca de gracia ese bodorrio, pero su padre tenía un alto cargo en la Administración y los compromisos a los que estaba obligado eran ineludibles. Así se lo hizo saber a su hijo cuando éste, comprobando la lista de invitados, mostró su disgusto y disconformidad.

Lo que te voy a contar es todo cierto. Te doy mi palabra de honor de que, en los hechos que acontecieron un tiempo después, fue todo real, no hay un ápice de calenturienta imaginación.

Estuvimos privados de la visita de los amigos de tus padres cerca de dos años aproximadamente.

Fue una tarde de septiembre cuando Lea entró en mi habitación para comunicarme que acababa de abrir la puerta a Ellen y a una amiga. Esta nos la presentó con el nombre de Tina.

Me alegré de volver a ver a Ellen. Mi afecto por ella siempre fue notorio y creo que correspondido. Entré en el salón para cumplir con la cortesía de saludar a nuestra vieja amiga y, a su nueva —para nosotros— acompañante que, efectivamente, nos fue presentada como una *amistad especial*. Esas fueron sus palabras. Tú sabes que yo no soy besucona y que mi forma de saludar, si no tengo mucha confianza, es con un estrechamiento de manos. Han pasado algunos años y, a día de hoy, siento vivo el escalofrío que sacudió mi cuerpo al tomar contacto con la piel de la *amiga de Ellen*. Me resultó familiar esa forma de saludo. Esa afectividad con la que fui estrechada. Mientras esa cortesía se producía no me pasó desapercibido el gesto de Ellen. Un gesto entre interrogante y tímido que despertó mi curiosidad haciendo que me fijara de forma descarada —lo reconozco— en la figura de Tina. No te la voy a describir, de sobra la conoces.

¿Cómo podemos adaptarnos a esta tragicomedia que es la vida? Día a día nos esforzamos en represen-

tar nuestro papel en esta pieza de teatro fantasmal. En aquel momento y sin ninguna duda, en ese contacto identifiqué la mano de Hugo. Sus afeminados dedos adornando unas largas y estrechas extremidades —precisamente en el pasado esas manos habían sido motivo, en más de una ocasión, de insolente observación por mi parte— se entrelazaron con los míos. Y fue entonces, en ese instante, cuando mi mirada hizo un recorrido por toda su fisionomía descubriendo, bajo la espesa capa de maquillaje, las inconfundibles facciones de Hugo. Esta constatación me produjo escalofríos y tal parálisis en el ambiente que, por un momento, no se escuchó nada más que el zumbido de un mosquito desorientado cruzando la estancia. Huelga decirte la tensión que se instaló en la habitación. Recuerdo ese momento como uno de los más embarazosos de mi vida.

Hugo siempre me había parecido algo afeminado. Esa nariz fina, perfectamente delineada entre unos pómulos marcados, te parecerá, como efectivamente es, un atractivo en la cara de Tina. Pero imagina esas facciones acompañadas de una boca sensual y de unos rasgados e impresionantes ojos negros en una angulosa cara de hombre. Chocaba a poco que te fijaras.

No sé cómo se precipitaron tantos acontecimientos seguidos. Naciste tú, y las visitas de Tina y Ellen, hasta esos momentos esporádicas, se intensificaron. Creo que las ausencias cada vez más largas de tu padre también lo propiciaron y fueron motivo y pretexto para aumentarlas.

Tu padre y yo nunca hemos tenido una relación demasiado estrecha; cordial a lo sumo. Era como si no terminara de aprobar, y mucho menos de aceptar, la relación entre Bernabé y yo. Digamos que llegó a acostumbrarse y aceptó nuestra convivencia de manera resignada, en cualquier caso siempre distante. Pero eso no quiere decir que yo no valorara y siga valorando, sus virtudes. Siempre fue un hombre ético, trabajador y muy inteligente. Por eso, en un principio, no entendía que no se percatara de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, en su propia casa. Las caricias de Tina hacia tu madre cada vez eran más ostentosas, más desinhibidas. Sin ningún tipo de pudor varias veces se dejaron sorprender por Lea; por mí. Tiempo después supe que para tu padre tampoco constituía ningún secreto. Yo, por mi parte, ya había decidido no presenciar más escenas dolorosas. Me refugié, sí, en los libros; convirtiéndome en una lectora ávida. Pero, ¡ay!, niña. No se puede vivir siempre en un estado de ansiedad. El dolor termina haciéndose insoportable. El espíritu queda doblegado y la lucidez se escapa a chorros por los poros de la piel.

Un día, Lea entró en mi habitación para decirme, misteriosamente, que Ellen le había consultado si podría hablar conmigo. Como era muy difícil encontrar a Doris a solas —había expresado—, le pedía a Lea su intermediación y su parecer.

Por supuesto, le dije que sí. Que cuando ella quisiera y donde quisiera. ¡Tenías que haber visto la cara de Lea!

— ¿Cómo? ¿Que estás dispuesta a salir no solo de tu habitación, sino a la conquista del asfalto? —Dijo mientras yo me echaba a reír con ganas recomendándole menos fantasía.

Aparte de declinar su ofrecimiento de acompañarme —alegaba que no le parecía prudente que saliera sola a la calle después de llevar tanto tiempo sin hacerlo—, procuré no herirla con mi tajante y firme decisión de ir sola a la entrevista; algo que aceptó a regañadientes.

Quedamos al día siguiente en el Café Comercial. El que está situado en la Glorieta de Bilbao y que, junto al Café Gijón, eran los centros de reunión de la intelectualidad en Madrid; sobre todo de posguerra. Esta explicación me parece un poco absurda pues creo que tú conoces estos cafés; pero como nunca me has hecho mención de ellos… Tu abuelo y yo éramos clientes asiduos. ¿Sabes? A mí, al estar tan céntricamente situado, me venía estupendamente. Pero es que, además, sirven uno de los cafés más exquisitos de Madrid.

Al día siguiente, a las seis y media —la hora convenida—, me bajaba de un taxi en la Glorieta de Bilbao número siete para encontrarme con Ellen. Era la hora de la merienda, el local estaba lleno y me deleitó el intenso olor a café tostado que respiré nada más entrar por la puerta. Descubrí a Ellen sentada en una de las mesas pegada a uno de los ventanales. Ella no me vio entrar, lo que me permitió observar su cara pálida y la forma mecánica de sujetar la cucharilla con su mano dando vueltas a un café que no había tocado.

El interior de la cafetería me resultó oscuro; quizás porque llegaba con la mirada acostumbrada al resplandor de la calle. ¡Pero qué impresión me hizo volver a aquel lugar después de tantos años! ¡Cómo se agolpaban en mi cabeza los felices recuerdos! Me encontré bien en aquel sitio y cometí el error, sin aparentes consecuencias, de olvidarme tanto de mi sordera como de mi ceguera. Y, por supuesto, de mi agorafobia. Si Ellen se percató de esas ausencias, no demostró ningún síntoma. No quiero yo decirte, Magy, que no se diera cuenta de nada. Lo que te digo es que tuvo la elegancia —nada extraño en ella— de no hacer mención. Ya sabes aquello que se dice cuando se pretende ilustrar a alguien sobre la buena educación: *Esta no consiste en no volcar la salsa sobre el mantel, sino en aparentar no darte cuenta cuando lo hace otro.*

Por fin Ellen se percató de mi presencia y se levantó viniendo a mi encuentro saludándome cariñosa con un par de besos. Ese gesto me permitió observar el buen gusto con el que iba vestida. Llevaba una camisa de seda blanca que se cerraba al cuello con un gran lazo lateral, mientras un broche de pedrería lo sujetaba impidiendo la posibilidad de que éste se descolocara. Una falda de tubo marrón chocolate y unos zapatos de piel, del mismo color, remataban su atuendo; otorgándole esa seguridad que da saberse elegante, atractiva y con la indumentaria adecuada. Sí, tenías que haber visto las miradas de reojo que le dirigía la señora que ocupaba la mesa de al lado.

Una vez que nos saludamos y después de los formulismos — ¿Te parece bien la mesa que he elegido? Claro muy bien. ¿Qué vas a tomar? Cualquier cosa. Yo estoy con un café, ¿te pido otro?—, en principio nuestra charla giró sobre cuestiones intrascendentes; como el bochorno que hacía ese día en Madrid. Hablar del tiempo, como ya sabes, es un recurso que ayuda a romper tensiones. De pronto, la conversación, se quedó como suspendida en el aire. Era evidente que Ellen quería leer a través de mis gestos lo que me estaba pasando por la cabeza. Empezó hablando de no sé qué y era como si las frases volaran alrededor de la nada. Ellen sacó un cigarrillo de una preciosa pitillera de plata y accionó el encendedor del que emanó una llama. Le temblaba la mano cuando sujetaba el cigarro entre los labios. Estaba manifiestamente nerviosa, pero se dominó y entró directa al tema.

—Bien, te habrá extrañado mi repentina y urgente intención de hablar contigo, supongo…

—Sí, la verdad es que un poco sí —le contesté y me hubiera gustado decirle que me encontraba más nerviosa que ella.

Pero no se lo dije y desvié la mirada fijándola en el exterior y observando, a través de los cristales, cómo los viandantes caminaban agobiados. ¿Magy, te has dado cuenta de que la gente en Madrid siempre va deprisa a todos lados?

Yo continuaba esperando a que Ellen tomara la iniciativa. Mira, cariño, estaba claro que esa mujer que-

ría y tenía la necesidad de hablar, pero no sabía por dónde empezar. Y lo peor de todo es que yo, en aquel momento, no sabía cómo podía ayudarla. Desconocía el motivo exacto del que quería hacerme partícipe. Podría transcribirte ahora exactamente la conversación, pero trataré de resumírtela, que creo es lo que a ti más te interesa.

Ellen me prevenía *de lo difícil que le resultaba hablar de un asunto tan delicado, y me pedía disculpas por adelantado por abusar de mi tiempo* —dijo— *y por encontrarse tan nerviosa. Bueno, eso no hace falta que te lo diga, ya lo has notado* —confirmó sonriendo—. *¡Es tan evidente!* Y a continuación empezó a narrarme parte de su vida que, aunque al principio me pareció prescindible, en seguida me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Así empezó a relatarme cuándo y cómo conoció a un chico, llamado Hugo, en la Universidad de Sevilla. Estudiaban los dos Filosofía y Letras. Al principio les unió el hecho de que los dos procedían de Córdoba y esa coincidencia les permitió estrechar una amistad que, con el tiempo, se fue convirtiendo en un sentimiento más profundo.

—Me enamoré perdidamente de él —murmuró de golpe dirigiendo su mirada hacia la taza del café como si quisiera encontrar en el oscuro líquido la fuerza que necesitaba para mirarme a la cara—. Pero ese amor solo fue sentido por mí, Doris —aseveró con tristeza.

Y siguió contándome que Hugo no se comportaba como los otros compañeros de clase.

—A veces parecía engreído, tenía momentos en los que era muy animado, en otros, truculento y a veces las dos cosas al mismo tiempo. Posiblemente su desconcertante comportamiento era lo que más me atraía. Me gustaba cómo pasaba de la frialdad más absoluta a la ternura más envolvente derramando sus afectos de manera generosa. Era alguien diferente —enfatizó Ellen con los ojos teñidos de nostalgia—. Yo tardé un tiempo en comprender por qué él nunca me robó ningún beso a traición en la oscuridad de un cine, por ejemplo, como lo habían hecho otros compañeros de la universidad. Tenía que haberme dado cuenta del porqué de su comportamiento hacia mí. Era de una sobriedad permanente, incluso cuando nuestra soledad nos invitaba a conocernos, a explorarnos. Y hasta cuando me dio un primer beso, también fue *diferente*. De la manera que cerró sus ojos casi con violencia… No obedecía, para nada, a vivir aquel momento con la esperada feliz intensidad. La que yo anhelaba creer. No, para nada. La realidad era muy distinta. Los cerraba porque al tenerlos abiertos se veía reflejado en un acto que abominaba; y le hacía sufrir.

Ya te he dicho que yo estaba loca por él, Doris. Y ese gesto no lo interpreté como lo que era, un rechazo. Pero a mí, solo a mí como Ellen, no a la mujer en su género. Por el contrario, yo transformé ese gesto en una reacción romántica: como la necesidad de llenarse los pulmones de aire para poder soltarlo en el cielo de mis ilusiones. No supe interpretar entonces la respiración contenida que inmediatamente soltó en un

suspiro. No supe ver en Hugo un alma atormentada, llena de frustraciones. Eso es lo que era y había sido siempre desde que tenía uso de razón. Un corazón mortificado. Pero yo —seguía relatándome Ellen con un rictus de amargura en sus labios—, estúpida de mí, seguía disfrazando la realidad otorgándole calificativos confusos a sus huidas amorosas; exceso de respeto, de recato. Justificaba mi necesidad de entender que era una manera diferente de manifestación amorosa. Pensaba que esa poquedad con la que acudía a mis reclamos, verdaderamente ardientes… Cuando era yo quien le arrinconaba en cualquier fachada era natural. Quería ayudarle aprovechando la oscuridad de la noche para besarle, para restregarme contra él. Creía que con mi procacidad le ayudaba a romper las cadenas mentales de las que yo —otra vez estúpida ingenua— estaba segura que él se encontraba preso. ¡Qué ironía! Esa impudicia que yo le mostraba era como la heroína del drogadicto. La fuerza anímica que necesitaba su espíritu para escurrirse de mis brazos como lo haría una anguila escapando de su depredador. Eso es lo que parecía su cuerpo evadiéndose del cerco amoroso.

Recuerdo una ocasión en la que, después de tratar de seducirlo y fallar en el intento, traté de verter en su oído palabras que calmaran sus miedos —supuestos solo por mí— a quebrantar mis convicciones morales. Él me miró como si no me estuviera viendo, como si mi rostro careciera de carne y estuviera observando una calavera parlante. Pasaron unos segundos interminables. Esbozó una sonrisa y me dijo simplemente:

No seas cursi, Ellen. Y yo creí morir. No me he sentido más humillada en toda mi vida. Más que por su falta de sensualidad, por su gélida manera de mirarme. No le entendía. Y, ante mi estupor, a él no se le ocurrió más que la peregrina idea de tratar de justificar su ausencia de deseo con excusas motivadas por no sé qué motivos de índole religioso, imperante en la época. ¡Pero si era lo mismo que lo que yo acababa de repetirle! Era desesperante, Doris, escucharle, de manera precipitada intentar aclararme, una y otra vez que no lo hacía por él. *Lo hago* —manifestó— *porque no quiero que alguien nos vea y te sientas perjudicada por ello.*

Doris, ¿puedes imaginar una excusa más absurda? Pero, además, ¿puedes imaginar a alguien más estúpida que yo?— Me comentaba Ellen con los ojos anegados de lagrimas— Estaba claro que a mí ni me veía. ¡Y yo no concebía el mundo sin él!

Magy, si hubieras escuchado la amargura de su voz. El gesto de sus manos con los dedos abiertos y agarrotados, escenificaba la misma imagen de la crispación. Iba a contestarle, pero no me dio tiempo. Ellen se adelantó y, levantando los hombros en un gesto de resignada aceptación, me dijo.

—Era una excusa escuálida.

Aunque es cierto, te aclaro Magy, que las rigideces morales de la época nada tienen que ver con las actuales que han cambiado mucho en pocos años. Y, aunque era verdad que entonces había mucha gente considerada *normal* que pensaba y actuaba de esa ma-

nera, también es cierto que, en aquel caso, esas convicciones no tenían nada que ver con las causas de su *comportamiento.*

Tina había nacido hombre por una equivocación de la naturaleza. Y, aunque de esa equivocación nadie fuera culpable, no lo veían de esa manera sus padres. Una realidad que había que ocultar a toda costa. El primogénito de una familia conocidísima en Córdoba, aunque la mitad de la actividad laboral del padre de Hugo se desarrollara en Madrid. Bien situado en las altas esferas, no podía dar el campanazo de pregonar que su hijo mayor fuera el protagonista de uno de los gazapos más crueles que te puede propinar la vida, de una excepción que rompe las reglas de la creación. —Al menos en las mentes de la intolerancia, donde existían, existen e existirán si no se pone remedio—. Sin embargo Hugo, tenía muy claro que, aunque él tuviera pene, ese apéndice no era un impedimento para estrangular sus sueños de mujer. Él era una mujer en un cuerpo equivocado. Su manera de pensar y de sentir era femenina. ¡Gritarlo a los cuatro vientos era lo que más deseaba en el mundo!

Solo existían en su vida dos grandes emociones que entraban en permanente colisión. La primera era contra ese apéndice que irreverentemente se había instalado entre sus piernas; un saliente de carne que, dejando a un lado la utilidad imprescindible de su funcionalidad, para lo único que le servía era para impedirle, a diario, mirarse desnudo en el espejo porque, cuando lo hacía, las náuseas le agarrotaban las entrañas provocándole un deseo acuciante de morir. Y la otra era

mucho menos hiriente, pero igualmente agotadora. Un constante combate contra las ignorantes creencias de sus padres, partidarios de curar su *enfermedad* a través de médicos dogmatizados o clérigos de dudosa sabiduría que trataban de imponer sus verdades de pacotilla. Virtud y moralidad eran defendidas a costa de lo que fuera; aunque lo que fuera estuviera fundamentado en la asofía más tenebrosa y absolutamente carentes de sentimientos.

Al parecer solo hubo una terapeuta cordobesa, la doctora Valeria Mar, que, tras varias sesiones de charlas incesantes por su parte —me comentaba Ellen que le había revelado Hugo— y prolongados silencios por parte de la profesional, había sido capaz de verter luz en su compleja existencia. Una tarde, como tantas, donde una vez más él se disponía a hablar, fue interrumpido por la psicoanalista: *Hugo, no te pasa nada que no tenga solución.*

Mira Magy, en este punto de la conversación, Ellen hacía verdaderos esfuerzos para transmitirme la emoción de Hugo, cuando la psicóloga, rápida y de manera natural le diagnostico: *sencillamente eres una homosexual lesbiana.* ¡Qué alivio! No es que él ignorara su condición sexual. Lo que pasaba es que esa constatación se la regalaba una reputada profesional con la mirada oblicua a través de unas gafas de concha y después —según le confirmó— de haber estudiado su caso minuciosamente.

Hugo creció en el fangal del sufrimiento —continuaba Ellen— y conocerme a mí fue —según mani-

festó muchas veces— lo mejor que le había pasado. Le permitió, me confesó con la voz y las palabras quebradas, sobrevivir a la locura nadando, por fin, en las aguas de la esperanza. En ese mar de pensamientos incoherentes donde buceaba para encontrar la manera de obrar, día a día, frente a su destino. Se enamoró de mí, pero no con sentimientos de varón, ¿sabes, Doris? Amaba nuestra amistad. Envidiaba la libertad en la que yo me desenvolvía con la misma intensidad con la que la deseaba para él, porque Hugo se sentía preso. Preso de un cuerpo que odiaba. No le pertenecía y, lo que era peor, según me confesó entre lágrimas, lo único libre que hubiera podido serenar su espíritu hubiera sido poder proclamar a los cuatro vientos lo que le había confirmado la terapeuta: *¡Soy una mujer y, además, me siento atraído por las mujeres! ¿Dónde está mi pecado?* Pero el mundo no estaba dispuesto a escucharle, a comprenderle. Y con todos esos controvertidos sentimientos estaba obligado a convivir luchando entre los desiertos afectivos de su entorno.

—*No puedo satisfacer tus deseos sexuales, Ellen* —le había confesado al fin Hugo, hundido en la negra y atribulada noche de bodas—. No puedo porque, aunque a mí me atraigan las mujeres, soy consciente de cuáles son tus apetencias sexuales.

—Durante un rato no supo, no supimos decir nada. Con la voz más aplomada que he oído jamás, solo atinó a decir *qué mala suerte has tenido, mi vida.* Y empezó a acariciarme en silencio. Tenía las manos tan pálidas como su cara. Me parecía un hombre frágil, hueco.

Intenté mimetizarme con su *yo*, y le imaginé perdido, queriéndose diluir en la nada. Hizo el gesto —seguía contándome Ellen— de abrir la boca para decir algo que validara sus pueriles explicaciones; palabras con las que poder revestir con dignidad, si le quedaba alguna después del engaño, sus pretendidos argumentos.

No sé lo que esperaba de mí después de esa confesión —seguía argumentando Ellen—. Podía haberle recriminado su anómalo y cruel comportamiento. Vivía una pesadilla. ¿Dónde estoy? ¿Por qué están estranguladas mis palabras en la garganta? Después he llegado al convencimiento de que mi silencio fue beneficioso, Doris. Si las palabras hubieran tenido espacio para salir, posiblemente habrían estallado en lamentos. Y no estaba segura de que esas lamentaciones hubieran podido disolver mi angustia. En realidad, sentía la ausencia de sangre en las venas. De oxígeno en mi cerebro. ¡Quería morir! Pero antes de hacerlo me vería obligada a escuchar, aunque no quisiera, sus alegatos.

Todo esto, Magy, Ellen me lo contó en más o menos hora y media. Sentadas en aquella mesita cuadrada de mármol gris situada en el rincón de la cafetería y observando cómo un señor de avanzada edad, sentado en otra que se encontraba a nuestra izquierda, parecía estar más interesado en nuestra conversación que en la revista, que disimulaba estar leyendo. Me hizo gracia la forma que tuvo de fingir al verse descubierto por mí. La cerró de golpe con cierto nerviosismo manifestado, ostentosamente, en la urgencia con la que pidió al camarero otro café expreso.

Volví a colocar toda mi atención en la conversación con Ellen, haciéndole una pregunta estúpida, que ni ahora me acuerdo cuál fue. Me di cuenta de lo inapropiada que debió de ser, cuando observé aquella mirada interrogante y sin significado, escrutando mis ojos. Sentí vergüenza por mi torpeza. ¡Estaba tan impactada por todo lo que me estaba contando...! Que, al parecer, no me había enterado de nada. ¿Sabes, Magy? Pienso que no demostré tener mucha sensibilidad cuando pretendí hacerle un análisis dialéctico como este: *Puesto que le atraían las mujeres, ¿por qué no aprovechó su naturaleza, o sea, sus atributos masculinos para satisfacer tus deseos sexuales?*

—Creo que no me he explicado bien —me replicó ella completamente descolocada, sonriendo socarronamente y suspirando paciente antes de contestarme con su habitual cortesía—. Eran sus atributos precisamente los que odiaba —contestó moviendo la cabeza de arriba abajo—. Él era consciente de que solo la extirpación de sus órganos masculinos le traería el sosiego que necesitaba para continuar su vida. Ha luchado por convertirlos en un recuerdo. Por diluirlos en una lejana pesadilla, procurando que le dejaran el menor rastro posible; asumiendo los grandes riesgos —nunca ocultados por los profesionales— de someterse a una compleja operación transgénica. Y, créeme, hasta que lo ha conseguido no ha podido darse ni un segundo de paz.

¡Qué bochorno pasé, Magy! ¿Qué me estaba pasando? No atinaba a expresar con palabras mi com-

presión. Al contrario, estas parecían ir por libre. Y, una vez más, volví a hacer gala de mi torpeza, de mi falta de empatía porque no pude estar más enmohecida que cuando le volví a hacer otra pregunta aún más inaprensible, confieso. Fue la primera que me vino a la cabeza.

— ¿Pero cómo pudo Hugo dar pie a la celebración de esa boda? ¿Cómo es posible que entre vosotros hubiera tan poca comunicación?

Así es, Magy. Estaba claro que seguía obviando explicaciones que Ellen ya me había dado y yo, que acababa de escucharme reiterativa, me percaté de que había vuelto a reincidir en mi estupidez. ¿Acaso me estaba pasando factura el haber vivido aislada tanto tiempo?

Ellen quiso sonreír, pero solo consiguió perfilar una mueca en su boca al intentar obviar mis comentarios y contestarme.

—Poca comunicación ciertamente. Y yo, Doris, mientras tanto, contemplaba con los ojos abiertos sin reaccionar a la oscuridad de mi futuro.

— ¡Discúlpame! No sé lo que me está pasando… —Le dije— Es tan insólito lo que me estás…

—No te preocupes —me cortó Ellen—. Entiendo tu sorpresa y así de sorprendente es todo lo relacionado con Hugo. —Contestó paciente, antes de proseguir—. Trató de retenerme engañándose e inventando una mentira detrás de otra. Mientras, el tiempo acechaba sin que encontrara el momento de las explicaciones. Se

refugiaba en la cobardía del *mañana será otro día* sin reaccionar. Hasta que lo inevitable se impuso con la crudeza con la que lo haría un toro embistiendo el capote de la realidad. Y ahí casi me hundo, ¿sabes, Doris?

Ellen seguía y seguía relatándome lo duro que fueron aquellos momentos. Al parecer, ante el mutismo de ella, Hugo quedó completamente descolocado, farfullando frases incoherentes, totalmente desencajadas y nerviosas. Seguramente, hubiera preferido que yo —seguía Ellen con la atención en el pasado— hubiera reaccionado con un visceral insulto o un llanto, antes que al prolongado silencio con el que le estaba obsequiando.

Pero a ella le fallaban las fuerzas y estimó que era el momento de callar. Esperaba la recompostura de su marido y, además, no tenía la seguridad de querer seguir escuchando más excusas y más posibles mentiras. Ellen me comentó que era consciente de lo poco elegante que, en aquel momento, hubiera sido alardear de sufrimientos tirándoselos a la cara. Así es que tomó la decisión de romper el irritante silencio sin reproches, pero con preguntas y en el tono más sereno que le permitieran sus emociones. Tenía delante de ella a un ser deshilachado, con el pelo revuelto y los labios enrojecidos de tanto morderlos, era la misma estampa de la amargura. Estaba segura de que con cada pregunta que le hiciera se hundiría con él, así es que siguió en silencio hasta que al fin Hugo, se decidió a hablar. Esta frase Ellen me la dijo con un brillo especial en su mirada y con la voz tan tenue que apenas fue perceptible.

Mi primer impulso fue acercar mi silla algo más a ella para compartir su incertidumbre y sumarme, aunque fuera gateando, a sus sombras. Ellen agradeció mi gesto y, tratando de aclarar su garganta con un carraspeo, continuó con su relato.

—Hugo trató de explicarme de mil maneras por qué había permitido que llegáramos hasta aquel desconcertante momento. *Pensé que podría seguir engañándome* —me dijo encogido sobre sí mismo hasta quedar tan enroscado como un ovillo—. *Y, aunque no creo en los milagros, quería que el engaño funcionara contigo, no sabía de qué manera ni por cuánto tiempo.*

Doris —me dijo Ellen angustiada—, soy consciente de que relatarte lo que me estaba contando Hugo es desvirtuar mi desconcertante estado. Quisiera trasmitirte mis sentimientos cuando seguía escuchándole. Cuando seguía explicaciones como estas—; *sin embargo, está claro que mi cobardía no ha hecho más que empeorar la situación. ¡No puedo más, Ellen!,* dijo. Y se desplomó sin fuerzas encima de la cama llorando. Nunca hasta entonces vi a alguien tan vulnerable. Y si hubiera seguido mi impulso, le habría protegido con mis brazos como lo haría con un niño. Eso era Hugo para mí en esos momentos: un niño pequeño y vulnerable.

En todo ese tiempo de confidencia, tanto la voz como la mirada de Ellen estaban sometidas a cambios constantes. Por momentos su voz parecía ahogarse en una alargada corriente, obligándome a cambiar de postura para tratar de escucharla mejor. La mirada que hacía unos momentos brillaba febrilmente; de golpe se

tornaba achantada. No sé si porque no quería que leyera en ella una debilidad de la que no se sentía muy orgullosa o porque temía hacerme daño con ella. A veces parecía un gato escondiendo las garras. En otros momentos, se quedaba contemplando la taza del café que tenía delante y al que mecánica y compulsivamente no dejaba de dar vueltas con la cucharilla.

Magy, me daba la impresión de que estaba sorprendida, incluso asombrada de haber sido capaz de hacerme participe de sus sentimientos. Aunque no era solo ese el motivo. Lo comprendí cuando sin haberme dado tiempo a asimilar tan desconcertante relato me espetó.

— ¿Y sabes una cosa más?

Y mientras me hacía la pregunta no le importó sacar sus garras de gato y ningún inconveniente en mirarme a los ojos; al revés, creo que se sintió bien adoptando una postura tan felina. Yo sentí un escalofrío, no solo por su forma de mirarme, sino por la manera retadora que tuvo de colocar su cuerpo. Tuve el presentimiento, Magy —como así fue— de que se estaba preparando para soltarme alguna bomba de relojería.

—No. Dime. ¿Qué tengo que saber? —Le dije titubeando—. Si vieras cuánto temor encerraba esa apremiante respuesta.

—Pues que está completamente enamorada de Luz. Y creo sinceramente que es correspondida. Te podría dar más datos. Todos revelados por Tina. Pero no quiero meter cizaña.

Lo soltó así, de golpe y carrerilla, provocando una mueca bobalicona en mi boca y una arcada en mi estómago que me dejo muda. No, *cizaña* no sé si era la palabra exacta para calificar el desasosiego que introdujo en mi espíritu. Solo te confieso que, cuando volví a la casa, lo hice con el mismo cansancio que un penitente, con la cruz a cuestas, cuando ha terminado su recorrido en las procesiones de Semana Santa. Una cruz interiorizada e inmensamente pesada.

Tuve conciencia de cómo mi alma crujía al hacerse añicos y la sospecha de la aparición de nuevas cicatrices. Más tarde, cuando el vómito me permitió mirarme en el espejo del aseo de la cafetería, éste me devolvió la imagen de una mujer apesadumbrada y con más arrugas.

Cuando entré en la casa, Lea me esperaba ansiosa por saber. Inquieta porque no esperaba nada bueno de aquella entrevista. Por supuesto, se lo conté todo. Aunque ella sabía que Tina era Hugo —yo se lo conté en su momento— no quería darse por enterada de la relación con Luz. Por eso, cuando le reproduje la conversación —ya sabes cuánto la quiero y lo que significa su opinión para mí—, se quedó realmente afectada. Sospechaba algo raro en el comportamiento de Tina, es tan evidente que no es normal... —me dijo atragantándose con las palabras—, solo que no quería imaginarse que fuera algo tan serio.

Confieso que, a partir de esa entrevista, el día a día de convivencia en casa me resultó bastante incómodo. Asfixiante en algunos momentos. Ya sé que me repito,

pero por eso, querida niña, mi reclusión, mi ceguera y mi sordera se afianzaron. Estaba claro que no sabía cómo combatir aquel olor, acalorado y crudo, que se masticaba en la casa. Con ello no pretendía desvincularme de los problemas cotidianos, para lo que contaba con la inestimable ayuda de Lea. Y de la tuya también. Estaba al día de los acontecimientos que se desarrollaban en la familia temiendo que ocurriera, precisamente, lo que hace algunos años me contaste haber presenciado tú. Me angustiaba pensar que la falta de discreción de tu madre y de Tina pudiera dañarte no solo a ti, también a tus hermanos. Y con ellos lo tenía más difícil. Por su férreo hermetismo, saber lo que pensaban era casi imposible.

Me hubiera gustado hablar contigo entonces, pero eras demasiado joven. Era difícil explicarte ciertas situaciones, ciertos comportamientos. Creo que tu madre tenía que haber protegido su intimidad algo mejor, no porque yo juzgue si estaba bien o mal lo que hacía, no precisamente porque, como un día le dijo tu padre, ella era la dueña de su cuerpo y de sus emociones. Pero tenía también tres hijos pequeños —tus hermanos con quince años tenían una edad peligrosa— a los que debía proteger. ¿Cómo? Pues adoptando conductas más discretas y, a ser posible, lejos del domicilio. En fin, yo no soy martillo de moralidad para nadie, pero tenía que haber evitado la posibilidad de haceros daño. Ni más ni menos.

¿En qué medida esa manera desinhibida afectó al desarrollo personal e intelectual de tus hermanos? No lo sé. Ni por desgracia ya lo sabremos nunca. ¿Ellos

llegaron a ver algo que los afectara emocionalmente? Lo ignoro. La poca y mala comunicación que existía con los gemelos también me ha quitado muchas horas de sueño. ¡Ha sido una pena! Pero así se ha dado y mucho me temo que algo pudieran haber visto y que, por falta de ánimo o por vergüenza —vaya usted a saber—, se lo hayan callado para siempre. Al menos por parte de Gus, así será.

Pero, Magy, eso no es obstáculo para que te pida que, si hay rencor hacia tu madre, trates por todos los medios de desterrarlo. A nadie le perjudicará ese sentimiento más que a ti. Descontrolará tu vida y no te permitirá afrontar el futuro de manera clara. Te lo dice la voz de la experiencia y seguramente la persona que más te quiere en el mundo. Espera a que Bogna salga de la cárcel y márchate con él Y, sobre todo, querida niña, sigue levitando cuando no controles las situaciones y elévate por encima de las mezquindades tanto como puedas, sabiendo que siempre, siempre estaré a tu lado.

Capítulo 15

Magy, con las cuartillas ligeramente desordenadas sobre sus piernas, trataba de reponerse del impacto que le había producido haber navegado por el túnel del tiempo al que su abuela le había permitido asomarse. Tenía la mente en blanco y manejaba las hojas de papel dándoles vueltas como si fuera un autómata. Las apoyaba ordenadas, encima de las piernas, y al minuto siguiente las estrujaba compulsivamente contra su pecho. Y, mientras lo hacía, trataba de volver a sentirlas a través del tacto, pasando los dedos suavemente por encima de la escritura, lo mismo que lo haría un invidente repasando un manuscrito en braille. ¿Qué podía hacer para acabar con esa congoja que le mordía las entrañas? ¿Era justo que ella se hubiera tenido que enterar ahora, después de tantos años, de los atroces sufrimientos por los que había pasado la persona que más quería en la vida? ¡Ahora que ya no la podía consolar! ¡Ahora que sus besos caerían en el vacío rebotando en el abismo de la desesperanza!

No te preocupes, abuela. Trataré con cordura mis emociones, se dijo Magy llevándose las manos a los ojos y estrujándoselos con las lágrimas que hasta ese momento resbalaban mansas y pertinaces por su cara. Trataré de seguir tu consejo, se repitió moviendo la cabeza ante la sombra siempre presente de su abuela.

Cómo le hubiera gustado comentar con ella que ya conocía la historia de Tina. Que también fue Ellen quien se lo reveló, en modo y forma muy parecida a la que lo hiciera con ella. Le hubiera gustado tanto desahogarse. Contarle cómo había sufrido con el sádico comportamiento con el que Tina no perdía ocasión de jugar con sus sentimientos, y para que los escarceos con su madre fuera percibido por ella. Este constatado hecho descolocaba los sentimientos de Magy. No estaba segura de lo que esa mujer quería conseguir con sus exhibiciones. ¿Era consciente de los estragos que tales comportamientos causaban en su sensibilidad? Hubiera sido tan importante para ella contarle las argucias de las que se valió Tina para revelarle su nido de amor. La forma diabólica que utilizó para tirarle el anzuelo. Lo hizo con la maestría del pescador preparando el cebo para cobrarse la pieza. Esa era la sensación que Magy tenía cuando recordaba cómo fue *capturada* aquella tarde de verano. Recordaba la manera tan pueril en la que cayó, como una imberbe, en las redes tupidas de Tina, la experta pescadora de emociones.

Aquella tarde, Magy se encontraba en la biblioteca de su casa. Era una bonita habitación con estanterías de madera, de Pino Melis, colindante al salón y sepa-

radas las dos estancias por una puerta corredera. Desde que su padre dejara la vivienda conyugal, ella solía pasar allí la mayoría del tiempo que no le dedicaba a su abuela. En la biblioteca. No solo leyendo, sino buscando recuerdos de él en los renglones de algún viejo libro o inhalando el olor a su *After Shave* con el que estaba impregnada la estancia. Ni siquiera percibió los minúsculos destrozos que el tiempo había hecho en las estanterías. Aunque la verdad era que su ausencia tampoco había sido tan prolongada como para no seguir manteniendo vivos los recuerdos, intentando rechazar la trampa que le tendía la nostalgia.

Se encontraba seleccionando la lectura que se llevaría al Máster de Literatura Clásica que estaba a punto de emprender en la Universidad de Harvard. La puerta estaba entreabierta de manera que la entrada de Tina en el salón fue percibida por Magy con cierto desasosiego. No hacía falta que volviera la cabeza, que apartara la vista de los libros perfectamente alineados y catalogados por temas, para que sintiera la ardiente mirada de la amiga de su madre. Se quedó paralizada. Magy sabía perfectamente que, si se daba la vuelta, tendría que enfrentarse a la provocación. Ese sentimiento le turbaba de tal manera que noto el desaliento en sus rodillas, una vez más, como el que había padecido en parecidas ocasiones. Fueron unos minutos, o quizá solo segundos, pero angustiosos.

El sonido providencial del teléfono la sobresaltó rompiendo el tenso silencio y haciendo que Magy se compadeciera de su inseguridad. Contestó Tina, mo-

mento que la joven aprovechó para darse la vuelta y ver cómo la amante de su madre mantenía una conversación con alguien en un tono aparentemente intrascendente, con cierta atonía, pero asegurándose de que su voz le llegara a Magy no solo como un murmullo metálico, sino garantizando que los intrigantes monosílabos con los que jugaba despertaran el interés de la joven. Y así fue. Su tono de voz era estudiadamente bajo, pero claro y nítido, tanto como para cerciorarse de que había hecho diana en la curiosidad de su presa. Magy esperó en silencio a que Tina abandonara el salón para salir de la biblioteca. Recogió los pocos libros que había seleccionado y se fue a su dormitorio a meditar si al día siguiente pondría en práctica sus dotes detectivescas o, por el contrario, se quedaría en casa sufriendo en solitario.

Había muchas cosas de ella que no conocía. Desconocía cuál sería su reacción cuando estuviera delante del número dos de la calle Lanero, el domicilio citado clarísima e intencionadamente por Tina en la conversación telefónica. A priori, Magy tenía la certeza de que era el lugar de encuentro entre la madre y su amante. Entonces —reflexionaba—, si estaba segura de lo que se iba a encontrar, ¿qué morboso interés la arrastraba a picar el anzuelo? ¿Por qué siguió a Tina hasta la parada de taxis en la Puerta de Atocha?

Aquella tarde se había puesto un vestido azul claro de rayas que estilizaba su ya delgada figura. Los tacones los había sustituido por unas *manoletinas* que aportaban a sus andares aires de adolescencia recién

estrenada. Tenía que sentirse cómoda. No tenía ni idea de cuáles iban a ser sus próximos movimientos y los tacones para subir o bajar o, sencillamente, porque las prisas limitaran sus movimientos, le entorpecerían.

Cuando el taxista la avisó a través del espejo retrovisor de que el compañero al que seguían, había parado en la calle Lanero, trasladó a su pasajera la conveniencia de hacerlo unos metros antes: *si es que lo que usted pretende es pasar desapercibida* —adujo misterioso.

¡Ay, abuela! Sollozaba Magy. Las dos hemos callado por la misma razón. Protegernos contra los disgustos. ¡Qué paradojas tiene la vida! Al querer evitarnos el sufrimiento, nos hemos privado del consuelo que nos hubiera proporcionado compartir tan extraordinarias situaciones y tan extrañas conductas. Magy odiaba a Tina y odiaba a su madre. No juzgues, le decía su abuela. ¿Pero a qué razonamientos hay que recurrir para que se puedan controlar esos sentimientos?

Desde que tenía uso de razón, guardaba un sentimiento de orfandad muy arraigado. ¡Nunca sintió la presencia de una madre! Y no solo se refería al cariño que ésta le podía haber proporcionado. Ni a la ausencia de afectos entre ella y sus hermanos, pues cariño no le faltó nunca, siempre vivió rodeada de él. Como el que le regalaba su padre, escaso en el tiempo, pero generoso y auténtico. El de Lea, cómplice mimoso y protector y por encima de todos, el de su abuela. Lleno de luces, de colores, de magia.

¿Y ahora qué?

No le dio tiempo a seguir pensando. Lea llamó insistentemente a la puerta de su dormitorio algo alarmada por la cantidad de tiempo que llevaba Magy metida en él.

—Pasa, Lea.

—¿Pero tú sabes el tiempo que llevas encerrada aquí? —Le preguntó al tiempo que interrogativamente posaba su mirada en el rostro de Magy.

— ¡Estamos preocupados por ti!

—No..., no sé el tiempo que llevo. Pero podéis tranquilizaros. Me encuentro bien. Por cierto, me dijiste que si te necesitaba para que me aclararas cualquier duda te preguntara, ¿no es así?

—Por supuesto. Tú dirás, bonita —se lo decía mientras se colocaba el peto del delantal delante del espejo con un gesto de máximo interés en su cara.

— ¡Ah, bueno, yo diré! —Arguyó Magy irónica—. ¡Creía que no había secretos entre tú y yo!

—Y así es —contestó Lea volviéndose extrañada y bruscamente hacia la joven.

— ¿Entonces podrías contarme *cierto episodio* acontecido en vuestra juventud? Me refiero a la tuya y a la de mi abuela.

— ¿Episodio...? —Respondió Lea algo descolocada—. De verdad que no entiendo a qué episodio te refieres.

—Sí, algo que tuvo que ver con el director de cine José Luis García Berlanga. Y no temas, te puedo en-

señar la parte del diario donde mi abuela no solo te da el permiso, sino que te exonera de la obligación de guardar el secreto. Por cierto, si es que ha sido capaz de guardarlo, me comenta irónicamente. Ya ves que hasta ella misma duda de que hayas podido resistirte a contarme algo tan curioso.

— ¡Ah! ¡Vamos! Sí..., sí, es cierto —contestó Lea emocionada—. ¡Por supuesto! Mira, si no lo he hecho antes, no ha sido solamente por mi promesa, es que cuando alguna vez he querido contártelo, alguna presencia inoportuna me lo impedía y últimamente con tantos acontecimientos... sinceramente se me había ido de la cabeza, pero sin ningún problema te cuento.

Y Lea empezó a relatarle lo que, según ella, hacía mucho tiempo había sucedido; un hecho intrascendental, pero curioso e interesante.

—Mira —le dijo—, como te he comentado muchas veces, tu abuela era una mujer bellísima. Ya de niña lo era. Pero de mayor, aparte de su belleza física, poseía un porte y una elegancia *especial*. En la forma de evocar a su abuela, Magy notó el orgullo y la admiración reflejados en los ojos de su amiga. Lea se sentó en una butaca auxiliar, coquetamente tapizada de una tela de cretona floreada y estirando las piernas, se llevó las manos a la cabeza con el pretexto de recoger unos pelillos que le sobresalían del moño para, acto seguido, con una sonrisa de complacencia total, sumergirse en el pasado y desvelarle a Magy aquella singular anécdota.

—Me acuerdo de que era verano y tu abuela acababa de venir de Londres con su flamante título bajo el brazo que le acreditaba como enfermera. ¡Y de quirófano nada más y nada menos! Ella prefería quedarse en Madrid conmigo a cuidar de la casa en vez de irse a cualquier parte. No le atraía la idea de ir a Santander, que era donde pasaban los veranos Aurora y Bernabé —más bien Aurora con tu madre porque Bernabé se quedaba poco— y, claro, allí no solo no era procedente que fuera, es que tampoco ella quería ir. Así es que aquel verano lo pasamos juntas en Madrid. Aguantando un calor insoportable. Tenía necesidad de estar a solas conmigo para, según me dijo, ponerme al día de un montón de novedades de las que tenía verdadera necesidad de hablar. Entre otras cosas, tu abuela venía muy afectada por no sé qué situaciones que había vivido con los compañeros, primero en Francia y después en la escuela de enfermería londinense. Situaciones relacionadas con acontecimientos ocurridos en nuestra guerra. Al parecer, los compañeros, tanto franceses como ingleses que había conocido en las distintas universidades, estaban bastante más enterados e informados de los episodios acaecidos en nuestra cercana Guerra civil —más bien incivil, diría yo— de lo que lo estaba ella. Esta ignorancia le tenía realmente disgustada y, de alguna manera, ella venía con la intención de subsanarla. Estaba realmente dispuesta —según afirmó— a desenterrar misterios. Y nunca mejor traída la palabra *desenterrar* ya que su intención inmediata era la de visitar el cementerio civil de Madrid. Me había escuchado a mí, muchas veces, historias que me

gustaba contarle, pero nunca demostró interés por visitarlo. Ahora sí, me dijo, por favor, quiero hacerlo.

Antes de relatarte los hechos, te pongo al día de la historia de ese cementerio. Allí la iglesia católica mandaba enterrar a todo aquel que ellos estimaban que moría sin la gracia de Dios. Como, por ejemplo, los que se suicidaban, los homosexuales y sobre todo y especialmente, los rojos. Vamos... que a todos los republicanos que morían por no haber aceptado lo que aquellos tipejos hicieron, violar la Constitución, lo que el pueblo había decidido en las urnas limpiamente, lo que era legal y nos robaron... ¡Esos señoritos que con la fuerza de las armas nos condenaron con su credo al peor de los destierros...! ¡Ah! Y por el gravísimo pecado de no creer, no en Dios, que te aseguro Magy que había y hay mucha gente de izquierdas muy creyente, sino, como te digo, en el pecado de no confiar en la extremísima Iglesia católica de aquellos tiempos.

Lea siguió contando a la joven que aquel cementerio lo inauguró Alfonso XII en el año 188... No sé exactamente —dijo— en qué año. Pero sí que fue un 9 de septiembre. Y lo que sí se sabía, pues al parecer era voz popular, era que su primera inquilina fue una chica de 20 años, llamada Maravilla Leal González. Esta chica cometió el *pecado* de suicidarse el día 8 de ese mismo mes. Y lo anecdótico estribaba en que, como a quien había que enterrar era al cadáver de una suicida, éste no podía hacerse en el único cementerio que funcionaba en ese momento en Madrid. O sea, el de La Almudena. En ese cementerio se enterraba única-

mente a los que practicaban la religión católica. Como al parecer esta chica cometió el *pecado* de suicidarse un día antes de que el recinto fuera inaugurado por el Rey, la tal Maravillas tuvo que esperar de cuerpo presente a que se formalizara el acto. Eso sí —comentó Lea con sorna—, la espera mereció la pena pues a ella le correspondió el inmenso honor de pasar a la historia por ser la primera arrendataria de ese camposanto. Sí, Magy, camposanto —aclaró Lea ligeramente acalorada y, ante la cara de extrañeza que puso Magy, añadió— porque por mucho que la Iglesia católica se haya esforzado en desacreditarlo, somos muchos los que estamos de acuerdo con un epitafio que reza en una placa incrustada en la tierra que cubre una de sus tumbas y que dice así: *Toda tierra es sagrada.*

— ¿Y habéis vuelto después mi abuela y tú a ese cementerio? —Preguntó a bocajarro Magy con la voz algo emocionada.

—Sí —le contestó Lea—, hemos ido varias veces. Te voy a seguir contando un poco más de la historia de este cementerio para que entiendas el porqué nos gustaba tanto. Es curiosa, ya verás.

Se encuentra separado del católico por la avenida… No sé, ahora no me acuerdo del nombre. Está integrado dentro de la llamada Necrópolis del Este que, aparte de La Almudena, engloba el civil y el hebreo. Mientras La Almudena era y es de dimensiones considerables y se llena de gente, sobre todo los días uno de noviembre; el llamado *civil*, muchísimo más pequeño, estaba siempre como desierto. Supongo que tanto a fa-

miliares, amigos y simpatizantes de sus ocupantes les disuadía el miedo a ser vistos e incluso interrogados ya que es rigurosamente cierto —aseveraba— que la temible *Secreta* del franquismo, continuamente se dejaba caer por allí. Ya sabes… Siempre dispuestos a velar por la *moralidad* de los españoles. Claro que también te digo que ese miedo no iba con mi temperamento y no es que quiera presumir delante de ti de valiente, que es una cualidad que nunca tuve —aclaró—, pero llámalo irresponsabilidad o lo que quieras, el caso es que siempre he vencido ese miedo —bueno, vencía, hace mucho que no voy— para mí era más fuerte la atracción que ejercía el pasear por esas tumbas, despobladas de mármoles y florituras externas y donde los nombres de sus ocupantes eran los protagonistas

Quizá fuera una fuerza morbosa la que nos movía, pero, fuera lo que fuese, nuestras visitas en su momento fueron frecuentes. Una vez leí o escuche a alguien decir, que era el cementerio de la tolerancia. Y es cierto. No en vano, en esas tumbas descansan las mentes ateas más liberales de la literatura. También algunas familias muy conocidas del mundo de la moda, como las formadas por la familia Loewe, o de la industria como el de la familia Schindler. Amén de los que, sin ser ateos, profesaban otras religiones que no era la católica. Y, sobre todo, muchos políticos de la primera y segunda República que, al revés de lo que suele hacerse en otros países del mundo, cuyos mandatarios de cualquier ideología los entierran con todos los honores; aquí, con la mediocridad que siempre ha

caracterizado al régimen franquista, han querido, sin conseguirlo, enterrar al mismo tiempo cuerpos y memoria. Muchos, por ejemplo, la de un teniente apellidado Castillo, ejecutado por mandato del *Caudillo* y por el único delito de haber sido un hombre leal a la Constitución. Te lo digo porque lo sé a ciencia cierta,

Lea seguía hablando sin parar e informando a Magy. Incidía sobre la personalidad de algunos políticos de la primera y segunda República allí enterrados. Resaltaba, por ejemplo, la humanidad de Nicolás Salmerón, un presidente de la primera República española, enterrado allí y que dejó su cargo por no querer firmar una sentencia de muerte. ¡Como reza en su epitafio!

—Quizá pienses que me estoy yendo por las ramas para no contarte la anécdota de tu abuela y Berlanga... —Dijo de pronto Lea parando un momento de hablar.

—No, por favor, sigue —le rogó Magy—. Me encanta lo que me estás contando; además, ahora que lo mencionas, recuerdo a mi abuela recitándome epitafios, seguramente leídos en sus visitas al Cementerio Civil, ¿no crees?

—Seguro —aseveró Lea—, tu abuela se llevaba una libretita y apuntaba los epitafios en ella. Estaba encantada de poderlo visitar. Y sin duda, contemplando la tierra sin nombre de algunas tumbas, aprendimos hasta dónde pudo llegar la maldad e ignorancia de algunos españoles

Nos gustaba la humildad de esas tumbas. La tierra como único manto protegiéndolas de las inclemencias

del tiempo. Nos conmovíamos imaginándonos los huesos desnudos entre esa tierra. Pensábamos también que al visitar esas tumbas compensábamos las ausencias, pues no había más que comprobar el abandono en el que se encontraban la mayoría de ellas para ver que aquellos muertos no tenían apellidos ilustres. Bueno, ni ilustres ni mínimamente conocidos.

—Oye, Lea, ¿te importaría que antes de irme me acompañaras a hacerle una visita?

Le emocionó a la domestica el súbito deseo de la joven. No tardo en contestarla:

— ¡Claro! Y de paso te enseño la tumba, bueno el mausoleo de Pablo Iglesias. Allí empezó la historia que te quiero contar. Nos encontrábamos delante de aquel panteón cuando observamos que un hombre joven no nos quitaba ojo. Dirigí mi mirada hacia él y comprobé que era a tu abuela a quien miraba insistentemente. Dorotea se sentía intimidada con tanta observación.

Supuse que, al principio, se sintió halagada de ser la receptora de las miradas de aquel apuesto joven aunque, después, y debido a su insistencia, le llegó a incomodar tanta atención por parte de un desconocido; por lo que me pidió marcharnos aunque fuera de manera brusca y antes de lo esperado.

Lea continuó relatando a la joven, que a pesar de que apenas habían dedicado la mitad del tiempo del que solían invertir en aquellas visitas, se apresuró a tranquilizar a Doris con un *no importa* mientras encaminaba sus pasos hacia la salida sin poner ningún

tipo de objeción. *Me acuerdo perfectamente de ese momento* —le comentaba a Magy— la desenvoltura y la educación con la que el caballero se interpuso en el camino de ambas y, sonriendo, se dirigió a ellas.

—Perdón, señoritas. ¿Puedo hacerles una pregunta? Mi nombre es José Luis Berlanga —y acompañó esas palabras con una mano extendida buscando en las de ellas una señal de saludo al tiempo que Lea y Doris respondían, adelantando las suyas, y pronunciando en voz alta sus nombres.

Lea rememoró aquel cálido y fuerte apretón de manos que recibieron del cortés desconocido. En ese momento empezó a justificar su descaro por la forma tan insistente de mirar a tu abuela —observó Lea—. Y aquel hombre sacó una tarjeta de su cartera, se la entregó haciendo hincapié en lo impresionado que le había dejado su belleza y nuestra elegancia, sobre todo en la forma de movernos. En este punto, Lea aclaró que, aunque ella había sido educadamente incluida en el discurso de aquel individuo, estaba claro a quién se estaba refiriendo en realidad.

—Y verás —siguió explicando a Magy—, como aquel hombre joven, en cuya tarjeta figuraba la profesión de director de cine, siguió hablando de lo encantado que se quedaría si pudiera hacerle una prueba para el cine en su estudio, claro está, solo si ella aceptaba y lo creía conveniente, *por supuesto, está, por demás decirlo* —dijo caballerosamente—, *solo si a usted le hace verdadera ilusión.* Tu abuela y yo nos quedamos sin poder articular palabra. Y cuando cortésmente nos volvió a

extender la mano para despedirse, las dos se la estrechamos con un gesto de perplejidad. Ten en cuenta que estamos hablando del que era y es uno de los mejores directores del cine español. Por supuesto, a tu abuela no se le pasó por la cabeza hacer uso de esa oportunidad. Nada más lejos de su forma de ser y de su vocación. Aunque en el fondo le resultó muy grato, como es natural, que un director de cine se fijara en ella. Era tan sencilla que nunca fue consciente de su belleza. Por lo menos jamás la vi presumir de ello —y, emitiendo un profundo suspiro, Lea concluyó—. ¡Ese era otro de sus muchos encantos!

Y siguió hablando, tratando de justificarse ante la joven del porqué de su silencio. Al parecer, al día siguiente de ese acontecimiento, Doris se lo prohibió.

—Sí, hija, me prohibió bajo palabra de honor mencionar aquel episodio a nadie. Y así cumplí yo mi promesa aunque sabía que, cuando ella decía a nadie, se estaba refiriendo a la posibilidad de que se enterara la única persona que le importaba de verdad, y que no era otro que el abuelo Bernabé. Por nada del mundo quería que él se enterara —y Lea remató—. ¡Como si ella hubiera tenido la culpa de llamar la atención de aquel director!

Y no hay mucho más que contar. Después de aquel encuentro volvimos un par de veces más al cementerio. Juntas, quiero decir, porque yo sola he ido muchas veces. Ya sabes que las estaciones de trenes y el Cementerio Civil de Madrid son sitios que me encanta visitar —le aclaró a la joven—. ¿Lo encuentras extraño, Magy?

—Para nada, Lea. Y hay otra pregunta que te quiero hacer.

—Dime, cariño.

—Llevo dándole vueltas y vueltas a la cabeza desde esta mañana. ¿Por qué me has dicho que mi abuela se ha muerto cuando lo ha creído conveniente? ¿Hay alguna sospecha por tu parte de que no haya sido de manera natural?

Que existe un lenguaje corporal es indiscutible. Y para Magy el ensombrecimiento repentino en la cara de Lea constataba la ocultación de un hecho aflictivo. No solo era su expresión la que denotaba amargura. La pregunta de la joven había hecho diana en el centro del dolor. Su cuerpo se dobló en un gesto de indisposición total, cruzando las manos instintivamente sobre su estómago. No obstante, intentó recomponerse y preguntó.

— ¿Sospecha de qué, Magy? ¿De suicidio?

—No sé, dímelo tú. Esta mañana me he encontrado esta caja de medicamentos vacía encima de la silla donde estabas sentada. Te has levantado tan rápido que no me ha dado tiempo a dártela... Mira… "Col…" ¿La abuela quizás padecía de gota? ¿O eres tú quien la sufre?

—Trae, dame eso —el manotazo rápido e inesperado que le profirió Lea vino a confirmar la sospecha de la importancia del fármaco— y no vayas a sacar conclusiones precipitadas porque me hayas encontrado en posesión de esto.

—Pero no me has contestado. ¿Quién de las dos estaba enferma? ¿Quién de las dos tomaba estas pastillas?

—Ninguna de las dos, niña —contestó Lea mirando a los ojos de Magy—. Era tu abuelo Bernabé el que las consumía. No sé si por la gota o por otra enfermedad.

— ¡Por favor, Lea, no me sigas engañando más! ¡Deja de ocultarme nada que concierna, sobre todo, a mi abuela!

Magy, en ese momento, no solo levantó la voz; también se puso a pasear nerviosa por la habitación gesticulando con las manos mientras preparaba su mirada buscando la cara de su amiga reclamando su atención antes de preguntarle.

— ¿Mi abuela se ha suicidado, no es verdad?

Lea no podía más con la tensión del disimulo y se desplomó llorando encima de la cama, se restregaba el delantal por los ojos con tal fuerza que Magy temió por un momento que se los fuera a sacar de sus cuencas. La abrazo dulcemente conminándola a desahogarse y, de esa manera dijo con cariño.

—Nos ayudaremos mutuamente. Pero… ¿Por qué lo ha hecho? Precisamente cuando iba a materializar sus planes. Cuando íbamos a emprender juntas una nueva vida en Polonia. Cuando las tres íbamos a dejar atrás la vida de sufrimiento que llevamos en esta casa. ¡No puedo entenderlo!

— ¿De verdad no lo entiendes? —Contestó Lea seria y limpiándose los mocos con el delantal—. ¿De

verdad no entiendes que ella, lo mismo que yo, no podemos ser una carga en tu vida? Y… Si se quedaba aquí… ¿Cómo podría soportar el vivir con el peso de saber que su nieta estaba cayendo también en las redes de esa maléfica mujer? —Y agregó enérgica con las manos alzadas hacia el techo—. ¿Es que no nos ha hecho ya bastante daño?

— ¿Pero mi abuela sabía...? —Contestó Magy avergonzada—. ¿Sabía el asedio Tina?

—Tu abuela, Magy, no sabía. Tu abuela lo intuía todo. ¿De quién crees tú que has heredado esa empatía? Dorotea soportaba tanto peso sobre su alma que le aplastaba hasta la respiración. En estos últimos tiempos, de su boca no salían más que reproches. A menudo parecía que se olvidaba de lo que había sufrido por culpa de su familia. Y se lamentaba. *¿Pero cómo he podido portarme tan mal con mis padres?* —Decía—. ¡Sus padres! ¿Sabes que por no querer enfrentarse a los recuerdos ni siquiera acudió a sus entierros? Se culpaba de todo —Lea de pronto se olvidó de su discreción y no solo se puso a dar vueltas por el dormitorio de la joven, sino que levantó la voz de tal manera que sembró el desconcierto en la joven al continuar—, no tenía misericordia consigo misma. De nada servían mis argumentos. Ni que empleara la lógica para hacerle razonar. Nada, absolutamente nada le valía. Hasta de la muerte de tu hermano se sentía culpable. *Por querer vivir cómodamente en mi habitación han ocurrido cosas tan indignantes en mi familia,* exclamaba a menudo. Parecía una demente. ¡No tenía ni un segundo de piedad hacia ella!

— ¿Y de mí qué sabía? ¡Lea, dímelo, por favor! —Le apremió Magy angustiada cogiéndola por los hombros—. ¿Te contó algo de mí?

—De ti, no sé lo que sabía —contestó Lea ya calmada y con la mirada puesta en la punta de su zapatilla—, pero su odio hacia Tina era inmenso. Y no creo que sea solo por la relación que tiene con tu madre. Yo creo que por primera vez me ocultaba algo que tenía escondido en sus vísceras —y volvió a mirar a Magy—. ¡Pero muy escondido! Tanto como para no poder soportar ni su imaginación. Esa que en tantos momentos le sacó de la oscuridad y del dolor. Paradójicamente, la misma imaginación que le tenía enferma de incertidumbre —Lea dijo esa frase con los ojos arropados por una luz transparente—. Sensación mayor que el peor de los tormentos, créeme pequeña que sé muy bien de lo que hablo.

Los demonios parecían danzar en la cabeza de Magy. Era imposible que su abuela estuviera enterada de su locura. No podía estar enterada de la congoja que esa mujer había conseguido introducir en su vida. Pero lo que sí hubiera debido contarle, lo consideraba un deber moral, era un rasgo, un comportamiento noble y desinteresado que Tina había tenido con su hermano Gustavo. Se lo contó ella misma una tarde de encuentro en la calle Lanero. Se lo contaría a Lea. ¿Pero a qué se debía ahora tener la necesidad de lavar su nombre?

En Tina convivían los dos sentimientos más antagónicos que se pueden dar en el ser humano. El Ángel

y El Demonio cohabitaban con naturalidad, formando una unidad; aunque siempre actuando por separado y prevaleciendo en su conducta las acciones más perversas de las que ella hacía gala. Le hubiera gustado contarle a su abuela cómo su hermano, en cierto momento de su vida, había acudido a Tina a pedirle ayuda económica. Al parecer, estaba metido en un buen lío y no quería la mediación de su madre y mucho menos la del padre. Éste había amenazado a su hijo con llevarle interno a Santoni en cuanto volviera a salirse del carril. Pero Gustavo no quería que le ingresaran en ningún centro y le prometió a Tina que, si le prestaba la considerable suma de dinero que debía a unos traficantes —los cuales, a su vez, habían prometido, como mínimo, mutilarle si no se lo devolvía—, él intentaría ponerse en manos de un especialista. Gustavo se lo juraba a Tina una y otra vez, pero, por favor, sin entrar en la *jaula* —como entre los hermanos llamaban a los centros de rehabilitación—, ésta vez sería la última. ¡Que, por favor, creyera en él! ¡Que le diera esa oportunidad!

Tina debía de conocer en aquel momento a lo que se dedicaban los hermanos. Al parecer, esa fue una de las causas del alejamiento de Luzinda después de la muerte de Gustavo. Le reprochaba que no hubiera sido capaz de contárselo. Algo con lo que Tina no estaba de acuerdo y se defendía. ¿Pero es que acaso no estaba viendo cómo vivían sus hijos? ¿De dónde pensaba ella que les venía el dinero? ¡Del aire desde luego no! Tina atacaba culpando a la madre y a buena parte de la familia por no haber puesto más atención sobre

el tipo de vida que llevaban los gemelos. Posiblemente Tina, reconocería Magy en el entierro de Gustavo, fue la persona que más se implicó en las desordenadas vidas de sus hermanos. Aunque, por desgracia, no pudiera impedir que éste apareciera una sombría tarde de otoño con una jeringuilla clavada en el brazo. La dosis brutal de heroína que circulaba por sus venas le segó la vida cuando en teoría todavía no había empezado a vivirla.

A Magy le inquietaba experimentar cómo el conocimiento de esa historia había introducido una mirada diferente hacia esa mujer. ¡Qué le estaba pasando! ¡No se dejaría engañar! —Se reprochaba—. Solo era una mirada más benévola y, desde luego, pasajera. Seguía culpándose y, al minuto siguiente, se exculpaba por haberse sentido atraída por las tentaciones amorosas que Tina, con persuasión, la incitaba a experimentar. Pero… ¿Lo hacía acaso por enajenación? ¿O porque recorrer aquel camino le excitaba y, de alguna manera le complacía?

Debía ser honesta. No estaba segura de que hubiera podido contarle a su abuela nada de aquel par de encuentros en la calle Lanero. Contarle que su nieta no se había sentido secuestrada por el deseo de Tina. Tenía que reconocer que lo que empezó con sentimiento de venganza hacia su madre (lo creyó no muy convencida) no le impidió caer con deleite desconocido en un laberinto de procacidades, y de deseos buscados. Por eso Tina no comprendía la determinante decisión de Magy por diluir en el silencio la incipiente y satis-

factoria relación. Y fue a raíz de su contumaz negativa cuando se rebeló El Demonio que habitaba en ella.

Volvió a perseguir a Magy, con insinuaciones teñidas de chantaje. —ahora tenía elementos para hacerlo— creando un clima de irrespirable angustia en el ánimo de la joven, que la desestabilizaba por completo.

Esa experiencia sexual —nunca amorosa— le había servido a Magy para reafirmarle en sus deseos y en su amor por Bogna. No tenía intención de cambiar su futuro, pero tampoco podía ni quería cambiar su pasado. Lo único que anhelaba era que Tina se olvidara de ella. Que le permitiera vivir a su manera. Algo que, al parecer y después de aquellos encuentros, esa mujer no estaba dispuesta a consentir, asediándola permanentemente y haciéndole la vida imposible en aquella casa.

¿Cuánto sabía la abuela de lo ocurrido? ¿Y Lea, intuía algo? Ella estaba segura de que su comportamiento había sido discreto. No en vano, había aplicado sus conocimientos detectivescos a esa relación. Pero también conocía la capacidad intuitiva de la doméstica y eso la intranquilizaba.

Capítulo 16

Magy no había tenido reparos en confiarle a su abuela su relación con Bogna. Le hablaba de su amor por él y la admiración que le causaba. La lucha que ese hombre había mantenido en Varsovia —su ciudad natal— para demostrar su inocencia. Su ex mujer había sido capaz de fabricar pruebas falsas, con el propósito de quitarle la custodia compartida de su hija. El mayor de los daños —le había confesado a Magy— lo que más le importaba en el mundo.

Le contó que Bogna, en un principio, se había enrolado en el ejercito —gracias a su aspecto físico y a su tono de voz, dos cualidades muy valoradas en la milicia polaca— para ganar dinero con el que poder mantener a su pequeña y los deseos consumistas, insaciables siempre, de una mujer superficial y sin escrúpulos.

Magy le confesó a su abuela hasta cómo fue su primera experiencia sexual con él. Omitiendo detalles

íntimos, naturalmente. Le había contado cómo se desarrolló el encuentro:

Se encontraba en casa cuando sonó el teléfono. *¿Quién es?,* contestó y hasta ella llegó el ruido de una moneda entrando en las tripas de un teléfono público y el sonido del viento movido, por el temporal que había en ese momento en Madrid.

— ¿Te acuerdas de algo que el otro día quería contarte y al final no te conté? —La voz de Bogna, al otro lado del aparato haciendo esa pregunta no le sorprendió. Era como si la esperara.

—Sí, claro que me acuerdo —le contestó ella.

— ¿Te puedo ver? —preguntó Bogna titubeante y tímidamente.

—Dime dónde y cuándo —se escuchó a Magy contestar con voz tranquila.

Usaron el coche de la joven —un Suzuki rojo dos plazas que recientemente le había regalado su padre— para desplazarse a las afueras de Madrid. Cuando se encontró a solas con Bogna, en la habitación de aquel pequeño y coqueto hotel, lo primero que le sorprendió fue lo que había adelgazado desde la última vez que se vieron. Magy le tendió los brazos tímidamente, pero él se abalanzó sobre ella abrazándola con fuerza. El resto fue más o menos como lo había imaginado, como realmente lo deseaba. No hubo ni una pizca de decepción.

A las cuatro de la mañana, con los deseos saciados y el corazón sosegado, Bogna comenzó a relatarle lo

que le había costado llegar a ese momento de paz que estaba viviendo con ella; y empezó a contarle, pausadamente y de manera resumida, los retazos vividos, más importantes, hasta el día que la conoció.

—Hasta este momento mi existencia —trataba de sintetizar— era lo más parecido a un… puzle de piezas ¿cómo se dice...?, Sueltas, imposibles de encajar en el entorno de mi día a día, cada vez más difícil. Cada vez más incierta. Hasta que reapareces tú (*apareces*, le corrige Magy) ilusionándome por vivir y de manera tranquila, sin proponértelo, me ayudas a ser feliz y a rrrecomponer esa vida desastrosa a la que había llegado, perrrrmitiendo que las piezas, como por arte de magia, empiecen a encajar una a una en ese juego de mi caótica existencia.

Al parecer, siendo muy joven contrajo matrimonio con una muchacha, al parecer bellísima, y de la que se enamoró perdidamente. Al principio las cosas funcionaban más o menos bien. Él era un buen mecánico, ganaba suficiente dinero como para despilfarrarlo, más o menos. *Bueno, no tirándolo* —le aclaro ante la sorpresa de Magy—, *pero si como… como para vivir… ¿Cómo se dice?* —Desahogados, le ayudo Magy— *eso, desahogados.*

En aquel entorno, el anuncio de su paternidad y el posterior nacimiento de su hija fueron dos momentos que le llenaron de felicidad. Fue una sensación de explosiva alegría. Al menos para él, que no encontró en aquel anuncio ningún sentimiento de negatividad.

Lo que si era cierto que con el nacimiento de la niña, sus vidas tuvieron que serenarse. Ya no podían despilfarrar con la misma alegría. Además él había tenido que rebajar su ritmo de trabajo, no solo porque había menos oportunidades, sino porque se vio obligado a cuidar de su pequeña ante el abandono que su mujer hacia de sus obligaciones como madre. Algo que ella de ninguna manera reconocía, al contrario. *¿Cómo puedes reprocharme semejante mentira?*, le increpaba cínica y descaradamente. *¡Es una excusa!,* le recriminaba delante de alguna amiga. *¡Una excusa para no trabajar como lo hacías antes de que naciera nuestra hija!*

Bogna estaba desesperado. Su matrimonio no funcionaba y, seguramente, parte de esas desavenencias eran consecuencia de la mala economía. Estaban pasando por una crisis grave de pareja y precisamente en aquellos momentos, coincidiendo con el nacimiento de su hija. Además, tenían deudas imposibles de pagar si no conseguía una buena entrada de dinero. Por otro lado y de pronto, su mujer había empezado a mirarle de manera desabrida. Parecía destinado a callarse cualquier opinión que no fuera compartida por ella, por miedo a sentirse zaherido. Se veía incapaz de sugerir un remedio que diera estabilidad a su casa y, por lo tanto, estaba en una disyuntiva: o se relajaba en la atención a su hija y salía a buscar un trabajo, que en aquellos momentos era cada vez más inexistente, o intentaba alistarse en el ejército. Esto último era peor para su convivencia con la pequeña; pero ganaría bas-

tante dinero. Solo había un inconveniente. Al principio, hasta que le destinaran, tendría que estar dos años lejos de su familia haciendo las prácticas. Sin embargo, eso solo y al parecer, era un obstáculo para él, porque aquel alejamiento no parecía constituir ningún *inconveniente* para su mujer. Esta celebró la idea de su posible ingreso en el ejército con entusiasmo, alegando lo felices que volverían a ser reanudando el ritmo de vida que habían llevado hasta entonces. ¡Y la tranquilidad que les aportaría saldar las deudas!

Todas estas reflexiones se las hizo acompañadas de carantoñas y fraudulentos mimos —le confesaba Bogna a Magy—, caricias que en aquel momento él aceptó esperanzado y le sirvieron como palanca de despegue. Efectivamente, no le costó mucho tiempo entrar en el ejército y tomar contacto con su nuevo destino en la bonita ciudad de Cracovia.

Después de pasar año y medio de duro entrenamiento, sin poder abrazar a su familia, le llegó el inesperado regalo de un permiso de siete días merecidísimos —según palabras de su superior— para poder abrazar, por fin, a su mujer y a su hija.

Y de esa manera, después de un incómodo viaje y por sorpresa, llegó a la puerta de su casa una tarde gris de cielo nublado y amenazante lluvia. ¿Dónde había puesto las llaves? A saber, se decía mientras rebuscaba en los bolsillos interiores y exteriores de su pesado atuendo. Bueno, no importaba porque una luz encendida en el dormitorio principal indicaba que en la casa había alguien. Llamó tímidamente una primera vez y,

al recibir como respuesta la desaparición luminosa de la única señal de vida, decidió poner más energía y acompañar los golpes con un cariñoso: *cielo, que soy yo.* Nada, silencio. Durante unos segundos reflexionó sobre la conveniencia de llamar por teléfono. ¿Pero por qué? Se dijo. En su casa había alguien… ¿Por qué razón no le abrían la puerta?

Un mal presentimiento le hizo caer, descorazonado, en el último tramo de la escalera de piedra que daba acceso a la puerta de su casa. Por primera vez miró abiertamente a su alrededor y observó cómo un par de individuos, patibularios y algo avispados por el alcohol, seguían con atención sus movimientos. Uno, incluso contemplaba su mano buscando la llave con fijeza, siguiéndola como si fuera la suya propia. Bogna trató de poner un gesto amable, pero en ese momento le ardían hasta los ojos y fue incapaz de dibujar una sonrisa. Se levantó entonces con rabia y empezó a aporrear la puerta no solo con los puños, también con los pies, vomitando ríos de cólera. Lo hacía con la misma furia que un volcán en erupción. Eso era él en ese momento. Un volcán enloquecido por la certidumbre de que algo o alguien le estaban impidiendo el acceso a su casa. La rabia le dominaba cada vez más sin permitirle desfallecer, golpeando una vez y otra y otra... hasta que la puerta cedió, por fin, hecha un mar de astillas. Con los golpes había abierto un hueco enorme en el centro, por el que salió como alma que lleva el diablo la sombra de un hombre; dejando un aroma a perplejidad y dignidad pisoteada.

Bogna miró a su mujer que, a unos centímetros de la puerta, parecía una diosa de mármol de lo pálida que estaba. Él, por el contrario, estaba rojo de ira, respiraba con dificultad. Se encontraba exhausto.

—Te puedes imaginar, Magy, cómo me sentía en esos momentos. ¿Te puedes imaginar mi estado y el… el desconcierto al que me estaba enfrentando en esos momentos —comentó Bogna con un escalofrío que ni siquiera la ropa de abrigo que los cobijaba fue capaz de amortiguar—. Pero te juro que ni la insulté; ni levanté mi mano para abofetear su cara —dijo con la mirada fija en un punto indeterminado del techo de la habitación—. Aguanté mis ganas de estrangularla dándome la vuelta y marchándome de aquella casa, intentando por todos los medios encontrar un punto de apoyo donde agarrarme y no caer desmayado.

Al día siguiente averiguó que su hija se encontraba con una vecina y fue a verla. Esta no consentía, de ninguna manera, dejarle entrar. No quería problemas con su mujer, le dijo. Pero él, se lo pidió por favor, y la convenció de que no los habría.

Bogna se encontraba con su hija sentada en sus rodillas cuando escuchó cómo la dueña de la casa abría la puerta de su apartamento a un par de inspectores de la policía local. Venían con una orden de arresto contra Bogna Kozlowki. La denuncia era por haber entrado a la fuerza en el domicilio conyugal y haber propinado una paliza a su mujer.

De nada sirvieron sus alegaciones. Las pruebas que su ex mujer había presentado, y que Bogna nunca supo

cómo las pudo perpetrar, eran concluyentes. Aparte de un rostro lleno de moratones, estaba la puerta de entrada al domicilio, destrozada. Y testigos —los dos patibularios— que declararon haber presenciado la furia y la saña con la que Bogna fue capaz de derribar aquella puerta.

Tuvo que dejar el ejército. Necesitaba tiempo para demostrar ante la justicia que aquella mujer había sido capaz de golpearse o de hacer que la golpearan, para conseguir que las autoridades le privaran de ver a su hija. *Sufrí mucho* —le decía a Magy besándola en la frente— visitó abogados y al final no pudo evitar que la justicia entregara la custodia de la niña a un ser desnaturalizado y sin el menor instinto maternal. *Yo luché, Magy,* confesaba Bogna en un convencido lamento; *pero todo fue inútil.*

Luego se vino a España huyendo del sufrimiento y con la esperanza puesta en el futuro. Ahorraría dinero y cuando su hija fuera algo mayor, no haría falta que nadie le mintiera. Ella sabría valorar la verdadera dimensión del cariño y la responsable actitud de su padre.

De lo sucedido después ya estaba enterada Magy. La ex mujer de Bogna apareció muerta y él a priori era sospechoso; por lo que tuvo que volver a su país, donde estuvo en prisión preventiva hasta que pudo demostrar que el día y la hora en la que la madre de su hija apareció muerta de una puñalada en el pecho él estaba en Madrid. Costó más tiempo y más desesperación de lo deseado. Además, la preocupación de

Bogna era preservar a su hija de la visión de una madre en descomposición. Necesitaba evitar que la niña viera esas fotografías de su mujer. La que la policía le mostró a él, en el estado físico en que la habían encontrado. Apenas la pudo reconocer. Los pelos mal teñidos cubriéndole unas facciones hinchadas y ensangrentadas no dejaban al descubierto más que dos orejas pequeñas y carnosas, rígidas como el acero, de las que milagrosamente seguían colgados dos aros de plata que al momento reconoció como el regalo que él le hizo, en su día, por su veinticinco cumpleaños.

Cuando terminó de relatarle a su abuela lo acontecido a Bogna, Dorotea la estrechó entre sus brazos diciéndole.

— ¡Me gusta ese chico! Creo que serás feliz con él.

Y ahora que por fin la pesadilla se había acabado. Ahora que Bogna las esperaba en Varsovia, con su hija, para emprender una vida juntas; su abuela había decidido interponerse a su destino.

Capítulo 17

No podía presenciar el desmoronamiento de esta familia. Desde la muerte de Gus no sabemos nada de Álex. Las últimas noticias que tenemos de él son que andaba por Sudamérica.

Lea trataba por todos los medios de justificar la terrible acción de su amiga Dorotea. Ella sabía que el suicidio, en muchas ocasiones, está revestido de cobardía, que se suele aplicar a soluciones tomadas por personas débiles. Pero tenía que creerla cuando aseguraba que ese no era el caso de su abuela.

—Tu abuela —le decía a Magy— había demostrado toda su vida que ni cobardía ni debilidad tenían cabida en su temperamento. Había que valorar, pues, otros sentimientos —le dijo a la joven buscando su comprensión—. Aunque te parezca incomprensible, a lo mejor ha tenido algo que ver con la generosidad…

…Y —Dijo contundente— quiero que sepas algo más.

A tu madre creemos que se le ha ido la cabeza. Hace y dice cosas muy raras, completamente incoherentes. Me da muchísima pena. Es una marioneta en manos de Tina que, por cierto, es la única que no parece envejecer. Mira, dentro de cuatro días dice que cumple cincuenta años. Es mentira… ¿Sabes? Es cierto que es algo más joven que tu madre, pero vamos… Para mí que los sesenta... ¡Cómo no le afecta absolutamente nada! —Lea hablaba de manera atropellada—. Y ahora, cariño, cuando descanses un par de días, tú te vas con Bogna. Olvida lo que puedas, lo que te haga daño recordar. Constrúyete una nueva vida al lado de ese buen chico y trata de ser feliz. Pero no te vayas a olvidar de mí. ¿Eh?

—No, Lea, es imposible que eso ocurra. Pero déjame que asimile todo lo que estoy viviendo. Bogna, efectivamente, por fin ha podido demostrar su inocencia y nos está esperando. Me espera a mí y, por supuesto, a ti. ¡Espera, no digas nada todavía! ¡Piénsalo! —La cortó Magy ante la intención de Lea por responder—. Pero comprende que, ahora que me voy a marchar, me gustaría despedirme de mi padre. Y también debería hablar con mi madre de manera responsable y serena. Me gustaría que me escuchara y escucharla. Nunca lo he podido hacer; y creo que este momento es el idóneo. Hablar con ella de su amante y explicarle si es necesario...

— ¡Ni se te ocurra! —La interrumpió Lea—. Sabe Dios las cosas que sería capaz de decirte tu madre. Está dominada por ese demonio de mujer —se lo de-

cía adelantando la barbilla y con los ojos desorbitados—. Te vas a sentir mucho peor que antes de hablar con ella. ¡Por Dios, Magy! Prepara tu viaje y cumple la voluntad, no solo mía, que por supuesto tienes que respetar mi deseo de no acompañarte; sino la más importante, la de tu abuela. ¡Tienes que prometérmelo!

—Mmm… A ver, déjame que piense, —Magy trató de impregnar su respuesta con un toque irónico para destensar el momento; dejó que pasaran unos segundos de silencio y entonces le contestó:

—Está bien, tienes mi palabra. Pero, Lea, quiero, ¡Necesito!, entrar en la habitación de mi abuela. Quiero llevarme algunos recuerdos... ¿te parece?

—Claro que sí, faltaría más. Pero no tardes, no quiero que te tropieces con esa bruja.

Despacio y silenciosamente, Magy entró en su habitación para sumergirse e impregnarse, por última vez, de ese olor tan personal. Sus dedos bordearon su sillón favorito acariciándolo suavemente, procurando no desprender con el tacto la sensación de ocupación que le embargaba. Las cuartillas perfectamente alineadas en su secreter parecían dispuestas a ser rellenadas, a seguir siendo el testigo cómplice y mudo de la apasionante vida de Dorotea. Su preciosa colcha, festoneando las suaves ondas con las que quedaba rematada la prenda. Su ordenado armario con sus vestidos, mayoritariamente de color ocre, perfectamente alineados y sus bolsitas de encaje rellenas de canela que lo embriagaba todo; paredes, muebles, el aire; haciendo resaltar su ausencia. ¡Qué festín para los sentidos!

¿Fue el destino, la casualidad o la mano de su abuela guiándola hacia aquel libro? ¡Aquel precisamente! ¿Quién era el autor? ¿Quién el personaje?

Al sacarlo de la estantería se cayeron al suelo tres cajas de lo que parecía ser el envoltorio de unas medicinas. *Col...* ¿No correspondía esa marca a la misma caja que perdió Lea, en la cocina?

Efectivamente, leyó el prospecto y correspondía a un medicamento especialmente indicado para el tratamiento de la gota. El mismo que, según Lea, estuvo siguiendo el abuelo Bernabé. Al llegar a ese razonamiento, un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Con ese medicamento se había suicidado Dorotea!

Las voces que reclamaban su presencia le llegaron como un frío eco a través del pasillo despertándola de su incipiente locura. Nada podía hacerse ya. Volvería más tarde al salón para despedirse de ella de manera más serena y, a ser posible, sola, sin que nadie interrumpiera su mudo diálogo. Su último y silencioso monólogo.

Estuvo cenando con su madre y Lea. Su hermano Álex, que se encontraba por casualidad en Málaga el día de la muerte de Dorotea, pudo desplazarse a Madrid en menos de dos horas.

Magy expresó el deseo de que fuera la cocina el lugar de encuentro aquella noche. Lea se lo agradeció mientras manipulaba la olla donde prepararía un *cochifrito* de cordero del que era especialista. La joven actuó de anfitriona ante su familia supliendo a la ma-

dre que, por su estado, se podía deducir no encontrarse capacitada. Luz entró en la cocina, posando la mirada interrogante a un lado y a otro de la estancia. Parecía desorientada y se dejó llevar de la mano de su hija, sumisa, hasta el asiento que ésta, cariñosamente, le indicaba.

Al cabo de dos horas y pico hizo su aparición Álex. Y antes de que los hermanos se abrazasen como jamás lo habían hecho, hubo unos segundos donde la mezcla de sentimientos formó un cóctel chispeante de emociones.

—Pareces otro —dijo Magy emocionada—, más…

—Sin embargo, tú no has cambiado nada; aunque más alta, quiz… —Álex no terminó la frase y soltó una carcajada. Y aunque lo hizo nervioso, por romper su timidez, esa risa sonó solemne; que en aquella ocasión era sinónimo de tristeza. Se recompuso y termino el piropo a su hermana— y mucho más bonita.

Calló de pronto pensando que con su risa había metido la pata y se quedó escrutando las caras de sus familiares. Su cerebro hacía titubeantes empeños por hallar alguna cosa que decir. Alguna palabra que pudiera expresar su sentido dolor.

Todos esperaban expectantes a que Álex les contara cosas sobre su persona, y su actual vida, pero les contó pocas cosas.

Así fue como Magy se enteró de que su hermano vivía en Colombia con una chica de origen argentino. Sin más datos de si era guapa o fea, gorda o flaca.

Que había montado un negocio de hostelería que le iba bastante bien. Todo escueto, telegráfico. Cortando, con el tono tajante de su voz, cualquier deseo de su familia por saber...

Ella no había tenido ningún contacto con Álex desde la muerte de Gus. Sabía que después de la muerte de su hermano, Álex quedó fuertemente impactado y por voluntad propia, ingresó en un centro de desintoxicación de donde salió casi rehabilitado. Estaba enterada del sufrimiento atroz por el que había pasado. Lo que había luchado por librarse de la porquería que le dominaba. Magy valoraba enormemente su valentía y el enfoque, el proyecto que estaba dando, al fin, a su vida. Pero ahora que lo tenía delante quería saber más, conocer detalles. Se le amontonaron en la cabeza un barullo de preguntas que no pudo hacer; porque el brillo entornado de los ojos de su hermano la paralizó, y fue terminante para hacerle desistir, de momento —se dijo—.

Álex, en aquella velada, agradeció a su hermana muchas cosas —dijo—, pero sobre todo el cariño que le estaba demostrando y se lamentó sinceramente de actos en el pasado. Como también lamentaba el que tuvieran que haber ocurrido tantas desgracias para que aquel acercamiento con la familia se produjera.

Magy, que la llegada de su hermano había despertado en ella recuerdos de sucesos que prefería tener olvidados, quiso aprovechar la armonía del momento, y hacer un nuevo intento por saber la relación que tuvo, o tuvieron, en el caso de que hubieran sido los

dos, con sus vecinos Joan y Juper. Aquel episodio la traumatizó y le quito a Magy muchas horas de sueño y durante mucho tiempo. Por lo dramático de su desenlace y por no saber si esa relación estaba motivada única y exclusivamente por la cuestión económica o por sus inclinaciones sexuales. ¡Que por supuesto ella respetaba!

Álex se la quedó mirando con una expresión en los ojos algo burlona, indeterminada. Se sentía como esas personas que aparecen en los anuncios, que a pesar de estar caminando bajo la lluvia, sonríen, aparentando buen ánimo.

—Echo de menos a papá —dijo con la voz apenada obviando totalmente las ansias de saber de su hermana y dejando patente con el viraje de su respuesta que no tenía intención alguna de aclarar nada de ese pasado—. Necesitaría pedirle perdón —continuó como en un monólogo interior—. Podría hacerlo antes de irme… Pero no sé —y, sin dar tiempo a respuesta alguna, soltó—. Y echo de menos también a Tina.

Aquella afirmación dejó a todos descolocados. Álex parecía no darse cuenta de la tensión que habían creado sus palabras; y puntualizó—. No sabéis la ayuda que nos prestó esa mujer a mi hermano y a mí en ciertos momentos de verdadero apuro —y con una mirada de nostalgia hacia su madre, hermana y Lea sentenció—: estoy seguro de que yo le debo la vida.

Estaba claro que Álex pasaba por alto la turbación que se había instalado en el semblante de las tres mujeres nombrando a Tina —más bien de las dos, porque

la madre se encontraba totalmente ausente; en apariencia, al menos—, pero no pareció darse por enterado porque, dando otro viraje a sus palabras y dirigiéndose, cariñosamente, a su hermana le dijo:

—Oye, Magy, en tu viaje de novios podías aprovechar para venir a visitarme. Bogotá es una ciudad interesante —se quedó parado ante el silencio sepulcral que flotaba en el aire.

En aquellos momentos el rostro de la madre estaba bañado en un halo de ausencia que la familia contemplaba con infinita pena. Quizás en otros tiempos del pasado, posiblemente con la mención de Tina en la boca de Álex, se hubiera liado una buena; pero en aquel ambiente, en la cocina, flotaba en el aire un denso dolor de batalla perdida.

Tina se había excusado —informaron al hermano— alegando un compromiso ineludible. Algo que Magy y Lea habían celebrado silenciosamente. También fue tema de conversación la bonita corona de lirios que había hecho llegar Raúl con una nota de cariñosa disculpa por no poder asistir al entierro. Magy se lamentó en voz alta de la poca relación que últimamente tenía con su padre. De hecho, la última vez que tuvieron contacto fue en el entierro de Gustavo. Los dos, padre e hija, se quedaron con las ganas de intercambiar más impresiones. Hacía tanto tiempo que no se veían... Pero estaban de acuerdo en que el marco en el que se estaba desarrollando el encuentro, era tan desconsolador, que se podría decir, con total seguridad, que hasta las ganas de comunicación habían sido secuestradas por la tristeza. Hasta la manera que tuvo

el padre de comunicarle a su hija que había rehecho su vida estaba impregnado de melancolía; se lo contaba con una tribulación impropia de quien se supone que está contando algo esperanzador.

—Hay una persona en mi vida, Magy —le dijo— Me gustaría que la conocieras.

— ¿Eres feliz, padre? Sé que este marco donde nos encontramos no es un lugar muy festivo —afirmo Magy—, pero no te veo entusiasmado.

— ¿Entusiasmado dices? No, hace tiempo que no convivo con ese tipo de emociones. Estoy esperanzado. Y sobre todo, quiero contar con tu aprobación y tú cariño. ¡Eres muy importante en mi vida!

—Gracias por decírmelo. Yo también te necesito. Te llamo por teléfono y quedamos para hablar de nuestro futuro, ¿te parece?

Los brazos del padre rodeando cálidamente el cuerpo de su hija, le hicieron sentir una cálida sensación de felicidad. Lo que más necesitaba en aquellos momentos.

Había pasado algunos meses, muchos quizá —se autoinculpó— y tenía que haber llamado a su padre como le había prometido.

— ¿Qué te parece si contacto con papá y nos vemos los tres solos? —Se lo estaba preguntando a su hermano en un momento de encuentro a solas con él.

Álex, muy respetuoso, había salido de la cocina para fumar un cigarrillo; momento que aprovechó Magy para salir detrás de él y hacerle esa pregunta.

¡Qué extraña la expresión de la cara de su hermano! Y qué extraña también su respuesta.

— He decidido que no quiero encontrarme con el pasado más de lo que lo estoy haciendo. Estoy contento de haber venido y haberos visto. Contento de tus proyectos, aunque apenado por la salud de mamá. Estoy seguro de que Lea cuidará bien de ella. Pero la presencia de papá me recordaría todas las estupideces que he cometido en mi vida. La forma tan banal de la que desperdicié mí tiempo. He sufrido tanto, ¡tanto!... Que hubo un momento en el que no barajé nada más que dos acciones: o acababa con mi existencia, o ponía tierra por medio y desaparecía. Ya sabes por cuál opté —dijo con la cabeza agachada mientras desprendía, con el dedo corazón, en un hueco de la mano la ceniza de su cigarrillo—. Te agradezco tus buenas intenciones. Deja las cosas como están Magy. Ahora me encuentro bien, tranquilo.

Al día siguiente acompañaron a Dorotea hasta su última morada situada en El Cementerio De Fausto. Luz, comprendió que no le hubiera valido de nada protestar ante lo que ella consideraba una barbaridad. ¡En La Almudena tenía la familia un panteón! Magy, ante el temor de que su madre obrara como le diera la gana —parecía que de golpe había recobrado cierta vitalidad— hizo valer, enérgicamente, la voluntad de su abuela. Recordándole a su madre las veces que ésta había manifestado el deseo de ser enterrada en el Cementerio Civil. Pero, además —le dijo enérgicamente—, lo había dejado escrito ante notario; preci-

samente, porque sabía lo poco respetuosa que su hija solía ser con los deseos de los demás; sobre todo si no eran coincidentes con los suyos —esto último lo dijo con rabia.

Capítulo 18

¡Fuera de mi habitación!

—Suuu... calla, pequeña. Tú no quieres marcharte. En realidad no quieres que me vaya de tu lado. No pasa nada... Quédate por lo menos a celebrar mi cumpleaños, lo pasaremos bien...

— ¡No! ¡No! ¡Déjame, por favor!

—Magy, ¿estás bien?

— ¿Qué? ¡Oh, Lea, está ahí! ¿La ves?

— ¿Quién, quién está ahí...?

—Tina, estaba aquí en mi habitación. Te juro que estaba ahí sentada. ¡No va a dejarme nunca! ¡Lo sé, Lea! ¡Lo sé! Me da pánico esa mujer.

—Cariño, estás empapada de sudor. Aquí no hay nadie. Estabas teniendo una pesadilla. Vamos, cálmate.

—Te aseguro que la he visto... era tan... tan real...

—Cálmate, por favor —le sugería Lea en un susurro—. Tranquila, ya te vas pasado mañana. Va a ser muy bueno para ti empezar una nueva vida lejos de todo esto. Duerme un poco más, todavía es temprano. Todo ha sido una pesadilla.

Magy se incorporó para asegurarse de que la estancia estaba vacía. Por mucho que le dijera Lea, ella estaba segura de que la presencia de Tina en su dormitorio había sido real. Era muy lista y había desaparecido en el momento oportuno, pero había dejado algo que la delataba. Su olor. Magy era una experta en detectar olores. Y diferenciaba el placer que le producía unos —como el olor a canela que desprendía su abuela— del que desprendía Tina. Éste era un revulsivo en sus vísceras. Por eso estaba segura de su presencia. Su aroma y las ganas de vomitar que ese olor le provocaba delataban su presencia allí, observándola. ¡Siempre se interpondría en su destino! —Se dijo sollozando; al tiempo que metía la cara entre la almohada para no ser escuchada—. Tenía la completa seguridad de que jamás le dejaría vivir su vida en paz.

Había dormido poco y mal y se encontraba en un estado de somnolencia total. Pero en cuanto abrió la puerta del dormitorio, el olor a café y pan recién tostado golpearon sus sentidos y no tuvo más que seguir su rastro para que estos la guiaran hasta la cocina, donde una Lea enérgica se afanaba en prepararle el desayuno; transportándola a los momentos más felices de su infancia.

Había tenido tiempo de reflexionar El suficiente para clarificar sus ideas. Y había decidido que Tina no

iba a esclavizarla el resto de su vida porque ella —en el pasado, y aunque éste fuera reciente— hubiera cometido una equivocación. ¿O no había sido una equivocación?, se preguntó dudosa. Con un movimiento brusco de cabeza se quitó los recuerdos minimizando su importancia. *Daba igual, ahora todo daba igual*— dijo en voz alta—. No podía anular, retrospectivamente, lo que vivió y cuánto sintió. Pero sí tenía en su poder la herramienta que le proveería el salvoconducto para elegir su futuro.

Con ese determinante optimismo, asomó la cabeza en la cocina y entró sonriente en los dominios privados de la doméstica.

—Buenos días, Lea —saludó Magy desperezándose—. ¡Uf! ¡Qué maravilloso olor! Ya echaba en falta un poco de humanidad en mis desayunos.

— ¡Hola, bonita! Le contestó Lea acercándose para depositarle un beso en su mejilla, al tiempo que limpiaba sus manos en el trapo de cocina que permanentemente colgaba de su cintura. Era gracioso observar aquel paño moviéndose al ritmo de sus caderas, siempre sujetas, al cometido que estuviera desempeñando en ese momento.

—Lea, me gustaría dejar hechas esas mini tartas que le gustan tanto a mi madre —dijo Magy solicita— No le he comprado ningún regalo a Tina para su cumpleaños y sería un bonito detalle por mi parte hacer otra para ella. ¿No crees que si personalizo ese dulce quedaré estupendamente? ¡Mira, se las hago a las dos! ¡Como regalo de despedida!

La cara de Lea era un mosaico de interrogaciones. Magy no podría olvidar nunca la indagadora mirada con la que la fiel sirvienta la obsequió, y por la que se vio obligada a aclararle.

—A ver, Lea, para dos días que me quedan aquí… quiero dejar buen recuerdo —contestó de manera compulsiva—. ¡Lo hago sobre todo por mi madre!

—Está bien… —Dijo Lea poco convencida—. Termino con el desayuno y te dejo mi territorio. ¿Necesitas mi ayuda? Como pinche..., me refiero.

—De momento no, pero si te necesito, te lo hago saber.

Capítulo final

Magy distinguió a Bogna entre la gente, no muy numerosa, que a aquella hora temprana de la mañana pululaba por el aeropuerto Federico Chopin de Varsovia. Se encontraba sorprendentemente tranquila. Aprovechó las tres horas y pico que duró el viaje para hacer un repaso, no solo de lo que había sido su vida anterior, sino de los proyectos que tenía para su futuro. Por supuesto, la presencia de su abuela viajaba con ella. En su corazón, en su cerebro y hasta en el asiento de al lado en el avión. Se sentía protegida. Y con esa sensación se encontraba al fin preparada y dispuesta a encarar lo que le deparara la vida.

Divisó a Bogna mirando expectantes a los pasajeros buscándola con anhelo. Y le vio correr como un chiquillo por el aeropuerto para llegar a su lado exultante de alegría.

Bogna le abrazaba, una y otra vez, vertiendo en su oído palabras amorosas al tiempo que le daba las gra-

cias una vez más por creer en él, en su inocencia. *Siempre creí en ella,* le respondía Magy enamorada. La duda no se alojó en su mente ni por un segundo —le hizo saber—. Serían felices, le manifestó él emocionado y totalmente entregado a sus caricias. *Y no hace falta que nos quedemos en mi país*, afirmaba Bogna dicharachero cogiendo la cara de Magy entre sus manos obligándola a mirarle a los ojos. Cuando la policía le entregara toda la documentación que le había sido retenida y le ratificaran por escrito su nula participación en el asesinato de su *ex*, tendrían vía libre para marcharse a cualquier parte del mundo. *Allá donde tú quieras,* le decía a su prometida en un abrazo prolongado.

No obstante, a Magy, Varsovia le pareció una ciudad de ensueño. ¡Qué bonita era! No solo tenía unos monumentos maravillosos como el visitadísimo Palacio de la Cultura y la Ciencia, o las preciosas vistas desde el Castillo Real. No, ella con lo que más disfrutó fue paseando por sus callejuelas; adoquinadas, por cierto, con el mismo material datado en los orígenes de la ciudad. Disfrutaba de aquellos paseos percibiendo el polvillo que levantaban sus pies al pisar los desgastados adoquines. Su sensibilidad le hacía percibir voces contando historias increíbles de personas anónimas, viandantes de otros tiempos lejanos en el recuerdo, pero presentes en la memoria de sus calles.

La hija de Bogna los esperaba en el pequeño piso donde provisionalmente se habían instalado. Se llamaba Alka —que significa inteligente— y era preciosa. Con un jersey descolocado y una falda, algo más

corta por delante que por detrás, era la misma imagen del desconcierto. Magy escuchó durante un rato sus propios, sus titubeantes empeños por hallar alguna frase que le acercara a la pequeña, porque con esa empatía que la caracterizaba, desde el primer momento la sintió triste, con dolor de perdida y mucha incertidumbre en su mirada. Se prometió a sí misma la tarea de recomponer sus dañadas emociones. Hacerle sentir la protección de una verdadera madre. Ahora habría tiempo para hacerlo.

No eran ni las ocho de la mañana cuando sonó el teléfono. Magy se lanzó precipitadamente de la cama. El corazón le latía en la boca. Esperaba esa llamada. Ansiaba esa llamada. Iba corriendo descalza hasta el saloncito para coger el aparato que, en aquel momento, emitía un premonitorio lamento. En la huida tropezó con Bogna que, en ese momento salía del cuarto de baño extrañado de que el teléfono sonara a una hora tan temprana. Al intentar cogerlo se quedó sorprendido, sin poder reaccionar ante el atropellado manotazo de Magy por hacerse con el auricular, ella la primera. Se encontraba nerviosa, le temblaba la mano cuando lo descolgó y le sonó rarísima su voz cuando la escuchó emitir un angustioso *¿Diga?* Desde el otro lado del aparato la voz titubeante de Lea le venía a confirmar lo que esperaba.

—Magy, siento... tener que darte malas... noticias. No... Sé… cómo decírtelo.

Dímelo, Lea. Dímelo ya, por favor, asentía Magy sin poder articular palabra. Y le exigía a su amiga que fue-

ra rigurosa con los detalles; que estaba preparada para escucharlos.

— ¡Hija, tu madre ha muerto!

En aquel momento la estabilidad de Magy hubiera podido ocasionarle un disgusto a no ser por los oportunos brazos de Bogna que, pendiente de la escena que se estaba desarrollando, tuvo tiempo de sostener su cuerpo impidiendo su caída.

Él no entendía nada. Asistía alarmado a los cambios de color en la cara de Magy. Cogió el teléfono que colgaba con lánguida actitud del cable de la pared para averiguar la entidad de la persona que había provocado ese estado de *shock* en Magy. La voz angustiosa de Lea se encargaría de despejar esa duda al escucharle preguntar.

—¿Está Bogna contigo? ¡Por dios, cariño, dime algo!

Como si de una película a cámara lenta se tratara, Magy, al borde de las lágrimas intentaba recomponerse, serenarse. Un presentimiento aterrador le hizo quitar, con violencia, el teléfono de las manos a Bogna. Este, miraba a su prometida con curiosidad casi infantil, los ojos muy abiertos, incrédulo hacia lo que estaba presenciando.

—Pero ¿qué tartaleta fue la que se comió mi madre? —Pregunto Magy—.

La pregunta estaba hecha desde la ansiedad más absoluta. Con el tic-tac del corazón retumbándole en la sien.

—Pues... la que tú me dijiste que tenía menos azúcar. La de la guinda roja —se escuchó decir a Lea, entrecortada—. ¿Pero eso qué tiene que ver Mag...?

— ¡Nooo! —El grito desgarrador de Magy cayendo de rodillas en el suelo, con el cable del teléfono retorcido entre sus temblonas manos; desconcertó a Bogna. No le dio tiempo a reaccionar. Un escalofrió recorrió su cuerpo al escuchar de nuevo, la desgarradora voz de su prometida aclarando a la doméstica:

¡Lea, la que tenía la guinda roja era para Tina! ¡Te lo advertí mil veces! ¡Mil vec…¡ —Un llanto amargo impidió que Magy terminara su frase con energía. Pero Bogna, que se encontraba a su lado, sí escuchó su espectral voz exculpatoria—.

¡Mi madre tenía que comerse la que tenía la guinda verde!

FIN